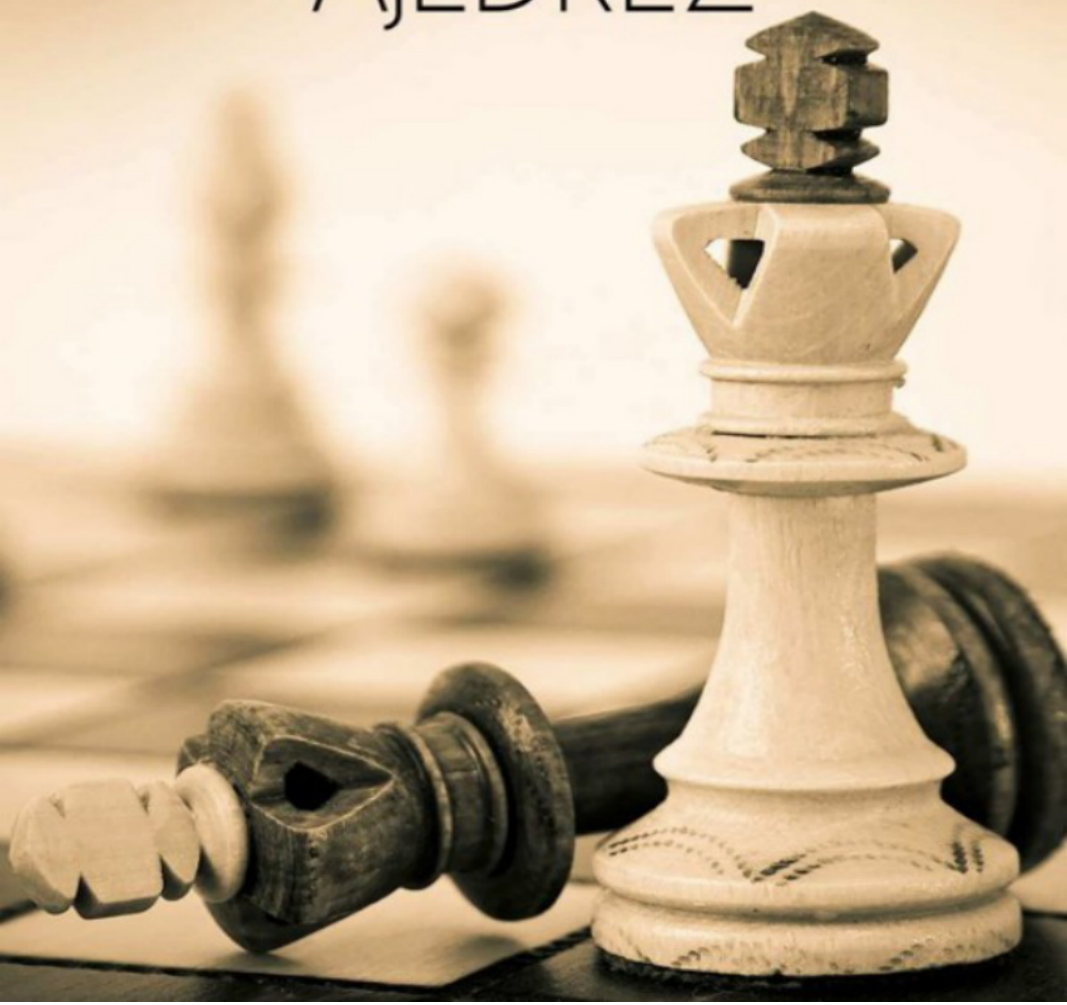
LEER e

Olga Romay Pereira

EL JUGADOR DE AJEDREZ



El jugador de ajedrez

© Olga Romay Pereira

© 2013 Leer-e

Editado por Leer-e 2006 S.L
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera. 31011 - Pamplona www.leer-e.es

ISBN: 978-84-15858-37-9

El jugador de ajedrez

Olga Romay Pereira

A Jose Pedro, Alicia y Alejandro, porque
cuando yo inicié el paso,
ellos me pusieron la sandalia

Sé que mi muerte está próxima y no por ello la temo, a sabiendas de que mi alma está ya limpia de pecado por todas las maldades que he cometido en este mundo.

Cuando llegue al Reino de Dios, cuando esté ante San Pedro, éste me dejará pasar más allá de las puertas del Cielo, y entonces, tal y como me enseñaron mis maestros muchos años atrás, en el arzobispado de Santiago de Compostela, entraré en el Reino Celestial con la edad de treinta años, porque esa es la edad de todo aquel que resucita y con la que se reencarna en el Reino del Señor.

Y ello no hace más que regocijarme, ya que cuando cumplí treinta años disfrutaba del momento más envidiado de mi vida, las mieles de mi obispado, el señorío temporal de mi ciudad, los derechos que me concedía el vasallaje de mis siervos, las recaudaciones de la alcabala, las rentas por la utilización de los molinos de mis tierras, los derechos de paso y, sobre todo, el estandarte y las llaves de la ciudad, aquella ciudad que me rindió vasallaje, que me deparó grandes alegrías y de la que, por voluntad del rey, tuve que partir pobre y desterrado hacia otras tierras más benevolentes con mi persona. Aquella urbe todavía permanece en mi memoria, entre las nieblas y las lluvias. Y no pasa día alguno sin que recuerde aquellos años allí vividos, años en los que ser obispo de Lugo significaron grandeza y el temor de mis siervos; de ahí que mi nombre fuese temido incluso por los miembros del concejo y por los alcaldes de la villa.

Cuando cumplí treinta años tenía poder para juzgar las almas que poblaban los once condados de mi diócesis, asistí a las cortes a que convocaba el rey, departí con altos mandatarios y fui aliado y amigo de nuestro arzobispo Berenguel de Londola. Vi al rey Alfonso el Onceno, aunque para nosotros, los que habitábamos bajo el arzobispado de Santiago de Compostela, no era conocido así, sino como Alfonso el Décimo de Galicia, y así se le rendía homenaje siempre que venía por estas tierras. Dios lo acoja en su seno a pesar de haberme hecho tanto mal, porque fue rey pacificador y supo dar fortaleza a este reino. A ese rey que vi de niño durante la regencia de varios nobles, también lo vi de hombre cuando, ante el arzobispo, los obispos de Galicia y los nobles de la corte, se le proclamó caballero en el altar mayor de la catedral de Santiago de

Compostela. Allí estaba yo, todavía joven, luciendo el anillo y el báculo, con mi alto porte y mis todavía sanos ojos azules que me permitían leer las Escrituras sin dificultad.

Aquí, a orillas de este mar que fue surcado por nuestro apóstol Santiago de muerto, recuerdo aquellos años pasados y preparo mi alma para la gloria futura.

He encontrado la paz de la que carecí cuando era obispo y le he confesado mis pecados en numerosas ocasiones al abad, tantas veces, que ese hombre sabe más de mí mismo que yo, ya que mi mente olvida cada día una parte de los hechos pasados, sin que pueda haber forma de recordar qué fue lo que comimos ayer o cuáles fueron los pasajes de la santa Biblia que se leyeron en el refectorio.

El abad ve en mis olvidos un castigo divino y me insta a agradecerle al Señor el que yo reciba tal penitencia, ya que así mi alma llegará más purificada ante las puertas del Cielo. Y yo doy gracias a Dios porque creo que es una buena penitencia, y le agradezco también el no haberme dejado morir como sucedió con mis hermanos franciscanos, de la Muerte Negra. Algunos no pudieron confesarse de lo repentina que fue su muerte.

Mis manos tiemblan tanto que tan sólo las puedo mantener quietas juntándolas para rezar ante el altar. Esa es la razón por la cual permanezco horas y horas arrodillado en rezos interminables en la capilla del monasterio.

Por todos los males que sufro hace algunos meses, el abad me ha eximido de los trabajos normales del monasterio. Por ello, ya no cumplo la Regla de San Benito y el tercio del día que, según ésta, los monjes han de dedicarlo a trabajos manuales, lo paso en mi celda mirando por la ventana, desde la que alcanzo a ver el mar.

El clima del monasterio es tan benévolo que las hortalizas crecen más de lo que puedo recordar que lo hicieran en Lugo. Los manzanos se llenan de flores muchas lunas antes de lo que lo hacían en aquellas tierras y las noches son más cálidas, lo cual es de agradecer para un enfermo como yo, que se ve privado de comodidades debido a la rígida vida franciscana, comodidades de las que gocé en otros tiempos.

Pero no he de quejarme, ya que fui yo quien eligió esta orden para acabar mis días con el alma purificada.

Ayer vi las golondrinas desde mi ventana y ello me hizo recordar que en Lugo no llegan hasta el mes de abril. Cuando yo vivía en el palacio obispal, ellas eran las que me despertaban con sus piares y vuelos en cuanto se levantaba el sol. Sus nidos no sólo estaban en

los tímpanos de la catedral, sino que las más atrevidas osaban aventurarse a la nave, haciendo sus hogares en las bóvedas.

Capítulo I

Abril, año de nuestro Señor 1327

La primera vez que vi la ciudad, venía yo de un largo periplo que me había llevado más de medio año realizar. El viaje había sido fructífero, y la prueba de ello era que no había vuelto con las manos vacías, sino que venía en posesión del señorío de Lugo, que se otorgaba conjuntamente con el obispado de la ciudad.

Desde que había partido de Aviñón camino de Lugo, no pasaba día sin que soñase cómo iban a ser mis posesiones. Recuerdo que lo más que podía imaginar era una villa llena de intrigantes y pecadores que hacían que los diversos obispos que la habitaban saliesen huyendo de ella como alma que lleva el diablo para librarse de la furia de los burgueses que la habitaban. Bien conocía yo la suerte de mis predecesores en el cargo, los dos prelados que tuvieron que abandonar su obispado, acosados por los endemoniados habitantes de la ciudad, y eso me preocupaba; tanto era así que a veces, durante el camino, soñaba que moría lapidado a manos de aquellos impíos. Y no era un sueño agradable, no, porque tanto me hacían sufrir que gritaba y gemía en mi lecho, perdiendo las formas y la compostura que debe guardar un hombre como yo.

En Aviñón se oían extrañas historias de villas indomables que no acababan de someterse a la Iglesia. Y yo las creía a pie juntillas, lo mismo que creía que hay hombres que llevan en la sangre el pecado y mujeres que nos arrastran a la perdición. De haber sabido entonces que de todas las ciudades de la cristiandad tuve que elegir la más ingrata, no me hubiese movido de mi Guadalajara natal para correr tan desdichadas aventuras. Tal como temía, Lugo resultó ser una de aquellas ciudades indomables que a veces se sometía y otras, se revelaba, nunca sabiendo uno qué era mejor con aquellos hombres que fingían guardarme obediencia pero que cuando les

daba la espalda, ya estaban conspirando contra mí.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos; todavía puedo recordar el orden de las cosas y comenzaré por donde tienen que empezar.

Lugo parecía inocentemente apacible la primera vez que la vi. La ciudad, aquel primer día y con las luces del atardecer, parecía muerta a lo lejos, desde la colina que la contemplaba. Yo me había detenido con mi comitiva en un alto en el que se divisaba un valle fértil con un río al fondo y a lo lejos, como salida de la niebla que inundaba el valle, estaba la ciudad. Al verla así, tan sola y majestuosa, detuve mi caballo y conmigo, la comitiva la contempló.

La niebla ascendía desde el río por las faldas de la montaña, flotando y engulléndose la vegetación boscosa. La humedad se hizo patente en los ropajes y en los cabellos de los que me rodeaban, mojando con su fría huella nuestros cuerpos. Sin que yo lo preguntara, uno de mis siervos que antes había vivido en aquellas tierras me indicó que las murallas que a lo lejos veía rodeando la ciudad eran obra de los romanos, y que tenían más de mil años. Tanta impresión causaron en mí aquellas palabras que permanecí largo rato contemplando aquella vista fantástica, más aun cuando sabía que lo que veía ya formaba parte de mi propiedad.

La comitiva, cansada como estaba, puesto que llevábamos muchos días esperando dormir en cama propia y comer algo más que carne en salazón, empezó a impacientarse. Viéndolos en ese estado, y sabiendo que mi hermana necesitaba reposo en una cama blanda lo antes posible, ordené proseguir el camino.

Venía yo acompañado de más de veinte hombres, la mayoría armados por mí, y con nosotros me había traído a mi hermana María, sus doncellas y su ama de cría. María sobrellevaba malamente el viaje, puesto que el traqueteo del carro en el cual se trasladaba, le provocaba mucho cansancio y en la espalda, dolores que ninguna de sus doncellas podía aliviar.

Yo también había sufrido por ella al verla tan pálida y sumisa, lo que la hacía parecer una dama más hermosa y virtuosa, si cabía, porque el dolor purifica las almas.

La comitiva se retrasaba aun más por el porteo de los baúles y pertenencias de los que viajábamos. Los más numerosos sin duda eran los de mi hermana, que ella vigilaba con gran celo, puesto que formarían parte de su ajuar de boda, una boda todavía no concertada y que pronto me dispondría a preparar. María, por aquel entonces, ya superaba la edad de quince años y convenía comprometerla cuanto antes, pero los acontecimientos de los

últimos tiempos habían dejado a mi hermana sin dote alguna para casarla, a no ser los vestidos, ropajes y abalorios que habían pertenecido a nuestra difunta madre, y que se hallaban en aquellos arcones que ella acarreó por más de tres reinos.

Miré hacia la ciudad esperando ver sobresalir algún campanario sobre las murallas, indicio de que era una ciudad próspera y con rentas para permitirme llevar una vida digna de un gran señor. Pero desde donde estaba tan sólo pude distinguir una torre, y eso me preocupó, porque los campanarios son síntoma de riqueza, y yo, claro, por aquel entonces, sólo pensaba en cómo podía enriquecerme lo antes posible.

Desde aquel alto se divisaba un río que nos separaba de la ciudad, y sobre el río, que mis hombres nombraron Miño, se situaba un puente por el que pasaban carretas y animales. Al llegar junto a éste, un hombre nos salió al paso.

Era un hombre embrutecido que por toda arma llevaba una espada y ninguna protección tenía sobre su pecho. Lo acompañaban otros dos hombres, de facciones duras, que portaban toscas hachas sobre sus hombros. El de la espada le habló al escudero que encabezaba mi comitiva:

—Señores, han de saber que deben de pagar los derechos de pontazgo a mi señor el infante Felipe, al que yo represento como guardián del puente.

Yo podía estar cansado por tan largo viaje, incluso mis facultades podían estar disminuidas, pero cuando oí la palabra pagar, pagar en mis tierras, me enfurecí y a punto estuve de fustigarlo y perder la compostura, pero con el peor de mis hablares le respondí:

— ¿Acaso no habéis recibido la noticia de que vuestro señor ahora será el obispo de Lugo, don Juan Martínez? ¿Es que no sabéis que hace dos meses que soy el obispo de la ciudad por la gracia del papa Juan, quien me ha otorgado estos poderes?

—Señor, no pongo en duda vuestros títulos —dijo el hombre, con gran nerviosismo—, pero hasta que se os rinda vasallaje, mi señor no es otro que el infante don Felipe, el cual me hará azotar si permito que paséis el puente con vuestros carros y corceles sin que paguéis el pontazgo.

¿Cómo explicar a aquel hombre iletrado que yo era su señor? Pero el cansancio me vencía y, en vez de darle un escarmiento, opté tan sólo por amenazarle. Además, mis arcas estaban agotadas por el largo viaje y por tener tantas bocas a mi cargo, que dudaba mucho que pudiese encontrar algún maravedí para complacerle. Como en

definitiva estaba en mis tierras y podía hacer lo que quisiese, le contesté:

— ¿Veis a estos hombres? —y dicho eso, señalé a los hombres de mi guardia que llevaban corazas con anillas de hierro incrustadas, formando así una eficaz cota de malla. Portaban, además, espadas en las alforjas de sus caballos, con relucientes empuñaduras que yo les había comprado en Toledo, antes de partir en ese largo viaje a Aviñón—, pues ellos son mis sirvientes, y si osáis detenernos, comprobaréis lo diestros que son con la espada.

Al oír mis palabras, el hombre hizo un ademán para que pasásemos. No sólo nos dejó pasar, sino que él y sus compañeros se unieron a nosotros mientras ascendíamos por la ladera que nos separaba de la ciudad. Por el camino, los hombres y mujeres que se hallaban trabajando los campos y pastoreando a las bestias se unieron a la comitiva, admirando los ropajes de mis hombres y los vestidos de las mujeres, y preguntando a mis criados por la razón de aquel cortejo.

Cuando al fin llegamos junto a las murallas, salió a recibirnos un nutrido grupo de burgueses, entre los que había clérigos y artesanos, hombres con ricos ropajes, y mendigos con los pies descalzos, mujeres con niños en brazos, caballeros con escuderos y hasta un trovador que llevaba en sus manos una zanfona. Era la ciudad en pleno la que me recibía, tal y como yo esperaba verla desde hacía más de dos meses.

Allí, entre el populacho, se adelantaron tres hombres que se distinguían de la muchedumbre por llevar ropajes y calzados más propios de mercaderes que de campesinos. Con sus sombreros en la mano, se arrodillaron ante mi caballo y el más viejo de ellos dijo así:

—Noble señor Juan Martínez, hace días que sabemos por vuestro mensajero que la ciudad y el señorío del infante Felipe pasa a vuestras manos por voluntad del santo papa Juan. Sabed que en nombre nuestro —y en eso señaló a sus dos compañeros—, los alcaldes de este lugar, la ciudad os agradece los favores que nos habéis hecho antes de que os nombraran obispo de Lugo. Así que estamos dispuestos a rendiros vasallaje según los usos y costumbres de la tierra.

El suelo estaba embarrado y los ropajes de los alcaldes no tardaron mucho en quedar sucios y húmedos. Como sus palabras fueron de mi agrado, les hice seña de que se levantaran. Aquel recibimiento me puso de buen humor, así que decidí hablar al pueblo con firmeza, pero sin rigor, consciente de que las almas de

aquel señorío habían sufrido grandes calamidades tanto en cuerpo como en espíritu antes de mi llegada:

—Pueblo de Lugo —grité, para que todos me oyesen—, me complace veros recibir al que será vuestro nuevo señor y obispo. Como el viaje ha sido largo, la rendición de vasallaje se realizará no hoy, sino mañana, a la hora del mediodía, ante la puerta de mi morada. Después, me entregaréis las llaves y el estandarte de la ciudad, que hasta ahora ha pertenecido al infante Felipe. Cuando terminemos, celebraré la santa misa para agradecerle a nuestro Señor el que yo haya llegado sano y salvo a Lugo después de tan largo viaje. Como no podréis asistir a los oficios, porque estáis excomulgados, espero de vosotros que recéis al Señor por mí.

Y así, el pueblo abrió camino para que yo y los míos entrásemos en la ciudad por una puerta pequeña y estrecha.

Tras la puerta se alzaba la catedral, y frente a ella, en un solar empedrado, estaba el cabildo de Lugo, encabezado por un hombre que tomé acertadamente por el deán de la iglesia. El cabildo lo formaba un grupo de más de doce hombres con vestiduras oscuras de clérigos pudientes.

El deán era un hombre entrado en años, con los cabellos blancos y un bastón que le daba apoyo. Se dirigió hasta donde estaba mi montura y me dio la bienvenida de forma más calurosa y emocionada de lo que lo habían hecho los representantes del concejo de la ciudad.

Deduje por las palabras de aquel hombre, que dijo llamarse Fernando, que había estado esperando a que llegase para recobrar el orden y el poder de la Iglesia, poder que había mermado durante años de mal gobierno y vacío en la silla obispal.

Desmonté para entrar en la catedral y junto a mí, los que formaban la comitiva. Entramos en ella no sin antes dejar que los miembros del cabildo y el deán Fernando besasen el anillo obispal que me había mandado hacer en Aviñón. La entrada fue con paso solemne, admirando a nuestro paso los muros policromados de bellas pinturas, las escasas vidrieras, las ofrendas que se situaban en las diversas capillas y en el altar. Frente a este último, me arrodillé para dar gracias al Señor por haber llegado sin incidentes.

Afuera, el populacho aguardaba junto con los hombres de mi comitiva, que cuidaban de las monturas y de los carros con gran celo, enseñando sus armas debajo de las capas.

Estuve allí postrado ante el Santísimo Sacramento, admirando los ornamentos que lo cobijaban. Sabía que se mantenía en continua exposición en la ciudad. Más tarde, el deán Fernando me explicó el

motivo de tal privilegio, que se remontaba a tiempos anteriores a la invasión árabe. El origen de ello era la herejía de un hombre llamado Prisciliano, falso santo que engañó al pueblo conduciéndole al pecado, haciendo que las mujeres viviesen en comunidades dirigidas por varones y vaya a saber Dios qué ritos demoníacos habrían seguido.

Aquel hombre, oriundo de Lugo, hizo que se consagrase no con vino, como nos enseñó Jesucristo, sino con uvas, y he oído que incluso se llegó a consagrar con leche.

Ante semejante aberración, no cabía más que poner remedio al mal, exponiendo permanentemente el Santísimo, no fuera a ser que la ciudad produjese mayores herejías que aquella.

Acabadas mis oraciones, el deán me condujo por la puerta norte de la catedral al exterior, en dirección de una casona de piedra que sería mi residencia a partir de aquel momento.

La casona tenía un aspecto lamentable, con hierbas en el tejado y ventanas desencajadas. Ante mi desilusión, puesto que esperaba encontrarme con un palacio similar a los que habitaban los obispos que había conocido hasta aquel momento, el deán Fernando me explicó:

—Señor obispo, la ciudad ha estado sin señor durante mucho tiempo, casi tres años, puesto que el prelado don Rodrigo no pudo hacerse con la ciudad durante la mayor parte de su obispado, debido a la oposición del pueblo —al decir eso vi cómo el rostro del hombre se entristecía y envejecía con una lúgubre expresión—; por eso la casa está destartalada y sin habitar. Además, el pueblo ha expoliado gran parte de sus pertenencias sin que el cabildo pudiese detenerle, ya que eran muchos.

Mis hombres empezaron a descargar las mulas y los carros de los baúles y bultos que portaban. Entramos en la casa, que olía a humedad y a orines de perro. Mi hermana se acercó hasta donde yo estaba y pidió al deán las llaves, para así poder abrir las dependencias que se hallaban cerradas. Fernando se las dio, no sin antes mirarme y ver si yo estaba dispuesto a confiar las llaves de mi casa a una mujer. Pero le tranquilizó saber que ella era mi hermana.

La casa, aunque vieja, era grande. Tenía amplias cocinas y un gran salón en la planta baja, donde se podrían celebrar reuniones y comidas. En el piso superior había habitaciones de sobra para que mi hermana y yo nos instalásemos. Los criados tenían habitaciones en la planta baja y había algunas en el piso superior, a las que se accedía por otra escalera al margen de la principal.

Elegí un gran dormitorio, que sin duda había sido ocupado por

mis antecesores en el obispado, con un gran recibidor para los suplicantes y para departir mis asuntos con los burgueses y los vasallos.

La alcoba tenía una gran chimenea que me daría calor en invierno y un balcón que me permitía ver la fachada norte de la catedral y otros edificios de madera. No tardé mucho en saber que se trataba del barrio de los clérigos.

Los sirvientes a mi cargo abrieron las ventanas y ventilaron la casa, a pesar de que era el mes de abril, que estaba anocheciendo y que la noche no parecía muy cálida. Las doncellas de María desempaquetaron sus trajes y bultos; abrieron armarios, llenándolos de plantas aromáticas; y sacudieron los colchones que había en algunas camas. La mía debió de haber tenido un buen colchón, a juzgar por las dimensiones del lecho, pero los saqueadores debieron pensar que luciría mejor en sus moradas, porque allí sólo dejaron las tablas y el cabecero.

Desde mi alcoba, asomado al balcón, oía a los escuderos acomodar los caballos en los establos. Bajé a vigilar sus trajines y a inspeccionar las edificaciones, para calcular el ganado que podrían albergar.

Todavía no había nombrado mayordomo de la casa y pensé que, observando a mis hombres más de cerca, podría encontrar al más capaz para cumplir esa misión. Pero no podía decidirme por ninguno, porque ninguno de ellos parecía lo suficientemente capaz de ganar mi confianza.

El guardián del puente llegó entonces con una cesta de truchas, rogando que no me enojase con él por no haberme reconocido como su señor. Lo eché de mi casa, pero me quedé con las truchas, después de desahogar con él mi cólera al ver tanto saqueo. Se fue con la cabeza baja. Por lo menos aquel patán parecía arrepentido.

Como tan sólo la mitad de mis hombres podían cobijarse en mi casa, llamé al deán Fernando para hacerle saber que necesitaba una casa donde instalarlos.

El deán, deseoso de complacerme, llegó con varios miembros del cabildo y condujo a mis hombres a una zona de la ciudad donde se levantaban las casas bajas de madera, cuyos dueños habían huido de la ciudad cuando se dictó la excomunión sobre sus ciudadanos. Las casas estaban cercanas a una de las puertas de la muralla y pensé que ese era un buen lugar para instalar a los hombres de mi confianza.

Allí los dejé mientras descargaban sus bultos y volví acompañado de los miembros del cabildo a mi casa.

Cuando entré, en el salón ardía ya un buen fuego en la chimenea. Sobre la mesa, habían dispuesto leche, quesos y varias hogazas de pan. Llegó María y, después de que la presenté a los hombres, se apresuró a decir que los alimentos que allí veía dispuestos eran obsequios de los burgueses, y que ella había tomado buena nota de quién los había traído. Sin duda, a mi hermana le gustaba nuestra nueva situación. Disfrutaba con las atenciones y con las comodidades que ya le reportaban el señorío de la ciudad y de las tierras de Lugo.

Aquella noche, invité a los hombres del clero a acompañarnos a cenar. El deán, como correspondía a su categoría, tomó la silla de mi derecha; María, como solía hacer nuestra madre, se sentó frente a mí, en el lugar más alejado del fuego. El resto de los hombres se situaron según su importancia, más o menos alejados de mi asiento. Yo ya me sentía el dueño de la casa.

María batió palmas. Entraron los criados con la sopa y otros llenaron las toscas copas de vino.

—Veamos, señor Fernando —le dije—, cuéntenos cómo está la situación de la Iglesia en la ciudad. Esperaba ver más feligreses en las calles, pero en el paseo que hemos dado esta tarde en busca de acomodo para mis hombres, me he percatado de que una de cada dos casas de la ciudad está vacía. ¿A qué se debe eso?

—A la excomunión, obispo Juan. Desde que el arzobispo Berenguel dictaminó la incapacidad de todos los actos jurídicos de los habitantes de Lugo hasta la tercera generación, los burgueses, apenados por ese temible castigo, fueron abandonando la ciudad en busca de tierras donde no recayese sobre ellos la pena de excomunión.

—Terrible, por lo que veo. Pero el pueblo ha de pagar por sus pecados. ¿Acaso el anterior obispo de Lugo, don Rodrigo Ibáñez, no fue arrojado de la ciudad a pedradas varias veces? ¡Hombres endemoniados son sin duda estos lucenses! Y el anterior en el cargo de obispo a ese pobre hombre, don Juan Fernández, ¿acaso no tuvo que resistir la acometida del pueblo desde el castillo que mandó construir en la ciudad, previendo ya que su pueblo era hostil y pendenciero con el clero?

—Como bien decís, fue terrible, sin duda, y causa de excomunión —contestó el deán—. Veo que estáis ya informado de vuestros antecesores en el obispado.

—Por boca del arzobispo Berenguel de Londola, con el que departí largamente antes de llegar a Lugo, a mi paso por Santiago de Compostela. Hombre santo el arzobispo, y poderoso, aunque su

castellano deja mucho que desear, y hay que hablar con él por medio de intérprete, o en latín, que dudo mucho que lo comprenda. Es francés, ¿sabéis? —los hombres asintieron—. ¿Y estáis al tanto de que el pueblo le teme? Tiene una guardia personal que le sigue a todas partes, de más de treinta hombres, y según me contaron, no tiene remilgos en usar la espada.

—Sin duda, ya habréis oído acerca de los acontecimientos que ocurrieron en el castillo de la Rocha, señor obispo. Y por ello, sabréis por qué el pueblo tiembla ante su presencia —dijo el deán, bajando su tono de voz.

— ¿Qué es eso de lo que habláis? —pregunté con curiosidad.

—Tal vez estabais todavía en Córdoba y las noticias de ese hecho no llegaran hasta vuestros oídos. Berenguel hizo matar, hace siete años, en el castillo de la Rocha, al adelantado mayor de Galicia, Alonso Suárez de Deza. El cargo de adelantado mayor, sin duda ya sabréis que es el más importante de estas tierras, y lo concede el rey según su capricho. No sólo mandó matarlo a él, sino a los que lo acompañaban, que eran muchos.

—Tal vez tuviese una buena razón. Tal vez el tal Alonso Suárez se enfrentase a los mandatos de la Iglesia.

—Así es, señor obispo. El adelantado mayor se opuso a que el arzobispo tomase posesión de la ciudad de Santiago de Compostela, que le correspondía por voluntad del papa a Berenguel.

Andaba yo cavilando sobre las poderosas razones que llevan a un hombre de Dios a sacar la espada cuando los criados entraron con las truchas acompañadas por una carne tostada que creí que podría ser de cordero. Dejé mis pensamientos para mejor ocasión y me concentré en la que iba a ser la primera comida en mi casa. María dirigía a los sirvientes, ordenando que estos llenaran las copas o que sirviesen los platos.

—Vuestra hermana será una buena ama. El marido que la tome será afortunado, obispo Juan —el que hablaba era uno de los clérigos del cabildo, Arias Yánez, que desempeñaba la función del apuntador de los presentes en las reuniones del coro de la catedral.

María oyó el comentario y, aunque venía de un clérigo, enrojeció. Mirándolo, repuso:

—Sin duda, la afortunada seré yo, si mi hermano elige bien.

— ¿No la habéis comprometido todavía? —preguntó el deán.

—No, pero eso no tardará. Cuando consiga rentas para dotarla, la casaré como le prometí a mis padres y a mi hermano, que no quiso hacerse cargo de ella, y menos ahora, ya que sabe que soy obispo.

—Afortunado sois, ya que sólo tenéis una hermana —dijo de nuevo el deán—, porque las arcas de la ciudad están vacías. Dudo que podáis sacar de ellas un triste maravedí. El pueblo está en la ruina, los campos no se trabajan, el mercado está desierto. Y el rey Alfonso ha emprendido la guerra a los moros y necesita dinero de las ciudades. Los judíos recaudan el nuevo impuesto, la alcabala, y poco más puede ingresar la Iglesia.

— ¿Y los diezmos? ¿Acaso no se pagan? —pregunté yo.

—Sí, señor, pero el diezmo de nada es nada. Los burgueses ocultan sus posesiones para evitar pagarnos. Los campesinos esconden sus cosechas. Necesitamos una cabeza fuerte que infunda el temor de Dios y les obligue a pagar los impuestos.

—Yo seré esa cabeza fuerte —le respondí, alzando la voz para que todos los allí presentes me escuchasen—. ¿Acaso Berenguel, en su señorío de Santiago, no ha duplicado y triplicado sus arcas en estos últimos años? Su pueblo teme más al arzobispo que morirse de hambre, y por eso pagan a la diócesis su parte, y la Iglesia prospera.

—Señor obispo —dijo Arias Yánez—, si el arzobispo levantase la excomunión, el pueblo volvería a sus casas; los campesinos, a cultivar la tierra; el herrero, a herrar los caballos; y así, la ciudad volvería a ser próspera, el mercado se llenaría y las arcas del obispado rebosarían por los tributos recaudados. Incluso, podríais embellecer la catedral con una nueva obra.

—Veo en ello una buena parte de razón; no es descabellado lo que decís. No será malo que mañana, después de hablar al pueblo e incitarlo a la penitencia y al arrepentimiento, les prometa pedirle al Papa una bula por sus pecados si de mañana a San Juan los veo arrepentidos y realizando buenas acciones.

María batió palmas de nuevo y los sirvientes trajeron dulces de miel y frutas.

—Los dulces son del gremio de panaderos. Espero que os gusten. Los ha traído esta tarde el maestro mayor de ellos —dijo mi hermana.

Los miembros del cabildo comieron rápidamente los pastelillos, dejando la bandeja vacía. Seguramente, en sus casas no verían muchos de aquellos manjares, a juzgar por su apetito.

Cuando no quedó ni una migaja de pan sobre la mesa, ni una gota de vino en las copas, me levanté y di por concluida la cena.

Tras de mí se levantaron los invitados. Les acompañé a la puerta y llamé a los criados para que les guardasen hasta sus casas, llevando antorchas con las que iluminar el camino.

Bajo el dintel de la puerta, el frío me hizo estremecer. La noche

no era tan fría como las que había pasado ese invierno en Francia, porque ya se acercaba la primavera, pero recordé que, por aquellas fechas, en Córdoba ya se podía cenar en los patios.

Pensé que pronto llegarían tiempos mejores, noches más templadas y rentas con las que vivir. Pero el lejano aullido de un lobo hizo que dudase de si tendría más fortuna que los dos obispos que me habían precedido en el cargo y a los que tantas desgracias les había deparado el pueblo de Lugo.

***

Recuerdo que mi hermana María nació en nuestra casa de Guadalajara. Al venir al mundo mi hermana, nuestra madre cogió unas fiebres que le impidieron amamantarla y a los pocos días murió, dejándonos a todos sumidos en la tristeza.

Yo contaba en aquel momento con trece años de edad y mi padre ya estaba preparando mi partida al monasterio de mi tío en Santiago de Compostela, donde recibiría formación para ser clérigo, pero la muerte de mi madre hizo que retrasase el viaje por un mes.

María tuvo que ser criada por un ama llamada Elvira, que la acompañó hasta su muerte, estando yo de obispo en Lugo.

Cuando volví a ver a María, ya hablaba y caminaba, y estaba mudando los dientes de leche. Fue cuando murió padre, al ser coceado por una mula en las cuadras.

No pude estar en el entierro, por no llegar a tiempo, ya que el viaje de Santiago a nuestra casa me llevó varios días, a los que hubo que sumar los días que tardó el mensajero que había enviado mi hermano Raúl en llegar a Santiago.

Pero pude llegar a las misas funerarias que se ofrecieron en su memoria. Lloré mucho aquella muerte, más que la de mi madre, porque nos dejó a los tres hermanos huérfanos. Pero nuestras vidas ya estaban marcadas de antemano.

Mi hermano mayor, Raúl, se quedaría con la casa y las tierras, que si Dios le ayudaba, producirían tanto grano como el que se había cosechado en tiempos de mi padre.

Mi vida estaba encaminada a servir al Señor. Mis estudios, allá en Santiago, eran fructíferos, y progresaba tanto en gramática como en retórica, lógica, aritmética, geometría, astronomía y música, aunque Dios no me conservó la preciosa voz que tuve hasta mis quince años. De entre las siete artes, prefería la aritmética, en la cual destaqué y me valió para llevarle las cuentas a mi tío en el monasterio.

Pero María, que contaba con pocos años cuando murió mi padre, era de los tres hermanos quien tenía un futuro más incierto. Cuando éste vivía, no la había comprometido, porque la encontraba muy joven, y mi hermano se mostraba reacio a educarla. Aun así, la criaron en la casa natal hasta que yo pude acogerla, al pasar a mejor situación cuando ocupé un cargo bien pagado en Córdoba.

En Córdoba, pronto prosperé y fui nombrado deán, aunque mi hermano tuvo que pagar para ello cuantiosas rentas, pero lo hizo gustoso al saber que me llevaría de su casa a María y que me haría cargo de ella.

María estaba feliz de vivir en mi casa, porque, según me contó, Raúl la tenía siempre encerrada en sus habitaciones, dejándola apenas jugar en los jardines. Allí, en Córdoba, aprendió a leer y escribir, ya que nadie se había tomado la molestia de enseñarla hasta aquel entonces.

Para ser una hembra, María aprendió con facilidad las letras y los números, pero a veces me he arrepentido de haberle mandado enseñar a leer, porque su curiosidad de mujer la llevaba a leer los libros de caballería y de romances poco ejemplares que circulaban por los patios de Córdoba.

Pronto, reuní una gran suma de dinero por los servicios de deán, pero en vez de destinarla a dotar a mi hermana, la utilicé en otras causas. Yo era un hombre ambicioso, mal que tantas desventuras acarrea a los hombres. Ahora, con la edad, se me antoja como un defecto de juventud. Cegado por mi ambición, y aconsejado por mis amistades, emprendí camino al papado que estaba en Aviñón y, tras meses de recepciones, misas e intrigas, conseguí hacerme con el obispado de Lugo, no sin antes desembolsar grandes sumas en aquella ciudad.

Como no es bueno que una mujer permanezca sola, hice que María me acompañase durante aquellos meses.

En Aviñón, María conoció a nobles y a señores, y aprendió costumbres que nunca había visto en Córdoba. Cada día estaba más hermosa y temí por su virtud, puesto que eran muchos los caballeros que pasaban por nuestra casa con la excusa de hablar conmigo de los asuntos de la Iglesia, pero realmente iban a verla a ella.

Pero yo no la podía casar hasta que consiguiese un obispado, así que rechacé las ofertas matrimoniales que llamaron a la puerta de mi casa.

Cuando había gastado hasta la última moneda en regalos y donaciones a las iglesias de Avión, me anunciaron que el papa iba a

hacerme entrega de un obispado.

Tal y como había solicitado, me concedieron el de Lugo, ya que el obispo que tenía no era del gusto de su pueblo, que lo había expulsado varias veces y todavía estaba en riñas con él, sin hacerse cargo de la situación.

Por ello, a la ciudad de Lugo, ante la debilidad de su obispo, la tenía en su poder uno de los tutores del rey Alfonso, el infante Felipe.

Los consejeros del papa Juan vieron con buenos ojos la idea de recuperar la ciudad para la Iglesia y colocar en ella un obispo designado por el propio Papa, y no esperar a que el rey o sus tutores nombrasen uno de su confianza, tal y como podía suceder.

Por esas razones políticas, además de por las donaciones que había hecho a las iglesias de la ciudad de Aviñón, me designaron candidato al obispado. Por eso pude usar el título de obispo de Lugo por la Gracia de Dios y de la santa Iglesia romana, no como mis predecesores o sucesores en el pontificado, que no fueron designados directamente por el Papa.

***

Aunque no había llovido, la plaza estaba mojada por el rocío, a pesar de que el sol ya se mostraba en lo alto del firmamento. Por ello, los sirvientes colocaron tablas sobre la tierra desde la puerta hasta el lugar de la plaza donde pusieron la silla obispal. Era esta una gran silla de roble que se encontraba normalmente en la catedral, pero que la hicieron llevar para la ocasión.

Me puse mis mejores ropas, una capa púrpura y sujeté el báculo que me llevó el deán Fernando y que, según me explicó, había salvado de los expolios en la ciudad que los vecinos habían cometido contra las posesiones del obispado.

Un sirviente limpió mi anillo antes de ponérmelo.

María también se puso su mejor vestido para la ceremonia, pero no la dejé salir a la plaza, sino que le ordené observar el acto desde la balconada de mi habitación, rodeada de sus damas.

La plaza estaba llena y eso me alegró, a pesar de tener yo un carácter poco risueño.

El sol asomaba tímidamente entre las nubes. Un hombre anunció que llovería. Nunca supe cómo, pero aquellos campesinos, a pesar de ser seres iletrados y poco inteligentes, podían predecir el tiempo por el vuelo de las aves o por el comportamiento de los animales.

Rodeado de los miembros del cabildo, salí de mi casa

ceremoniosamente, pisando los maderos para no ensuciar la cola de mi capa. El pueblo calló al ver aquella procesión.

Algunos hombres habían subido a sus hijos a hombros. El resto asomaba sus cabezas, intentando desesperadamente verme pasar.

Me senté en la silla y noté que desde donde estaba, al estar el terreno inclinado, veía a la mayor parte de los hombres allí reunidos. Como mi asiento estaba sobre sus cabezas y aun sentado me encontraba por encima de ellos, me dediqué a observarlos.

En las primeras filas estaban los notables de la ciudad, a juzgar por sus atuendos. Detrás estaban los villanos, hombres y mujeres delgados y demacrados, con ropajes oscuros y pobres. Pero todos tenían algo en común, ya fuesen nobles o villanos, burgueses o campesinos: aquellos hombres iban a rendirme vasallaje.

Vi que tanto hombres como mujeres observaban el balcón donde estaba María. Tal vez había sido una mala idea dejar ver a mi hermana por aquella multitud. Hubiese tenido que reservar aquella visión para otros ojos que pudiesen apreciar mejor su delicado rostro.

El silencio dejó oír los pájaros y los relinchos de los caballos de mis cuadras.

Los alcaldes se acercaron y empezaron con el rito. Dijeron sus nombres y uno de los clérigos que estaba a mis espaldas tomó nota de estos: Ruy Jiménez de Guadalfaira, Jácome Alonso de Carballal y Pero Lorenzo. Eran los mismos que me habían recibido el día anterior a la entrada de la ciudad.

Uno a uno se arrodillaron ante mí, pusieron sus manos entre las mías y yo procedí a besarlos en la boca. De esta forma, los tres hombres se reconocieron vasallos de mi persona, y con ellos, todo el pueblo de Lugo, al que ellos representaban.

Mientras, todo aquel que se hallaba en la plaza se arrodilló.

A continuación, el alcalde de más edad, Ruy Jiménez de Guadalfaira, me hizo entrega de las llaves y la seña de la ciudad. Con ello concluía el rito y el pueblo me reconocía como señor de la ciudad.

El pueblo, todavía arrodillado y en respetuoso silencio, esperaba mis palabras, así que me levanté para que todos me viesen y oyesen:

—Pueblo de Lugo, vasallos desde hoy de mi persona, don Juan Martínez, obispo por la gracia de Dios y de la santa Iglesia de Roma, espero de vosotros que cumpláis con vuestros deberes con el Cielo y la Tierra; que trabajéis los campos; y que los gremios laboren guardando la paz y el temor a Dios. Pagaréis lo debido a la

Iglesia y los tributos al rey Alfonso de Castilla. A cambio, yo protegeré las tierras, repartiré justicia y mantendré la paz, rezando y rogando por vuestras almas al Señor.

El pueblo permanecía en silencio, arrodillado, sin duda, impresionado por mis palabras.

Los nubarrones ocultaron el sol y apresuré mi discurso:

—Sé que habéis sufrido penosamente por la excomunión que dictó el arzobispo Berenguel de Londola; excomunión merecida, pecadores, porque vuestros actos así debieron ser castigados. Pero quiero mostrar mi generosidad dándoos la oportunidad de enmendar vuestros pecados y someteros a arrepentimiento. Por ello, si de hoy al día de San Juan, veo mudanza en vuestros actos, pediré al Santo Padre que os exima de tan terrible mal y dicte una bula que levante la excomunión. Espero que seáis dignos de recibirla, que vuestras almas estén purificadas para entonces y que vuestro comportamiento con la Iglesia sea de ejemplares cristianos, y así puedan llamaros "los buenos hombres de Lugo". Celebraremos ahora la santa misa para dar gracias al Señor por mi llegada a Lugo sano y salvo.

Rodeado del cabildo y de mis hombres de armas, anduve el trecho que nos separaba de la catedral. María se unió a la comitiva con sus damas. Mis servidores se abrían paso entre la multitud, que respetuosamente se había levantado y mantenía sus ojos fijos en mí.

Como el pueblo estaba excomulgado, no podía recibir comunión ni tampoco entrar a lugar sagrado. Por eso, permaneció fuera de la catedral mientras celebrábamos la misa.

Al verlos tan apenados por no poder entrar en la morada del Señor, ordené que se abriesen todas las puertas de la catedral para que el pueblo oyese la misa desde el exterior y rezase conjuntamente con los que estábamos dentro.

Capítulo II

Mi primer año en el obispado fue terriblemente penoso.

Entre mis quebraderos de cabeza se contaban los económicos. El señorío estaba arruinado cuando llegué a Lugo, los campos no producían y el mercado estaba vacío.

El mercado de Lugo era la principal fuente de ingresos de la Iglesia. Había que pagar tributo por todo lo que se compraba y todo lo que se vendía, lo cual hacía que se encareciesen las mercancías. Esto último, unido a que cada vez la moneda valía menos debido a las acuñaciones de peor calidad, hacía que un hombre con una moneda tan sólo pudiese comprar un saco de manzanas, cuando en tiempos de su abuelo hubiese podido comprar con esa moneda dos sacos de esas mismas manzanas.

Como de la ciudad habían huido muchos de sus habitantes antes de que yo llegase y les prometiese levantar la excomunión, pocos eran los artesanos que la habitaban. Pero aunque eran pocos, no cabía duda de que daban más problemas que todos los habitantes juntos, sin contar los soldados y mercenarios.

Tan sólo se habían quedado los maestros, con uno o dos oficiales a su cargo, pero los aprendices, que eran los que menos tenían que perder con su ida, huyeron al saberse excomulgados. Los maestros con casa y establecimiento en la ciudad se quedaron, por miedo a perder lo que muchos años de sudor les había costado lograr.

Sus tiendas se abrían a lo largo de los barrios que se agrupaban según sus oficios. Había una travesía de herreros y otra de alfareros, pero la mayoría de los artesanos tenían que compartir calles, encontrándose en alguna los panaderos, plateros y perfumistas juntos.

Yo solía recorrer aquellos lugares a pie, porque eran pasos estrechos y no podían transitarse a caballo o en mula. Aunque no era digno de un obispo el andar por la ciudad mezclándose con el pueblo, consideraba que ir yo mismo a elegir las monturas de mis

caballos, las telas de mis ropajes o el vino de mi casa me daba la oportunidad de ver cómo vivían aquellos hombres.

La mayoría de las moradas eran de madera. Las había con techos de pizarra y con techumbre de paja. Algunas, como las de los plateros, eran de piedras bien cortadas, y en sus suelos, en vez de tierra pisada, había losas y alfombras. Algunas viviendas desprendían un terrible hedor, como ocurría con las de los curtidores.

Las calles mejor trazadas eran tan sólo dos. Una, la que recorría la ciudad de este a oeste, llamada Burgo Novo, y la otra, que se orientaba de norte a sur, y era denominada la Ruanova. Ambas confluían en la plaza del Campo. A sus lados se encontraban los conventos y monasterios de la ciudad, y de ellas salían múltiples callejas donde se mezclaban las casas, posadas y tabernas con las tiendas y almacenes de los artesanos.

No se producían en Lugo todos los bienes que necesitábamos. Nadie forjaba espadas ni se construían ballestas. De vez en cuando, sobre todo coincidiendo con los días de feria, llegaban mercaderes que ofrecían armas a señores y caballeros, personalmente. Por fortuna, los herreros de Lugo no tenían inconveniente en repararlas si es que se llegaban a dañar.

María se negaba a recorrer las callejuelas en busca de los objetos que necesitaba. Le producía mucha fatiga el tener que abrirse paso entre el populacho. Aunque saliese escoltada por mis hombres, siempre corría el riesgo de que la importunasen, ya fuese para pedirle limosna, ya para contemplar su rostro. Por eso, ordenaba a sus sirvientes que mandasen llamar a los artesanos para que estos le mostrasen sus géneros.

Por lo general, todos los que compartían un mismo oficio debían vender sus productos al mismo precio, so pena de multa por parte del gremio, pero algunos de aquellos hombres trataban por todos los medios de ganarse el favor del obispo para que comprásemos en su casa y no en la de su competidor; por eso a veces junto a sus productos ofrecían un obsequio; le llamaban “regalo” para no dejar ver que lo que realmente ocurría era que vendían más bajo que sus compañeros.

Aquello llegó a tal extremo que tuvieron trifulcas entre ellos y cada gremio se unió para elegir al maestro que habría de surtir mi casa. Unas veces se rotaban y otras hacían una elección entre ellos.

Yo no tenía jurisdicción para juzgarlos y mediar en sus disputas; ello correspondía a los propios gremios o a los alcaldes de la ciudad, uno de los cuales era a su vez artesano; pero en alguno de los casos,

debía decidir en sus asuntos, ya que, aunque obispo, yo también era el señor de la ciudad.

Al poco de llegar, yo todavía no había nombrado ni mayordomo, ni comendador, ni juez alguno que se ocupase de los asuntos de mi pueblo, y estando esos cargos vacantes, llegaron a mi casa varios hombres, entre los que estaban los tres alcaldes.

Los recibí en la cámara que utilizaba para llevar el gobierno del señorío y tratar los problemas domésticos. En la sala, hice instalar la silla obispal que había utilizado para tomar posesión de la ciudad. Sobre ella tenía un aspecto tan solemne que sabía que les intimidaba, y por ahí había que empezar para que me guardasen respeto. Y ya que mi cabeza se levantaba sobre todo aquel que entraba en la habitación, ello me hacía parecer no sólo poderoso, sino también gigantesco, porque a la altura de la silla se unía la mía, que era mayor que la de la mayoría de los vasallos de la ciudad, lo cual era para mí una ventaja. Claro que lo que en mí era una ventaja, en María era una desgracia, ya que su altura representaría un problema para casarla. Ningún marido quiere que su esposa le sobrepase una cabeza; eso dificulta el castigarla.

En la sala, además de la silla, había libros y mapas, que pocos entendían. Era una forma curiosa de juzgar a los que me visitaban. Si mostraba interés por ellos, deducía que aquella persona era instruida o había visto mundo. Pero la mayoría de mis vasallos pertenecían a la segunda clase, a aquellos individuos aburridos que no hablaban más que de cosechas o de lluvias.

Entraron los alcaldes, seguidos de varios hombres. Llamé a mi secretario, por si había de escribir algún acta. Los parroquianos se adentraron en la sala y observé su reacción ante los libros que estaban abiertos en la mesa, a la vista de aquellos patanes. Los miraron como una curiosidad más, pero dos de ellos hicieron algo más: intentaron leer sus páginas, o eso deduje, porque fueron los únicos que rodearon la mesa para ver la escritura al derecho, porque tal y como estaban colocados a su entrada, los libros se encontraban al revés, y así los vio la mayoría.

Uno de aquellos hombres era uno de los alcaldes, y el otro, sin duda, el que tenía problemas con el concejo de la ciudad.

El alcalde de más edad, Ruy Jiménez, que a su vez era el dueño de la mejor posada de Lugo, se adelantó y ante un ademán mío de que hablase, explicó lo que le había llevado ante mí:

—Obispo don Juan, estos vecinos han incumplido las normas y se niegan a acatar la voluntad del concejo. Han pedido hablar con vos para que seáis el que juzgue, al ser el obispo el señor de la

ciudad.

— ¿Qué norma han incumplido? —pregunté todavía sin tener ninguna pista de aquel asunto.

Se adelantó Pero Lorenzo, el alcalde que había intentado leer mis libros. Llevaba un manuscrito en la mano envuelto en telas. El rollo tenía un aspecto mohoso y envejecido. El alcalde habló:

—Señor obispo, estos hombres han instalado sus tiendas en la ciudad y pretenden vender allí sus productos, pero no tienen derecho a ello porque el fuero de Lugo establece que tan sólo los vecinos con casa en la ciudad pueden abrir una tienda en ésta.

"¡Santo Dios!", pensé yo. El Fuero de Lugo era un documento que databa del año 1117 y hasta entonces lo consideraba uno más de los manuscritos que se encontraban en los archivos de la catedral, e imaginaba que nadie lo había aplicado desde los tiempos de mi abuelo. Pero ese fuero fue uno de los peores quebraderos de cabeza de mi obispado, como luego tuve oportunidad de comprobar, ya que los alcaldes lo sacaban a relucir en las más variopintas ocasiones, como si aquel pergamino mohoso valiese tanto o más que mi palabra.

Pero Lorenzo me entregó el manuscrito, en el cual leí que, en efecto, las tiendas de Lugo tan sólo se debían reservar a los vecinos de la ciudad.

Aquello me irritó, porque nadie me había advertido de que aquel antiguo manuscrito se utilizaba, creyendo yo que había entrado en desuso con el tiempo. El que aquellos hombres intentasen aplicarlo iba en contra de mis intereses, porque si expulsaba a los comerciantes que no cumplían sus normas, yo dejaría de recaudar tributos por sus ventas. Así que decidí dejar por zanjada la cuestión y les hablé:

— ¿Pretendéis hacerme creer que todavía os regís por una norma que fue entregada a los abuelos de los abuelos de vuestros abuelos? Mirad la fecha, ¿veis? ¿Es que aplicáis todo lo que aquí dice? Pues no creo que sigáis pagando 12 denarios por contribución estable a la vivienda, tal y como dice este papel, entre otras razones, porque ya no se paga en esta moneda. Y además, el coste de las cosas desde que se escribió el fuero hasta ahora hace que esta cantidad sea irrisoria. Así que, si esa cláusula de la vivienda no se aplica desde hace años, no creo que debáis aplicar todas las demás. Como todavía no he nombrado mayordomo ni jueces, yo soy el que reparte justicia, así que dicto que estos hombres abran tienda en Lugo tal y como es su voluntad, siempre que se ajusten a las normas y costumbres de Lugo, y que paguen sus tributos.

Mi secretario escribió el acuerdo y sobre éste quedó mi firma, junto a mi sello.

Los alcaldes salieron de allí disgustados y los hombres de la contienda permanecieron agradeciéndome largamente lo que había hecho por ellos. El que sabía leer habló en nombre de sus compañeros. Se llamaba Rodrigo Alfonso y no volvió a aparecer en mi vida hasta que acabé mi obispado. Llegó a ser procurador de la ciudad, alto ascenso para un hombre que llegó con poca fortuna a ésta.

***

Aquella no fue la primera riña en la que hube de mediar, así que decidí librarme de aquella carga y nombrar jueces que resolviesen tales asuntos, aun a costa de mis dineros, puesto que tuve que pagarles lo suficiente para que no se dejasen convencer por los burgueses y para que velasen por los intereses de la Iglesia.

Los jueces evitarían que mis oídos estuviesen ocupados durante horas oyendo problemas sobre el uso del agua de las fuentes y el acueducto de la ciudad, los límites de las huertas de los vecinos o las pesas y medidas trucadas del mercado.

Pero cada hombre que nombraba a mi cargo era una sangría de dinero en mis arcas. Aparte de los hombres armados de mi guardia, tenía que mantener a los sirvientes, las doncellas de mi hermana, los gastos de comida, de los caballos, ropa y otras menudencias. Todos ello hacía que tuviese más y más deudas en la ciudad, que día tras día tenía que solventar.

Mi hermana, aunque era el ama, no podía tratar con proveedores y acreedores, y más cuando las deudas eran ya cuantiosas, así que el nombramiento del mayordomo se hizo inevitable, a pesar de que no encontraba candidato para el cargo.

En Córdoba, cada vez que teníamos problemas de dinero y necesitábamos liquidez para pagar a los proveedores, recurríamos a los judíos. Allí estos eran numerosos y pagaban tributos porque les dejásemos practicar sus costumbres, pero en Lugo, para mi desgracia, los judíos se reducían a un par de familias que vivían en unas casas pequeñas, pegadas a la muralla, lo cual evidenciaba que no tenían grandes rentas que ofrecer.

La gente de la ciudad acudía a ellos para obtener un préstamo, pero los judíos le cobraban un interés. Los judíos de Lugo, aunque modestos, acumulaban rentas por dedicarse a tales labores. De esta forma, salvaron con su crédito a varias familias, pero otras

quedaron en deuda con ellos de por vida.

Yo era reacio a acudir a ellos, pero Dios no me dio fortaleza para evitarlos y un día, viendo que no había forma de pagar los gastos de la casa, acudí junto a Isaac, que así se llamaba el jefe de la familia de los judíos. Pero eso fue antes de que la ciudad se llenase de gentes, se volviesen a cultivar los campos y las arcas del obispado creciesen gracias a las rentas de los vasallos que volvieron a mis tierras al saber que se había levantado la pena de la excomunión.

***

El infante Felipe era un hombre muy ligado a la ciudad.

Parecía ser que mis vasallos preferían ser gobernados por seglares como el infante y no por laicos como los obispos, lo cual era toda una fuente de conflictos. Pero con ello no mostraba cordura mi pueblo, porque de todos es sabido que las mejores tierras son las administradas por el clero, ya que es capaz de hacer de una tierra yerma, un huerto productivo. De hecho, la mitad de las tierras de Galicia estaban en poder de la iglesia y por ello se labraban y cultivaban con buenos resultados.

El infante Felipe había sido uno de los tutores del rey Alfonso en los años en los que el rey era menor de edad. Era un hombre taciturno y poco dado a las charlas, lo cual hacía de él más un soldado que un cortesano.

Tenía muy noble linaje, ya que era hermano del difunto rey Fernando, padre del rey Alfonso XI, llamado también el Justiciero.

Desde niño, había sido un gran señor en Galicia, acostumbrándose a hacer de ella su feudo particular. Como cuando murió el rey Fernando, en 1312, su hijo Alfonso era todavía muy niño —contaba tan sólo con un año de edad—, las cortes de Burgos decidieron entonces nombrar tres tutores: los infantes don Juan, don Pedro y don Felipe. Acordaron, además, que la abuela del niño Alfonso, María de Molina, fuese la que criara al rey hasta su mayoría de edad.

Aquellos años de minoría de edad del rey Alfonso fueron terribles para el reino de Castilla. Había desórdenes por todas partes, los campos estaban llenos de bandidos y no había autoridad fuerte que pudiese acabar con ellos.

Para Lugo, la vida tampoco fue fácil. Por fortuna, yo todavía vivía en Córdoba y fueron mis predecesores en el cargo, los obispos Juan Hernández y Rodrigo Ibáñez, los que tuvieron que vivir tales desgracias.

Decía yo que el infante Felipe estaba muy ligado a Lugo. En el año 1316, el concejo de Lugo se negó a reconocer el señorío temporal del obispado, que por aquel entonces lo tenía don Juan Hernández. En cambio, el concejo le ofreció el señorío de la ciudad al infante Felipe, que no tuvo remilgos en ocuparlo.

El infante, para consolidar su poder en la ciudad, construyó entonces en la puerta de Toledo una fortaleza con dos torreones y colocó en ella a sus hombres de armas. La fortaleza sigue todavía en pie. No la mandé derribar porque nunca se sabe cuando se necesitará refugio frente a las acometidas de la plebe.

Para construir la fortaleza, el infante mandó que se utilizasen las piedras de una fortaleza que estaba anteriormente allí emplazada y que había sido mandada construir por el obispo Juan Hernández, el obispo al que habían arrebatado el señorío.

Pero ese mismo año, en 1319, la suerte cambió para el orgulloso infante Felipe. En Santiago de Compostela, el 25 de julio, día del santo patrón de la ciudad, fue nombrado arzobispo el terrible dominico fray Berenguel de Londola. Al arzobispo Berenguel —sin duda, pasarán muchos años sin que sus vasallos puedan olvidarle—, no le gustó que a pocas millas de sus tierras se encontrara un seglar gobernando el otrora obispado de Lugo. Así que, desafiándole, Berenguel nombró obispo de Lugo a don Rodrigo Ibáñez y al poco dictó la excomunión de los lucenses, debido a los males que habían acarreado a los sucesivos obispos.

El infante Felipe no se hallaba en tierras gallegas en aquel entonces, sino que andaba en guerra con don Juan Manuel y Juan el Tuerto, los dos Juanes que en ese momento eran los tutores del rey, en sustitución de los difuntos don Juan y don Pedro, que habían sido los tutores iníciales, con el infante Felipe.

Así que el reino estaba en guerra por la lucha de los tutores entre sí. Mientras tanto, en Lugo, el concejo tenía su guerra particular con el recién nombrado obispo don Rodrigo Ibáñez. No dudaron en apedrearlo y echarlo de la ciudad varias veces, porque no querían otro señor que no fuese el infante Felipe, que les dejaba gobernar a su antojo la ciudad.

Pero estas guerras y revueltas acabaron con un hecho esperado por todos y que hizo alumbrar grandes esperanzas: el 13 de agosto de 1325, las cortes de Valladolid nombraron mayor de edad al rey Alfonso, que contaba con catorce años.

Los reinos que formaban Castilla volvieron así a la calma, cansados de tantos años de desórdenes que nos trajeron los tutores del rey durante su minoría de edad.

Cuando quedaron amansadas las aguas por el rey Alfonso, el papa Juan me nombró obispo de Lugo, siendo mi predecesor en el cargo el poco afortunado don Rodrigo Ibáñez, trasladado al obispado de Tuy, donde con más suerte logró hacerse con la ciudad, porque en Lugo tan sólo había logrado que le maltratasen.

Pero el infante Felipe no desapareció de la vida de Lugo con mi llegada. De hecho, desde el mismo día en que fui nombrado obispo, pensaba en aquel terrible hombre. Y desde mi llegada a Lugo sabía que tarde o temprano vendría a enfrentarse conmigo para hacerse cargo de la ciudad.

Y así estaba yo, esperando, con los hombres del infante instalados en el castillo que él tenía en la puerta de Toledo, tal y como los había dejado para que guardasen sus posesiones. Fuerte y robusto castillo, obra sin duda de un hombre que conocía la guerra. En el castillo se podría resistir el ataque de más de doscientos hombres defendiéndolo tan sólo con cincuenta.

Los hombres que allí había dejado el infante Felipe hacía tiempo que no recibían sus pagas, por eso, no tuvieron mucho reparo en que yo pasase a mandar en la ciudad.

***

Cuando ya llevaba en el obispado más de un mes, vinieron aquellos hombres a mi casa y pidieron audiencia.

Yo sabía que aquellos no eran caballeros de honor, sino mercenarios pendencieros.

Les había visto borrachos, blandiendo sus espadas bravuconamente para asustar a los campesinos y mercaderes. Ante mí, no hacían más que llamar la atención mostrando su destreza con las armas, pero sospecho que más que presumir de ser hombres de la guerra, intentaban impresionarme para que les contratase a mi servicio.

No me equivoqué en mis sospechas, porque solicitaron que les dejase trabajar en mi guardia, que por cierto no era numerosa en aquella época.

Como yo gozaba de una posición superior ante ellos, me vengué por los desórdenes que habían ocasionado en la ciudad, y mi venganza consistió en darles largas para recibirlos.

Así que los tuve un par de semanas llamando a mi puerta, suplicando ser recibidos en audiencia.

Los hombres venían encabezados por su capitán, un tal Eliseo de la Peña. Éste era el que hablaba en su nombre:

—Querríamos saber si el señor obispo nos recibiría para tratar asuntos que tanto le interesan a él como a nos —le decía Eliseo de la Peña al sirviente que abría mi puerta.

Y el sirviente, fiel a las palabras que le había ordenado responder, contestaba:

—El señor obispo, Juan Martínez, no podrá recibirles por hallarse reunido con el cabildo. Ha dejado recado de que todo aquel que solicite verle, vuelva mañana.

Y así estuvieron los soldados yendo día tras día a mi casa, recibiendo por toda respuesta las negativas de mis sirvientes.

Los soldados no eran bien vistos en la ciudad. Se emborrachaban y alteraban la paz. Y eran todavía menos queridos en aquellos tiempos, porque al andar escasos de dinero, debían cuantiosas sumas y ya no se les fiaba. Mis sirvientes tampoco les apreciaban, por eso se peleaban por abrir la puerta y darles la noticia de que aquel día el obispo tampoco les iba a recibir. Mientras uno de ellos era el encargado de abrir la puerta, el resto se escondía tras ella o tras las contraventanas para oír la negativa que el sirviente afortunado daba a los soldados, y después de que cerrase la puerta ante las narices de aquella tropa, estando aún cerca los soldados, rompían a reír.

Yo también reía, porque desde la ventana de mi alcoba podía ver por las ranuras de las contraventanas a los soldados, desconcertados por mi negativa a recibirles. Ver a aquellos hombres curtidos y rudos vestidos con sus mejores ropas ir día tras día a mi casa, sumisamente, como corderos, no dejaba de considerarlo un hecho gracioso.

La ciudad también se reía de ellos. Los vecinos, al verlos desfilar ante sus casas un día sí y otro también por las mismas callejas, les preguntaban con cierta malicia:

— ¿Os recibirá el obispo hoy?

O les decían:

—Tendréis que tirar la puerta de su casa para verle.

Y otros les gritaban:

— ¡Probad de rodillas o flagelándoos, como hacen los penitentes!

La ciudad se burlaba de ellos al verles pasar a la misma hora en solemne procesión. El pueblo les llamaba “la procesionaria”, porque por las estrechas callejuelas de la ciudad iban en fila de a uno, siguiendo a su jefe, al igual que las orugas que reciben ese nombre, siguiendo a la oruga guía.

Pero el capitán de los soldados, Eliseo de la Peña, empezó a dar monedas a mis sirvientes para conseguir la deseada audiencia. Y ello complicó las cosas, porque antes de que llegasen los soldados, mis sirvientes se peleaban por abrir la puerta y ser los que se adjudicasen aquellos ingresos furtivos. Eliseo de la Peña cada vez pagaba mejor a mis criados para alcanzar su objetivo.

Como mi casa estaba revolucionada por aquellas idas y venidas, decidí que era hora de recibir a los soldados.

Me puse mis mejores galas y los dejé entrar en la cámara de audiencias. Como eran más de veinte, la cámara pronto se llenó de una mezcla de sudor y suciedad, así que mis criados tuvieron que abrir las ventanas. Pero antes de ello, hice otra maldad que hace pocos días fui a confesar al abad. Como sabía que aquellos hombres no cobraban desde hacía tiempo sus jornales y que sin duda tenían que estar pasando hambre, puse sobre la mesa un asado de buey que desprendía un sabroso aroma y junto a él, una jarra de mi mejor vino.

Los hombres, tal y como yo sospechaba, no apartaron los ojos de la mesa.

Haciéndome el no enterado de los suculentos olores, les hablé:

—Me han dicho mis sirvientes que tenéis asuntos que comunicarme, que tanto me interesan a mí como a vosotros. Sed breves, porque, como veis, me disponía a almorzar.

El capitán Eliseo de la Peña se adelantó y habló con una solemnidad que me sorprendió, porque no imaginaba que aquel hombre fuese de maneras tan dignas y cultas, sino que pensaba hasta aquel momento que titubearía al hablar, como hacían la mayoría de los que por aquella sala pasaban.

—Señor obispo, he venido con mis hombres porque sé que sois bueno y comprensivo. Desde que os oímos hablar el día que os rindieron vasallaje, quedamos hondamente impresionados al saber que pensáis levantarnos la excomunión si nuestro comportamiento lo merece.

—Supongo que no habréis venido a darme las gracias —le interrumpí con cierta brusquedad.

Eliseo no pareció ofenderse por ello, sino que, con toda tranquilidad, prosiguió:

—No, señor obispo, lo que vengo a ofreceros son mis servicios y los de mis hombres. Con ello, tanto vos como nos saldremos beneficiados. Vos necesitáis hombres de armas que os protejan de bandidos y señores avariciosos que sin duda ya habrán puesto sus ojos en la ciudad y sus tierras. Y nosotros necesitamos un señor al

que servir y que nos dé alimento y paga.

—Tal vez sea cierto lo que decís, pero no voy a contestaros ahora. Os haré saber lo que decida. Podéis retiraros —le dije, levantándome de mi silla—. Todos, menos vos —y señalé a Eliseo.

Los hombres salieron de la sala llevándose su pestilente olor. Y allí me quedé yo con Eliseo, a solas. Aproveché para observarlo mientras comía un buen trozo de carne de buey.

Aquel hombre no parecía un soldado corriente. No tenía cicatrices visibles como el resto de sus compañeros de armas, salvo que le faltaba un trozo de oreja. Pero aquel defecto no le afeaba mucho; peor hubiese sido que le faltase un dedo o un trozo de nariz, como a algunos de sus soldados.

Tenía una mirada altiva y procuraba comportarse ante mí con corrección, desviando sus ojos oscuros hacia lugares donde no viese la comida. Y así, miraba la zona de la sala donde estaban los libros y un tablero de ajedrez.

Al verlo observar en aquella dirección, le pregunté con desgano:

—Os veo interesado por el tablero de ajedrez.

—Sí, me sorprende ver este juego en estas tierras, pero olvidaba que provenís de Córdoba, y allí hay otras costumbres.

— ¿Sabéis jugar?

—Hace tiempo que no juego. En mi casa, jugaba con mi padre y mis hermanos.

Me agradó saber que aquel hombre jugaba al ajedrez. Ello hizo que aumentase mi simpatía por él, que hasta ese momento no era mucha. Estuvimos conversando un buen rato y así supe que Eliseo de la Peña tenía familia en unas tierras cercanas a Ciudad Rodrigo, y que era el hermano menor de una numerosa prole. Había entrado al servicio del infante Felipe como escudero y luego como caballero. El infante lo había dejado al cuidado del castillo de Lugo que había mandado construir y allí llevaba varios años con sus hombres, guardando la fortaleza y dependiendo de los víveres y pagas que le mandaba el infante.

Pero el infante Felipe vio reducido su poder, porque de tutor del rey niño Alfonso pasó a ser uno más en la corte, aunque poderoso todavía. Cuando su poder fue menguando, dejó de mandar dineros a Lugo. Por eso, aunque Eliseo le guardaba respeto y fidelidad por haberle servido durante muchos años, poco a poco dejó de verlo como su patrón, al verse abandonado y olvidado por él. Así que decidió cambiar de señor, yendo con sus hombres a ofrecerse a mi servicio.

Al saber que jugaba al ajedrez, lo invité a cenar esa misma noche a mi mesa para así tener ocasión de practicar con alguien aquel entretenimiento.

***

Aquella noche, mi hermana conoció a Eliseo. Su opinión sobre este hombre no fue favorable, según me dijo después, porque le hacía sentirse como una niña y no como la mujer que aspiraba ser.

María había invitado aquella noche a un juglar para que cantase mientras cenábamos. El juglar entonó bellas canciones de amor que hicieron que mi hermana le alabase durante largo rato, ofreciéndole vino que ella misma le sirvió con sus propias manos.

Yo la dejé obrar de aquel modo viéndola feliz luego de mucho tiempo, porque sabía que echaba mucho de menos aquellas distracciones que habíamos tenido durante nuestra estancia en Aviñón, donde eran varios los hombres galantes y los juglares que teníamos ocasión de recibir en nuestra casa.

Prestándole atención al músico, María se percató apenas de la presencia en nuestra mesa de Eliseo de la Peña. Eliseo, intentando ser gentil, alabó el peinado de mi hermana y los dos cachorrillos que jugueteaban alrededor de sus faldas. Pero María, como todas las mujeres, no hacía más que mirar a aquel afeminado juglar que hablaba de amores imposibles y de gestas de caballería.

Yo estaba aburrido de tanta música y galanteo por parte del juglar. Me arrepentí de haberle dejado amenizar nuestra cena, pero no pude negarme a las peticiones de María, a la cual se le hacían terriblemente largas las cenas con el deán Fernando o con los demás miembros del cabildo. Tenía más de niña que de mujer por aquel entonces.

Eliseo miraba embobado a mi hermana. Era obvio que hacía tiempo que no cenaba con una dama. Mi hermana, indiferente a sus miradas, sonreía al músico. Y yo, sin nada mejor que hacer, daba buena cuenta del vino de la jarra antes de que María volviese a servir al juglar y agotase su contenido. Pero tanto vino hizo que perdiese la paciencia y acabé mandando callar al cantor:

— ¡Callaros ya de una vez! ¿Es que queréis que mande que os quemen el laúd?

María, temiendo una desgracia, despidió rápidamente al hombre, no sin antes darle unas monedas y un pedazo de carne envuelto en una tela.

Y por fin reinó la paz en mi casa. Pero pronto empezó otra

guerra.

Eliseo de la Peña criticó con lengua afilada los cantos de aquellos trovadores que llenaban la cabeza de fantasías a las muchachas de toda la cristiandad. Yo, por supuesto, me alegré de saberle de mi opinión. Sin duda, Eliseo era un hombre juicioso. Pero María se disgustó visiblemente al ver que yo tenía un cómplice en mi desprecio a los juglares. Por eso, intentó por todos los medios arruinarnos la velada. Primero, derramó lo que quedaba del vino, fingiendo torpeza. Y luego le habló a Eliseo sobre lo mucho que se había reído de él y de sus soldados durante los días que estuvieron solicitando audiencia. Incluso, llegó a confesarle que el pueblo les llamaba "la procesionaria", lo cual hizo enrojecer a mi invitado.

Cuando ya estaba yo dispuesto a echarla de la mesa por su insolencia con Eliseo, María fingió tener una terrible jaqueca y se despidió sin más contemplaciones.

Mientras perseguía por la sala a sus dos perritos para llevárselos consigo a su alcoba, me disculpé de su conducta ante Eliseo:

—Perdonad a mi hermana. Sin duda, lo que necesita es un buen marido que domine ese terrible carácter.

—No me ha ofendido. No es más que una chiquilla. Los años la harán más juiciosa.

María debió de oír esto último y, ofendida por verse llamada chiquilla, salió de la sala dando un sonoro portazo. Pero Eliseo, más que enfadado por ello, parecía divertido por el comportamiento de mi hermana y soltó una carcajada.

Aquella noche, tras la cena, le propuse a Eliseo que fuese mi mayordomo. Sin duda, era un hombre juicioso y tenía no sólo cualidades con las armas, sino una aguda inteligencia. Me ganó la partida de ajedrez. Ello me dejó impresionado y le reté a la revancha a la noche siguiente.

Así, Eliseo entró en mi casa. No sólo se sentaba a mi mesa a cenar, sino que durante el día se encargaba de las diversas ocupaciones de un mayordomo: suministraba víveres, trataba con los proveedores, organizaba la defensa y las guardias de la ciudad, era el encargado de que las puertas de la muralla se abriesen y cerrasen a su hora, se cuidaba de que se cumpliese lo que yo decretaba y de mantener el orden y la paz en la ciudad.

Muchas eran sus ocupaciones, y más lo fueron cuando la gente volvió a sus casas y se levantó la pena de excomunión.

Mis hombres se pusieron a sus órdenes sin poner pegas ni faltarle al respeto, porque su carácter seguro y firme hizo que temiesen discutir sus mandatos. Pero, además, él mostró su valía

trabajando como el que más y por eso se ganó su confianza.

Sin duda, fue uno de los mejores hombres que sirvieron a mis órdenes y por ello guardo tan grato recuerdo de él.

***

Ocurrió tiempo después lo que todo el mundo temía pero callaba: apareció el infante Felipe.

El temido infante llegó ofendido a la ciudad, seguido de su guardia.

Ya por aquel entonces era un hombre envejecido para provocar temor a su paso, pero no los hombres que le acompañaban, escogidos entre los más bravos y fuertes.

La ofensa del infante no era otra que la de ver su fortaleza desprotegida y que los hombres que él había dejado para guardarla, encabezados por Eliseo de la Peña, habían mudado de señor, encontrándose ahora a mis órdenes.

Desde lo alto de las murallas, vimos llegar al infante.

Unos días antes, éste había mandado un mensajero para que se le preparase cama y comida en su fortaleza, pero el correo se encontró con que los que otrora moraban en la fortaleza del infante, ahora me servían. El mensajero, desconcertado, partió para comunicar al infante la nueva situación.

Cuando el infante Felipe llegó ante las puertas de la ciudad, Eliseo había ordenado cerrarlas, en espera de que el infante hiciese rodar cabezas, sobre todo la suya, por haberle traicionado al ponerse a mi servicio.

Eliseo, que hasta aquel día nunca se había mostrado ante mí nervioso ni desencajado, deambulaba de un lado a otro de las murallas, como un lobo acorralado.

Mi hermana se había encerrado con sus damas y los hombres del clero, en la catedral. Rezaban y rezaban pidiendo al señor que el infante volviese sobre sus pasos y se olvidase para siempre de la ciudad.

El pueblo, temiendo ser atacado por un ejército enfurecido, desapareció por los campos y los bosques a tal velocidad que algunos dejaron las bestias desatendidas y los pucheros en el fuego. En la ciudad tan sólo quedaron los ancianos, los soldados y el clero. Los enfermos que vivían en extramuros entraron al recinto amurallado antes de que se cerrasen las puertas, lo cual contribuyó al penoso aspecto de la ciudad, que parecía como si de súbito hubiese sido arrasada por una epidemia y tan sólo la habitasen los

perros.

Y así estábamos cuando llegó el infante Felipe.

Por fortuna, sus hombres no constituían ni con mucho un ejército y los que estábamos dentro de las murallas podíamos triplicar y cuadriplicar su número.

Se acercó a la puerta de San Pedro, o Toledana, sobre la cual él había mandado construir su fortaleza. A pesar de ser un hombre entrado en años, habló alto y claro a los que le mirábamos desde la altura:

—He venido a reclamar mi castillo y mis derechos del feudo. Tengo derecho sobre ello al ser yo el que mandé construir la fortaleza y al ser el pueblo de Lugo el que me eligió como su señor.

—Infante —le grité desde una almena—, sin duda conocéis ya que el pueblo me ha entregado las llaves y la enseña de la ciudad, y que soy su obispo por la gracia del papa Juan. ¿Qué podéis alegar, si a mí me ha elegido el representante de Dios en la Tierra y a vos os ha elegido la chusma pecadora? ¿Desde cuándo el pueblo manda más que el Papa?

El infante se quedó mudo por unos instantes. Luego, conversó algo con sus hombres. Al cabo de un tiempo, que para los que estábamos en la fortaleza fue eterno, volvió a hablarnos:

—Acabaré con vos si no me dejáis entrar. Volveré con un ejército para haceros entrar en razón —y gritó todavía más alto—. ¡¿Dónde está ese traidor de Eliseo de la Peña?! ¡Da la cara, cobarde! ¡Sé que estáis ahí escondido tras las faldas del obispo!

Eliseo estaba a mi lado, bien visible para los que nos contemplaban desde la base de la muralla, pero el infante parecía no verlo. Ante mi extrañeza, uno de los soldados comentó que el infante Felipe era corto de vista.

—Aquí estoy, señor Felipe —gritó Eliseo.

—Así que ahora servís a ese obispo Juan. Olvidasteis que me debíais fidelidad.

—Y vos olvidasteis mi paga y mi alimento —le respondió Eliseo.

—Pues bien, roto el vínculo que nos unía, cuando entre en la ciudad, vuestra cabeza será la primera que rodará por el suelo.

—Aquí estaré esperándoos.

Y dicho esto, el infante dio media vuelta y partió junto a sus hombres. Se perdió de vista entre los bosquecillos que lindaban con la ciudad.

El infante era un hombre orgulloso; así lo había demostrado. No era la primera vez que se enfrentaba con la Iglesia. Años antes,

había sido humillado por el arzobispo de Santiago, Berenguel de Londola, porque este último le obligó a firmar un documento en el que la ciudad de Lugo sería entregada a su muerte al señor de la ciudad. Para el infante, acostumbrado a hacer su capricho en tierras gallegas, aquel documento era una ofensa a su persona, porque él quería hacer su voluntad incluso después de muerto.

Si bien yo era el señor de Lugo, la fortaleza todavía no me pertenecía, ya que estaba escrito que tan sólo sería mía después de la muerte del infante, pero yo no estaba dispuesto a ver a aquel hombre por mis tierras. Sabía bien que, en una ocasión, el pueblo le había arrancado las llaves y la enseña de la ciudad a uno de mis predecesores en el obispado, y se las había entregado al infante. Tonto sería volver a correr ese riesgo. La sola idea de que tal suceso aconteciese me hacía temblar.

Sin duda, también a Eliseo de la Peña y a sus hombres la situación les preocupaba. El infante Felipe no se atrevería a matar a un obispo, porque ello le garantizaría el arder en el Infierno para toda la eternidad, pero seguro que no tendría inconveniente en matar a mi mayordomo y a sus hombres, porque con la absolución de cualquier otro prelado, no tendría que ir forzosamente al Infierno.

Tan pronto como el infante partió, se abrieron las puertas de la ciudad y el pueblo entró en ella.

Yo estaba furioso, porque no veía con buenos ojos el que mis vasallos me abandonasen cuando la ciudad corría peligro.

Si hubiesen sido buenos hombres, no les habría importado defender las murallas con cuchillos, hoces o piedras, pero aquellos hombres eran de naturaleza ruin y se resistían a mover un dedo por mi.

El pueblo estaba cansado de las desventuras que les habían deparado los enfrentamientos entre sus señores. La última de ellas había acarreado como consecuencia la excomunión, así que les era indiferente quien los gobernase y no estaban dispuestos a morir por ninguno de sus amos.

Capítulo III

La vida transcurría apaciblemente aquella primavera. En los campos florecían los manzanos y las amapolas, y todo se llenó de abejas que iban y venían produciendo miel para mis colmenas.

María, hasta aquel momento, había tenido como distracción el jardín de la casa, donde jugaba y leía con sus doncellas. Era un descuidado jardín que a veces hacía de huerto donde se plantaban habas y nabos. Lo rodeaban unos altos muros y tan sólo se accedía a él por la cocina de la casa.

Pero la llegada de la primavera hizo que el mundo le quedase pequeño a mi hermana. Cansada de estar todo el día entre muros, buscó nuevas distracciones.

Se le antojó pasear a caballo por los bosques cercanos, pero a mí aquello me parecía poco apropiado para una dama, aunque en Aviñón fuese bastante habitual. En nuestras tierras, María se exponía a que la asaltasen los bandidos o a toparse con alguna bestia que espantase su caballo.

Ella insistió tanto que tuve que dejarla salir a pasear, seguida por sus doncellas y vigilada por su ama de cría. Eliseo eligió varios hombres para que las custodiasen y yo me quedé más tranquilo.

Y así se iniciaron sus paseos.

Yo estaba muy ocupado con los asuntos de la Iglesia para permitirme el lujo de pasear con ella y Eliseo tampoco tenía muchas horas durante el día para atenderla. A los dos se nos pasaron por alto las posibles consecuencias de aquellos paseos y no nos dimos cuenta de que, de esta forma, ella se dejó ver por mis vasallos, que la contemplaba entrar y salir de la ciudad a lomos de su delicada yegua.

Y el pueblo, sin nada mejor de qué hablar desde que se había ido el infante Felipe, empezó a comentar las gracias de mi hermana. A los pocos días de que se iniciasen sus paseos, se corrió la voz de que era una dama de belleza singular y que sobre su yegua tenía el

porte de una reina.

No puedo menospreciar a mi hermana; sin duda, a lo largo de mi vida he visto damas más graciosas, pero mi hermana, aun siendo muy alta para el gusto de la mayoría de los hombres, tenía el don de que ellos quedasen encantados alrededor de ella, perdiendo su juicio hasta los más sensatos.

Eliseo, por ejemplo, en aquella época procuraba tratarla como a una chiquilla, pero en más de una ocasión vi cómo la seguía con el rabillo del ojo en sus idas y venidas a caballo.

Tanta habladuría y tanto paseo no tardaron en dar su fruto.

Una tarde, apareció un hombre que dijo hablar en nombre de su señor, el caballero Edelmiro Mouto, dueño de las tierras de los Castros de Mercelle, es decir, mi vecino.

El hombre solicitó verme y yo, aconsejado por el deán Fernando, que le conocía, le concedí una audiencia.

—Sé que vos, obispo Juan, tenéis una hermana casadera. Si todavía no tiene compromiso, tal y como me han informado, mi señor estaría gustoso en tomarla como esposa —habló el hombre de Edelmiro.

—No os equivocáis —le respondí—, pero habéis de saber que no conozco a vuestro señor y que no voy a casar a mi hermana con un hombre que tal vez carezca del linaje y de las tierras que merece la hermana de un obispo. Os informo que pretendo darle una buena dote. A falta de hijos y de sobrinos, ella tiene mis favores.

—Si me permitís cantar las hazañas y linaje de mi señor, veréis que es digno de la belleza de vuestra hermana —el hombre parecía dispuesto a soltar un largo discurso sobre la familia del tal Edelmiro Mouto. Y así lo hizo. Lo que parecía tedioso antes de comenzar, empezó a parecer interesante a mis oídos.

Cuando el hombre acabó su sarta de alabanzas y sin duda exageraciones de las virtudes de su señor, ya había anochecido. Las puertas de la ciudad se cerraban todas las noches a las nueve, y en aquel momento ya debían de estar cerradas desde hacía un buen rato. Demostrándole mi hospitalidad, le di cobijo en mi casa para pasar la noche y así evitar que se alojase en la posada, donde sin duda contaría a todos los allí presentes cómo su señor pretendía casarse con María.

Aproveché la cena para que el hombre repitiese ante María las hazañas de su señor.

Como sabía que el hombre examinaría con ojos de alcahuete a mi hermana, le ordené a ésta que se pusiese sus mejores galas para la cena.

María, emocionada ante la idea de un pretendiente, se engalanó y perfumó, deleitándonos con un exquisito peinado que habían elaborado sus doncellas.

Aquella noche también cenarían con nosotros el deán Fernando y otro de mis preferidos entre los miembros del cabildo, Arias Yánez. Y para saber su opinión, había invitado, como era habitual, a mi mayordomo Eliseo.

Recuerdo que aquel hombre no paró de hablar en toda la noche de su señor Edelmiro.

María le miraba fascinada. Para una mujer, se trataba sin duda de un momento importante. Educada desde la infancia para el matrimonio, la perspectiva de éste hacía que se le llenasen los ojos de chiribitas.

El pretendiente Edelmiro no tenía padres ni hijos. Había enviudado en dos ocasiones y ninguna de sus mujeres había logrado darle herederos. Tan sólo tenía como parientes un par de sobrinos que luchaban en ese momento con el rey Alfonso contra los moros.

Todo padre con buen juicio hubiese querido casar a su hija con aquel hombre, ya que, sin más familiares, la mujer sería el ama de casa y sus hijos heredarían las tierras.

Edelmiro rendía a su vez vasallaje a otro gran señor, el adelantado mayor de Galicia, el gran señor Álvar Núñez de Osorio, que era uno de los favoritos de rey, y la vez gozaba del condado de Trastámara y la gobernación de Galicia y León. No me podría olvidar de su nombre y de su rostro, porque años más tarde protagonizó una de las mayores ofensas hacia mi persona que recibí en mis años de prelatura.

Cuanto más hablaba aquel hombre, más apropiado me parecía el matrimonio.

El caballero era mi vecino y eso convenía a las dos partes. El sellar una alianza entre nuestras casas era una decisión sabia que no podía dejar escapar.

El resto de los comensales asentía a las palabras del alcahuete, mostrando así su conformidad con la que sería una buena boda.

El hombre, a la par de que hablaba, observaba a María, sus cabellos, sus manos, sus ojos, su nariz, y cuando mi hermana se dispuso a dar un buen bocado a una costilla de cerdo, el hombre miró descaradamente sus dientes.

Parecía ser que le agradaba lo que veía, porque se mostró en todo momento alegre y de buen humor.

Pero yo tenía mis preguntas: ¿era el pretendiente un buen

cristiano? ¿Cumplía todos sus ritos con la Iglesia? ¿Hacía bautizar a sus vasallos? ¿Cuántas rentas generaba su casa? ¿Qué relación tenía con sus condados vecinos? Todo eso me intrigaba y, para mi agrado, el hombre contestaba una tras otra mis preguntas.

Eliseo, que por aquel entonces ya se había ganado mi confianza, se atrevió a preguntar por la edad del caballero Edelmiro, y obtuvo por toda respuesta que el tal Edelmiro tenía tantos años como para ser juicioso y a la vez era tan joven como para defender sus tierras con bravura. El resultado de esa respuesta fue que nos quedamos sin saber su edad, cosa del todo intrascendente, a menos que el novio fuese un niño. En el caso de una dama, el problema de la edad es mayor, porque los hombres tienden a quererla joven para que pueda tener hijos sanos.

Terminada la cena, no hubo aquella noche partida de ajedrez, sino que despedí a mis invitados, menos al alcahuete, al cual había ofrecido mi casa para pasar la noche.

Alargamos la velada una vez que se fueron todos y hablamos de los detalles de la dote.

Él tomó nota de todo lo ofrecido y dijo que volvería con la respuesta de su señor. Pero existía un inconveniente. Yo estaba dispuesto a ofrecer una buena dote, pero por el momento no podía reunir aquella cantidad.

Ante ello, el hombre respondió que su señor estaría dispuesto a esperar un tiempo prudencial para que yo reuniese el dinero.

Respiré tranquilo al oírle decir eso. Ya tenía yo bastantes problemas con las arcas del obispado como para tener que preocuparme de reunir una elevada cantidad de dinero en breve.

Me retiré a mis habitaciones, dispuesto a meterme entre las sábanas. El día había sido agotador y propuse abandonarme a los sueños una vez que hubiese rezado al Señor. Aquella noche, incluí varias oraciones más de lo acostumbrado, en agradecimiento de que el Señor me hubiese mandado a aquel hombre para desposar a mi hermana.

Pero alguien llamó a mi puerta mientras estaba rezando.

—Disculpadme, hermano, pero no me quedaré dormida hasta que me contéis lo que hablasteis de mi boda.

Era María, descalza y con esa cara que ponía cuando deseaba que hiciésemos su antojo.

Estuve a punto de despedirla, pero me empezó a hablar de que a nuestra madre le hubiese gustado verla casar. María sabía cómo entristecerme para salirse con la suya. La visión de nuestra madre contemplando desde el Cielo la boda de su hija me enterneció. Y

por ello, le conté más de lo que una mujer había de saber sobre su dote hasta que llegase el momento de desposarse.

***

Cuando era niño, pensaba que todas las mujeres carecían de seso. Las veía hacer cosas estúpidas, como pasarse las horas mirándose al espejo y peinándose su cabellos, o mirando por la ventana a los mozos y hombres en su ir y venir.

Más tarde comprendí que, lejos de lo que pensaba, había mujeres que eran muy listas. Cuando una mujer parece imbécil y estúpida ante un hombre, de seguro que está pensando en cómo utilizarlo para su mejor beneficio.

María, sus damas y su ama de cría pertenecían a esta última clase de mujeres.

Tan pronto como se enteraron del compromiso de María, parecieron terriblemente dichosas de cambiar de casa y de señor. Parecía ser que ellas sabían algo que yo ignoraba. El pretendiente de María era un hombre entrado en años y, por tanto, un ser manejable por las mujeres. Mal asunto para un hombre el que su mujer planee hacer en su casa lo que le venga en gana.

De seguro, aquellas mujeres ya estaban tramando cómo arrinconar al pobre hombre, que lo único que anhelaba era dejar un heredero sobre la Tierra y gozar de una tranquila vejez.

María no dejaba de hablar de su prometido, Edelmiro Mouto. Cantaba sus virtudes mucho más de lo que lo había hecho su alcahuete.

Cuchicheaba con sus damas por todos los rincones de la casa, contándose no sé qué interesantes secretos que las hacían enrojecer.

Eliseo asistía a nuestras cenas, como de costumbre, pero empezó a buscar excusas para ausentarse, como que tenía que cuidar de la defensa de la ciudad o que tenía que organizar las guardias de sus hombres. A mí aquellas explicaciones me parecían razonables, teniendo en cuenta que el infante Felipe podría volver a la ciudad tal y como había anunciado. Pero, al cabo de un tiempo, me di cuenta de por qué evitaba nuestra compañía: María le mortificaba haciéndole ver que su prometido era superior en linaje y en tierras que él, que nunca llegaría a ser propietario y que su familia no contaba con rasgos de nobleza.

Mi familia tampoco podía decirse que tuviese sangre noble. Tan sólo el padre de mi padre había sido conde, pero las armas y el título de ese condado se habían perdido, yendo a parar a otra rama

de la familia, lo cual no era de extrañar, porque mi padre había tenido más de doce hermanos.

Así que nuestra posición, es decir, la de mis hermanos y la mía, no era como para presumir de ella. Gracias a que yo era obispo, mi hermana podía ser considerada como un buen partido, pero tan sólo si ella iba acompañada de una buena dote. Si no, al carecer de títulos, poco más valdría que la hija de un tabernero.

La boda aún tendría que esperar. Habíamos acordado el mes de diciembre, el día de Navidad. De esa forma, me aseguraba de gozar de tiempo para reunir el dinero.

***

En los archivos de la catedral se conservaba una escritura llamada "Instrumento de concordia". El documento era un contrato entre el arzobispo de Santiago de Compostela, el de Toledo, el de Sevilla, y diversos obispos, entre ellos el de Lugo.

Aunque había sido firmado hacía más de quince años, y muchos de los firmantes ya habían fallecido o ya no estaban en el cargo, los sucesores de estos consideraban que todavía tenía vigencia.

El documento comprometía a todos los firmantes a ayudarse y favorecerse en los casos en que sus personas o los eclesiásticos y vasallos que eran de su jurisdicción fuesen dañados o injuriados.

Cuando tuve el documento en mis manos creí que era sabio que se siguiese cumpliendo por todos los que en aquel momento ocupábamos las prelaturas.

También los demás parecían de mi opinión.

Gracias a aquel acuerdo, el obispo de Mondoñedo, ciudad que estaba al norte de mis tierras, ya cercana a la costa, mandó un mensajero para prevenirme de los peligros que corría. No sólo mandó un mensajero, sino que ofreció a sus hombres para la defensa de Lugo.

El mensaje era el siguiente:

El infante Felipe está preparando el asalto a vuestra ciudad. Ha reunido hombres y armas, y avanza desde el noroeste. En menos de una semana, llegará hasta las murallas de Lugo. El comendero de mi ciudad está dispuesto a partir en vuestra ayuda si así lo solicitáis.

El comendero en cuestión era don Pedro Fernández de Castro,

más conocido como Pedro el de la Guerra. Era el hombre más temido del reino de Galicia: robusto, pendenciero y ávido de sangre.

Tenía varias cicatrices en la cara, lo cual contribuía a darle todavía un aspecto más fiero de lo que ya hablaba su leyenda.

Reunía todas las condiciones de un buen comendero: provenía de una familia de guerreros, que había aterrado aquellas tierras durante años, vivía de la guerra y ésta era su mejor negocio.

Había luchado en su vida tanto a favor de la Iglesia como en contra de ella, pero cuando el infante Felipe mató a su padre en una contienda cerca de la ciudad de Lugo, Pedro el de la Guerra cambió de bando. En aquel momento, juró vengar a su padre y matar al infante. Para ello, se hizo el brazo armado de la Iglesia, antigua enemiga del infante Felipe.

Provenía de un importante linaje. Su padre había sido adelantado mayor de Galicia, noble título que perdió con su muerte, ya que fue ocupado por uno de los favoritos del rey, don Álvar Núñez de Osorio, y no por el hijo, es decir, por Pedro el de la Guerra. Pero a buen seguro que Pedro el de la Guerra era más rico y poderoso que el tal Núñez de Osorio.

Los obispos gallegos le pasaban un sueldo por hacerse cargo de la defensa de sus tierras. Era un trato justo: el caballero cumplía bien y la Iglesia le pagaba lo acordado.

Las encomiendas son el mal necesario de la época en la que Dios nos mandó vivir. Todos los señoríos buscan un señor poderoso al cual encomendarle la defensa de sus tierras y ciudades. Yo tan sólo contaba con mi mayordomo Eliseo y con sus hombres, útiles para las trifulcas locales, pero incapaces de hacer frente a un ejército.

Así que, en vistas de lo que se me venía encima, acepté gustoso la ayuda que me ofrecía el obispo de Mondoñedo y llamé de inmediato a don Pedro Fernández de Castro para que viniese en mi socorro.

Mientras esperaba la llegada del infante Felipe y la llegada, por otra parte, de mi salvador don Pedro, convoqué a todo el clero de Lugo a rezar en la catedral.

No recuerdo cuántos días estuvimos en aquel recogimiento, porque el día se confundía con la noche y la noche con el día. En sacrificio, estuvimos ayunando, y hubo los que castigaron sus cuerpos con flagelos y hierros.

Rezamos ante la tumba de santa Froilana, la madre de santo Froilán, que había nacido en los arrabales de Lugo y estaba enterrado en la catedral de León. También le rezamos a la Virgen de los Ojos Grandes, que tenía fama de ser milagrera, dado que lo que

necesitábamos era un milagro.

Como había ocurrido la vez anterior, el pueblo desapareció en espantada. No lo impedí, porque peor es la chusma enfurecida dentro de murallas que los ejércitos fuera de éstas. La plebe creía que el infante los mandaría matar porque habían entregado las llaves de la ciudad a un obispo, cuando en otra época se las habían entregado a él para librarse de los prelados.

Llevábamos así varios días, en espera de los soldados, cuando un mediodía llegó Pedro el de la Guerra con un nutrido grupo de guerreros. Los dejaron entrar en la ciudad, que llevaba ya tiempo cerrada, y alojaron al comendero en mi casa.

María y sus damas se encerraron en sus habitaciones al ver a tanto soldado en pie de guerra. E hicieron bien, porque aquellos hombres por no sé qué correveidile, habían oído hablar de su belleza y ansiaban verla. Dios la castigó así por haberse paseado a los ojos de todos por los campos de la comarca.

Pedro el de la Guerra superaba con mucho lo que yo esperaba. Aunque yo era un hombre alto y robusto, el comendero me superaba en un palmo, y sus espaldas parecían salirse de la coraza de su armadura.

Convinimos un precio para la defensa y ambos quedamos satisfechos. No era cuestión de ser tacaño en aquellos momentos.

Mi mayordomo y sus hombres miraban con admiración a don Pedro y sus caballeros. Estos últimos portaban armaduras, lanzas y espadas. A mis hombres no los podía equipar de aquel modo, reservado tan sólo para caballeros pudientes. Mis hombres llevaban como equipo de guerra una cota de malla y una espada, pero aunque esto era efectivo, no era suficiente frente a un caballero con armadura.

Alimentar un ejército es una ruina y, desde luego, debe de ser más fácil ganar una batalla que encontrar víveres para dar de comer a los soldados.

Se sacrificaron tres vacas para alimentar a aquellos hombres en cuanto llegaron. Y con ellas se bebieron tanto vino que temí que cuando llegase la batalla no se pudiesen sostener en pie. Pero nada más comer parecían sobrios.

Ya estaba anocheciendo cuando llegó un correo con noticias. Le dejamos pasar porque iba solo y no parecía peligroso. Las nuevas no podían ser mejores: el infante había muerto cuando se dirigía a Lugo. Sucumbió a las fiebres de los pantanos y, moribundo, lo habían llevado a la villa de Madrid, donde falleció.

Mis oraciones habían sido oídas: Dios se había acordado de

nosotros y nos había librado de la batalla.

Así fue como gané mi primer combate. Sin pelear siquiera, los ángeles vinieron en mi socorro cuando clamé al Cielo justicia.

Los clérigos y mis hombres de armas estallamos en algarabía nada más oír la noticia. Apenas nos percatamos de que nos observaba Pedro el de la Guerra y sus caballeros.

María salió corriendo de la casa apenas se enteró. Quería disfrutar de nuestra alegría. Pero ordené que volviese a entrar en la casa de nuevo:

—Eliseo, lleva a mi hermana a sus aposentos. Ha debido de perder el juicio. La plaza no es lugar para una dama.

—Así lo haré —respondió mi mayordomo, empujándola suavemente hacia la casa.

— ¿Dónde está vuestra ama de cría? ¿Cómo es que os ha dejado salir? Haré que la azoten. ¿O es que está tan vieja que ya no puede cuidaros? —le grité a mi hermana mientras se iba escoltada por Eliseo.

María no respondió a mis preguntas, pero se volvió bruscamente a Eliseo y dijo en voz tan alta que la pudimos escuchar todos los allí presentes:

—No me toquéis, bruto. No tenéis derechos sobre mí.

Los hombres que observaban la escena estallaron en risas. Se burlaron de Eliseo, que, dando muestras de paciencia, conducía a María a casa.

— ¿Ahora trabajáis de ama de cría? —se mofó de él uno de los soldados de don Pedro.

Ante la burla, la cara de Eliseo cambió. Sus hombres se pusieron tensos.

Terminado el peligro que suponía el infante, poco quedaba por hacer en la ciudad. El ocio es un gran mal para un soldado, y un soldado sin quehacer es proclive a las peleas. Esa era la razón por la que aquellos hombres se estaban midiendo las caras.

Las burlas continuaron, echándole leña al fuego, lo cual me incomodó terriblemente, porque lo único en lo que quería pensar era en el goce de mi victoria sobre el infante Felipe, pero no tuve más remedio que hacerle frente a la situación, ordenando a mis hombres que se retirasen, que abriesen las puertas de la ciudad y que dejasen entrar a sus pobladores.

Había evitado la riña durante unos momentos, pero los días se hacen largos cuando uno desea que Dios los acorte, y ese era uno de esos pesados días.

Pedro el de la Guerra se quedó en mi casa a pasar la noche y pretendía que sus soldados pernoctasen también en la ciudad.

Bien aconsejado por Eliseo, le indiqué que abusaría de mi confianza si pretendía alojar a sus hombres dentro de las murallas. Así que los caballeros del comendero se instalaron con sus caballos y pertrechos en el extramuro. Allí sólo podrían pelearse con los lobos y con los pocos vecinos que habitaban por ese entonces aquellas barriadas.

Como todas las tardes, con la caída del sol se cerraron las puertas de la muralla. Un hombre acompañado de Eliseo fue recorriendo una por una las cinco puertas y cerrando con las llaves que me había entregado el pueblo las puertas de la ciudad. No se volverían a abrir hasta el amanecer.

Pensé que dormiría tranquilo habiendo separado a los hombres de mi mayordomo de los soldados del terrible don Pedro.

Gracias a Dios, ambos bandos tuvieron la prudencia de no provocarse en toda la noche. No se oyeron más que algunos gritos lanzados desde las murallas y respondidos a lo lejos desde el campamento del caballero don Pedro.

Mientras los soldados de Pedro Fernández de Castro levantaban sus tiendas y encendían las hogueras, su jefe y yo cenábamos tranquilamente en mi casa.

Tal vez don Pedro fuese un hombre temible en una batalla, pero aquella noche, en presencia de una dama, es decir, de mi hermana, mostró su lado cortesano y gentil, como cabe esperar de un caballero.

Una idea rondaba mi cabeza y ello me hizo perder el apetito. Había convenido con el caballero un precio por la defensa de la ciudad, pero Lugo estaba a salvo gracias a la ayuda del Todopoderoso y no por las artes de guerra del comendero. Si no hubo lucha ni esfuerzo, ni sudor por parte de sus hombres, tampoco se podía decir que se habían ganado su paga. ¿Acaso no está escrito que ganarás el pan con el sudor de tu frente?

Bien pagados se podrían considerar con la comida que les proporcioné, a la que sin duda no estaban acostumbrados, a juzgar por lo mucho que tragaron.

Le expuse a don Pedro ese pensamiento, pero antes esperé a que se bebiese toda la jarra del vino y luego diese buena cuenta al aguardiente que había adquirido en el mercado.

—María, será mejor que te retires —le dije a mi hermana.

—Pero... —intentó contestar ella.

No la dejé terminar su frase y con un gesto le indiqué la puerta, diciendo:

—Tienes mala cara, vete a descansar.

María, obediente y temerosa de mi ira, se retiró a paso ligero.

Una vez solos, le hablé a don Pedro:

—Señor don Pedro, sin duda habéis sido muy atento al venir a socorrerme, pero los dos sabemos que no ha habido lucha porque el infante Felipe, que en paz descanse, murió sin ver las murallas de la ciudad. Si no habéis luchado con vuestros hombres, no puedo pagaros lo convenido.

El hombre se atragantó con el vino y atinó a decir, sin perder la calma:

— ¿De qué estáis hablando, obispo Juan?

—Señor, lo que quiero deciros es que nuestro trato fue la defensa de Lugo a cambio de la bolsa de oro.

—Un trato es un trato —prosiguió don Pedro—. ¿Acaso Lugo no ha sido salvado? No veo casas incendiadas ni mujeres violadas, ni los hombres degollados. ¿Cual es vuestra queja, obispo?

Inspiré profundamente y le respondí:

—A Lugo lo han salvado los rezos y la buena ventura que hizo que el infante Felipe muriese sin atacarnos.

—A Lugo lo ha salvado el susto que sin duda mató al infante Felipe al saber que tendría que enfrentarse con don Pedro Fernández de Castro —replicó el caballero, señalándose el pecho con el pulgar.

— ¿No veis la Mano Divina en todo esto?

—Lo único que veo es un obispo que no quiere pagar lo pactado y que no sabe con quien se enfrenta.

Eso último me hizo estremecer, aunque estaba a salvo en mi ciudad con mis hombres vigilando y los hombres de don Pedro pernoctando fuera de las murallas. Me hallaba sentado a la mesa con un alma despiadada y avariciosa.

—Calmaros —le dije—. Lo que digo es que estoy dispuesto a pagaros, pero no todo lo pactado; tan sólo la mitad. Y con ello debéis daros por satisfecho. Bastante generoso soy con el dinero que pertenece a la Iglesia.

—No puede ser, mis hombres saben lo que iba a cobrar. Me lo reclamarán. Cuando sepan que no me habéis pagado, sin duda, saquearán la ciudad. Vos veréis lo que os conviene.

—Vamos, vamos —le dije, intentando suavizar la crudeza de la conversación. Le serví un vaso de vino—, seguro que a vuestros

hombres no les dijisteis la verdad sobre lo que ibais a percibir. Yo os prometí seiscientos maravedíes y vos seguro que les hablasteis a vuestros soldados que tan sólo cobraríais trescientos. ¿Creéis que no lo sé? Vuestros hombres tienen la lengua muy larga, son fanfarrones y bocazas como todos los soldados.

Temí que, al decir esto, don Pedro estallase en gritos y se abalanzase sobre mí, pero por fortuna me equivoqué. El caballero se rió y, llenándose la copa de nuevo, me habló:

—Veo que estáis bien informado. Tal vez os perdone por esta vez. Os pediré algo a cambio: quiero que me confeséis y me deis la absolución de mis pecados. Tan sólo un obispo podría perdonarme. Soy un soldado y he matado a mucha gente en los últimos años. Y quiero que recéis veinte misas por el alma de mi padre; se lo prometí ante su tumba, pero en todos estos años quise vengar su muerte antes de ofrecer las misas. Ahora es el momento de que descanse en paz. ¿Sabéis quién mató a mi padre?

—Lo sé, no hace falta que repitáis la historia.

Pero don Pedro siguió hablando:

—El infante Felipe le mató, en una batalla al norte de la ciudad de Lugo, en la tierra que separa el obispado de Lugo del de Mondoñedo. Desde su muerte, he querido vengarle; por eso nunca he rechazado ninguna oferta para batirme con el infante Felipe. Pero ahora está muerto. Me hubiese gustado matarlo con mis propias manos, pero el señor me ha evitado ese nuevo crimen sobre mi conciencia. Muerto el infante, el alma de mi padre descansará en paz.

—El Señor lo acogerá en su seno. Oirá nuestras plegarias y las misas funerarias que haré en su memoria —dije a modo de consuelo para aquel hombre afligido.

— ¿Y dejaré de soñar con mi padre? —me preguntó don Pedro.

—No sabía que vuestro padre se os aparecía en sueños. Ya veréis cómo hoy no soñaréis con él —le dije con todo aplomo, tratando de infundirle confianza.

Allí dejamos la conversación. Había conseguido convencerle de aceptar tan sólo la mitad del dinero prometido por sus servicios y, a cambio, le absolvería de sus pecados y rezaría por su padre en las misas funerarias.

Nos levantamos y nos retiramos a dormir.

Aquella noche recé por dos muertos antes de acostarme. Uno de ellos era el padre de don Pedro el de la Guerra y el otro era el infante Felipe. Hay que rezar a los muertos, tanto a los que hayamos apreciado en vida como a los que no. Cuando no se reza

una oración por un difunto, aunque tan sólo sea una, su alma se queda en la Tierra, causándonos desgracias y males. No quería ver el fantasma del infante Felipe rondando las murallas de mi ciudad, así que rogué a Dios que lo acogiese en su seno.

Poco después del amanecer confesé a don Pedro. No se confesaba desde la muerte de su padre, lo cual lo atormentaba, porque temía morir en batalla sin estar en paz con Dios. Le puse una leve pena porque aceptó como paga tan sólo trescientos maravedíes. Fue un buen negocio.

Tras ello, don Pedro y sus hombres partieron de la ciudad. Viajaban temprano para no sufrir el calor del día. Las armaduras se calentaban mucho con el sol y el tiempo creo recordar que era cálido, por la proximidad del verano.

Antes de partir, sus escuderos los ayudaron a subirse a las monturas con un complicado sistema de poleas que sujetaron a los árboles.

El pueblo les despidió como a héroes desde la puerta oeste, en el mismo lugar donde me había recibido a mí la primera vez.

Los vimos partir dejando un rastro de polvo a su paso. No constituían un ejército numeroso, pero hacían tanto ruido sobre sus caballos que parecía que eran cinco o seis veces su número.

Capítulo IV

Llegó el esperado Día de San Juan.

Los que sabían contar habían calculado día tras día las jornadas que faltaban para el deseado día.

Muchos eran los que por la excomunión se habían muerto sin entierro cristiano y más los que habían nacido y todavía no habían recibido el bautismo. Numerosas parejas vivían en pecado de concubinato sin que sacerdote alguno hubiese bendecido su unión.

Todos estos pecados caían sobre sus almas, produciéndoles grandes pesares.

Las madres lloraban porque sus hijos no habían sido bañados en agua bendita y era posible que pereciesen con el pecado original, puesto que era frecuente que un niño muriese en su primer año de vida.

Los padres lloraban porque sus hijas no podían ser desposadas, ya que no había cura que quisiese casarlas. Ello elevaba el precio de la dote, porque cuantos más años tiene una mujer, mayor ha de ser la cantidad exigida por el novio. Y como la excomunión llevaba tiempo en vigor, las muchachas ya pasaban en varios años la edad razonable para el matrimonio.

Todo hombre que cometía pecado lloraba porque no podía ser absuelto de él.

Toda mujer que se apiadase de sus hijos procuraba no dar descendientes al mundo, una descendencia que la excomunión hacía maldita hasta la tercera generación.

El cementerio estaba en desuso porque ningún excomulgado podía ser enterrado en camposanto. Por eso, los muertos eran enterrados en los campos y en los huertos de los labradores, y los hombres lloraban ante aquellas improvisadas tumbas, maldiciendo los actos que les habían merecido la excomunión.

Ello hacía que el pueblo viese en el Día de San Juan la salvación de sus pecados, la vuelta a los días en los que existía esperanza en

el mundo por la llegada del Señor.

Aquel hermoso día, el pueblo se había congregado en la plaza que estaba frente a mi casa para oír las esperadas palabras: que escribiría al papa Juan rogándole que levantase la excomunión a los vecinos de Lugo.

La plaza se atiborró tanto como el día que me rindieron vasallaje. Si el día en que llegué a la ciudad la cara de la chusma era de curiosidad por saber cómo sería su nuevo obispo y señor, el Día de San Juan, todos mostraban un profundo arrepentimiento.

Esta vez no hizo falta que pusiesen tablones en el suelo para que yo pisase. La plaza estaba seca y polvorienta porque hacía días que no llovía.

Me vestí con una capa ligera, ya que el calor apretaba. María y sus damas se acomodaron en el balcón para ver la escena.

Mi mayordomo Eliseo y sus soldados abrieron paso entre la multitud hasta la tarima donde estaba colocada mi gran silla, la misma que el resto del año descansaba en la cámara de las audiencias.

Los criados llevaron los palos del toldo que protegía mi persona del sol.

Una vez instalado en la silla y bajo la fresca sombra del palio, observé a mi pueblo. Así vistos, parecían arrepentidos y confié en ellos. Mal los juzgaba, porque aquellos hombres tan buenos en apariencia me llegaron a dar terribles dolores de cabeza en mis años en el obispado.

Pero en aquel momento yo era un hombre de buen corazón y creí en que todo lo que se siembra se recoge. Y procuré sembrar un poco de piedad en aquellas almas, esperando que algún día me la devolviesen con otras buenas acciones.

—Pueblo de Lugo, ¿estáis arrepentido de vuestros pecados? —les grité.

Los tres alcaldes estaban en primera fila. Se volvieron hacia el pueblo y les incitaron a decir:

—Sí, lo estamos.

El más viejo de los alcaldes, Ruy Jiménez, se adelantó a los otros dos y pidió permiso para hablar. Se lo di y, a la par que se arrodillaba, le oí decir:

—Señor obispo Juan, hablo en nombre del pueblo de Lugo y os expreso nuestro arrepentimiento por los males causados a vuestro predecesor y al predecesor de éste en el obispado. Estamos dispuestos a sufrir la penitencia que estiméis justa. Os rogamos que

escribáis al santo papa Juan pidiéndole que levante la excomunión. Sabemos que sois justo y piadoso. Oíd nuestra súplica.

El hombre dijo esto con lágrimas en los ojos. Sin duda, estaba afligido como el que más. Yo sabía por el deán Fernando la razón: el padre del alcalde Ruy Jiménez había muerto hacía unos meses y en su tumba yacía maldito, ya que la excomunión en la que vivían no había hecho posible que el hombre fuese enterrado ni en camposanto, ni que hubiese recibido la extrema unción.

Su padre era el que le ordenaba postrarse ante mí con lágrimas en el rostro, un gesto noble viniendo de la chusma.

Cada vez que recuerdo lo ingenuo que fui, me irrito hasta lo indecible y maldigo aquel pueblo.

Le dejé terminar e hice gesto de que iba a hablar:

—Pueblo de Lugo, pediré al papa Juan que os perdone vuestros pecados y que dicte bula de vuestra excomunión. Dad gracias a Dios y rezad para que así sea.

Con tal breve discurso, el pueblo mudó de rostro y los vi cantar y bailar sin que hubiese música para acompañar sus pasos.

Otros rezaban arrodillados en el suelo, con los brazos en alto. Los hombres besaban a sus mujeres y elevaban a sus hijos sobre sus hombros, dando saltos de alegría.

Al verlos así, tan dichosos, me dispuse a entrar en la catedral y a rezar por ellos. Se iba a celebrar la misa, que esta vez ofició el deán Fernando, relevándome de mis funciones.

El pueblo, que no podía pisar la casa del Señor, permaneció mudo, oyendo la santa misa desde la plaza.

Apiadándome de ellos, ordené abrir, como a mi llegada, todas las puertas del templo para que el pueblo escuchase las divinas palabras.

***

La noche de San Juan es la que coincide con el solsticio de verano. Siempre ha sido noche de brujerías y herejías.

Yo sabía por los que habían sido mis maestros que los hombres han celebrado durante años y años tal fenómeno como día santo, pero también con ritos endemoniados.

Los solsticios son fechas divinas, aunque el pueblo tienda a confundirlas. Si el del verano es el Día de San Juan, coincide con el anunciador de la venida de Cristo; el de invierno coincide con el nacimiento del Mesías.

El pueblo de Lugo celebra durante el día las alegrías de la

romería y de la santa misa, pero ese Día de San Juan no hubo celebraciones, porque el pueblo todavía estaba excomulgado. Aquello les entristeció, pero no me conmovieron sus súplicas para que les dejase llevar adelante los festejos. Aunque todo hombre que trabaja tiene bien merecido el descanso, aquel año no hubo ni música, ni comida durante el día para el pueblo, pero por la noche, a espaldas de mi persona, el pueblo enloqueció.

Yo no supe nada hasta el día siguiente. Aquella noche, como casi todas, a mi mesa estaban mi mayordomo, el deán Fernando y uno de los miembros del cabildo, Arias Yánez.

Nadie me informó de lo que sucedía en los campos y caminos mientras estábamos cenando a la luz de las velas. No creo que desconocieran lo que sucedía, porque aquellos hechos se repetían año tras año. Tal vez omitieran comentarlo en mi presencia para no disgustarme y así echar a perder la velada.

Ellos ya habían visto algunas cenas arruinadas por mi mal genio y por mis gritos, que, como decía mi hermana, hacían que se cortase la nata y que se muriesen las plantas del huerto. Aunque puede ser que tales sucesos fueran ciertos, nunca llegué a ver la nata cortada por mis accesos de mal humor. Las acusaciones de María, sospechaba que eran más una invención que realidad.

Aquella noche no les grité ni reñí. Estaba satisfecho con el trabajo de Eliseo de la Peña y con el comportamiento del cabildo, que hacía tiempo que no reclamaba un aumento en sus rentas, y no era el mejor momento para enojarme.

Recuerdo que la noche era clara y templada. Los lobos, que de vez en cuando aullaban y aterraban a los campesinos, parecían haber sucumbido a una plaga, porque no se oían ni se notaba su presencia. Aun dentro de murallas, muchas eran las noches que los oíamos aullar a lo lejos, y a la mañana siguiente, veíamos sus excrementos por los caminos o notábamos que en el recuento faltaba alguna gallina del corral. Pero aquella noche desaparecieron de la faz de la Tierra.

También había zorros y otras alimañas que nos causaban grandes males y que no podíamos nunca olvidar. El zorro era el más silencioso y no hacía notar su presencia hasta que ya era demasiado tarde. Pero no es peligroso. Nunca he oído de persona que se la hubiese comido un zorro, aunque algunas mueren al ser mordidas, porque contraen el mal que les hace echar espuma por la boca y retorcerse en el suelo, víctimas de terribles sufrimientos.

Recuerdo que aquella noche las fieras desaparecieron del mundo y no hubo que lamentar al día siguiente las habituales pérdidas de

animales.

Algo hicieron las brujas para callar a las bestias, algo terrible y perverso para mandar sobre los animales como ningún otro hombre fue capaz nunca.

Ajeno a los acontecimientos, al amanecer me desperté y empecé las tareas del día. Solía recorrer los campos que pertenecían a mi señorío durante varios días a la semana, vigilando las cosechas y hablando con los curas de las iglesias diseminadas por el campo.

Mis tierras eran numerosas, y numerosos también eran los campesinos que pagaban para utilizarlas, dando a cambio parte de sus cosechas, el diezmo, es decir, una de cada diez medidas de grano o de fruto. El recorrerlas no era tarea fácil, ya que los caminos estaban casi en estado salvaje, así que la tarea me llevaba casi todo el día. Al amanecer, ya estaba franqueando las puertas de la ciudad camino de mis feudos.

Aquella mañana, visité las tierras del condado de Pallares, que había sido entregado al señorío de Lugo por el rey Fernando, padre del rey Alfonso.

Tenía planes de almorzar junto al párroco después de una buena cabalgata escoltado por los hombres de mi mayordomo, que me guardaban de bandidos y de pillos que pudiese encontrar a mi camino.

Eliseo, mi mayordomo, se había quedado en la ciudad, administrando justicia entre los mercaderes y burgueses, que siempre tenían alguna riña. Ese era uno de los cometidos que le había encomendado, relevándome así de esas pesadas tareas.

Pero aquella mañana, en los campos, además de campesinos, había ceniza de hogueras y extraños símbolos sobre la tierra.

— ¿Veis lo que yo? —le pregunté a uno de los hombres de la guardia.

Señalé un círculo de ceniza dibujado sobre la tierra. Dentro del círculo había diversos objetos, un trozo de carne de algún animal, varias patas de lo que habían sido gallos y símbolos que en su mayoría desconocía y no había visto nunca.

Junto al círculo había un árbol y del árbol colgaba una cuerda en forma de horca, que por su situación estaba suspendida sobre el centro del círculo de ceniza.

El hombre al que había preguntado respondió:

—Sí, señor obispo, brujería, sin duda.

—Sois de mi opinión —le contesté—. El demonio ha estado anoche aquí. Borrad esos símbolos.

Los hombres dudaban y se miraban entre ellos. Al ver que no me obedecían, les grité:

— ¿Qué os ocurre? ¿Estáis sordos? ¡Borrad todo rastro de ese maldito círculo!

—Señor obispo —dijo al fin uno de ellos—, el demonio mora dentro del círculo. No queremos acercarnos. No lo toquéis, dejad que el viento y la lluvia lo destruyan.

Sus caras eran de verdadero miedo. No era la primera que veía símbolos de brujas y magos sobre la tierra, pero yo era un hombre de fe y nada podía temer del demonio.

Sabía que lo único que haría que aquellos hombres obedeciesen era que me viesen con aplomo destruyendo aquella obra del diablo.

Y así lo hice. Llevé mi caballo sobre el círculo de ceniza, y lo hice patear el suelo para que la ceniza se esparciese. Tras ello, cogí una de las espadas de mis hombres y corté la horca.

Bajé del caballo y me arrodillé sobre la tierra a rezar. Los hombres se arrodillaron a mi lado y allí permanecimos largo rato.

Bendije la tierra de aquel campo. Y con ello, el demonio se fue a morar a otra parte.

Los guardias se santiguaron varias veces y pidieron mi bendición. Se la di y les recordé que me habían desobedecido, con lo cual la pena sería una semana sin paga y aquel día los dejaría sin almorzar.

No parecieron tristes al oírlo. Creo que pensaron que era un justo castigo y así estuvieron agradeciéndome por largo rato el que hubiese roto el maleficio y hubiese vencido al diablo. Almas simples las de aquellos hombres, fácil presa de supersticiones y embrujos. Así se los reproché:

—Dios protege al buen cristiano y castiga al pecador. Sólo vuestra fe os salvará de la tentación del diablo y de los ritos de brujas y hechiceros. El que tiene fe, poco ha de temerles. El que sigue los mandatos de la Iglesia nunca será llevado por el demonio. Tentado tal vez, pero el Señor nunca abandona a sus ovejas. Soldados, habéis de obedecer mis órdenes. Oponerse a vuestro obispo es cometer un pecado mortal.

Después de la reprimenda, los hombres parecieron más sumisos. Debieron de guardar en sus almas aquellas palabras, porque a partir de aquel momento obedecieron con gran decisión: borraron todos los círculos de ceniza que pudimos divisar en nuestro camino.

Tan sólo faltaba encontrar al culpable.

Cuando después de mucho tiempo, llegamos al condado de

Pallares, hallamos al párroco en su casa, esperándonos.

Su casa, pegada a la iglesia, era humilde, pero mucho mejor que la de los campesinos que habitaban aquellas tierras.

El cura vivía con un ama de llaves que cocinaba y hacía las tareas del hogar. En cuanto entré en la casa, el párroco despidió a la mujer con amabilidad.

Me ofreció lo mejor que tenía para almorzar: una sopa que se calentaba en el hogar y una jugosa pata de jabalí. Tomé la sopa y un vaso de vino que hizo que mis tripas se estremeciesen por la acidez del brebaje. Rechacé por el momento la carne del jabalí, porque primero quería tratar otros temas con el párroco.

Le conté lo de los círculos y los símbolos de brujería que había visto. El hombre me explicó lo que sucedía:

—Todas las noches de San Juan, mi señor obispo, hacen esos ritos endemoniados. Son los hombres que desentierran a los muertos los días de luna llena, los que embrujan a los niños, los que hacen estériles a las mujeres. Son demonios que nunca he visto, pero que oigo, cuando me acuesto, tirar piedras sobre el tejado. Ayer mismo vinieron. Los oí en la noche y vi el resplandor de sus antorchas entre las ranuras de mi ventana. Me aferré a la cruz que llevo siempre conmigo y es mi remedio contra los demonios y tentaciones, y recé hasta que llegó el amanecer. Entonces, ya era tarde para dormir. Y además, quería recibiros con las mejores atenciones. Tomad un poco del jabalí. Ayer mismo lo mataron los hombres de la aldea y al saber que vendríais, me lo ofrecieron. Probad, probad.

El hombre me ofrecía la carne, pero antes de comer quería saciar mi curiosidad y le inquirí:

— ¿Sabéis quiénes son? ¿Quién sirve al demonio en estas tierras?

—No lo sé, señor obispo. De haberlo sabido, os lo hubiese comunicado. El pueblo calla, nadie quiere hablar. Los domingos, vienen a misa y dejan alguna que otra ofrenda. Los conozco a todos, tan sólo faltan los enfermos. Les he preguntado por los fieles de Satán, pero los campesinos callan, por miedo o porque nada saben.

—Tal vez, necesitéis ser más persuasivo para arrancarles la verdad. Conozco buenos métodos.

—Vuestro antecesor en el obispado ya empleó los métodos más profundos para hacerles revelar lo que sabían. Pero ¿sabéis lo que hicieron?

Arqueé una ceja y negué con la cabeza. El párroco prosiguió:

—Acusaron a un tal Beltrán, el hombre que recaudaba los diezmos y demás tributos. No era bien querido por los campesinos y así pensaron librarse de él. Hubo juicio y se le encontró inocente, pero el hombre se arruinó en los pleitos y enloqueció. Tuvo que vender su casa e irse de estas tierras. Ahora es un desecho de hombre, ni la sombra de lo que fue un día, que yo lo conocí y traté mucho, y era hombre que sabía leer y escribir. Ahora, vaga por los caminos pidiendo limosna y haciendo penitencia por sus pecados, que seguro que no son muchos, porque yo le confesaba.

Me impresionó de gran manera el relato del párroco. Los campesinos son hombres astutos cuando se les amenaza y tortura, capaces de cometer perjurio, y no dudan en acusar de actos terribles a sus enemigos.

Conocía al tal Beltrán. Era un loco que había visto vagando por los caminos y por la ciudad de Lugo. Predicaba sin ser profeta e instaba al arrepentimiento y al amor entre los hombres. Hasta que el párroco me contó su historia, poco sabía de él, y pensaba que era uno más entre los penitentes que recorren los caminos asustando a las mujeres y a los niños con sus relatos del Infierno.

La última vez que lo había visto en Lugo, iba descalzo y se paró en la fuente de la plaza el día del mercado. Sermoneó al pueblo subido a la fuente y les recordó cómo sería el Infierno al que irían todos a parar por estar excomulgados.

La gente le escuchaba aterrada, pero aun temiéndolo, le arrojaron monedas y algún pan.

***

Cuando recuerdo aquellos acontecimientos, aquí desde el monasterio de mi retiro, pienso que aquello fue una pesadilla que me asalta por las noches y que tal vez nunca ocurrió.

Anoche hablé con el abad sobre mis remordimientos. La verdad es que obré bien, si es que se entiende como tal el velar por los intereses de la Iglesia. Pero otra parte de mí se opone a reconocer como buena mi conducta.

Cuando le conté al abad lo sucedido, él me respondió:

—Hermano Juan —porque así es como me llaman aquí, sin privilegio alguno de trato por haber sido obispo—, hicisteis matar a las brujas. Las condenasteis a la hoguera. Cualquier hombre de bien hubiese alabado vuestro acto. No temáis, el Señor os recompensará por esa buena acción.

—Pero, señor abad —le respondí yo—, tal vez ellas no fuesen las

culpables. Después de hacerlas quemar, siguieron apareciendo en los campos signos de brujería. Ello aumenta en mí la duda y el desasosiego. ¿Sabéis que mi hermana me repetía: “A las comadronas no las condenéis; una mujer que ayuda a traer hijos al mundo no puede ser mala”? “No las queméis”, me suplicó, “cuando tenga hijos, ¿quién me asistirá si hacéis matar a todas las comadronas de la región? Pensadlo, hermano, os arrepentiréis de esto por el resto de vuestros días”.

—Dejad de atormentaros, hermano Juan. Vos erais el obispo y vos fuisteis árbitro del juicio. Tuvieron un juicio justo, si es verdad lo que me habéis contado.

—Así fue, fue justo. Se presentaron las pruebas y allí estaban los amuletos de las brujas, sus venenos, sus cruces negras invertidas, los animales putrefactos... Todavía las oigo gritar, señor abad, cuando les intentamos arrancar la confesión. Las llevamos a la fortaleza del infante Felipe, que en aquel entonces era mía, porque el infante había muerto. Allí las sometimos a tortura. Los hombres de mi mayordomo se encerraron con ellas en las mazmorras. Había hecho traer de León algunos instrumentos de tortura, un sarcófago al que llaman la Dama de Hierro, que es una caja llena de clavos donde al encerrar a un hombre, los clavos van perforándole la piel, haciéndole pequeñas heridas que no llegan a matarle, pero que le hacen desangrar durante horas. Teníamos también una...

—Basta, hermano —me interrumpió el abad—, ya os he oído contar los tormentos a los que las sometisteis. Eran culpables. La prueba del ahogado fue suficiente.

La prueba a la que se refería el abad consistía en echar al acusado a un estanque profundo. Allí, Dios era el único juez. Si el condenado se hundía, entonces era inocente; si el condenado flotaba, entonces era culpable.

Las brujas, desesperadas, palmotearon y patalearon sobre el agua; ello las hizo flotar. Tan sólo la que tenía heridas más profundas se hundió en el estanque fangoso. Al verla así, ordené a mis hombres que la separasen del resto, porque Dios la había encontrado inocente.

La mujer tardó un tiempo en recuperarse. Había tragado mucha agua y ya la daban por muerta. Pero, al rato, vomitó todo lo que tenía en su vientre, que era poco, porque llevaba tiempo sin comer, y respiró entre toses.

Aquella mujer se salvó. Fue la única que vivió para contarlo. Tardó meses en recuperarse de sus heridas y aún así, una pierna le quedó inútil por los tormentos a los que la sometí.

Era llamada “la hija del cura”, porque se decía que su padre había sido el párroco del lugar donde había nacido.

Muertas las demás comadronas, tuvo que instruir en su arte a muchas mujeres para saber qué hacer con las parturientas.

Cuando María tuvo su primogénito, fue la hija del cura quien la asistió, a pesar del odio que me tenía por haberla acusado de brujería. María sólo quería que fuese ella la que le ayudase. No quería que ninguna otra mujer le palpase el vientre para saber si el niño estaba sano o para ayudarla a parir.

El resto de las mujeres fueron quemadas en las afueras de Lugo, en un campo yermo que había en su lado noreste y en el que nadie quería vivir porque decían que bajo aquella tierra había un antiguo cementerio romano.

El campo era utilizado para las ejecuciones tanto de horca como de hoguera.

Ese día, el pueblo dejó sus quehaceres y se reunió en el campo de las hogueras. Vino gente desde lejos, como si fuese un día de mercado, tan sólo para verlas morir.

Mis hombres las llevaron desde el castillo del infante hasta el campo de las ejecuciones. Por el camino, la gente las escupía y les tiraba piedras. Los familiares de las brujas, que me habían implorado durante días su perdón, fueron abucheados por la plebe y tratados como si ellos también estuviesen en tratos con el demonio.

Fueron afortunadas al tener una muerte rápida. Como era verano, la leña y el calor del día hicieron que las llamas prendiesen con celeridad. De ser cualquier otra época del año, la humedad que siempre había en Lugo las hubiese hecho arder más lentamente en la hoguera.

Sus cenizas fueron arrojadas al río, junto con lo que quedaba de sus pertenencias. Así fue purificada doblemente la tierra, por el fuego y por el agua.

Capítulo V

Aquel año, por San Martín, tuve una entrevista con el arzobispo de Santiago, Berenguel de Londola, para tratar algunos temas de las jurisdicciones de las propiedades de la Iglesia en el reino de Galicia.

Nos reunió a todos los obispos y abades importantes del reino, con el objeto de tratar temas tales como la defensa de nuestras ciudades y formar alianzas para el caso de que uno de nosotros fuese atacado o injuriado.

Mientras esperábamos en la antesala a que el arzobispo Berenguel nos recibiera, tuve la ocasión de conocer a mi predecesor en el obispado de Lugo, el entonces obispo de Tuy, don Rodrigo.

Tuy era una ciudad fronteriza con Portugal, a orillas del río Miño, el mismo que bañaba mi ciudad, pero el río ya estaba casi en la desembocadura cuando pasaba por Tuy. Yo sabía que sus rentas eran menores que las que daba Lugo, aunque de seguro su vida era más pacífica que la que yo llevaba, siempre y cuando el rey de Portugal no tuviese en mente el atravesar con sus tropas la frontera del río Miño.

Don Rodrigo me observó con curiosidad, supongo que intentando averiguar qué era lo que había visto el papa Juan en mí para que me nombrase obispo de Lugo y lo enviase a él a Tuy.

Me preguntó por los miembros del cabildo de la catedral de Lugo y me dio recuerdos para aquellos hombres que habían sido de gran ayuda durante su prelatura.

Yo le conté las buenas nuevas sobre la ciudad, el paso de la fortaleza del infante Felipe a mi propiedad, la organización de la justicia por jueces que había nombrado, el orden que parecía reinar en los días de mercado, el arrepentimiento de los vasallos por las ofensas que le habían hecho, la muerte de las brujas en la hoguera —hecho que le conmovió de gran manera— y muchas otras novedades más. El hombre me confesó que, aunque Lugo era fuente de grandes rentas, ahora estaba en paz viviendo en su obispado de

Tuy, sin tener que pelearse cada dos por tres con mercaderes y campesinos. Y pareció sincero al decirme que esperaba que yo tuviese mejor suerte que la que él había tenido en sus años de obispado en Lugo. Acordamos mantener contacto epistolar y creo que fue un buen acto, porque, años más tarde, él me socorrió cuando pasé por sus tierras, camino del destierro en Portugal.

Don Rodrigo no me pareció hombre llamado a dirigir los destinos de su señorío de Tuy. Al verle, comprendí por qué los vecinos de Lugo se habían librado tan fácilmente de él. Parecía un buen hombre, pero un poco crédulo y propenso a dejarse influir por quienes le rodeaban. Su carácter no era ni con menos lo que cabía de esperar de un hombre que ha de mandar sobre el pueblo. Seguramente se dejaría engañar, como de hecho le había engañado el pueblo de Lugo para arrebatarle las llaves y la enseña de la ciudad, y echarlo a pedradas.

Recordé que el mismo Berenguel de Londola era el que había dado el obispado de Lugo a don Rodrigo antes de que el Papa me nombrase a mí como prelado. Lo que había movido al arzobispo de Santiago a concederle tal honor a don Rodrigo era sin duda que el hombre parecía dispuesto a acatar todas las órdenes que el arzobispo quisiera darle.

Se trataba de un buen peón, como los del juego de ajedrez: un hombre dispuesto a obedecer y a dejarse mandar por el poderoso arzobispo.

Eché una mirada al resto de los obispos y abades que se hallaban en la antesala. La mayoría de aquellos hombres habían sido nombrados por el arzobispo Berenguel de Londola personalmente. Tan sólo yo gozaba del honor de haber sido nombrado por el Papa directamente en Aviñón.

Estaba sin duda ante una reunión de siervos ante su señor. Y así era porque lo mismo que el arzobispo había nombrado a casi todos aquellos hombres, podía quitarles a su antojo las tierras y señoríos. Por eso allí reinaba un ambiente de sumisión a las órdenes y deseos de Berenguel. Tanto era así que todos se cuidaban de no ofenderle y de cumplir sus deseos con la mayor celeridad.

Berenguel nos recibió en la fabulosa sala de audiencias, con toda la pompa que puede permitirse un poderoso arzobispo. Su español seguía sin prosperar y para muchas cuestiones trataba en latín o un intérprete traducía nuestras palabras al francés.

Berenguel no era muy alto; más bien de mediana estatura y robusto. Para su seguridad, se rodeaba de una guardia personal de muchos hombres, como si desconfiara de su pueblo. La verdad es

que no era muy querido en Santiago de Compostela, pueblo que aunque vivía en la ciudad del apóstol, era rebelde ante los mandatos de la Iglesia. Pero como es sabido, aun en Roma hay conspiradores y hombres prestos a desobedecer al Papa, aunque el Papa more en Aviñón. ¿Qué esperar entonces de cualquier ciudad de occidente? Los bandidos y rufianes moran por todas las esquinas de la cristiandad.

Berenguel, en aquella ocasión, nos recibió sin portar espada ni coraza, como se decía que llevaba normalmente. Yo por aquel entonces daba poca fe a los rumores del pueblo, pero más tarde comprobé que lo que se decía de él era cierto y que sin duda el pueblo no hablaba por hablar.

Era un hombre de gustos extraños. Junto a él había una mesa en la que se disponían frutas venidas de puertos extranjeros. Debía de ser el único señor del reino de Galicia que usaba paños de Flandes y bebía vino que hacía traerse por barco desde la champaña francesa. Los castellanos preferíamos los vinos de las tierras conquistadas a los moros y aquellas preferencias del arzobispo nos parecían extravagancias.

De todo lo allí dispuesto, nos ofreció para que nos sirviésemos.

Discutimos varios asuntos tanto de la Iglesia como de nuestras tierras. Aunque las decisiones eran rebatidas por todos los allí presentes, parecía que nadie se atrevía a refutar lo que el arzobispo proponía. Y yo, con mucha cautela, procuré no contradecirle. Por otra parte, pensé que al ser aquel hombre el representante del Papa en el reino de Galicia, sus opiniones gozaban de la infalibilidad de la que gozaba el Papa en la Tierra. ¿Y quién podría en tal caso contradecir al arzobispo Berenguel?

Una vez terminada la reunión, y ya entrada la noche, procedimos a retirarnos, unos a las habitaciones del palacio del arzobispo y otros, como era mi caso, a otros lugares de hospedaje. Yo me alojaba en el monasterio donde mi tío era abad, lugar que había sido mi morada durante los años de estudio para servir al Señor. Pero antes de que abandonase la sala de audiencias, el arzobispo Berenguel de Londola me indicó que esperase con un ademán.

—Tengo que informaros de un asunto que os concierne —le oí decir, con su acento francés—. Tomad asiento.

Y lo hice donde me indicó con su dedo índice.

—Se trata del asunto de la excomunión que dicté sobre los vecinos de Lugo. Tengo entendido que habéis escrito al Papa para que levante la pena. Sabéis que vuestro pueblo fue merecedor de

esa excomunión por los males que hizo sufrir a don Rodrigo, a su predecesor, ¿no es así?

—Sí, señor arzobispo, males grandes, sin duda —le respondí—. Fue una acertada acción el excomulgarles.

— ¿Y qué es lo que ha sucedido para que opinéis que es hora de que se levante tal pena, si se puede saber?

Aunque sus palabras eran de enfado, ni un solo gesto de su cara pareció alterado. Procuré no dejarme amilanar y me mostré respetuoso pero firme en mis palabras:

—Mis vecinos sufren mucho por no poder asistir a misa, por no poder casarse ni ser enterrados en tierra santa, por no poder bautizar a sus hijos y porque todo aquel excomulgado está maldito y muere presa de grandes remordimientos. Tal vez no sepáis que dos de cada tres vecinos han huido de la ciudad y que las rentas que pagaban han disminuido, al igual que las rentas que yo he de pagar a Aviñón, según lo convenido. Si el Papa es clemente y levanta la excomunión, los vecinos volverán. Si el Papa se apiada del pueblo que sufre, recibirá por duplicado todo el bien que nos reportará.

—Sois demasiado benévolo con vuestros vasallos. Yo de ser vos no me dejaría engañar por ellos. Es una ciudad astuta. Ya ha echado a dos obispos a pedradas y recordad que vos podéis ser el siguiente. Todavía no tenéis comendero; estáis prácticamente indefenso. ¿Qué haréis si el pueblo decide de la noche a la mañana que ya no os quiere como obispo? No quiero que en la ciudad de Lugo la chusma vuelva a gobernar; quiero que sea un obispo el que esté gobernándoles, ¿comprendéis?, por el bien de la Iglesia y por el bien de mi persona.

—Sí, señor arzobispo. Procuraré no dejarme arrebatar la ciudad. El pueblo ha dado señales de acatar mi voluntad.

—Porque quiere una bula por sus pecados. Esperad a que el Papa la conceda, ya veréis como vuelven a sus andadas. Sois inexperto, obispo Juan. Dejaros aconsejar por mí; llevo muchos años en estas tierras.

—Para mí será un honor el dejarme aconsejar por tan sabio hombre.—le respondí yo, esperando parecer sumiso.

—Dejad las galanterías aparte. Escuchad lo que tengo que deciros.—el arzobispo se levantó de su silla y empezó a caminar por la sala—. Escribiré al Papa y le haré saber que el pueblo de Lugo está arrepentido; eso acelerará la bula. Aviñón es lento. Tal vez vuestra carta se halla olvidada en cualquier lugar de la corte papal, pero de seguro atenderán con rapidez la mía si va acompañada de un buen presente para los bullatores.

—Contribuiré al presente —le contesté yo.

—Una vez que se haya conseguido la bula, espero que me recompenséis con una décima parte de lo que recaudéis cuando vuelvan los vecinos, durante los dos primeros años.

—Faltaría más —le respondí lo más agradablemente que me fue posible, que no fue mucho, lo reconozco.

—Y para que el pueblo no se rebele, una vez que se vea perdonado, habréis de duplicar los soldados de vuestra guardia. ¿Tenéis algún comandante experto a vuestras órdenes?

—Sí, Eliseo de la Peña es mi hombre de confianza. Está en Lugo a cargo de la ciudad en mi ausencia.

—Pagadle bien, no os olvidéis. Mis soldados siempre tienen el buche lleno...

El arzobispo siguió hablando durante mucho rato, dándome sabios consejos sobre cómo gobernar mi señorío.

Sus consejos fueron de gran utilidad, sobre todo los referidos a la defensa de la ciudad y a la forma de tratar a la plebe.

Por supuesto que no se me ocurrió aplicar todo lo allí dicho. Aunque unos consejos fueron bien recibidos; otros, como el de portar armas cada vez que fuese a visitar mis tierras, no los tomé en cuenta. Esa y otras ideas, como la de hacer que un hombre probase todas mis comidas, me parecieron propias de bárbaros. Eso sí, durante algún tiempo, asustado por los consejos del arzobispo, procuré que un perro comiese de mi mano lo que iba yo a tomar en la mesa, pero me aburrí pronto de tener que esperar a que el perro acabase de comer para saber si la comida estaba envenenada, y ello enojaba a María, que tenía que esperar a que acabase el perro para comenzar a comer. Por no oír los reproches de mi hermana y por no comer las comidas frías, pronto olvidé aquellas prácticas.

Recuerdo al arzobispo Berenguel con aprecio, a pesar de los excesos que cometió durante su vida. Supo guiarme por el buen camino cuando yo era sólo un joven inexperto que pretendía ser obispo.

Era un gran hombre. De haber sido rey, hubiese sido conquistador.

***

Tal y como lo había prometido, el arzobispo escribió a Aviñón dando referencia del arrepentimiento de los vecinos de Lugo. La bula no se hizo esperar y el uno de diciembre del año 1327 de Nuestro Señor se levantó la excomunión a los vecinos de Lugo.

El Santo Padre daba permiso para que impusiese una pena saludable al pueblo de Lugo, como penitencia por sus actos. Y así lo hice. Decreté que cada varón en edad de trabajar dedicase una jornada de cada semana a labrar mis tierras o, en su defecto, que pagase el jornal acostumbrado para que se trabajase la tierra por él.

Los vecinos de Lugo, en su mayoría artesanos y mercaderes, no estuvieron dispuestos a perder un día de la semana labrando las tierras de su obispo. Su trabajo en la ciudad producía lo suficiente como para permitirse el pago de un hombre que trabajase por ellos la tierra. Acordé que en vez de que los burgueses contratasen en persona a los campesinos para que labrasen los campos por ellos, me entregasen los jornales de los campesinos en moneda de uso corriente. De esta forma, mis arcas se vieron fortalecidas por esta forma de recaudación.

Lo ingresado en mis arcas fue, si cabe, mayor de lo esperado, porque los burgueses que habían huido de la ciudad al saber que todos los vecinos estaban excomulgados, al dictarse la bula papal, volvieron con sus mujeres, hijos y pertrechos.

Las casas que antes estaban abandonadas volvieron a abrirse. Las tiendas que no estaban atendidas volvieron a despachar sus productos. La ciudad recuperó su pulso y, en poco tiempo, volvió a ser el centro de la vida de aquella región.

Mi satisfacción por ver nuevos vecinos en la ciudad fue mayor que la de los burgueses que se vieron reintegrados a la vida cristiana gracias a la bula papal.

Empezó una época próspera. La cosecha de aquel año había sido abundante y ello hizo que el mercado se llenase para gastar los dineros obtenidos. Lo recaudado por la Iglesia fue suficiente como para que pudiese saldar mis deudas con Aviñón y con el arzobispo de Santiago, y quedó bastante como para dotar a María.

Pero no hay ganancia sin esfuerzo. Tantos meses de excomunión dejaron muchos asuntos pendientes. Había muchas parejas que convivían en pecado y que solicitaron el matrimonio. Muchos eran los niños que todavía no se habían bautizado y muchos los hombres que vivían en pecado mortal por las maldades que habían cometido durante aquel tiempo. También eran muchos los que no habían sido enterrados cristianamente.

Todos estos sacramentos nos tuvieron ocupados durante semanas.

Se casaron más de cincuenta parejas, entre ellas dos formadas por dos de mis soldados con las dos damas de María.

No había día en que en la ciudad no se celebrase bautizo, boda o

funeral, y la ciudad vivía por ello en un continuo festejo, ya fuese con lloros para honrar a sus muertos o risas en las bodas que se celebraban con comidas en las casas de los padres de la novia, donde se cantaba y se bailaba, y en ocasiones se bebía tanto que los invitados se quedaban a dormir la borrachera en la misma casa de la celebración.

Los bautizos eran menos festejados. De ordinario, era la presentación de los niños a la comunidad, pero la mayoría de los infantes ya estaban crecidos y eran conocidos por todos cuando se les bautizó.

Tuvimos que dar muchas misas de difuntos en honor a los muertos en excomunión. Sus familiares pagaron generosamente por ello en su temor a que las ánimas de los difuntos vagasen por la Tierra o porque sus almas estuviesen en el Purgatorio esperando que se ofreciesen misas y funerales por ellos.

Los muertos ya habían sido llorados por la familia largamente cuando se les enterró, pero en los funerales por ellos se contrataron plañideras y se les volvió a llorar, aunque hubiesen muerto varios meses atrás. Ahora que se había dictado la bula, los familiares pedían poder trasladar los cadáveres al cementerio cristiano, pero ello planteó un conflicto teológico: ¿eran dignos aquellos hombres de reposar en tierra santa? Por una parte, al ser cristianos y haberse levantado la excomunión, bien podían descansar en el camposanto; pero, por otra parte, al haber muerto durante la excomunión, habían perecido en pecado mortal.

¿Y dónde situar sus tumbas? Los que tenían muertos en el cementerio se oponían a que se enterrase al lado de sus familiares a uno de aquellos que habían muerto durante la excomunión, cosa que a mí me parecía acertada y de acuerdo con la Iglesia. En el camposanto, los muertos ocupaban sus lugares preeminentes según quienes habían sido en vida, lo mismo que los enterrados en la catedral ven situada su tumba más o menos cerca del altar en función a su jerarquía cuando vivían.

Tuve que pedir socorro en aquella cuestión al arzobispo Berenguel de Londola. Él mandó un erudito, dominico como él, para desvelar la solución. Las palabras del teólogo maravillaron a todo el cabildo, poco habituado a disertaciones teológicas.

Y así, orientados por aquel hombre sabio, acordamos que separaríamos con una zanja en el cementerio a los muertos durante la excomunión de los demás muertos en la gracia de Dios. Y claro está, el dominico también dictó que todo aquel que quisiese que los suyos reposasen en el camposanto habría de pagar por ello.

Hasta los más pobres pagaron para que sus muertos tuviesen cristiana sepultura. Algunos vendieron sus pertenencias o visitaron a las dos familias judías que habitaban en Lugo para que les concediesen préstamos con los que pagar la suma del entierro.

El enterrador tuvo mucho trabajo en aquella época. Ayudaba a los familiares a desenterrar a los muertos de los lugares donde estaban y a trasladarlos luego al cementerio cristiano. El aire se llenó de un terrible hedor por tanto trajín de muertos de un lado para otro.

Para nuestra desgracia, el enterrador murió de fiebres, junto con su familia, y algunos hombres que habían tocado en un descuido a los muertos fallecieron también.

Las ratas aumentaron y los gatos fueron muy reclamados en la ciudad. Para mi casa, María compró toda una camada, esperando así verse libre de las ratas. Y como la comida abundaba, los gatos engordaron tanto que temí que, en vez de ser domésticos, fuesen gatos monteses.

Creí que podría desatarse una epidemia, pero el fuerte viento del norte purificó el aire y Dios nos libró de aquella plaga.

Capítulo VI

Mi hermano Juan me dio como esposa al caballero Edelmiro Mouto, dueño y señor de las tierras de los Castros de Mercelle.

Ocurrió tal y como se convino, el día de Navidad.

Tuve una espléndida dote. En total, fueron tres los carros que cargaron con mis pertenencias, aparte del dinero que fue entregado a mi marido. Dan fe de ello los documentos del casamiento que he guardado con celo como prueba de mi valía.

Recuerdo que el día de la ceremonia nevaba; una nieve liviana que alegraba a los campesinos, pero que me hizo poner triste y sentimental.

La multitud se peleaba por ocupar el mejor lugar para verme recorrer los pocos pasos que separaban la casa del obispo de la catedral.

Salí con paso vacilante, intimidada por la plebe que me observaba. Los guardias abrían paso y sobre el suelo se habían dispuesto tablas, tal y como sucedía cuando mi hermano hablaba a la chusma desde la plaza. A la cabeza de la guardia estaba Eliseo de la Peña, el mayordomo de mi hermano.

Éste se quedó mirando a mi persona durante un buen rato, tan fijamente que no se dio cuenta de que sus hombres esperaban sus órdenes desde hacía tiempo.

—Moved a la chusma. Abrir paso. Que nadie toque a la novia —les gritó cuando volvió en sí—. Tú, aparta —le dijo a un mercader que se me acercó, dándole un empujón—. Señora, no temáis, llegaremos enseguida. No os separéis de mí.

Pero yo no estaba dispuesta a acercarme a él. Mi simpatía por Eliseo era poca desde que lo había conocido. Sus modales, aunque correctos, y que denotaban que había sido educado como caballero en la casa de un infante real, me parecían fingidos y demasiado fríos. Nunca me decía nada agradable si no era por el cumplimiento de la cortesía caballeresca.

Cuando se dirigía a mí, en toda ocasión, lo hacía como cumpliendo un deber que le hubiese encomendado mi hermano, pero nunca me hablaba si no era por razones que estrictamente atañían a sus funciones.

De todos los hombres que había conocido, éste sin duda era el que más indiferencia mostraba a mi persona, hasta aquel momento.

—Señora, sois la novia más hermosa que se haya visto en Lugo —le oí decir mientras avanzábamos camino a la catedral—. Afortunado es el hombre que os desposa.

Por toda contestación, Eliseo obtuvo mi silencio. Me bajé el velo sobre el rostro, que hasta el momento llevaba retirado, y fingí no verle. Pocas veces lo había visto referirse a mí en aquel tono, que juzgué sincero. No supe qué responderle y, sin poder evitarlo, enrojecí.

El mayordomo siguió abriéndome paso para que llegase a la catedral, donde esperaban mi novio y mis hermanos, porque, aparte de mi hermano obispo, había venido desde Guadalajara mi otro hermano, el primogénito, Raúl.

Hacía años que no nos veíamos, desde que me dejara al cuidado de mi hermano Juan para que se hiciese cargo de mí. Bien sabía yo por qué Raúl se había deshecho de mí tan fácilmente. Mi hermano Juan creía que era porque Raúl no quería ni tenía medios para dotarme, pero la verdad era que la presencia de su hermana en la casa era un estorbo para un hombre que andaba con todas las campesinas de nuestras tierras. Seguramente, en estos momentos Raúl ya tendría más bastardos de los que se decía que había tenido nuestro padre.

Raúl respondió al correo que le enviamos mi hermano Juan y yo para hacerle saber de mi casamiento. A las dos semanas, el correo estaba de vuelta y el jinete nos comunicó que mi hermano estaría con nosotros para celebrar la Navidad y para asistir a mi boda. Traía consigo a su esposa Urraca para que la conociésemos.

Entré en la catedral, donde todos esperaban a la novia. Estaba inquieta porque ardía en deseos de conocer a mi futuro marido, ya que un revés de la fortuna hizo que no pudiese conocerle hasta entonces.

Mi hermano y el alcahuete habían concertado una cita hacía dos meses, en mi casa, pero yo enfermé y la cita tuvo que ser cancelada. A partir de aquel momento, no llegamos a un acuerdo de cuándo sería la mejor fecha para conocernos, porque llegó la bula del Papa y mi hermano tuvo muchas tareas que cumplir.

Así que entré en la catedral por la puerta grande, que se abrió en

esa ocasión para mi boda. Afuera quedó la chusma que los soldados no dejaron entrar. La boda se celebraría tan sólo en presencia de las personas más allegadas a mí y a mi hermano Juan. Tras de mí entró Eliseo y después oí cerrarse las puertas. La catedral estaba fría, más que la calle. Frente al altar, iluminado por candelabros y velas, estaba un brasero que calentaba a mis hermanos y al cabildo.

Mi hermano mayor, Raúl, salió a recibirme y me escoltó hasta el altar.

Mi otro hermano, el obispo, iba a oficiar la ceremonia.

Mientras me acercaba al altar, con paso lento, busqué a mi ama Elvira con la mirada. Allí estaba, situada con los menos importantes, al lado izquierdo del altar, separada como las demás mujeres de la zona de los hombres por el Camino Sacro. Junto a ella estaban mis damas, que por aquel entonces estaban casadas. Eliseo de la Peña tomó asiento junto a los maridos de estas últimas, que a la vez eran sus hombres de armas.

Mi hermano Raúl alabó mi belleza y lo bien que me sentaba mi traje. El vestido lo había traído él como regalo de bodas. Era de seda roja y llevaba los puños y los bajos adornados con filigranas de hilo de plata. Según me dijo, era a la moda de las damas de la corte. Supongo que estaba en lo cierto, porque tenía entendido que Urraca, su esposa, había vivido con esa corte itinerante que andaba por todos los caminos de Castilla y sin duda se hallaría al corriente de las modas cortesanas.

Me había perfumado con jazmín, pero su olor se desvaneció cuando entró en contacto con el fuerte aroma del incienso que se quemaba en un pequeño infiernillo. Sobre mi decente escote lucía un collar de gemas azules que había pertenecido a mi madre y que yo guardaba como mi mayor tesoro.

Cuando llegué al altar, vi a mi prometido, que se distinguía de los demás por sus ricas ropas. Recuerdo que lo primero que pensé de él fue que era demasiado viejo para casarse de nuevo.

Fue el único defecto que se me ocurrió en aquel momento, porque Edelmiro Mouto me ofreció su mano, buscó mi rostro entre el fino velo y me dijo en voz baja:

—Si el profeta dijo “Glorificaré el sitio donde descansan mis pies”, yo os digo que así se hará en donde se hallen los vuestros, señora.

Lo dijo con voz dulce y pausada, y yo me sentí temblar de la emoción.

Mi hermano Juan, tras vernos juntos, volvió la espalda a los presentes y comenzó a decir misa frente al Santísimo Sacramento.

La ceremonia se me hizo eterna, porque moría de ganas de hablar y observar a mis anchas a mi prometido.

Cuando terminó el casamiento, pasé con mi familia y mi marido a la sacristía, donde se acabaron de formalizar los documentos del matrimonio. Mi hermano Juan puso su sello en todos los pergaminos para dar fe de su veracidad. Mi marido hizo otro tanto y luego los testigos, que fueron el deán Fernando y mi hermano Raúl. Yo no tuve que firmar ni hablar nada, porque fue tal y como se había convenido.

Cuando todo terminó, se abrieron las puertas y salimos de la catedral, yo de la mano de mi marido y el resto de los invitados detrás, escoltados por la guardia.

La plebe esperaba fuera. Ahora podrían entrar en la catedral y asistir a la misa de Navidad, que el deán celebraría en sustitución de Juan.

Entramos en la casa de mi hermano para celebrar la comida.

Como era invierno y la noche llegaba pronto, se había acordado que la pareja nupcial pasase la noche en la casa y partiese al día siguiente a su hogar.

Comimos y bebimos. Hubo músicos y juglares que a petición mía amenizaron toda la comida. Recuerdo que estaba feliz. Una novia siempre ha de estarlo; los años de matrimonio ya se encargarán de entristecerla más tarde.

Mi marido reía y cantaba con los demás hombres canciones de la tierra que yo desconocía porque llevaba poco tiempo en Galicia.

Se comieron pasteles de Navidad y se cantaron villancicos. La única persona que no cantó, aparte de las mujeres, que nunca cantábamos en público, porque estaba mal visto, salvo cuando estábamos solas, fue mi hermano Juan, aficionado tan sólo a los cantos religiosos y no a los paganos. Muchas veces le recordaba que nada de malo había en el canto y que él bien sabía que incluso un santo, san Francisco, se solía llamar a sí mismo “el juglar de Dios”. Pero a él le parecía poco seria aquella diversión.

El banquete se extendió hasta la noche y yo hubiese deseado que se extendiese de por vida, por el miedo que tenía al ver que se acercaba la hora de que mi marido me tomase.

Mis damas me habían contado lo que había acontecido en sus noches de bodas y mi ama me había dado sabios consejos, pero tengo que reconocer que todo me parecía extraño y aterrador. Mi ama de cría me dijo: “La mujer nada ha de temer si es virgen; tan sólo ha de dejarse hacer”.

Y así fue. Una vez que mi marido juzgó prudente que nos

retiráramos a consumar el matrimonio, nos despedimos de los invitados y partimos, entre sus risas, a mi dormitorio de soltera, en el piso superior.

Mis damas me ayudaron a desvestirme y me dejaron sola en camisón.

Del resto, mi marido se encargó. Recuerdo que el viento silbaba entre las contraventanas y que el fuego crepitaba en la chimenea. Recuerdo a un hombre afectuoso y tierno. Y lo que luego aconteció, me sonrojo con sólo pensarlo.

***

La mañana siguiente seguía fría y desapacible, pero la casa estaba bien caldeada porque éramos muchos y, además, se había mantenido el fuego del salón durante toda la noche.

Amanecí temprano, con un marido alegre y jovial que me trataba con las atenciones que se trata a las niñas. Él fue quien atizó el fuego de la chimenea, no dejándome a mí hacerlo, me acercó un vaso de agua para que bebiese y, si le hubiese dejado, me habría vestido.

Visto a la luz del día, mi señor, Edelmiro Mouto, no me pareció tan viejo, y juzgué que bien podía vivir hasta que nuestros hijos se casasen.

Nos llevó un buen tiempo despedirnos de todos y partir hacia las tierras de mi marido. Nos escoltarían hasta allí el mayordomo de mi hermano y sus hombres. Los caminos estaban en mal estado a causa de la nieve y el trayecto se haría largo, aunque podía de ordinario ser recorrido a caballo en menos de media jornada.

Mis dos hermanos fueron a despedirse de mi marido y de mí a la puerta de la muralla. La mujer de Raúl, Urraca, ni siquiera bajó de su habitación para desearme un buen viaje.

Me llevé conmigo tan sólo a mi ama de cría, Elvira, porque mis dos doncellas se habían casado y ahora tenían una casa que atender. Mi ama me ayudaría a organizar la casa y dirigir a los criados.

Me fui tremendamente contenta de Lugo y habría de volver a la ciudad tan triste como alegre partí aquel día.

***

A la boda de María había venido nuestro hermano mayor, Raúl.

A todos nos sorprendió su visita, aunque estaba invitado a la ceremonia.

Raúl hasta aquel entonces había desatendido a la familia y poco le debimos interesar, porque nos enteramos de su boda con Urraca con un año de retraso.

Si Raúl era parco para las palabras y poco dado a la cortesía, su esposa era más habladora de lo que cabe esperar en una mujer, pero ya se sabe que el mayor defecto de las mujeres es el ser charlatanas y chismosas.

El mal gusto de mi hermano era patente en la mujer que había elegido. Urraca era delgaducha y de andares desgarbados. Las ropas le quedaban grandes y sobre su escote lucía unas escandalosas joyas que más parecían propias de una cortesana que de una esposa decente.

Era hija de un caballero con algún condado en la zona de los montes de Toledo. Al ser hija única, ella habría de heredar el condado, lo cual la convertía en un buen partido. En aquel momento no comprendí cómo su padre la había dado en matrimonio a Raúl, puesto que la muchacha podría aspirar a un noble o a un caballero con más fortuna que mi hermano, a menos que la muchacha no hubiese tenido una conducta decorosa, rebajando por ello su categoría.

Sospechaba que era esto último, ya que no parecía muy casta doña Urraca, porque durante la fiesta de la boda de María no dejaba de mirar a mi mayordomo Eliseo.

Mi hermano Raúl ya estaba borracho y entretenido dando palmaditas en el trasero de una de las criadas cuando su mujer brindaba con Eliseo y ambos reían. Yo, percatado del asunto, refunfuñaba, pero no quería perturbar el festejo con una de mis reprimendas.

Cuando los novios se retiraron a sus aposentos, la fiesta aún continuaba. Un juglar estaba contando la historia de Rodrigo Díaz de Vivar y todos los presentes enmudecieron al oír las aventuras y desventuras de aquel hombre que nos conocíamos al dedillo. A ello siguieron las historias de la corte de Carlo Magno y las hazañas de Lanzarote; en fin lo habitual, porque el juglar no tenía un repertorio muy original.

Urraca, como todas las mujeres, miraba embobada al juglar y, en vez de respirar, más parecía que suspiraba.

Los hombres del cabildo, que después de la misa de Navidad se habían sentado en mi mesa, comían con la gula de un cura de aldea y me hablaban de lo afortunado que era al poder casar tan bien a María.

Poco más recuerdo de aquella boda, salvo que me dejó una

terrible resaca.

***

Poco después de la boda de mi hermana, la casa me pareció muy grande para ser gobernada sin una mujer. Necesitaba un ama que organizase las comidas, que ordenase las tareas de los criados y que mantuviese la paz del hogar.

María se había encargado de esas tareas tan necesarias y mientras ella estuvo presente no se me ocurrió que podría llegar el día en que faltase.

Probé dándole la responsabilidad a una de las doncellas de mayor edad, pero aunque resultó eficaz, sospecho que me robaba. De todas formas, sus tareas fueron breves, porque se casó con un mercader. Llevó una buena dote para ser una muchacha que antes era cocinera. Mis sospechas se confirmaron, porque desaparecieron algunos objetos valiosos de la casa, así que resultó que fui yo la procedencia de esa extraña dote.

Estaba un día comentando estas desdichas domésticas con mi mayordomo Eliseo cuando éste me sugirió que buscase entre los miembros del cabildo alguna hermana o sobrina que no estuviese casada y que se hallase dispuesta a llevar mi casa. Al ser familia de un hombre del clero, de seguro que sería honrada y trabajadora. Siempre tenía buen juicio Eliseo y casi siempre seguía sus consejos.

Esa misma noche, invité a mi mesa al deán Fernando y a mi mayordomo, como era habitual. Allí le expuse al señor Fernando las preocupaciones que le había contado a Eliseo esa misma tarde y el deán se apresuró a socorrerme, hablándome de una hermana que tenía en la ciudad, que ya había enviudado, y que era demasiado mayor para buscar marido que la quisiese bien. Vivía en casa de su otro hermano, donde no era querida por la cuñada, porque ya se sabe que en las casas donde hay dos mujeres, siempre acaban discutiendo.

La mujer parecía ser apropiada para el cargo, y además, en el caso de que cometiese alguna falta, el deán Fernando sería el responsable.

La conocí a la mañana siguiente. Se llamaba doña Marta.

Era viuda de un hombre curioso. Su marido había pertenecido a los soldados y caballeros que habían seguido al rey Fernando IV en sus correrías contra los moros y otros enemigos. Poco después de que el rey muriese, dejando como heredero al rey Alfonso, que tan sólo contaba con dos años de edad, el reino entró en un período de

crisis al carecer de un poder fuerte. El marido de doña Marta volvió a su casa, en Lugo, sin llevar consigo más que una pequeña fortuna y sin lograr que nadie le recompensase por los servicios prestados al difunto rey. Allí tomó como esposa a doña Marta. Pero el matrimonio duró poco.

A los pocos años murió, dejando desolada a la viuda, que tuvo que vender casa y enseres para pagar las deudas del marido.

Doña Marta tenía dos hermanos, el deán Fernando y Rodolfo, que había heredado la forja que perteneciera a la familia en la ciudad.

Optó por mudarse con Rodolfo, porque todavía estaba soltero y necesitaba una mujer que le arreglase la casa. Pero a los pocos años, su hermano se casó y su nueva esposa era poco partidaria de que hubiera dos amas en la casa.

Esta era la no muy buena situación de doña Marta. Había acudido a su otro hermano, el deán Fernando, buscando una casa donde guarecerse, pero Fernando ya tenía ama en la casa y no le gustó que su hermana se fuese a vivir con él.

Así que la vacante de ama en mi casa era una oportunidad para todos. Marta estuvo encantada de servir en la casa de un obispo, dirigiendo a las doncellas y los cocineros. Con ello cobraría un sueldo, lo cual, si todo marchaba como ella esperaba, daría para asegurar su vejez y mantener su independencia económica.

Cuando la vi me pareció que la mujer podría valer para el cargo. Era de mediana edad; todavía hubiese podido casarse y tener hijos, de haber tenido más fortuna en la vida.

Llevaba todavía un pañuelo negro en la cabeza, recuerdo de un luto lejano, pero sus trajes no parecían de duelo.

—Acercaros, doña Marta. Decidme, ¿cuánto tiempo hace que sois viuda?

—Diez años hace, señor obispo —dijo ella. Se cogía las dos manos con nerviosismo.

—Vuestro hermano, el deán Fernando, dice que sois hacendosa y trabajadora. ¿Es eso cierto?

—Lo es, señor obispo. Seré la primera en levantarme en la casa y la última que se retire a dormir.

—Eso espero de vos. Os daré las llaves y vos rendiréis cuentas ante mí de los pagos a los proveedores y los criados. Dormiréis en la parte alta de la casa, en la habitación que tiene vista al establo. Podéis traer vuestras pertenencias.

—Gracias, señor obispo, que Dios os bendiga —dijo la mujer,

inclinándose hacia delante en una reverencia.

Se fue muy contenta de verse aceptada en mi casa. Y yo me quedé satisfecho de ver que aquella mujer tomaba las riendas de mi hogar, como en otra época lo había hecho María.

Aquella misma noche comprobé que Marta era eficiente y trabajadora. La cena estaba en la mesa a su hora, cosa que me satisfizo, y cuando me fui a acostar, mi cama estaba caliente, porque Marta había ordenado que se pasase sobre las sábanas un infiernillo.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, Marta había preparado el baño, agua caliente en una gran tina de bronce y sales aromáticas. Lo agradecí, porque hacía semanas que no me bañaba. Y cuando bajé al salón para desayunar, el fuego de la chimenea ya había caldeado la gran sala, haciendo de ella un lugar agradable.

“Sí”, pensé, “esta mujer sabe dirigir la casa. Vivo todavía mejor que cuando la dirigía mi hermana María y no tengo que recordar a los sirvientes cuáles son sus obligaciones”. Parecía que doña Marta los hacía trabajar eficientemente.

Con los días, la mujer pareció mudar de cara. Se la veía más feliz y tenía mejor color. Engordó un poco y vi que tenía todavía unos buenos pechos, que antes parecían pellejos debajo de su raído vestido.

En casa no llevaba su habitual pañuelo. Su pelo era negro y brillaba con la luz. En aquella época, creo recordar, todavía no tenía ninguna cana, pero como me confesó más tarde, se las tintaba.

Con el tiempo, pareció rejuvenecer y se oían sus risas por los pasillos de la casa.

Capítulo VII

Los destinos de los hombres que conocí durante mi obispado se entrecruzaban delante de mis ojos, siendo yo partícipe solamente en pequeña medida de sus actos.

Muchos de aquellos hombres murieron antes de verme caer en desgracia y otros tantos me sobrevivirán por muchos años.

Don Pedro Fernández de Castro, más conocido como Pedro el de la Guerra, pertenece a los hombres que sucumbieron antes de mi desgracia, lo cual no es de extrañar, porque llevaba una vida arriesgada y en continua escapada de la muerte.

Después de haberme socorrido cuando solicité ayuda para defender la ciudad del ya difunto infante Felipe, no lo había vuelto a ver, a no ser en mis breves estancias en Santiago de Compostela para hablar con el arzobispo Berenguel de Londola. Don Pedro era un hombre imprescindible para el arzobispo y éste procuraba tenerlo cerca para que le protegiese de cualquier enemigo, que muchos eran los que tenía.

Don Pedro, siempre espada en cinto y relicarios sobre el pecho, era un hombre temeroso de Dios. Cuando se confesó conmigo, la última vez que tuve trato con él, muchos meses atrás, cuando fue a socorrerme, me sorprendió que el hombre no tuviese más pecados en su haber que no fuesen los relacionados con la guerra.

Aconsejado por el arzobispo Berenguel, volví a solicitar la presencia de don Pedro Fernández de Castro, pero esta vez por un asunto más serio. Lugo no tenía comendero y urgía encontrar uno pronto. Mucho trabajo tendría don Pedro si aceptaba la encomienda de Lugo, porque junto con ella, las principales ciudades y villas de Galicia ya lo habían contratado como tal.

Don Pedro acudió presto a mi llamada. Lo acompañaba su habitual corte de caballeros en armaduras junto a los escuderos de estos.

Su entrada en la ciudad no pasó desapercibida para nadie y

menos aquel día, que era día de mercado. Los caballeros hacían tanto ruido a su paso que varias leguas antes de verlos ya se les oía cabalgar por los caminos.

El problema de vivir en una ciudad diseñada según los patrones de los antiguos romanos es que no se adapta a las necesidades de la época, y así se confirmó una vez más cuando los caballeros intentaron entrar a caballo a la ciudad.

Todas las puertas, menos la de San Pedro, tenían una altura más baja que la que cabría esperar para un caballero. Si éste hubiese querido entrar a lomos de su caballo, hubiese acabado con un chichón en la frente. Tan sólo la puerta de San Pedro, sobre la cual estaba la fortaleza de la ciudad, era de la altura justa, pero aun así, no permitiría que el caballero entrase con la lanza de las justas en alto.

Don Pedro y sus hombres, cuando vieron el problema de las puertas, rodearon la ciudad hasta encontrar la que ellos sabían que era la adecuada. Así que todos entraron por la puerta de San Pedro, aunque por su procedencia tendrían que haber ingresado por la de Santiago. Y viendo un abrevadero para los caballos, se bajaron de sus monturas y allí los dejaron, a cuidado de los escuderos.

Recibí a don Pedro en mi casa y ordené que se diese de comer a los hombres que le acompañaban, que eran muchos. Mientras comiesen se mantendrían ocupados y no molestarían a los burgueses. Como sabía que eran grandes bebedores, di orden a doña Marta de que aguase el vino, para no tener borrachos en la ciudad.

—Pasad, don Pedro, pasad. Estaba aguardando vuestra llegada.

—Señor obispo —me saludó él con la cabeza.

—Sabréis ya por qué mandé llamaros. Tomad asiento aquí —le indiqué una de las sillas a mi diestra—. Doña Marta, disponed el almuerzo; el caballero está cansado y hambriento.

Doña Marta se apresuró a obedecer, dando órdenes a los sirvientes, que se hallaban revolucionados entre tanto soldado.

—Veo que habéis hecho cambios en la casa —dijo don Pedro.

—Mi hermana se casó y la casa ahora la dirige doña Marta.

Por todo comentario, él sonrió y sacó sus conclusiones. Ignorando su sonrisa, proseguí:

—Como sin duda estáis al corriente, la ciudad sigue sin tener comendero. He pensado en vos por las referencias que me ha dado Berenguel de Londola. Me ha hablado de vuestra fuerza y valor, y lo que es más importante, de vuestra fe en el Señor.

—Veo que mi fama me precede —respondió don Pedro.

—Por esas palabras, me temo que pecáis de orgullo.

—No hago más que anticiparme a vuestro pensamiento.

Don Pedro se quitó la coraza mientras iba hablando. Como parecía que le molestaban las botas, le sugerí que se deshiciese de ellas y adoptase un calzado más cómodo. Él llamó a uno de sus escuderos, que esperaba en la puerta de la casa. El escudero le quitó la armadura con gran habilidad y le puso una amplia túnica y unas botas de piel de gamuza.

Tras el cambio de indumentaria, don Pedro se relajó.

—Si queréis que sea comendero de la ciudad, el sueldo será el mismo que el que me vienen pagando los otros obispos del reino de Galicia —dijo don Pedro—. En el caso de que haya lucha, me reservo para mí y para mis hombres la mitad del botín, y si sufro pérdidas, vos las repondréis. ¿Estáis de acuerdo, señor obispo? Creo que es un trato justo; de esa opinión son los demás obispos. Aunque creo recordar que vos no sois un hombre generoso, a juzgar por los regateos a los que sometisteis mi paga la última vez que os socorrí.

No me gustó que pensase que yo le regateaba la paga, como si fuese un judío o un moro, tan dados a esas prácticas. Pero ahora, con el paso del tiempo, juzgo que tenía motivos para pensar así. Le respondí:

—En aquel momento, no tenía dineros con qué pagaros. Ahora, la situación ha cambiado. Os pagaré lo que me pidáis, ni una moneda más, ni una menos. Pero, a cambio, espero que vos estéis presto a venir en mi ayuda cada vez que así lo solicite.

—Tengo que ver vuestras defensas. Ya sé que las puertas son pequeñas; eso no es malo en el caso de que os ataquen, pero hay zonas de la muralla donde no quedan cubos para defenderla y en algunos sitios se ha desmoronado. Tendréis que repararla.

—Y decidme, ¿quién me va a atacar, si se puede saber? —le pregunté yo, intrigado por tanta reforma.

—Obispo, no creáis que porque el rey Alfonso sea mayor de edad en sus reinos va a haber paz y orden. Su justicia sólo llega hasta donde descansa esa noche la corte. En el resto de su reino, hay desórdenes y bandidos. ¿Quién os protege de ellos? ¿Y si al adelantado mayor de Galicia se le antoja tomar vuestra ciudad? Sois como la miel para las abejas. Mirad a vuestro alrededor. Los vecinos han vuelto a la ciudad después de que se dictase la bula papal. He visto hombres bien vestidos y damas con las cestas llenas de comida paseándose por el mercado. Vuestras rentas han aumentado. Según me han contado, habéis dado una excelente dote a vuestra hermana. De haberlo sabido antes, tal vez yo la hubiese tomado

como esposa.

—No os dejéis engañar por todo lo que veis, don Pedro. La riqueza no es tanta como creéis. Además, ¿quién os dice que la cosecha de este año será buena?

Los sirvientes dispusieron la comida y por un instante nos olvidamos de la política y nos centramos en el almuerzo.

Mi mayordomo, Eliseo de la Peña, anunció su presencia y yo le invité a unirse con nosotros a la cena.

No se eran simpáticos aquellos dos hombres, pero aun así se esforzaron por mantener las cortesías delante de mi persona.

Acabado el almuerzo, los dos hombres partieron para inspeccionar la ciudad, sus defensas y ver los arreglos que habría que hacer.

Mientras ellos recorrían la muralla, me reuní con el deán Fernando y tuve una interesante conversación.

El deán, como todo hombre mayor, era juicioso, y se permitió sugerirme que si la encomienda de la defensa de Lugo la tomaba Pedro el de la Guerra, sería mejor que me asegurase de que el propio don Pedro no fuese a albergar ningún deseo de gobernarla. Bien es sabido que hay algunos comenderos que acaban siendo los señores de la ciudad una vez que se libran de los dueños de éstas.

El deán debía de tener en mente lo que había sucedido con el infante Felipe, que de ser comendero de Lugo había pasado a ser el señor de la ciudad una vez que el pueblo depusiera al obispo que me antecedió en el cargo.

Teniendo presentes las palabras del deán, al día siguiente, cuando se firmó el acuerdo de la encomienda, incluí cinco valiosas cláusulas.

La primera, que don Pedro habría de reconocerse como un vasallo de la Iglesia. La segunda, que don Pedro no podría entrar en Lugo con más de cuatro caballeros o escuderos y cuatro peones. La tercera fue que el comendero hiciese pleito homenaje de defender la Iglesia. La cuarta condición fue que todo aquel que entrase en la ciudad, junto a su comitiva, hiciese juramento de vasallaje mientras residiese en ella. Y la última, y la que más le ofendió, fue que el caballero pagase todo cuanto en la ciudad se perdiese por falta de defensa.

Al ver el documento, hubo riña y fuertes discusiones. No lo quiso aceptar, pero al oír la cantidad de dinero pactada, la codicia ganó la batalla y don Pedro firmó a regañadientes el documento.

—Sois un contrincante astuto —dijo una vez que puso su sello.

—Deberíais jugar al ajedrez, don Pedro, os daría una nueva visión de las cosas. En ese juego gana no sólo el que mueve bien sus piezas, sino el que ve con antelación lo que puede hacer el contrincante, ¿no es así, Eliseo? —y al decir eso miré a mi mayordomo, en busca de confirmación.

—Así es, señor obispo —respondió Eliseo con satisfacción.

Don Pedro partió ese día con todos sus caballeros, pero antes de que se fuese, tuve tiempo de preguntarle algo que me intrigaba:

—Decidme, don Pedro, ¿todavía soñáis con vuestro padre?

—No, obispo Juan. Desde que murió el infante, mi padre abandonó mis sueños.

—Me alegro de saberlo. Tal y como me pedisteis, tuvo sus veinte misas funerarias.

—Entonces, sé que está en el Cielo.

—No os quepa ninguna duda. Id con Dios, comendero.

Y el caballero partió.

***

Mi marido Edelmiro me colmaba de atenciones y de regalos. No pude tener mejor marido que él, que ni me pegaba, ni me gritaba.

El único deseo que le preocupaba era el de dejar en este mundo un heredero de sus bienes, porque pensaba que su estirpe debía de continuar en la Tierra. Como él decía, no podía presentarse ante sus antepasados en el Cielo y decidles que por su descuido habían desaparecido todos los Moutos de las tierras de los Castros de Mercelle. Así que su único empeño era el de dejarme embarazada lo antes posible. Sus cuidados eran tales que, después de yacer juntos, no dejaba que me moviera en toda la mañana, porque temía que pudiese malograr una preñez por un movimiento brusco. Esa extraña creencia me dijo que procedía de su padre, que se la había transmitido como sabio consejo que pasaba de padres a hijos en la familia.

Edelmiro había estado casado dos veces, pero sus mujeres murieron antes de darle un hijo. La primera murió de parto y con ella, el hijo que llevaba en las entrañas, que era varón, según me contó mi marido. Y la segunda murió al poco de casarse, al caerse de un caballo que se desbocó.

Yo tuve mejor fortuna que ellas y, al poco de casarme, quedé en estado de buena esperanza. No era extraño, porque un hombre que ponía tanto empeño, a la fuerza tenía que dejar su semilla en mí.

Como había dicho mi ama, aquel matrimonio tenía todas las

trazas de ser feliz.

Vivíamos en la torre del homenaje, que era lo único que se había construido del castillo. Poco a poco, mi esposo construía lo que sería nuestro hogar. La casa vieja era tan sólo un grupo de piedras ennegrecidas que habían ardido años atrás en un incendio.

Las tierras habían sido entregadas a la familia de mi marido, en pago por los servicios prestados al rey Alfonso X el Sabio, bisabuelo del entonces rey Alfonso.

No eran muy extensas, pero rentaban bien. Mi marido tenía más de quinientos vasallos viviendo en ellas. Tenía derechos sobre la molienda y de pontazgo sobre dos puentes.

Como ocurría con la mayoría de los caballeros laicos, a su vez, mi marido rendía homenaje al adelantado mayor de Galicia, que por aquel entonces era don Álvar Núñez de Osorio. En este último, no sólo residía este valioso cargo, sino que a su vez era el conde de Trastámara y tenía la gobernación de León y Galicia.

En la torre, yo dormía en el piso superior; el inferior se utilizaba como salón para las comidas y las cenas, y en la planta baja estaban las cocinas y el almacén de grano. Mi ama pasaba la noche en la cocina, en un rincón cercano a la chimenea, y la acompañaban sólo dos sirvientas. Los criados varones tenían sus dormitorios en unas chozas que estaban adosadas a la casa.

No era una gran vivienda, comparada con la casa de mi hermano en Lugo, donde había tenido una habitación sólo para mí. En esta casa tenía que compartir con mi marido el dormitorio, lo cual no era del todo malo, porque me gustaba tenerlo cerca.

Mi marido desaparecía poco después del amanecer, a inspeccionar sus tierras. Partía acompañado de tres de sus hombres, que hacían las veces de escuderos. Vigilaba las siembras, las cosechas y las siegas, porque de ello dependía la supervivencia de todos. Teníamos muchas vacas, bueyes y cerdos, y en los establos había caballos para todos, pero ninguno de ellos era tan hermoso como los bellos caballos que se veían en Córdoba.

Mi nodriza me dio a beber unas extrañas pócimas, que, según me dijo, harían que me quedase embarazada en poco tiempo. Yo ya estaba firmemente decidida a quedarme embarazada lo antes posible, no fuera a ser que mi marido quisiese deshacerse de mí, intentando anular el matrimonio, cosa corriente entre los que gozan de poca fe cristiana y tan sólo buscan en el matrimonio las rentas o los hijos. Por ello urgía que utilizase todos los métodos disponibles a una dama para quedarme embarazada.

Según mis instrucciones, mi ama de cría, Elvira, había comprado

las reliquias de santa Froilana, en Lugo, a un monje del convento de san Francisco. El monje había asegurado la fertilidad de toda dama que llevase al cuello aquel escapulario. Cuando lo abrí, comprobé que tenía un trozo de dedo, de algo que tanto podía ser humano como animal. Recuerdo que me repugnó por su olor fétido y por su aspecto descompuesto. Me negué a llevar aquello al cuello, por muy santa milagrosa que fuese aquella santa Froilana. Y cuando tuve ocasión de contárselo a mi hermano Juan, éste se enfadó terriblemente e hizo que identificase al monje que me había vendido aquello, porque, según le oí decir, se habían vendido tantos dedos de la santa que, de ser todos verdaderos, debió de haber tenido en vida más de diez brazos para albergarlos. Y en la losa que cubría su tumba en la catedral nada evidenciaba que la santa hubiese tenido aquella deformidad.

Nunca encontramos al monje, que al saberse bajo sospecha debió de irse a otra ciudad a vender sus falsas reliquias.

Poca falta me hicieron las reliquias de santa Froilana, porque gracias al buen querer de mi marido y a las pócimas de Elvira, pronto quedé embarazada.

Lo mejor de mi situación era que yo era ama y señora de la casa y de los criados. Aconsejada por Elvira, pronto me hice obedecer, y después, cuando tuve mi hijo varón, los criados me trataron con más respeto si cabía, puesto que mi posición, al ser madre, estaba más consolidada.

El terrible parto llegó, tal y como se esperaba, en el mes de octubre. Mi nodriza, Elvira, llevó recado a la comadrona de que la mujer de Edelmiro Mouto estaba embarazada.

No quería que me asistiese otra mujer, salvo la conocida como “la hija del cura”. Era la mujer que se había salvado de la muerte cuando fue acusada de brujería por un sabio y reputado tribunal que había convocado mi hermano. Pero el tribunal, aunque era reputado, no me pareció muy sabio, aunque no debería pensar así, ya que una mujer no ha de meterse en asuntos de clérigos, so pena también de ser acusada de brujería.

En aquel triste incidente, supliqué a mi hermano que no mandase matar a todas las comadronas, puesto que las mujeres nos quedaríamos desasistidas en los partos y a merced de novatas sin experiencia que podrían malograr el alumbramiento de nuestros hijos.

La hija del cura sabía que yo había rogado a mi hermano para que no las matasen. Yo las creía inocentes, aunque no sabría decir por qué. A veces tenía presentimientos sobre las personas; sentía la

que me estaba engañando y quién era de fiar, pero no siempre funcionaba, porque el monje que me vendió el relicario de santa Froilana me había parecido un buen hombre y resultó ser un pillo.

La hija del cura, que en realidad se llamaba Isabel, debía de odiar a mi hermano, porque éste la había sometido a terrible tortura cuando se la enjuició de brujería. Por fortuna, fue la única mujer que dejó clara su inocencia y fue así perdonada.

Cuando Elvira la hizo llamar, la mujer pasó por las tierras de mi marido para ver mi estado de preñez. Calculó para cuándo tendría el hijo y me dijo que, si se adelantaba el parto, la mandase llamar, y si iba todo como mandaba el Señor, entonces ella aparecería el día señalado para asistirme.

Dijo que no me levantase de la cama durante los tres primeros meses, o que, en la medida de lo posible, me moviese lo imprescindible. También me indicó que, ya que era pudiente, me tomase todos los días un tazón de leche, porque después esa leche aparecería en mis pechos. También me dio ungüentos para la piel de mi estómago, que tuve que dejar de usar porque su olor repugnaba a mi marido.

Fue correcta y atenta. Tan sólo la vi una vez antes del parto y tenía noticias de ella por mi ama de cría, que iba todos los meses al mercado de Lugo para comprar lo que yo le encargaba y allí se enteraba de las idas y venidas de la comadrona.

Mi hermano fue a verme cuando supo que yo había quedado embarazada. Se quedó a cenar y a pasar la noche.

Juan estaba encantado con mi estado. Me hizo saber que si tenía un varón, le regalaría un caballo enano para montar. Si era hembra, por supuesto, no mencionó que tendría regalos.

Por fortuna tuve un varón, con sufrimiento, tal y como dice la Biblia.

La hija del cura me hizo tomar un bebedizo que hizo que pariese rápido, pero con muchos dolores. El niño fue tomado en brazos por su padre, en reconocimiento de su paternidad, y presentado a mi hermano Juan y a los presentes en la torre cuando todavía no había sido lavado ni perfumado.

La comadrona, al ver a mi hermano, palideció, en recuerdo de las torturas. Le pagué bien: hice que le diesen dos gallinas y tres conejos, y un viejo vestido mío que había destrozado con mi preñez, que le daba un aspecto grotesco, pero que ella aceptó como su mejor regalo; además, recibió de mi marido un jamón curado. Toda una paga para la comadrona, que se fue deseando verme de nuevo preñada.

Edelmiro estaba tan alegre de ver a su hijo que invitó vino y carne a todos los criados, y eximió de parte de sus cargas a sus vasallos.

Bautizamos al niño en la catedral de Lugo. Le dimos por nombre Sancho. No pudo tener mejor padrino, que fue mi hermano Juan. Pocos son los niños que tienen de padrino a un obispo.

Capítulo VIII

Creo, si no me falla la memoria, que durante el reinado de Alfonso XI se celebraron cortes en Castilla diecinueve veces, y la mayoría de ellas, nunca dos veces en el mismo lugar.

Cuando Alfonso XI fue proclamado mayor de edad por las cortes de Valladolid, se acordó que cada dos años se volverían a convocar éstas. Y así fue. Año sí y año no, los representantes de las ciudades de los reinos de Castilla, Toledo, Galicia, Sevilla, Córdoba, Murcia, Algarbe, Vizcaya y Molina fueron llamados a comparecer ante las cortes.

Cada una de las ciudades de todos los reinos de Alfonso XI se esforzaba para mandar a sus representantes. En las cortes estaban presentes los señores, prelados y el concejo de la ciudad, junto con los artesanos ricoshombres y demás gente de cierta condición. Ello hacía que fuese un acontecimiento esperado, en el cual se le informaba al rey de las novedades ocurridas en sus reinos, y sobre todo, se presentaban las quejas por los abusos cometidos por unos y por otros en las villas y en los campos.

Las cortes implicaban mucho más. Llegaban comerciantes y juglares; curiosos y desocupados; adivinadores, artistas y prostitutas. Todos se concentraban durante unos pocos días en hacer que los presentes volviésemos a nuestras casas con los bolsillos vacíos. A veces se formaban justas y torneos, y entonces los mejores caballeros del reino iban a batirse con lanzas y espadas.

Para cualquier hombre que no fuese clérigo, aquello suponía mucho divertimento, pero para mí, aquello no era más que tentaciones de la carne.

Los alcaldes de los concejos, que eran los hombres de más baja condición entre todos los que allí estábamos convocados, escatimaban sus dineros hasta lo indecible. La razón era porque quien costeaba su estancia era el concejo municipal. Muchas villas no podían permitirse el lujo de mandar a las cortes a procuradores o

alcaldes, ya que ello suponía una carga sobre sus bolsillos. Pero los vecinos de Lugo, siempre atentos a demandar lo que creía justo y a meterse en asuntos del reino, mandaron a sus representantes durante las primeras cortes. Después, como la moneda perdió valor a lo largo del reinado de Alfonso XI, no pudieron asistir a todas las cortes que ellos hubieran querido.

La primera vez que asistí a las cortes fue en el año 1329. Allí vi al rey Alfonso, acompañado de su mujer, la reina doña María, la hija del rey de Portugal.

Algunos prelados como yo asistían a la corte en persona, pero otros, más poderosos y menos dados a tener en cuenta a los allí reunidos, mandaban a sus representantes. En aquella ocasión, tentado por la curiosidad, asistí en persona para ver, oír y expresar mis quejas y opiniones.

Las cortes se reunieron el Alcalá de Henares. Como la villa no era grande y no había suficientes monasterios ni posadas para albergar a todos los allí convocados, muchos fueron los que tuvieron que dormir en tiendas y otros, a la intemperie.

Gracias a que yo era prelado, conseguí alojamiento en un monasterio, pero los procuradores que había mandado la ciudad de Lugo tuvieron que dormir bajo un árbol.

El camino desde Lugo hasta Madrid había sido largo y penoso. El andar por las tierras del mundo no ha de hacerse sin precaución, y siendo yo obispo, hice que me acompañaran más de veinte hombres armados e instruidos por mi mayordomo.

Eliseo de la Peña quedó al cuidado de la ciudad, no fuera que, viéndome sus habitantes lejos de Lugo, pensasen caer en el desgobierno y la rebelión. El deán Fernando cuidaría de sus almas y oficiaría todas las misas en mi ausencia. Los creía capaces de gobernar la ciudad y partí hacia Alcalá con tranquilidad.

A mi comitiva se unieron los procuradores de Lugo, aunque yo no los había invitado, pero ellos debieron de confiar en mi generosidad para que les protegiera de esa forma. No fueron los únicos que viajaron conmigo. A medida que nos acercábamos a la sierra de Madrid, se nos unían hombres, mercaderes y pillos. Todos pensaban que estarían a salvo de bandidos y asaltadores de caminos viajando en un grupo numeroso y más si éste estaba encabezado por un obispo.

Hubo riñas en el viaje y tuve que poner paz y mediar en las disputas.

Las noches, las pasábamos en los monasterios y abadías. Más que ir a cortes, parecía que estábamos haciendo peregrinación a

Santiago de Compostela.

Cuando llegamos a Madrid, mi comitiva la formaban ya más de cincuenta hombres. Sólo yo me pude cobijar en un monasterio. Mis soldados durmieron sobre la paja de un cobertizo y del resto no tuve noticias.

Las cortes duraron varios días. Todos querían hablar y exponer al rey sus quejas y peticiones. El rey Alfonso les escuchaba pacientemente y hacía que el apuntador tomase nota de todo aquello que le interesaba. De esta forma, se convino que no hubiese judíos ni moros en la casa del rey ni de la reina, ni que estos fuesen arrendadores o recaudadores de impuesto. También se dispuso que ningún oficial de su casa tuviese más de dos oficios, y que el que tuviese uno de ellos, por honrado y bueno que fuese, debería contentarse con él.

No sólo se habló de la casa del rey, sino que se trataron temas tan importantes para nuestros bolsillos como las necesidades que tenía el rey para mantener la guerra con los moros. Hizo devoluciones de tierras, castillos y fortaleza a sus antiguos dueños. Se afirmó que el rey podía repartir las tierras y castillos de su propiedad como bien quisiese, cosa que a las cortes no pareció sentarles del todo bien. Y se escribió que en las ciudades que tenían privilegios o cartas donde se reflejaban los usos, fueros y costumbres, se cumpliesen estos.

Además, se trataron otro tipo de asuntos tales como los usos matrimoniales: los caballeros no podrían llevar para sus bodas o caballerías vestidos que tuviesen oro o fuesen de tapete. Esos vestidos tan sólo estaban reservados a los nobles.

Se acordó que sólo los infantes del reino podrían llevar vestidos de oro y de seda, salvo en el forro, que los podrían llevar todos. Al oír aquello, pensé que mi hermana se había casado con vestido de seda hacía un año. De haberse celebrado las cortes antes, de seguro que hubiese tenido que vestir de lana para su boda.

Cuando terminaron, suspiré de alivio.

Por las noches, los que éramos señores, ya fuésemos nobles u obispos, cenábamos con el rey y la reina.

El rey contaba sólo con diecinueve años, aunque su apariencia era de dos o tres años más. La razón de ello era porque la guerra a los moros le había hecho madurar. Nada más ser nombrado rey, con quince años, lo primero que decidió el monarca fue embarcarse en toda una aventura: conquistar el emirato, que se había hecho el olvidadizo para pagar sus tributos al reino de Castilla. Durante el reinado de Alfonso X el Sabio, bisabuelo del rey Alfonso, el reino

emir fue considerado un reino vasallo del reino de Castilla y como tal, pagaba sus tributos periódicamente. Pero hacía tiempo que Castilla no veía ni oro, ni plata procedente de Granada, y eso, junto con la idea de combatir al infiel, fue la excusa perfecta para que el joven rey se decidiese a lanzarse a una arriesgada campaña. Quienes pagaron la guerra fueron los vasallos de rey, que tuvieron que entregar sus almas o sus dineros a tan brava causa.

Junto al rey se hallaba siempre su también joven esposa, María, buena mujer, noble —ya que era hija del rey de Portugal— y bella. Pero el rey ya había estado casado con otra mujer, con doña Constanza, la hija del poderoso noble Juan Manuel. Este primer matrimonio había sido anulado por voluntad del monarca, porque ni siquiera se llegó a consumar, ya que el rey se había casado con doña Constanza cuando él tenía quince años, a poco de ser proclamado monarca, y la esposa tenía sólo doce, pero en cuanto tuvo razón para darse cuenta del matrimonio que le habían impuesto sus mayores lo rechazó y se unió en matrimonio a doña María, princesa de Portugal.

Pero en la corte se rumoreaba que no la quería como debía y que el rey había conocido a otra mujer que le había robado el corazón.

No di crédito a las habladurías, puesto que Castilla estaba llena de lenguas maliciosas. Pero al ver a la dama de la que se hablaba tanto, creí que tal vez el rey Alfonso pudiese prestarle algunas atenciones.

La dama en cuestión era una viuda de Sevilla, llamada doña Leonor de Guzmán, mujer de noble linaje, puesto que era hija de don Pedro Núñez de Guzmán. Era coqueta y graciosa. Vestía con escote y no se cubría éste ni su cabello cuando no andaba bajo cubierto.

Más tarde, cuando la volví a ver, ya había dado a luz un varón llamado Enrique, que tan relacionado estuvo con el reino de Galicia.

Mientras el rey se sentaba a la mesa con su esposa, guardando la compostura y tratándola con el respeto debido a una mujer que es esposa y reina a la vez, la amante tomaba asiento rodeada de sus damas en el otro lado de la mesa. Pero aunque al rey Alfonso y a doña Leonor de Guzmán les separaba toda una mesa llena de caballeros, nobles y altos clérigos, ellos brindaban levantando sus copas al unísono y se intercambiaban numerosas miradas de complicidad.

Los allí presentes trataban a doña Leonor como si de una

segunda reina se tratase. Le servían vino y los juglares parecían tocar tan sólo para sus oídos.

La situación era de lo más violenta para la reina María, que tenía que aguantar las infidelidades de su marido con verdadera virtud cristiana. Por todos sus sufrimientos y las humillaciones a las que se veía sometida, de seguro que la reina ya tenía ganada gran parte de la vida eterna.

Ambiente corrupto el de aquella monarquía que se abandonaba a sus pasiones sin disimularlo siquiera.

Terminaron las cortes y cada cual partió para sus tierras. El monarca y demás cortesanos se dirigieron hacia los cotos de caza de Madrid, donde iban a practicar la caza del oso y de los venados, a los que el rey era tan aficionado.

Los procuradores de Lugo se me unieron una vez que salí de Alcalá de Henares. No sabía cómo se habían enterado del día y la hora de mi partida, pero una vez me encontraron, no pude echarlos de mi comitiva y dejarlos a merced del peligro de los bandidos.

Llegamos a Lugo al cabo de una semana, después de habernos encontrado con nieve en los pasos de las montañas, puesto que todavía era el mes de marzo.

Los procuradores habían conseguido una copia de lo acordado por las cortes y se dispusieron a comunicárselo al pueblo. Y yo hice lo mismo con el clero de la ciudad, que se reunió en el coro de la catedral, donde les comuniqué las nuevas de la corte y los nuevos mandatos del reino. Pero poco era lo que de tales mandatos a ellos les afectaba.

***

Cuando estaba en la corte papal de Aviñón, un florentino cantaba por las calles las siguientes estrofas:

El diablo tiene nueve hijas que ha casado de la siguiente manera:
la simonía, con los clérigos seculares;
la hipocresía, con los monjes;
la rapiña, con los caballeros;
el sacrilegio, con los campesinos;
la simulación, con los oficiales de justicia;
la usura, con los burgueses;
la pompa mundana, con las matronas;
y la lujuria, que no ha querido casar, pero que se ofrece a todos

como amante.

Recuerdo que el juglar recibía cuantiosas propinas por recitar aquellos versos. La gente se arremolinaba a su alrededor, mientras él escenificaba su canto con imitaciones de campesinos, clérigos, monjes, caballeros y demás protagonistas de su poema.

No sé qué ha hecho que esta mañana sus palabras vuelvan a mí después de tanto tiempo. Siempre he pensado que los recuerdos se esconden en nuestras mentes para volver a nosotros en los momentos menos sospechados. Están escondidos, esperando el momento, y a veces aparecen cuando estamos tristes, alegrándonos la vida, pero otras, no tienen consideración y aparecen para recordarnos nuestros fallos y hacer que el remordimiento nos haga sufrir.

En mi caso, hace ya tiempo que todo lo que recuerdo de mi vida en el reino de Castilla es triste o me produce malestar.

Tal vez esas estrofas vinieron a mí para recordarme que he caído en todos los vicios que el juglar mencionaba.

He practicado la simonía, puesto que el obispado lo conseguí gastándome una fortuna en Aviñón.

He sido hipócrita como los monjes, he practicado la rapiña en mis tierras, he simulado y he guardado tanto dinero como un judío. Y la vanidad y la pompa marcaron mis últimos años de obispado. De lo único que puedo jactarme es de no haber cometido sacrilegio alguno.

Y de la lujuria, no podría decir más que fue mi gran debilidad, pero le presenté batalla.

Fui tentado por la mujer a la cual le confié las llaves de mi casa. Doña Marta me sedujo con sus malas artes y yo estuve a un tris de caer en sus brazos sin darme cuenta de que cometía un terrible pecado. Si bien el abad me dice que es difícil que un hombre al servicio de Dios permanezca casto toda su vida, ello no me consuela mucho. La lujuria no deja de ser por ello uno de los siete pecados capitales.

Ocurrió cuando una noche me retiré a mis aposentos a descansar. Había estado jugando con Eliseo al ajedrez, pero éste se despidió más temprano de lo acostumbrado. Sin más ocupación, me retiré a dormir, esperando encontrarme con la cama caliente. Doña Marta se encargaba de pasar el calentador lleno de brasas por encima de las sábanas para dejarlas así tibias y sin humedad, pero aquella noche no debió de pensar que yo me iba a retirar tan

pronto, porque me la encontré en tal faena.

La mujer estaba de puntillas apoyándose en la cama, porque ella era baja y mi cama tenía más de cinco colchones, lo cual la elevaba bastante. No se percató de mi presencia. Un deseo que brotó de lo más pecador de mi alma vino a mí al verla en aquella postura, casi recostada sobre la cama donde yo dormía. Al día de hoy recuerdo aquella noche y todavía se estremece mi pecho de la excitación. Ella se volvió, pero no estaba sorprendida, sino que me sonrió.

Verla sonreír encendió todavía más mi deseo. La mujer permanecía mirándome, esperando una orden o unas palabras, ordenándola marchar. Pero yo no supe qué decirle. A mi mente vinieron terribles escenas de encuentros entre damas y caballeros, besándose o abrazándose.

Siempre me había preguntado qué era lo que sentirían los hombres al besar a las mujeres. Y pensé en besar a doña Marta. Pero no pude hacerlo. Nunca había besado a una mujer y de los demás pecados de la carne sólo tenía referencia por las confesiones de los pecadores y por lo que había visto con mis propios ojos. Pero lo que había visto era poco, ya que seguía el mandato de que si tu ojo derecho te escandaliza, entonces debes arrancártelo, lo cual se traduce en volver la mirada.

No pude contenerme y desaparecí escaleras abajo para librarme de aquella visión. Doña Marta, sorprendida, me siguió preguntándome cuál era la razón de mi huida. No le contesté. Abrí la puerta de la casa, escapando de su presencia de hembra que llenaba el ambiente. Afuera caía una lluvia copiosa. Salí apresuradamente y caí sobre el barro.

Lloré amargamente al verme tan débil frente a los pecados de la carne. Hasta aquel momento, creía que esas sensaciones eran agua pasada, producto de una adolescencia que hacía tiempo había dejado atrás. Desde que había cumplido los treinta años, el deseo parecía haber abandonado mi cuerpo. Pero el descubrir que de nuevo aquella fuerza que partía de mi vientre me dominaba, fue una terrible experiencia.

Sentí que tendría que volver a las flagelaciones para acallar los cantos de sirena de la lujuria.

Bajo la fría lluvia, comprobé que mi cuerpo volvía a su ritmo habitual. El momento de peligro había pasado. Con la calma que sobreviene a la tormenta, pensé que la medida más razonable era la de despedir de mi servicio a doña Marta.

Pero a la mañana siguiente, al verla a la hora del desayuno, me di cuenta de que ya no inflamaba mi cuerpo, así que borré de mi

mente la idea de deshacerme de ella. “La mujer es trabajadora y buena cristiana”, pensé, “la paz que impera en la casa es buena muestra de que el ama cumple bien sus funciones”.

***

Después de aquella terrible prueba, huía de la visión de las mujeres.

Recé mucho al Señor para que me hiciese virtuoso y que no lo defraudase. Me confesé con el deán Fernando y éste me aconsejó que lo mejor para el deseo era flagelarse antes de dormir y me dio unas hierbas para que tomase todas las mañanas en infusión, antes de desayunar.

Olvidé los castigos corporales, porque pensé que el remedio sería peor que la enfermedad, pero acepté las plantas, que, por cierto, ya conocía, porque eran famosas entre todos los monjes para mitigar los deseos de la hembra. Pero las plantas producían somnolencia y mi existencia se tornó un eterno atontamiento que no me dejaba atender mis múltiples tareas.

Al final, también tuve que dejar las hierbas, porque me volvía perezoso, otro de los pecados capitales al que más ha de temer un hombre.

Doña Marta observó aquella evolución por los flagelos y mis hierbas sin mostrar la más mínima curiosidad. Tanta fue su discreción que no osó preguntarme por qué mis ropas tenían manchas de sangre o qué eran esas hierbas que tomaba.

Supongo que no tenía que preguntar lo que ya debió de sospechar desde la primera noche que la deseé.

Aguardó pacientemente a verme superar aquella crisis con la misma paciencia que el demonio nos tiende sus trampas.

Capítulo IX

Los burgueses no dejaban de plantear problemas con su fuero, pero dado que la fecha de éste era tan remota, poco cabía esperar de un documento que tenía más de cien años.

Pensando así me equivocaba, porque el concejo insistía en que su fuero tenía que ser de vigor y para ello alegaban que si había ciudades de Castilla que aplicaban fueros más antiguos que el suyo, bien se podría aplicar el de Lugo.

Yo me oponía a aceptar aquella reliquia. Ya me había enfrentado nada más llegar a la ciudad con los alcaldes por causa de la aplicación del susodicho derecho y todavía me quedaban muchas riñas por ello.

Normalmente, mi mayordomo Eliseo era el que se ocupaba de los asuntos municipales, pero a veces se acumulaban tantos que él solo no podía solventarlos. Por eso, cuando se volvió a plantear el conflicto con el concejo, junto con las habituales riñas, disputas y trifulcas entre los vecinos de la ciudad, Eliseo solicitó que atendiese a los burgueses, que se hallaban al borde de la rebelión.

El problema era de envergadura, puesto que los burgueses se negaron a pagar los impuestos. Eliseo trató de cobrarlos de todas las formas posibles, pero el pueblo se rebeló y se formó tal tumulto que, haciendo caso a los consejos de mi mayordomo, tuve que mediar en el asunto.

Si no me equivoco, los acontecimientos se desataron una mañana del mes de noviembre, soleada y generosa para aquella época del año. Hacía tiempo que se había molido la cosecha de centeno y ya se habían recogido las castañas. En las casas en las que había cerdos, que eran casi todas las que no pasaban estrechez, se había realizado la matanza. Así que juzgué que era el mejor momento para cobrar los diezmos de la Iglesia.

Cada casa pagaría una décima parte de lo producido, lo cual, para ser sincero, no tenía ni la más remota idea de a cuánto podría

ascender.

Consulté con el deán Fernando, que fue presto a buscar en los archivos de la catedral los registros de lo pagado por cada vecino la última vez que se había podido recaudar el diezmo. Eso serviría de base para hacerle pagar a cada familia. Pero la última vez que un obispo había logrado recaudar impuestos en aquella ciudad se remontaba a cinco años atrás y los libros de los registros eran confusos y muchas de sus páginas tenían terribles manchas de humedad que lo embrollaban todo.

Tan pronto se supo, por no sé qué conductos, que yo iba a recaudar los impuestos, el pueblo escondió sus bienes más preciados para evitar cualquier atisbo de prosperidad en sus casas.

Pero lo peor no fue eso, sino cuando el concejo se reunió, y con los alcaldes a la cabeza, decidió no pagar ni una moneda de plata ni un saco de grano.

El concejo para mí seguía siendo un misterio. Se reunía en los momentos más inesperados y parecía no existir más que para protestar por mis acciones. Yo parecía ser la última persona en Lugo que se enteraba de sus maquinaciones y acuerdos, y eso que se reunían en un lugar público y bien concurrido como era la posada de Ruy Jiménez, el alcalde de mayor edad.

La posada albergaba a los pocos peregrinos que se aventuraban a la ciudad, ya que al estar apartada del camino de Santiago, pocos eran los extranjeros que se veían. Junto a los peregrinos siempre había algún mercader itinerante, juglar o malabarista que se quedaba a pasar la noche. Ello convertía a la posada de Ruy Jiménez en el centro de atención de todo hombre desocupado con algún dinero para pagar un trago de vino o la compañía de alguna de las rameras que por allí merodeaban, buscando incautos. A sus atracciones cabía añadir las juntas del concejo.

La taberna servía vino gratis al concejo cada vez que se reunía. No cabe decir que las opiniones del alcalde posadero eran las mejor acogidas y siempre aprobadas por los allí presentes, si querían seguir gozando de aquel vino extra.

Las únicas mujeres que presenciaban las reuniones eran la mujer del posadero y las rameras. Los hombres eran los representantes de los gremios de la ciudad, pero siempre había algún pillo que se colaba para oír lo que allí acontecía.

Una vez, envié a uno de mis criados para atender a lo que se decía y volver con las nuevas a mis oídos, pero el pobre hombre no pudo ni pasar del umbral de la posada, porque el pueblo le recriminó que si ellos no podían asistir a las reuniones del cabildo

en el coro de la catedral, no veían razón por la cual el obispo tuviese que saber de sus asuntos.

La noche que se reunió el concejo en la posada de Ruy Jiménez para tratar el problema de los impuestos, nadie me lo advirtió. De haberlo sabido antes, ya hubiese yo sospechado que el pueblo no iba a pagarme.

A la mañana siguiente, Eliseo de la Peña salió con sus hombres para comunicar al pueblo que se iba a proceder a la recaudación, pero el pueblo le contestó con una sonora risa, diciéndole que ellos tenían derecho a no pagar.

Recuerdo que esa misma mañana yo me hallaba visitando las tierras de mi cuñado, con la intención de pasar allí la noche para ver a mi sobrino, que ya tenía más de un año de edad.

Allí estaba cuando Eliseo apareció en la torre de Edelmiro, con la cara compungida, para avisarme de los problemas de la ciudad. Volví a Lugo aquella misma tarde, asustado de lo que podría pasar.

Cabalgamos al galope, forzando a los caballos, así que el mío llegó hecho un río de sudores, pero tuvo mejor fortuna que el de Eliseo, que se desplomó nada más éste se bajó de su cabalgadura. Era ya de noche y la ciudad parecía inocentemente en calma, a pesar de lo acontecido.

Sin apenas poder recobrar la respiración, mandé llamar a los alcaldes a mi presencia. Eliseo dio órdenes para que los soldados los buscaran y los trajesen a mí lo antes posible. Les fue fácil dar con ellos, puesto que se hallaban reunidos con el concejo en la posada de Ruy Jiménez.

—Aquí están los alcaldes, señor obispo —me anunció doña Marta, que había preparado algo para calentar mi estómago—. Vos diréis dónde los hago pasar.

—Aquí mismo. No voy a dejar de cenar por la presencia de los alcaldes. Traed más aguardiente, la noche va a ser larga.

Los alcaldes entraron precedidos por Eliseo, que se quedó junto a la puerta. De los que allí estábamos, era el único que entraba con armas en mi casa, y más en la sala de audiencias.

Las caras de los alcaldes estaban descompuestas de terror. Sin duda, debían de pensar que les haría matar allí mismo, pero lejos de mis pensamientos estaba aquella idea; sólo pretendía asustarlos un poco.

Afuera se oía un rumor.

—Eliseo, decidme, ¿qué es ese ruido que viene de la plaza?

—Es la chusma, señor obispo. Están esperando afuera a que los

alcaldes salgan de vuestra casa —respondió mi mayordomo.

—Llamad a todos los guardias y decidles que vengan a custodiar las puertas.

Eliseo salió apresuradamente para cumplir mis órdenes. Un criado entró con una garrafa de aguardiente y la dejó en la mesa que estaba a mi diestra.

Los alcaldes se miraban entre sí, asustados, esperando mis palabras. Les dejé tiempo para que temblasen mientras yo me iba bebiendo el aguardiente poco a poco. No hay nada mejor que impacientar a un hombre para hacer que se ponga nervioso.

—Mi mayordomo me ha comunicado que os habéis burlado de él cuando os reclamó la recaudación —dije, rompiendo el silencio —. Contestad, no os quedéis callados. Sé que cuando queréis, sabéis hablar muy bien, sobre todo para embaucar a la chusma.

El posadero, Ruy Jiménez, se adelantó y respondió:

—El fuero nos exime de pagar tributos, señor obispo.

Aquello me enfadó sobremanera, pero intentando dominarme, le contesté:

—Vuestro fuero no se aplica en mi ciudad. Así de claro quedó la última vez que se trató ese tema. No consentiré que le quitéis a la Iglesia lo que le pertenece. Cometeréis pecado mortal y también todos los que os sigan. Ya habéis estado excomulgados una vez y no creo que os guste la idea de que os vuelvan a excomulgar.

Los hombres enmudecieron y bajaron la vista.

—Habéis de pagar hasta la última moneda que escondáis como herencia a vuestros hijos. Me encargaré de ello —me levanté de la silla y empecé a pasearme por la habitación—. Sois necios. ¿Qué pensasteis?, ¿que os ibais a salir con la vuestra? No saldréis de esta casa sino con las manos atadas y para ingresar en el castillo de la puerta de San Pedro. ¡Guardia! —grité, y entraron dos de mis hombres de armas—. Atadlos.

Los alcaldes no intentaron siquiera resistirse al ver lo inútil de la situación. Los guardias les ataron las manos, mientras yo les recriminaba:

—Más le vale al pueblo que pague, si es que quiere que sus alcaldes vuelvan a sus casas.

Eliseo entró en la sala y anunció que todos sus hombres defendían mi casa. Al ver a los alcaldes atados y listos para ser enviados a las mazmorras de la fortaleza, contrajo el gesto y se acercó a mí, pidiendo permiso para hablarme. Una vez concedido, me dijo al oído, para que los demás no nos escuchasen:

—Señor obispo, ¿aceptaríais un consejo de vuestro servidor?

—Habla.

—El pueblo se os echará encima antes del alba. No le provoquéis. He visto lo que esta chusma puede hacer. No podéis encerrar a estos hombres cada vez que el pueblo deja de pagar los impuestos. Negociad con ellos. Vale más que los convenzáis que os enfrentéis con ellos. Ofrecedles una suma razonable o algo que les sea imposible rechazar.

— ¿Qué me sugerís, Eliseo?

—Todos tienen hijos varones. Ofrecedles que mediaréis para que entren en una abadía. ¿Qué padre rechazaría esa oferta? Y una vez que los hijos estén en la abadía, serán como peones para vos.

— ¿Quién os ha enseñado de política, Eliseo? —le pregunté, sorprendido ante tal lección de inteligencia.

—Serví como escudero en la casa de un infante, vos ya lo sabéis. Un hombre que sabe mirar y callar aprende rápido cuando el maestro es notable.

Mandé desatar a los alcaldes y les ofrecí asiento y bebida. Ellos, acobardados, dudaban en aceptar, pero acabaron por complacerme.

No les dije directamente lo que les iba a ofrecer; los fui tanteando, puesto que no todo hombre se deja manejar ni se presta a los sobornos. Pero los hombres comprendieron pronto lo que les estaba pidiendo a cambio de que convenciesen al pueblo de que tenía que pagar los impuestos. Rogaron que les dejase hablar entre ellos y yo les dejé solos en la sala para que reflexionasen.

La respuesta fue afirmativa.

Aquella noche, aprendí lo fácil que es comprar a un hombre cuando se goza de poder y fuerza.

Los alcaldes no se dieron cuenta de lo débil que sería su posición a partir de ese momento, con un hijo en manos de la Iglesia. Cumplieron su palabra y salieron de mi casa para convencer al pueblo de que era mejor pagar, argumentando que, de otra manera, podría caer sobre ellos la pena de excomunión.

No sé qué poder de lenguas tenían aquellos hombres ni lo que le contaron a la chusma, pero al día siguiente se procedió a la recaudación sin que hubiese más contratiempos.

Y por mi parte, también cumplí con lo acordado. Soy un hombre de honor y pocas veces he faltado a mi palabra. Escribí al abad del monasterio de Samos, uno de los más poderosos de Galicia, y los tres muchachos fueron admitidos, a pesar de no portar suficiente dinero con el que contribuir al monasterio. El más joven tenía cinco

años y el mayor era casi un hombre, pero aceptó de buena gana la oportunidad de llevar una vida espiritual.

La salida de los muchachos de la ciudad se hizo con la mayor discreción posible. Para no despertar sospechas de que habían sido sobornados, los alcaldes contaron a los vecinos que sus hijos eran entregados como siervos al monasterio de Samos, lo cual no era realmente cierto, porque los muchachos iban a recibir formación de monjes y no a trabajar en sus tierras como lo hacían los numerosos siervos que dependían del monasterio. Bien diferente es vivir en el monasterio como monje que como un siervo más que ha de trabajar sus feudos.

***

Mi hermano Raúl envió un mensajero con la grata noticia de que su mujer, doña Urraca, había quedado en estado de buena esperanza y que para el mes de agosto daría a luz un niño. Me rogaba que rezara para que el parto fuese feliz y el hijo, un varón.

Ello me hizo feliz, ya que al estar yo dedicado al Señor, no podría dejar descendencia en este mundo y la pervivencia de la familia dependía de María y de Raúl.

El muchacho de María ya tenía por aquel entonces dos años de edad y estaba tan crecido que ya andaba y hablaba con esa extraña lengua de los niños.

Cada vez que visitaba a mi hermana y a su marido Edelmiro, encontraba un nuevo cambio en el pequeño Sancho, tal era el nombre del niño.

Al pequeño Sancho, que ya estaba muy espabilado, su madre lo trataba con especial dedicación, pero era evidente que eso enfurecía a Edelmiro, que parecía estar celoso de su propio hijo. Para acabar con aquellos amores entre madre e hijo que tanto malcrían a los varones, Edelmiro fue el que prohibió a María que siguiese amamantando al niño. Y María se enojó tanto que se negó a comer durante dos días sólo para darle disgusto al marido. Pero a Edelmiro poco le debió de importar, porque, muy sabiamente, no le prestaba atención al enojo y la tentaba llevando comida al dormitorio donde ella estaba recluida.

Como suele suceder con los animales, basta que se destete a una cría para que la madre quede de nuevo embarazada. Y así fue. Cuando María dejó de darle el pecho, quedó embarazada nuevamente. Ello alegró a todos y se hicieron las paces entre María y Edelmiro.

Edelmiro se preocupaba porque María no hiciese ningún esfuerzo durante el nuevo embarazo. Le prohibió que saliese del torreón y llamó al cura local para que dijese las misas dominicales en la misma torre, pero el párroco se negó a que se celebrase el sagrado rito en un lugar que no estaba consagrado para tal fin. Por eso, la única salida de María consistía en asistir el domingo a la pequeña iglesia que se hallaba no muy lejos de allí.

En la iglesia, el matrimonio ocupaba el lugar preferente, a la derecha del altar. Como el templo era pequeño, no se observaba la costumbre de que las mujeres se sentasen separadas de los hombres, así que el matrimonio se sentaba junto. De todas formas, no hubiese sido posible convencer a Edelmiro de que se separase de su mujer ni por un solo instante.

Edelmiro y yo nos habíamos hecho amigos gracias a que éste iba a la ciudad cada vez que había mercado en Lugo, lo cual sucedía una vez al mes. Cada vez que visitaba la feria, lo invitaba a pasar la noche en mi casa para que no estuviese todo el día viajando de un lugar a otro. En las veladas que cenábamos juntos, hablábamos mucho sobre la educación de mis sobrinos.

Nuestros planes coincidían en lo que respectaba a su educación. Los varones pasarían sus primeros años al cuidado de la madre, hasta que fuesen capaces de montar un caballo sin caerse. Entonces, llegaría la hora de instruirlos. En mi casa se les enseñarían, con los maestros contratados por mí, las siete artes que dominan la sabiduría.

A su vez, los muchachos aprenderían de mi mayordomo las artes de la guerra para así llegar a ser armados caballeros.

El Señor diría lo que sería de ellos después de ser completada su educación. El mayor tendría que heredar la casa y las tierras del padre, y los segundones buscarían fortuna, ya fuera como caballeros o al servicio del Señor.

Yo quería que el segundo de los hijos de Edelmiro y María fuese encomendado a la Iglesia desde pequeño. Con mis influencias y con la ayuda del Cielo, el muchacho podría hacerse con un obispado o con una abadía. Soñar siempre es hermoso y Edelmiro y yo solíamos hacerlo cada vez que nos encontrábamos.

La segunda vez que María alumbró, tuvimos la suerte de que tuviese un varón. Nació lleno de pelo y más parecía un animal salvaje que un hombre. Pero el pelo se le cayó al poco, gracias a los buenos haceres de la comadrona, que mandó que lo restregasen con unas friegas que ella misma elaboró.

Cuando María pudo incorporarse de la cama, se bautizó al niño

en la capilla mayor de la catedral de Lugo. Fue un buen bautizo, con la pompa que merece el sobrino del obispo.

Al poco llegó la noticia de que doña Urraca había dado a luz un varón. La voluntad de mi hermano era que éste fuese bautizado en Lugo por mi persona y que recibiera el nombre de Juan, en mi honor. Quedó fijada la fecha del día de San Martín para tal acontecimiento, que reuniría a toda la familia.

Y llegó el día. Nos reunimos en mi casa mis dos hermanos, María y Raúl, con sus respectivos cónyuges, y mis tres sobrinos, Sancho, Roldán y Juan, el menor. Celebramos con gran pompa el bautizo de Juan, el que más tarde sería conocido en Lugo como Juan el Moreno, porque tenía el cabello del color del azabache, a diferencia de mis cabellos, que eran del color del trigo maduro.

Raúl y Urraca opinaron que les sería grato que su hijo fuese educado en mi casa cuando tuviese una edad razonable. La idea de que todos los primos pasasen la infancia juntos les parecía conveniente para fortalecer la unión de la familia. El pensamiento no era descabellado; todo lo contrario: una familia unida es conveniente para la fuerza de ésta. Por lo allí acordado, mi casa se convertiría en breve en un parvulario donde sería necesario desempolvar los libros que había conservado de mi educación en Santiago de Compostela. Yo me haría cargo de contactar con los mejores doctores disponibles en Castilla y de mantener la disciplina severamente.

***

Mi vida en los Castros de Mercelle, las tierras de mi marido, y que habrían de heredar mis hijos, era todo lo tranquila que cabría esperar. Tranquila, porque con mis dos embarazos, la vida para mí se redujo a estar en la cama o en el dormitorio, sin hacer ningún esfuerzo que pudiese dañar a mis hijos cuando estaba embarazada, o malograr la leche de mis pechos cuando estaba criando a los muchachos.

Por esa razón, en casi tres años no había vuelto a ver la ciudad de Lugo más que en las ocasiones especiales de los bautizos de Sancho y de mi segundo hijo, que recibió el nombre de Roldán.

Mi aya, Elvira, procuraba tenerme entretenida con las historias que circulaban en nuestras tierras. Ella era la que acompañaba a mi marido cada vez que había mercado en Lugo, que solía ser una vez al mes. Volvían al día siguiente, porque pasaban la noche en la casa de mi hermano Juan, ya que mi marido era siempre invitado a

dormir allí y, de paso, trataba con mi hermano diversos asuntos.

Cuando llegaba Elvira, montada en una mula, tras mi marido, se me llenaba el corazón de alegría, porque en varios días Elvira me contaría las nuevas de la ciudad y del reino, así como de las últimas mercancías que se habían recibido en la ciudad o los cuentos que cantaban los juglares.

Ella llegaba con los pequeños encargos que le hacía, tales como telas para la casa, agujas para coser, hilo para tejer, cacharros para la cocina, velas para los candelabros y sal para cocinar. La mayor parte de lo que necesitábamos la producían los vasallos de mi marido, pero había cosas imposibles de fabricar o producir, y por eso teníamos que recurrir al mercado.

Los días siguientes a la llegada de Elvira eran para mí muy gratos y me hacían salir de la monotonía a la que se reducía mi vida.

Elvira tenía una memoria asombrosa y era capaz de recordar todo lo hablado y todo lo que se contaba. De esta forma, siempre recordaba los matrimonios, los hijos y las muertes que se producían en la ciudad.

Ella fue la que trajo la noticia de que el mayordomo de mi hermano había dejado embarazada a una muchacha. Ante el escándalo que se produjo, se habían tenido que casar, con las bendiciones de mi hermano Juan. La muchacha era la hija de un mercader que itineraba de ciudad en ciudad, con la familia y las mercancías en sus carros. No la conocía ni la recordaba, pero Elvira me contó que la había visto varias veces en el mercado y que era sólo una muchacha insignificante que poco valía como esposa.

El mercader iba a la ciudad de mayo a septiembre, y el resto del año residía en la ciudad de Mondoñedo, donde la familia tenía una tienda y un taller de telas.

La muchacha debió de quedarse embarazada en una de las idas y venidas a la ciudad de Lugo. Y al darse cuenta al cabo de unos meses, cuando estaba de vuelta por Lugo, le comunicó a Eliseo que llevaba un hijo suyo en el vientre.

Eliseo era un hombre de honor, aunque no exactamente, ya que dejar preñada a una doncella no es muy honorable. El padre de la muchacha debió de enterarse del suceso y apareció a pedirle explicaciones por haber manchado la honra de su hija. Así que Eliseo se casó en menos de una semana con la muchacha, que se llamaba Isabel.

Elvira contaba también que en Lugo se rumoreaba que tal vez Eliseo no fuese el padre del niño, ya que la tal Isabel había tenido

una conducta poco honrosa en todas las ciudades que había visitado, pero como Eliseo reconoció que la había conocido doncella, no pudo negarse a desposarla.

La pareja se fue a vivir a una casa de la ciudad y así Eliseo abandonó la fortaleza de la puerta de San Pedro, porque no podía llevar a vivir a su esposa en un castillo lleno de soldados.

Pero la vida de Eliseo seguía siendo la misma que de soltero. Todas las noches iba a ver a mi hermano Juan y, tras la cena, jugaban su partida de ajedrez, o si la noche estaba clara, escudriñaban el cielo, comprobando con un mapa astral la posición de las estrellas.

Su mujer debía de sentirse más sola que yo, porque las tareas de Eliseo lo tenían ocupado todo el día y sólo la veía por la noche, o estaba con ella los domingos, cuando iban juntos a la misa de la catedral. Tuvieron una niña, lo cual enfureció a Eliseo, que deseaba tener un varón para instruirlo en el arte de la guerra. No tuvieron más hijos.

Cuando bauticé a mi hijo Roldán, tuve ocasión de conocer a la familia de Eliseo. Isabel, su esposa, era tal y como había dicho mi nodriza, una mujer insignificante que parecía no existir, porque nadie reparaba en ella. Su hija, sin embargo, era un bebé precioso que tenía unos hermosos ojos.

Sentí lástima por Eliseo, ya que creía que él hubiese podido aspirar a una mujer de mayor porte. Extraño sentimiento la lástima, sobre todo hacia un hombre que nunca me había agradado mucho. Debía de sentir por él indiferencia o incluso regocijo ante su poca fortuna, pero el corazón humano siempre alberga muchas sorpresas. Cuando le comenté a Elvira ese nuevo sentimiento en mi corazón, me dijo que me apartase de la visión de ese hombre, porque nada bueno me podía reparar el sentir lástima por Eliseo. Yo no vi peligro alguno en ello; incluso me comporté con él menos ásperamente de lo acostumbrado.

El día del bautizo de Roldán, hubo comida y celebraciones en el obispado. Mi hermano se comportaba como si el niño fuese su primogénito y anunció públicamente que Roldán estaba destinado a servir al Señor, tal y como él había hecho.

Fue la primera noticia sobre lo que se esperaba de mi hijo, ya que mi marido, Edelmiro, no me había comunicado los planes que durante meses habían tejido entre él y mi hermano.

Así que, al oír las palabras de mi hermano, asumí que Roldán sería apartado de mi lado a una edad temprana, lo mismo que su hermanito mayor, Sancho, al que se le iba a dar la educación de

caballero en Lugo.

Los comensales felicitaron al padre, porque el pequeño Roldán sería educado para servir al Señor. Tal elección a todos pareció sabia. Y a mí me auguraron una gran felicidad por haber dado a luz dos varones tan sanos.

Eliseo y su esposa se acercaron a saludarme y a felicitarme.

Vi envidia en los ojos de Isabel y tristeza en los de Eliseo. Ella llevaba en sus brazos a su hija y me la mostró para que la conociese.

Yo le mostré a mi hijo y ambas intercambiamos los cumplidos que hacen las madres sobre los niños.

—Cuando Sancho y Roldán puedan mantenerse a caballo, los traerán a Lugo para educarlos —le dije yo a Eliseo—. Mi marido me ha dicho que vos los instruiréis en las artes de la guerra. Mi marido está cada día más anciano y, cuando los chicos crezcan, tal vez él no pueda montar. Me alegrará saber que vos les enseñaréis.

—Será para mí un honor, señora —dijo él.

—Hace tiempo que no os veo y no os he felicitado por vuestra boda. Sois muy afortunado —le dije yo, con fingido sentimiento—. Y además, ya habéis tenido descendencia.

—Sí, señora, soy afortunado. Disculpadme, los demás esperan para felicitaros —y diciendo esto, se alejó con su familia.

Los demás comensales se acercaron a felicitarme, mientras Eliseo desaparecía de mi vista.

Capítulo X

Doña Marta me hizo reflexionar sobre el pecado y la castidad. Muchos eran los clérigos de alto rango a los que se les conocía una mujer o una concubina a su lado. En los campos, los párrocos hacían de esta práctica toda una forma de vida, honrando a sus mujeres con casa, vestido y reconociendo a sus hijos.

La Iglesia era indulgente en muchos casos, sobre todo con los que no levantaban grandes escándalos. Pero en otros, la mano del papado ya se había levantado acusadoramente.

La mayoría de los curas optaban por disfrazar a sus mujeres bajo la apariencia de amas de llaves o de servidoras a su cargo, por eso se rumoreaba en Lugo que la relación entre doña Marta y yo era más de amoríos que de servicios. Yo no quería saber nada de aquellas habladurías, que me llegaban de forma ocasional por los comentarios del deán Fernando. A él le importaban mucho más que a mí, porque al ser doña Marta su hermana, quedaba así mancillado su nombre y el de la familia. Pero bien sabía él que me hallaba lejos del pecado de que se me acusaba y que la actitud de su hermana era del todo honrosa.

No lo creía así el pueblo, pendiente siempre de mis movimientos. Para la chusma, la idea de que el obispo tuviese una amante parecía más interesante que escandalosa. Por lo visto, desde el mismo momento que llegué a Lugo, buscaron y observaron mis movimientos para saber cuáles eran los pecados con los que se me podía tentar y así manejar.

Recuerdo el día que apareció por mi casa la hija de un panadero que nos surtía de panes y pasteles. La muchacha llegó cuando yo estaba desayunando y, en vez de entrar en la casa por la puerta de la cocina, entró por la puerta del salón, donde yo estaba. Iba descaradamente escotada y al pasar por delante de mí sonrió pícaramente y se le cayeron los panes de la cesta. Los demás criados se acercaron a ayudarla, mientras ella se inclinaba a recoger lo

desparramado y su escote dejaba ver sus pechos de un color blanco digno de una dama. Pero no era una dama ni pretendía serlo. Día tras día, repetía la misma entrada en la casa, por la puerta delantera, mientras yo desayunaba, aunque los panes no se le volvieron a caer, debido a la reprimenda que le eché el primer día por su torpeza.

Cuando la escena, que a mí no me disgustaba del todo, ya llevaba repitiéndose una semana, llegó el padre de la muchacha y pidió hablar conmigo.

—Señor obispo, os agradezco que me recibáis —dijo el panadero —. Sé por los criados que necesitáis una muchacha que cubra la ausencia de la cocinera de esta casa, que ha poco se ha casado. Vengo a ofreceros los servicios de mi hija, que ya habréis visto, puesto que os trae el pan por la mañana.

—Sí, la muchacha es de mi agrado. ¿Cuántos años tiene? —le pregunté.

—Quince años, señor obispo. Y os aseguro que no tiene intención de casarse, como hizo vuestra cocinera. Para ella sería todo un honor el servir en esta casa —dijo el hombre.

—Decidle que venga mañana y que hable con doña Marta. Ella le dirá lo que tiene que hacer —diciendo esto, despedí al padre, que fue en busca de la muchacha, que estaba esperándolo a la puerta de la casa.

Al día siguiente, la muchacha ya estaba trabajando en la cocina, a las órdenes de doña Marta. Pero aprovechaba cualquier ocasión para dejarse ver ante mis ojos. Doña Marta, que aunque era inexperta en amoríos, era lista y avispada, vio cómo se comportaba la moza. No me dijo nada, pero la vi reprender a la muchacha por no vestirse más decentemente en la casa de un obispo y por cantar en los pasillos para hacer notar su presencia.

Además, la confinó a los fogones durante todas las horas posibles. Pero la muchacha escapaba a su control. Ella pretendía servir mi mesa y atizar el fuego que estuviese calentándome. Doña Marta más parecía una esposa celosa que un ama a mi servicio. Y a la muchacha poco le importaban las reprimendas.

Pero doña Marta enfermó durante unos días y la muchacha se encargó de hacer sus funciones, así que me la encontraba más que casualmente por la casa. Por la noche, era ella la que portaba los candelabros que iluminaban los pasillos que conducían a mis aposentos y aprovechaba así para entrar en mi habitación. Tanta fue la tentación de verla en mi dormitorio que, al preguntarme la muchacha si se podía retirar, le dije que se quedase a pasar la noche

en mi alcoba. No puso objeción y aceptó gustosa.

Así, la tuve conmigo durante varias noches. No era doncella cuando la conocí y sus habilidades eran más de ramera que de hija de un panadero.

Pero poco duró el concubinato. Cuando doña Marta sanó, eché a la muchacha de la casa. La poca discreción de la moza hizo que todo Lugo comentase que el obispo tenía una amante viviendo en su casa y eso me enojó. La muchacha podía estar alegre de su logro, ya que ninguna mujer de Lugo podía presumir de ello hasta el momento, pero a mí me enfurecía ser el trofeo de la plebeya, que tan bien había planeado ascender de categoría.

Compartir la cama de un obispo siempre es mejor situación que la panadería de un padre o la cocina de una casa.

Su padre, seguramente, la había empujado al pecado, debido a que era un hombre con numerosa prole, y mantener a todas sus hijas tenía que ser una preocupación. Lejos de enfadarme con él, me apiadé y dejé que siguiese suministrando mi casa, ya que tenía que ser bastante humillación para él que su hija fuese rechazada por un obispo.

Doña Marta no hizo pregunta alguna por el despido de la muchacha. Fue discreta y prudente, tal y como a mí me gustaba que fuese. Siguió sirviéndome con la misma dedicación que había tenido hasta ese momento.

Doña Marta me intrigaba. Su amabilidad, atención y educación me agradaban. Recordaba cuando me había sonreído, aquella noche que la deseé tanto y tuve que abandonar la habitación para no ser tentado por la lujuria. Aquella, su dulce y limpia sonrisa, sin malicia ni pecado, pero yo sabía lo que ésta quería decir, y aun así no pude librarme de ella como lo había hecho con la hija del panadero. Y en aquel momento ni siquiera pensé en la razón de todo ello; todavía era muy joven para hacerlo.

***

Pero de toda España, Castilla es mejor,
porque fue de todos el comienzo mayor,
guardando y temiendo siempre a su señor.

Esta noche, el canto de Fernán González ha venido a mi vigilia y me ha recordado la tierra de la que procedo.

¿Y era así Castilla? A veces vienen noticias desde Galicia de la

grandeza de esa tierra, pero otras, vienen noticias crueles y terribles de todo lo que allí acontece.

El hombre es incapaz de valorar en justa medida su condición en la vida. Pero el exiliado todavía es más incapaz de hacer de sus recuerdos una visión objetiva. El hombre que vive el momento piensa que no vale gran cosa lo que posee, y el que recuerda desde otro país lo vivido en sus tierras tiende a engrandecer y ennoblecer sus recuerdos.

Y en esta duda me hallo. Si cuando vivía en Lugo todo me parecía poco y ansiaba tener más rentas y poderes, ahora, que estoy desterrado, todo aquello me parecen días felices que no supe vivir en plenitud. ¿Y cuál es la verdad?

Por eso, pienso mucho en ello y recuerdo para saber si todo fue cierto o producto de mi imaginación.

En mi mente están las risas de mis sobrinos en la casa, el orden que imperaba en las tareas, la alegría de ver a los muchachos progresar en sus estudios y en las armas, todo aquello que no supe disfrutar. Y en vez de alegrarme, ¿qué era lo que yo hacía ante sus progresos?, les imploraba que se aplicasen más y más, que rezasen, que dejasen de emborracharse con los soldados, que dejasen en paz a las muchachas. Pero aquellos pillastres no escuchaban mis palabras, y aunque disciplinados y respetuosos con mi persona, en cuanto les daba la espalda, eran un torrente de vida y alegría, tanta, que ofendería sin duda al Señor.

Terrible es saber que nunca más los volveré a ver, como no sea en el día del Juicio Final. Y aunque éste sea un día temible, tan sólo la dicha de estar allí esperando el juicio divino, junto a mis familiares y amigos, ya hace de ese un día de gozo.

Esta mañana he rezado por el arzobispo Berenguel de Londola. Hace ya veinte años que ha muerto y espero que hable bien al Señor de mí. Deseo que haya encontrado la paz, porque sus últimos días en la Tierra fueron tormentosos.

El arzobispo murió el invierno de 1330, poco después de la Navidad. Y su muerte no se la deseo a nadie, ni siquiera a los malvados y pecadores de este mundo.

Fue en vida uno de mis mejores consejeros y amigos. Nos veíamos varias veces al año, y el resto del tiempo, manteníamos una fluida correspondencia. Fue él quien me enseñó a comportarme como un gran señor y a hacerme respetar por el pueblo. Era uno de los pocos que disfrutaba de su compañía, puesto que bajo su apariencia cruel y distante se escondía un hombre entregado a la causa del Señor; tanto era así que imponía los derechos de la Iglesia

con fe y sangre. Y la hubo, aunque ello queda relegado en mi memoria como un medio para lograr imponer la voluntad del Señor.

Ya han transcurrido veinte años; fue pasada la Navidad. Al ver por sus cartas que había empeorado de lo que fue en inicio un enfriamiento, envié anuncio de que le visitaría para darle ánimos y aliento. Santiago estaba ya de luto, aunque el arzobispo no había muerto. A ello se unía la terrible lluvia que soportaba la ciudad desde hacía semanas, como si el tiempo se pusiese furioso por la enfermedad del arzobispo.

Llegué rodeado de mi guardia y cuando entraba en la ciudad, mi comendero, Pedro el de la Guerra, hizo también su aparición.

Montaba el caballo más adornado que había visto hasta aquel momento, un caballo cubierto para la lucha con vistosas defensas y una tela de color azafrán. Le rodeaban varios de sus fieles caballeros, portando todas sus armas. A su paso, la multitud se apartaba aterrorizada.

Don Pedro Fernández de Castro se acercó a mi comitiva y se ofreció a acompañarme. Ya era por aquel entonces respetado e importante en Santiago. El rey le había nombrado conde de Lemus, pertiguero mayor de Compostela y su adelantado en Galicia.

El condado de Lemus, que había pertenecido al padre de don Pedro, había ido de una mano a otra durante los últimos años. El difunto infante Felipe, tío del rey Alfonso, se lo había arrebatado al padre de don Pedro al matarlo en una batalla. Después de muerto el infante, el condado pasó a manos del rey, que se lo entregó a su favorito, Álvar Núñez de Osorio. Pero la cosa no terminó ahí. El favorito fue acusado de traicionar al rey y conspirar contra el monarca. Caído en desgracia, por intrigas de cortesanos, el rey lo mandó matar de una forma terrible y cruel, por un amigo de don Álvar Núñez, que, entrando en su castillo, fingiendo amistad, le asestó una certera puñalada. Así, el condado de Lemus pasó de nuevo a manos del rey Alfonso, que, como pago a los servicios prestados por don Pedro, le entregó las tierras, a las que nunca había renunciado.

El comendero había crecido en poder rápidamente, siendo muy temido y respetado en Galicia.

Aproximándose a mi caballo, me dijo en tono jovial:

—Señor obispo Juan, es un honor volver a veros. ¿Qué os trae por Santiago? —preguntó.

—Vengo a visitar al arzobispo y a rezar a su cabecera por su recuperación. ¿Y vos, don Pedro?, ¿venís a rezar acaso? —ante mis palabras, el caballero se rió.

—No vengo a rezar, señor obispo, para eso estáis en el mundo los clérigos. Ya sabéis que en el mundo hay tres clases de hombres: los oratores, los laboratores y los bellatores. Los oratores rezan, los laboratores trabajan y los bellatores luchan por todos. El arzobispo Berenguel fue el que me lo enseñó y sabias son esas palabras.

—Sabias son. Es un hombre muy agudo. A propósito, debo felicitaros por vuestros nuevos cargos, señor don Pedro —dije, cambiando de conversación—. Vuestras tierras se han visto fortalecidas por orden del rey.

—Más bien decid que he recuperado lo que me pertenecía —dijo el comendero, a la vez que franqueaba una de las puertas de la muralla de Santiago de Compostela. Los porteros le saludaron respetuosamente, a lo que él contestó con un movimiento de la cabeza. Luego, prosiguió—. El rey no hizo más que entregarme lo que había pertenecido a mi padre, que en vida fue conde de Lemus —se refería al más poderoso condado de Galicia, junto con el de Trastámara—. El infante Felipe, que en paz descanse, fue el que se lo arrebató a mi padre. Pero muerto el infante, las tierras vuelven a sus herederos.

—Más bien debéis de decir que, muerto Álvar Núñez de Osorio, las tierras vuelven a vos.

Don Pedro se aproximó a mi montura y, bajando la voz, dijo:

—No me juzguéis mal, obispo Juan. Yo no tuve nada que ver con la muerte del favorito del rey, don Álvar Núñez de Osorio. Sabéis que el tal don Álvar no me era simpático, ya que fue él quien consiguió el condado de Lemus tras la muerte del infante Felipe, el condado que me pertenecía por derecho de herencia. Pero lo hizo con engaños e intrigas. El rey, sabiamente, se dio cuenta de que conspiraba contra él y así lo hizo matar. Pero yo no fui la mano que le clavó el puñal ni la voz que convenció al rey de la traición de don Álvar Núñez.

—Yo no os acuso, don Pedro; lejos está mi intención. Tan sólo quiero manifestaros mi opinión de que es extraño que aquel que fue el favorito del rey pronto pasara a ser enemigo del reino, y más pronto pasó a ser mandado prender y matar. No soy político, mi apreciado amigo, tan sólo sirvo al Señor, y eso hace que no comprenda lo que pasa en el reino.

—Comprendéis mejor que yo lo que pasa en el reino —me respondió seriamente don Pedro—, sólo que a veces no sé si os burláis de mí o si realmente no queréis mostraros enterado para que yo hable más de la cuenta.

Sus palabras hicieron que sonriera. Por fortuna, llegamos ante la

plaza del Obradoiro y pudimos desmontar de los caballos para entrar al palacio del arzobispo.

En la plaza se congregaba todo tipo de hombres y mujeres, peregrinos que venían de lejanos reinos y que hablaban diferentes lenguas. Al vernos, nos dejaron pasar con tanta celeridad que me hicieron sentir el poder de la mitra.

Siempre era igual, lloviese o hiciese frío: la plaza se llenaba en todas las épocas del año. Allí, sobre la piedra gris, los judíos hacían sus cambios de monedas sobre largos bancos. Los juglares intentaban ganarse al público y unas monedas para cenar. La plaza albergaba más gente de ordinario que la plaza de Lugo en los días de mercado. Los peregrinos entraban a raudales por las puertas de la catedral. Los había que iban de rodillas, agotados pero iluminados por su fe. Muchos eran los que dormirían esa noche en los triforios de la catedral. Yo correría mejor suerte: velaría el sueño del arzobispo.

Entramos en el palacio, donde nos recibieron con todos los honores debidos a nuestro rango.

—El arzobispo Berenguel duerme —anunció su ayudante de cámara—. Sabe que llegaríais hoy, señor obispo, y ha dejado dicho que os verá esta noche. En cuanto a vos, don Pedro, le anunciaré vuestra presencia en cuanto despierte.

—Decidme, ¿cómo se encuentra? ¿Es verdad lo que se dice?

—Vos lo veréis con vuestros propios ojos.

El sirviente me condujo a mis aposentos, contiguos a los que ocupó don Pedro.

Esa noche, a las ocho, visité al arzobispo en su lecho de muerte. Allí lo asistían tres médicos y varios altos rangos eclesiásticos.

Su alcoba estaba caliente gracias a una chimenea donde crepitaba el fuego.

Todos los allí congregados rezaban arrodillados en el suelo. No paraba de entrar y salir gente, dándole a la atmósfera una situación de impersonalidad. Pensé que era una extraña forma de convalecer, rodeado de tanto trajín, que sin duda aleja la paz del espíritu.

Tras de mí entró don Pedro, saludando con jovialidad a los presentes, en contraste con mi saludo, que había sido ceremonioso y seco, más apropiado para la situación.

Rodeado de una corte de médicos y altos dignatarios de la Iglesia, sobre más de cinco colchones, sábanas lujosamente bordadas y cojines rellenos de plumón se hallaba el arzobispo.

Ya había recibido la absolución y la extremaunción.

Berenguel estaba lúcido, pero muy pálido. Hablaba francés con los médicos, que, según me dijeron, había hecho traer de su tierra.

Había mermado en su tamaño, lo mismo que hacen los viejos. Sus manos eran esqueléticas y el brillo de su mirada había huido, dándole una expresión más dulce de lo habitual.

Al verme, echó a los presentes, manifestando su voluntad de hablarme a solas.

Salieron apresuradamente y tras de sí cerraron las puertas. Pero de seguro que con la oreja en la madera escuchaban nuestras palabras.

—Sé que muero, obispo Juan. Nadie puede hacerme mejorar. Tengo que confesaros que la idea me parece aterradora. No sé lo que me deparará la otra vida —tras las palabras, tosió con debilidad.

—Os deparará gran paz y amor —le contesté yo, apiadado de sus temores.

—No estoy seguro, obispo Juan, no estoy seguro. ¿Y cómo no puedo estarlo, si he dedicado toda mi vida al Señor? El diablo me tienta con la duda, me hace sufrir, me habla al oído y me dice: "Berenguel, no entraréis en el Reino de los Cielos. He venido para llevaros conmigo a las tinieblas". Tengo pavor, temor de cerrar los ojos y morir en pecado —su cara expresaba lo que su boca me decía—. Me confieso cada hora; tengo miedo de haber olvidado confesar algún pecado.

—Dios será indulgente, arzobispo. Vos merecéis más el Cielo que ninguno de los mortales que conozco. Todos rezamos por vos. Os aseguro que no hay hombre más recordado en los rezos que vos. Los peregrinos están ahora orando por vuestra salvación en todas las iglesias de Santiago. Las campanas suenan para llamar a la oración a los hombres. ¿No oís las campanas, señor Berenguel?

Pero ¿qué consuelo se le puede dar a un hombre que tiembla ante la muerte? Los que no la temen, mueren tranquilos y apaciblemente, porque saben que irán a parar a un lugar mejor. Pero los que dudan y creen que están en pecado, mueren con terribles remordimientos de conciencia y su cara se paraliza en una fea mueca que nos presagia que allí adonde van sus almas es un lugar no grato.

El arzobispo tosió y, tras el breve ataque, me habló:

—Creí que vos daríais consuelo a mi alma, pero no habéis hecho más que repetir lo que todos los monjes dicen. Esperaba más de vos, obispo. Creí que traeríais palabras de aliento para hacerme la muerte más plácida. Cuando os llegue la hora, obispo Juan,

recordaréis y comprenderéis lo que yo siento en este momento maldito. Nadie está libre de pecado; nadie puede jactarse de ser puro y merecer el Cielo. Dudo mucho ahora, al revisar mi vida, de que sea digno de la Gloria.

—Sois más digno que todo hombre que conozco. No os preocupéis, mi buen amigo Berenguel —le dije yo para tranquilizarlo.

—He hecho matar hombres, mi prelatura fue cruel y dura...

—No habléis así, os lo ruego —le interrumpí yo—. Habéis sido un gran arzobispo. Habéis combatido a todo aquel que se opuso a la Iglesia. ¿Es malo acaso el servir al Señor?

—Algo me dice que me he equivocado. Tengo un presentimiento terrible. Todos nos equivocamos. No servimos bien al Señor. Si hay sangre y sufrimiento, estamos cometiendo una terrible equivocación. Algo dentro de mi cabeza me lo repite.

—Rezad. Con el rezo se callará esa voz. Es el demonio, sin duda, que os pone a prueba, que os martiriza, que os hace sufrir con esas palabras. No le escuchéis. Yo rezaré con vos. No quiero fallaros. Dejad que vele a vuestra cabecera esta noche. Si un obispo vela, ahuyenta al demonio. Dejarme quedar.

—Sí, tenéis razón, el diablo no puede venir a tentarme si vos estáis junto a mí. Sois obispo porque así lo ha decidido el Papa; sois, por tanto, más digno de tal cargo que los obispos nombrados por mí. El Santo Padre os ha nombrado. Sí, quedaros ante mi lecho. Sí, no dejéis al demonio entrar en mi alcoba. Rezad, obispo; me traéis la paz que hace días no tenía. Rezad aquí, ante mi lecho.

—Así será, señor arzobispo, no os dejaré en toda la noche. Ahora, dormid, parecéis cansado.

Berenguel se quedó dormido. La habitación quedó en silencio. Tan sólo el crepitar del fuego rompía la calma. Mandé entrar a la corte de criados, médicos y cleros que esperaban en la antecámara.

Los médicos, al ver al arzobispo durmiendo tranquilamente, preguntaron qué era lo que le había dicho para que alcanzase tal paz, puesto que llevaba días durmiendo entre pesadilla y pesadilla.

Despertó después de la medianoche. Pidió agua y buscó mi mano a su lado. Quería decirme algo y su debilidad se lo impedía. Me acerqué a su boca y me susurró:

—He soñado con los ángeles. Me llevaban hasta el Señor. Seguid rezando, obispo Juan, ¿me lo prometéis? No me falléis en estos difíciles momentos.

—No dejaré de hacerlo hasta que os recuperéis. Ahora, dormid

—le contesté.

Los allí presentes quisieron saber cuáles habían sido las palabras del arzobispo. Les comuniqué que había soñado con los ángeles y todos se santiguaron y celebraron tan feliz acontecimiento.

Don Pedro, que había quedado en un segundo lugar debido a la indiferencia que mostró hacia él el arzobispo, se acercó a mi lado para hacerme saber lo conmovido que estaba. El hombre estaba dispuesto a velar toda la noche si era preciso, pero sospecho que era más una situación de cumplido que una devoción repentina hacia la causa de Berenguel.

El arzobispo volvió a despertarse varias veces en la noche y, cada vez que lo hacía, tomaba mi mano en busca de consuelo, y tirando débilmente de ella me preguntaba si todavía estaba allí y si rezaba. Yo le tranquilizaba y le decía que no le abandonaría en la muerte, que todos rezábamos por su alma.

Los médicos ya no podían hacer nada por él. Mandaron por las reliquias que se guardaban en la sacristía de la catedral y las llevaron a la alcoba del moribundo. Pero cuando se lo comunicamos al arzobispo, él mostró indiferencia por aquellos santos relicarios y volvió la cabeza hacia mí. Quería decir algo y balbuceaba palabras incomprensibles. Su cara estaba tan desencajada que parecía que había tenido una pesadilla. Murió en ese trance, de repente, sin que los que allí estábamos esperásemos verlo morir con la cara atemorizada, apretando mi mano.

Los médicos certificaron lo que todos ya sabíamos.

El rostro del arzobispo se cubrió con la palidez de la muerte y su semblante se transformó poco a poco, adquiriendo al final una extraña expresión de paz.

Su mano seguía agarrando la mía y con la muerte se había vuelto rígida. Tan pétrea estaba que me costó un pequeño forcejeo el librarme de ella.

Todos los allí presentes, incluso don Pedro Fernández de Castro, que veló con nosotros aquella noche, oramos por su alma hasta el amanecer.

Afuera, todas las campanas de Santiago de Compostela sonaban anunciando la muerte de Berenguel.

La gente se había congregado para rezar por el arzobispo, lo que raramente había hecho mientras vivía el prelado.

Se estableció un luto de dos semanas y partieron emisarios a la corte y a Aviñón para dar noticia de la muerte de Berenguel de Londola.

A su entierro acudieron tanto los habitantes de Santiago como los peregrinos que entraban en la ciudad. Se rezaron por él más misas fúnebres de las que recuerdo que se rezasen nunca por ningún hombre en aquellas tierras.

Es un recuerdo triste. Lo tenía hasta hoy relegado en el fondo de mi memoria. Pero todos los tristes sucesos parece que vuelven a visitarme. Tal vez mañana pueda tener mejores pensamientos. Debe de ser la lluvia. Sí, eso es lo que me ha hecho pensar en él. Llueve tanto esta mañana como llovió durante el entierro de Berenguel, hace ya veinte años.

***

Hay muertes que penetran en nuestros corazones como si fuesen los primeros difuntos que vemos en nuestra vida, lo mismo que les impresiona a los hijos ver a sus padres muertos, o a una madre ver a su hijo recién nacido sin vida.

Sin comprender el porqué, la muerte de Berenguel me trajo la melancolía y la tristeza, más que lo que me impresionó la de mis padres y más que lo que me aturdiría cualquier muerto durante mi vida.

Tengo que confesar que fue aquella muerte la que llenó mi alma de dudas sobre el otro mundo. Hasta aquel instante, yo creía que todo aquel que ha dedicado su vida al Señor ha de gozar de una muerte tranquila y placentera, alegre al saber que abandona este valle de lágrimas y que entra en la gloria tan merecida. Pero algo me indicó que tal vez no fuese todo tan agradable en el otro mundo, y la raíz de mi duda partió de la terrible muerte de Berenguel.

Yo me preguntaba por qué ese hombre de tan profundas convicciones, dedicado a la causa divina en la Iglesia terrenal, había merecido tal suerte y sus últimas horas de vida habían sido de terror y de una terquedad incomprensible por aferrarse a este mundo. Si Berenguel, todo un arzobispo nombrado por el santo papa Juan XXII, había muerto de aquella forma, era que algo no iba según lo que me habían enseñado desde muchacho.

Yo había visto a muchos monjes morir cuando era tan sólo un joven en instrucción, incluso a curas y a miembros más señalados, como son los que pertenecen al cabildo. La muerte es diferente en su forma, pero todos aquellos hombres tenían algo en común: morían felices, sí, felices de saberse liberados de nuestra carga terrenal, de nuestros cuerpos sucios que nos arrastran al pecado y son constantemente tentados. Porque el cuerpo es despreciable y

tan sólo tiene valor en un hombre ese ente espiritual, elevado y místico que es nuestro espíritu. Por eso, todo hombre creyente ha de morir alegre de saberse liberado de esa carga que nos arrastra sobre el barro del que fuimos creados; es decir, nos libera de nuestros huesos y carne.

Pero ¿por qué Berenguel se había aferrado a la vida, temiéndole a la muerte? ¿Acaso en su lecho de moribundo tuvo una visión que a todos nos es vedada? Algo terrible debió de ser lo que vio para que tuviese aquella cara de terror cuando dio su último suspiro.

Anduve muchos días envuelto en tales divagaciones, que más parecían de filósofo que de obispo. Vagaba buscando una respuesta, andaba por los campos, entraba en las iglesias y paseaba por la catedral.

Los que me veían, atribuían mis deliberaciones a la profunda amistad que tenía con el arzobispo. Pero se equivocaban. Más que con la muerte del arzobispo, mi mente estaba obsesionada con la idea de la muerte en general, ya fuese la de un arzobispo o la de un campesino, la de un caballero o la de un criado.

Hay veces en las que un hombre no extraña la compañía de otro hombre y se adentra en sus propios pensamientos. No hace confesiones y tan sólo es él quien plantea las preguntas y da las respuestas. Tal era mi estado de ánimo. Y tan sólo se puede comprender por otro hombre que haya pasado por tal situación. En esos momentos, el mejor bien que tiene un hombre es la soledad de una iglesia o la contemplación de la naturaleza.

Tal vez las iglesias tengan en ello su último fin. Cuando vagamos dentro de su majestuosidad o dentro de su recogimiento, los hombres sentimos la presencia de algo grandioso que nos envuelve y nos hace postrarnos ante el altar en súplica y oración.

Recé a Dios, pidiendo que me aclarase el porqué de la muerte atormentada de Berenguel. Y Dios callaba; tan sólo repetía las palabras del arzobispo en su lecho de muerte: “Algo me dice que me he equivocado. Tengo un presentimiento terrible. Todos nos equivocamos. No servimos bien al Señor. Si hay sangre y sufrimiento, estamos cometiendo una terrible equivocación. Algo dentro de mi cabeza me lo repite”.

Esas palabras, que se grabaron en mi mente, no me dejaban pensar en otra cosa. ¿Era la voz de Dios la que me las repetía? Ni aún hoy lo sé, pero me han hecho dudar durante tanto tiempo de la Iglesia en la Tierra que a veces pienso que tal vez sea como Berenguel dijo, que todos nos equivocamos, que no podemos gobernar con el báculo y la espada, y que nuestra misión en la

Tierra no es la de someter, sino la de convencer.

Pero bien sé que convencer es más difícil que someter.

Hemos elegido el camino más fácil, pero yo no soy quién para juzgar si la Iglesia yerra en ello.

Capítulo XI

Hubo una época en la que todos andábamos tristes.

Yo con mis divagaciones sobre la moral que debía de seguir la Iglesia; doña Marta con la melancolía que la asaltaba algunos años en primavera; mi hermana con el tercer embarazo, que la hizo sumirse en la indiferencia por el mundo; y Eliseo, que ya era triste de por sí desde que se había casado, parecía suspirar por todos los recovecos de Lugo.

El único que derrochaba vitalidad era mi cuñado Edelmiro, siendo su alegría tal que acababa contagiando a los demás.

Para mí, visitarlo en su casa era motivo de fiesta. Lo veía disfrutar de sus hijos. Pero los malcriaba, porque tantos antojos les permitía que la casa siempre estaba manga por hombro.

El pequeño Sancho ya andaba, aunque torpemente, y se empeñaba en coger todos los objetos que pudiesen romperse. No le valía un objeto cualquiera, tan sólo los más apreciados por la familia y los más difícilmente sustituibles. Atraído por el brillo del cristal, en mi presencia lo vi abalanzarse sobre una bella copa traída de la lejana ciudad de Brujas. La copa cayó al suelo y, al hacerse pedazos, Sancho se echó a llorar. El padre, en vez de regañarle por semejante acto, agarró al pequeño y lo estrechó entre sus brazos, consolándolo, como si Edelmiro tornase en una matrona.

A mí me enojaba esa actitud. En mi casa, padre había sido muy severo con nosotros y nunca dejó de castigarnos por nuestros actos. Por eso no veía con buenos ojos esa educación tan extraña que Edelmiro tenía hacia sus hijos.

Mientras, María observaba todo desde su silla, a la que estaba relegada desde que empezó la feliz tarea de ser madre. Edelmiro no la dejaba moverse mucho, porque, según le había dicho su padre, las mujeres embarazadas necesitan mucho reposo para que los hijos salgan fuertes y sin taras. Sin duda, tenía mucha razón, y la prueba de ello era que ya había sido padre de dos sanos varones y otro hijo

estaba en camino.

Esta vez, María había engordado sobremanera, como si albergase en su seno gemelos. Desde que se había casado, siempre la veía en tal estado, debido sin duda a la continua preñez. Ella suspiraba por tener una hija, ya que sabía que todos los varones le serían tempranamente arrebatados para ser educados en mi casa.

—Una hija es compañía para una madre, sobre todo ahora que no tengo damas que me alegren, a no ser Elvira, mi ama de cría —repetía María, mirando de reojo a su marido.

—Una niña, una niña —le contestaba su marido—. Espero que Dios no me castigue con una hembra, aunque si es tan hermosa como la madre, bienvenida sea, porque alegrará la casa.

Pero la casa no necesitaba ser alegrada, ya había en ella una fiesta constante, a lo que se añadía que cada cuando yo los visitaba, llevaba dulces y regalos para todos. Y siempre que Edelmiro iba al mercado de Lugo, es decir, una vez al mes, compraba presentes para su familia.

Los días señalados, la familia se desplazaba a Lugo, entonces Edelmiro mostraba orgullosamente a todos los ricoshombres y los clérigos a sus dos hijos. Tanto era así que incluso se los llegó a presentar a gente de poca categoría, como el carnicero.

Todo lo cariñoso que se mostraba con su familia, cruel era con sus vasallos. Sus tierras producían alubias, guisantes y centeno, no eran diferentes a las demás, salvo en que sus vasallos trabajaban el doble que los demás campesinos.

Sus vasallos estaban ligados a su propiedad desde que los abuelos de sus abuelos se habían hecho vasallos del primer Mouto que recibió la tierra del rey Alfonso el Sabio. Tan sólo pagando una considerable cantidad se librarían del vasallaje, pero pocos casos se conocían de un campesino que pudiese reunir más de dos monedas sin ir a gastárselas en la taberna más cercana.

Edelmiro se levantaba cada mañana poco después del alba y cabalgaba, ya fuese verano o invierno, para ver a los campesinos trabajar los campos. Donde un año se plantaba centeno, ordenaba que al año siguiente se plantaran habas, guisantes o judías. Donde un año la maleza era muy alta, mandaba a los hombres quemar las malas hierbas y dejar que la lluvia hiciese pastos de las cenizas, donde la primavera siguiente pastarían las ovejas y las vacas. Los cerdos eran relegados a los corrales de lodo y fango, de donde salían para comer las bellotas de los bosques de robles. En otoño se recogían las castañas y en verano, las manzanas y las moras.

Poco descanso les quedaba pues a los campesinos. Ni en el

invierno, que paralizan las labores del campo, podían descansar, puesto que habían de reparar cercas y herramientas, y trabajar en la construcción del castillo de Edelmiro, que en poco tiempo se habría de completar.

En sus cotos no dejaba cazar a ningún hombre que no fuesen los criados de su casa, en los que confiaba, y a veces incluso mandaba salir a buscar carne fresca en invierno. Pero sus cotos sufrían de los furtivos que sufren todos los cotos de Castilla, incluso los del rey. Siempre había carne en su mesa. Le gustaba la fuerte carne de jabalí y la de venado.

Tenía un halcón que cuidaba más que a su mujer. Cuando el animal murió de viejo, se compró en Santiago otro todavía más hábil para la cetrería. El halcón era un capricho poco útil en sus tierras, porque poco más que pichones eran las aves que por allí volaban, pero la moda de aquellos tiempos llevaba a todo caballero que se preciase a practicar la caza con halcón.

Esa primavera de suspiros y tristezas, llegó a la comarca un hombre llamado Manuel, que hablaba con palabras de fuego y blasfemia. Era uno de tantos locos que recorrían los caminos con discursos sin sentido. Era frecuente verlo los días de mercado proclamando la palabra de Dios o hablando al pueblo de teorías de libertad y amor. En Lugo, ya teníamos otro de esos locos, pero tan inofensivo que poco caso le hacían los hombres y tan sólo asustaba con sus palabras a los niños. Su nombre era Beltrán.

Beltrán, que en tiempos pasados había sido recaudador, había cambiado su vida por la de charlatán, debido a que fue acusado falsamente de brujería por el pueblo. No pudo probarse tal pecado y fue amnistiado sin que se hallase un solo rastro de culpabilidad. Pero el juicio hizo que enloqueciese y dedicase su vida a los sermones y discursos.

El hombre deambulaba de un pueblo a otro proclamando los castigos del Infierno e instando a la gente al arrepentimiento.

Yo no objetaba nada de sus palabras, todo lo contrario, creía que no contradecían ni se separaban de la doctrina de la Iglesia.

Pero el profeta recién llegado no hablaba en los mismos términos que Beltrán. Manuel hablaba de igualdad y de libertad, de injusticias y de derechos.

Al principio, la gente no comprendía lo que Manuel decía. Tan acostumbrados estaban a que les hablasen de pecado, arrepentimiento y de las condenas del Infierno, que un nuevo sermón los confundió.

Manuel iba de un lado a otro, hablándoles de que tenían

derecho a una vida mejor, que nadie debía de ser dueño y señor, y que no debía de haber siervos ni vasallos, puesto que Dios había creado al hombre libre y todo hombre había de ser hermano del prójimo. Hasta ahí, a todos les pareció un bonito sueño y les agradaba oír esas palabras.

Pero el pueblo le preguntaba:

—Decidme, Manuel —porque con él no utilizaban fórmula respetuosa alguna—, si yo no tengo señor, ¿quién cuidará de mí cuando alguien más poderoso intente arrebatarme el sustento? ¿Quién administrará justicia y quién la mandará guardar?

Y él les respondía que Dios les guiaría, guardaría y juzgaría.

Pero el pueblo le volvía a preguntar:

— ¿Es que pensáis que es mejor ser un proscrito, sin amo ni ley, a ser un hombre que sirve a su señor?

—Pienso que es mejor que todos los señores desaparezcan de este mundo —les respondía—. Que no debe de haber ni pobre, ni rico, sino que todos debemos compartir nuestros bienes tal y como nos enseñó nuestro Señor.

Pero el pueblo no comprendía aquella nueva vida. Tan sólo los más pobres, los desheredados de la tierra, quienes nada tenían que compartir pensaban en seguir esa teoría. Cualquier hombre que tuviese un pan para comer esa noche y un techo donde cobijarse prefería no compartirlo con nadie.

Los pobres, sin embargo, querían que las visiones de Manuel se cumpliesen y estaban prestos a pedir a todo señor que hiciese la merced de compartir sus riquezas.

La ciudad tan sólo hablaba de Manuel y de sus ideas, que desataban grandes debates entre la gente, como si todo Lugo se hubiese vuelto docto en filosofía.

El hombre fue acogido en el monasterio de los franciscanos, que por no sé qué extraña razón escuchaba atentamente las ideas de Manuel.

No me quedó más remedio que expulsar al hombre, porque alteraba la paz de la ciudad y me parecían peligrosas sus descabelladas ideas.

El agitador abandonó Lugo escoltado por los hombres de Eliseo. Tan sólo lo siguieron un ciego, un mendigo y el otro loco, Beltrán, que había encontrado en Manuel un maestro para sus predicaciones.

No me entristeció que Beltrán le siguiese, porque ya me estaba cansando de sus discursos, que, por cierto, copiaba de mis sermones dominicales en la catedral. A nadie le gusta que un loco repita sus

palabras y a mí mucho menos.

Beltrán, Manuel, el mendigo y el ciego dirigieron sus pasos hacia las tierras de Edelmiro. Y allí se instalaron, entre la gente que habitaba sus campos.

Durante meses, Edelmiro no se percató de la presencia de aquellos extraños en sus cotos, pero la casualidad de encontrar un gamo apresado en una trampa le puso de sobre aviso de que había fugitivos en sus tierras.

El gamo se movía intentando librarse de un cepo que le tenía desgarrada una de las patas traseras. Edelmiro, al verlo, se quedó sorprendido por dos razones: la primera, porque la trampa no la había puesto él, y la segunda, porque el rey había prohibido las trampas de tal tamaño, debido a las quejas por los muchos hombres que habían muerto en ellas.

Años atrás, en los bosques de los reinos de Castilla, aquellos cepos eran tan habituales que se debía tener gran cuidado de no caer en ellos. De ahí que los procuradores llevasen a las cortes la queja de las muertes producidas por tales artilugios y que el rey les complaciese, prohibiendo los cepos grandes. La pena por ello era que se encadenase al hombre que los pusiese durante medio año si era la primera vez que cometía esa falta. La segunda vez, el hombre había de recibir, además, sesenta azotes, y la tercera, le habrían de cortar la mano.

Edelmiro, al ver el gamo herido y preso en aquella trampa, se enfureció mucho y mandó buscar a los culpables.

Aparecieron enseguida en cuanto se amenazó a los vasallos con quemar sus casas si no confesaban quiénes habían sido. Intimidados por tal acción, los campesinos hablaron y acusaron a los falsos profetas Manuel y Beltrán, al ciego y al mendigo. Los campesinos dijeron que habían puesto las trampas instigados por aquellos hombres, que les hablaban de que todo lo que tenía el caballero Edelmiro les pertenecía, porque, según ellos, todo lo que está bajo el sol era para el disfrute de los hombres y no había de haber nunca más ni pobres, ni ricos, ni señor, ni vasallo.

—Ridículo, nadie puede pensar así si no es un loco o un proscrito. Traedme a esos hombres —les dijo Edelmiro—. Y os prometo no castigar a nadie. Pero si se escapan, habéis de saber que no tendré piedad con vosotros y acabaréis durmiendo al cielo raso, porque os quemaré las cabañas.

Los campesinos vieron lo justo que era su señor y, arrepentidos por haber seguido las palabras de aquellos locos, le prometieron entregarlos antes del alba.

Pero Manuel, que ya estaba advertido, se llevó a su pequeño grupo hasta el río Miño y, subiéndose en una barca, desaparecieron de la vista de los campesinos.

Edelmiro quemó una de cada dos cabañas, que, como estaban hechas de madera, ardieron como la paja seca en verano. Los hombres que habían instalado las trampas instigados por Manuel y Beltrán fueron llevados a Lugo y encadenados tal y como mandaba la ley.

Pasó mucho tiempo hasta que volvimos a saber de Manuel, Beltrán, el ciego y el mendigo. Tres años después, aparecieron inesperadamente por los Castros de Mercelle, en plena época de carestía.

***

Con el dinero obtenido en las cortes de Madrid, ya que eran las cortes las que aprobaban las rentas que había de tener el rey, Alfonso de Castilla pudo iniciar de nuevo las campañas de conquista.

Al otro lado de la frontera gobernaba Muhammad IV, rey nazarí que empezó su reinado el mismo año en que el rey Alfonso alcanzó la mayoría de edad. Diríase que ambos monarcas eran por tanto igual de expertos, pero el rey Alfonso le aventajaba por dos razones: la primera, por ser cristiano, y con ello tener la ayuda de Dios de su parte, y la segunda, por ser con mucho más astuto.

Así que Alfonso de Castilla conquistó Teba, Cañete, Cuevas y Priego, y el rey musulmán no tuvo más remedio que reconocer su superioridad y declararse vasallo del rey castellano.

Tanta fue la pobreza y la desolación entre los moros que hubo carestía en Granada, debido a la guerra, y pasaron hambre como ni sus abuelos lograban recordar.

El rey Alfonso les impuso el pago de parias a cambio de su generosidad, puesto que permitió que los granadinos importasen ganado de Castilla, pagando por todo ello una vigésima parte de los derechos de aduana.

Tras ello volvió la paz en los dos reinos y los ejércitos se retiraron a pasar el invierno.

Ese mismo año nació el primero de los hijos del rey Alfonso y Leonor de Guzmán. El varón recibió el nombre de don Pedro. Y fue para el rey una alegría y para la reina, una vergüenza.

La reina María ansiaba tener un varón antes que la concubina, porque así se vería reforzada su ya marginada situación. Al rey poco

parecía importarle dejar hijos legítimos en el mundo que continuasen la dinastía; más le importaban la diversión y la guerra.

Pero el rey también gobernaba, y en vez de dejar el reino en manos de validos, se rodeó de sabios consejeros. A todos oía y tenía en gran estima, pero a ninguno le confiaba demasiado poder. Dos clérigos gozaban de su amistad: el arzobispo de Toledo, don Gil de Albornoz, y don Juan del Campo.

El tal don Juan del Campo era el arcediano de Lugo, hombre que hasta ese momento poco se había dejado ver por la ciudad, como no fuese para cobrar su sueldo y hacer alguna que otra visita inesperada.

Era un hombre afable y locuaz que más parecía un cortesano que un clérigo, pero el inevitable ropaje de cura le eclipsaba todo rasgo mundano.

Inevitablemente yo sentía desprecio por aquel advenedizo, que tan hábilmente se había hecho un hueco en la corte.

Al principio, creí que lo que sentía era producto de la envidia, porque don Juan del Campo se movía entre reyes y gozaba de sus favores. Pero no se podía describir aquello como envidia, porque yo llevaba una vida más loable que aquel charlatán. Era más bien irritación por ver la vanidad reflejada en su rostro y eso hacía que me enfureciese.

Yo gozaba cada vez que el arcediano llegaba a Lugo, porque procuraba recordarle que allí yo era su señor. Me mostraba indiferente ante sus chismes de cortesano y eso sorprendía a don Juan, acostumbrado a ser el centro de atención en los pueblos que visitaba.

Don Juan del Campo trataba a todos, salvo al deán Fernando y a mí, como si fuesen patanes, dejándoles ver su elevado rango en la corte.

Aun así, me carteaba con él cada mes para ponerle al día de lo acontecido en las reuniones del coro y para que él me diese información de todo lo acontecido en el reino, porque saber, el arcediano sabía todo lo que pasaba en todos los rincones de Castilla y bueno era el estar informado.

Su caso no era el único en el reino, porque había muchos otros clérigos que cobraban por sus cargos, pero que realmente no los ejercían. Yo mismo era todavía el deán de Córdoba, aunque tendía a olvidarlo, salvo cuando recibía mis rentas por tal cargo. Pero no había vuelto a pisar la catedral de Córdoba desde que salí de allí para Aviñón, y nunca más en mi vida volví a verla, y eso que conservaba muchas de las amistades que tenía en aquella ciudad.

Recuerdo la primera vez que vi a don Juan del Campo. Estábamos mi mayordomo y yo en lo alto de la muralla, echando un vistazo a las nuevas reparaciones que teníamos que hacer, cuando una comitiva llegó ante las murallas. Era el arcediano y sus hombres, tal y como se había avisado que venían de camino.

El arcediano venía envuelto en terciopelos, con una gran cruz que brillaba en su pecho. No llevaba calzas como el resto de los caballeros, lo cual hubiese sido inapropiado para un arcediano, sino que cubría su cuerpo con un largo manto negro que llevaba un capuchón sobre la espalda para cubrirse de las inclemencias del tiempo. De cualquier forma, tanto por su postura como por el refinamiento de su ropa, parecía más un caballero que un laico.

Mandé a los criados que atendiesen a don Juan del Campo como si de mí mismo se tratase. A su encuentro salió el deán Fernando y los dos hombres se saludaron respetuosamente.

Esa misma tarde se reuniría el cabildo en la catedral, para hablar de rentas y otros asuntos de la Iglesia. El arcediano estaría por primera vez presente.

Ordené que hubiese no dos, sino cuatro braseros para calentarnos, porque el tiempo ya estaba frío. Y además se me ocurrió que no sería malo el tratar a don Juan del Campo como si fuese un invitado de honor y no uno más de entre la congregación.

El coro se reunía regularmente en la catedral para hablar de las múltiples tareas de la organización de las diócesis. Los miembros se repartían las tareas. Había los que tenían funciones banales, como era la de mantener la catedral siempre limpia o el que dirigía los cantos de los niños del coro. Pero algunos de ellos, como el maestro fabriquero, que cuidaba de la buena conservación de la catedral, o de las obras que hubiesen de acometer, necesitaban una preparación más especial y eran elegidos en función de los conocimientos demostrados. Otros cargos, como el del apuntador, que era el hombre encargado de apuntar los que asistían o no a las reuniones, eran de mayor responsabilidad, ya que al cobrar cada uno de los allí presentes un sueldo por la asistencia a las reuniones del cabildo, el puesto de apuntador requería una persona poco dada a las distracciones y a hacer la vista gorda a las ausencias.

El coro de la catedral era el lugar de reunión del cabildo. El pueblo, siempre metiéndose en asuntos donde nadie le manda, pretendía enterarse de lo allí acordado, por eso, intentaba por todos los medios acercarse a la sillería para pegar la oreja y enterarse de cuánto iban a ingresar los curas aquel año o si se cultivarían las tierras que la Iglesia tenía junto al río o las que tenía junto a los

álamos.

Era realmente molesto el tener una reunión con el pueblo observando lo que allí decíamos. El coro estaba formado, como en la mayoría de las catedrales del reino, por dos filas de sillas colocadas que hacían un cuadrado, con uno de los lados abiertos hacia el altar. Yo tenía la mejor silla, situada en frente del altar, y la del deán Fernando la precedía en orden de importancia, situada a la derecha de todas las demás. El coro se comunicaba con el altar por el camino sacro, que dividía en dos partes la catedral, reservándose la derecha para los hombres y la izquierda para las mujeres, cuando se asistía a los cultos.

El coro estaba aislado del resto de la catedral por una valla que impedía que el pueblo entrase en él, accediéndose al recinto por una puerta lateral que era tan pequeña que había que agacharse para entrar. Pero ello no era obstáculo para que siempre hubiese algún curioso dispuesto a espiarnos.

El frío que reinaba en el ambiente hacía que los curas asistiesen con prendas de abrigo y que hubiese siempre, salvo en verano, uno o dos braseros para calentarse. De su atención se ocupaba otro de los miembros del cabildo.

Don Juan del Campo fue saludado con cortesía por todos los allí presentes. Parecía ser que el único que no le conocía era yo, porque a todos llamó por sus nombres, salvo a uno de ellos, el más joven, que hacía poco se había incorporado al grupo.

Tras la reunión, llevé al arcediano a mi casa, porque el hombre no tenía casa propia en la ciudad.

Una vez instalado, le invité a acompañarme a un recorrido por la muralla, para enseñarle la ciudad desde aquella altura.

Quedó impresionado por las reformas hechas en la muralla, así como por las reparaciones efectuadas en el acueducto que surtía a la ciudad de agua fresca. Parecía ser que la última vez que había visto la ciudad, ésta se hallaba en un estado calamitoso.

A la cena de aquella noche acudió el cabildo en pleno. Ello hizo que tuviesen que traer de otras casas bancos y caballetes para sostener las mesas.

Doña Marta, con su acostumbrada diligencia, se ocupó de que nada faltase durante la velada.

Don Juan del Campo monopolizó enseguida la conversación, contándonos las nuevas de la corte y del país. Así nos enteramos de los amoríos de los nobles de Castilla y de las batallas libradas contra los moros.

Mis criados escuchaban todo lo que allí se decía y de seguro que

esa misma noche ya sabría el pueblo de Lugo lo allí conversado. Doña Marta incluso parecía interesada por el hijo de doña Leonor y por los trajes y vestidos que ahora llevaba la concubina.

El arcediano era un derroche de cotilleos y anécdotas. Ello divertía sobremanera a todos los allí presentes y he de decir que tan sólo a Eliseo y a mí la noche se nos hizo demasiado larga.

Cuando al fin acabaron con la última gota de vino que me permití ofrecerles, se despidieron y partieron juntos hacia el barrio donde vivían, porque todos vivían en la misma zona de casas que el pueblo llamaba “el barrio de los clérigos”.

El arcediano y yo nos dispusimos a charlar un poco antes de retirarnos. Pero todo lo hablador que don Juan había estado durante la cena se tornó somnoliento y, disculpándose, se retiró a sus aposentos.

“Una oportunidad perdida de confraternizar con este hombre”, pensé yo. Aunque nada me era tan poco deseado esa noche como hacer amistad con semejante charlatán.

Pensé que al día siguiente hallaría la ocasión de ganarme su confianza, porque nada más sensato que hacerse amigo de los amigos del rey.

Le invité a que se quedase para celebrar el magosto.

Todos los otoños se celebraba esa fiesta en el reino de Galicia. Era la fiesta de la recolección de la castaña, muy importante si se tiene en cuenta que ese fruto, junto con la nuez y la avellana, era de los que se podían conservar mejor para comerlos durante el invierno. También de la castaña se sacaba una harina una vez molida y, por último, los cerdos se encargaban de comer los frutos que se habían extraviado en la recolección. La Iglesia estaba presente, como también lo estaba en las fiestas de la vendimia o en la matanza.

Había misas y festejos en la ciudad, pero sobre todo, en el campo.

Don Juan accedió a mi invitación y comprobó con sus propios ojos la gran devoción y fe del pueblo, que inundó en masa la catedral para asistir a los oficios.

Quedó satisfecho de que no se produjesen altercados en las calles durante la feria que siguió a la misa, gracias a que había dado órdenes al respecto a mi mayordomo.

Conversamos mucho y creo que me gané su amistad, porque quedó en escribirme, tal y como lo hizo, para que intercambiásemos información de nuestras tareas y vidas.

Se llevó una buena impresión de lo que allí encontró y estoy seguro de que habló bien al rey de mí, porque, más tarde, el rey Alfonso me encomendó una importante misión.

Capítulo XII

Cuando se deja de querer a un hombre, la vida se hace insoportable para una mujer, sobre todo si el centro de las horas de una dama son las atenciones y amores que el hombre le profesa.

Sufrí mucho por ello y recé para seguirle amando, pero de nada valió.

No sé cómo se acabó el amor; es más, ni siquiera llegué a sospechar que se estaba acabando. De repente, un día me dio por pensar en ello y vi con claridad que no era amor lo que sentía por mi marido. No se lo comuniqué a nadie, me lo guardé en el corazón y trasladé todo mi amor a mis dos hijos y al que llevaba en mi seno.

Mi señor Edelmiro nada sospechó de mi cambio y atribuyó mi repentina tristeza a mi tercer embarazo.

Él seguía colmándome de atenciones y aseguraba que era el hombre más afortunado del reino al tenerme como esposa.

Ansiaba tener un tercer varón, porque adoraba a los niños, y parecía uno más entre ellos. Al mayor de ellos, Sancho, lo montaba a lomos de su caballo y lo paseaba por las tierras que un día serían suyas. Su hermano pequeño, Roldán, celoso al verlos partir, se agarraba a las botas de su padre y lloriqueaba como una niña para que también se lo llevase, pero yo lo impedía, porque el niño todavía no se sostenía en pie.

Mi nodriza, Elvira, me ayudaba por las noches a reparar los efectos de dichos paseos, porque el pequeño Sancho siempre llegaba a casa con una nueva herida o con la ropa destrozada y sucia. Cuando creció un poco más, se empeñaba en montar todos los perros de la casa como si fuesen caballos y los criados lo tenían que perseguir por los alrededores de la casa para que no se hiciese daño en sus caídas. Mientras, su padre se reía y decía que su hijo sería un gran caballero, porque llevaba la sangre de los Mouto, y eso era lo que le hacía correr y jugar todo el día.

Para sorpresa de todos, di a luz una niña, y la cara de mi marido

reflejó indiferencia por tal alumbramiento, hasta que un día, llevado por la curiosidad, se acercó hasta la cuna del bebé y comprobó que la niña le estaba sonriendo. Pareció conmovido por tal suceso y, a partir de ese momento, le dedicaba alguna atención, pero tan sólo cuando la niña estaba limpia y olía a flor de lavanda.

La llamamos Constanza, porque así se había llamado la madre de Edelmiro. Nadie habló en su bautizo de educarla en casa de mi hermano como a los otros dos varones. Así que la niña iba a ser para mí una bendición, ya que me haría compañía en la torre. Y yo necesitaba mucha compañía por aquel entonces.

Pero la tristeza que ya tenía durante el embarazo aumentó una vez que alumbré a Constanza. Mi hermano se preocupó al verme tan melancólica e insistió en que, una vez recuperada, partiese para Santiago en peregrinación.

Pero no podía irme con la niña, porque era muy pequeña para aguantar el viaje, y tampoco la podía dejar sola, porque tenía que amamantar. Elvira insistía también en que cambiase de aires y viese mundo; y con respecto a la niña, decía que ella encontraría una buena nodriza que amamantase a mi pequeña.

El viaje sería corto; en una semana volveríamos a estar en casa. En realidad, podríamos estar de vuelta en cuatro días, pero nos quedaríamos tres días más en Santiago, participando en los cultos y visitando las iglesias y el mercado.

La única persona que tuvo algo que objetar sobre el viaje fue Edelmiro, que aunque me acompañaría, desconfiaba de los caminos todavía no muy seguros para una dama. Sin duda, olvidaba que esa dama ya había atravesado Castilla y Aragón hasta llegar a Aviñón, y eso ya era un largo viaje, y mucho más inseguro de lo que sería la peregrinación a Santiago. Haciendo acopio de valor, se lo recordé a mi marido, y llegué a convencerle, teniendo de mi parte, además, la aprobación de mi hermano.

El trayecto, aunque corto, se me antojaba como una aventura, lo mismo que de niña significaba para mí el ir a la ciudad o jugar en el bosque que había cerca de mi casa de Guadalajara.

Elvira encontró, con su ojo experto de nodriza, un ama de cría apropiada para mi Constanza. No sé cómo la dejé en manos extrañas en aquella ocasión, yo que la quise siempre tanto, pero la tristeza no me hacía pensar y, envuelta en una nube, veía y dejaba que los demás resolviesen mi vida.

Tan sólo Elvira tenía una pequeña idea de la raíz de mi mal. Antes de que partiese, ella me llevó a solas y me dijo que aquella tristeza mía le parecía conocida, porque ella la había tenido muchos

años atrás, cuando me crió.

Entonces, Elvira me contó brevemente lo que había sido su vida antes de que fuese mi nodriza. Ella era campesina, como los demás hombres que habitaban las tierras de Guadalajara. Había conocido a un hombre y se había prendado de él. También era campesino, sólo que el hombre no pudo casarse con ella porque ya tenía familia e hijos. Elvira sufrió mucho por ello, hasta llegar a enfermar, pero su enfermedad, según me contó, era fruto del pecado que la había hecho caer en la tentación, y cayó, además de enferma, embarazada. Aunque todos le aconsejaron que perdiese el niño, ella decidió tenerlo, porque era el fruto de su amor. El padre no llegó a verlo, porque el niño nació muerto, o eso le dijeron los padres de Elvira, aunque ella juraba que había visto al niño con sus propios ojos una vez que dio a luz, y el niño gritaba con toda la fuerza que trae la nueva vida al mundo. De sus pechos brotó la leche que fue a amamantarme a mí y Elvira pasó de ser una campesina con un difícil futuro a ser mi ama de cría.

Pero su nueva situación la hizo entristecer, al verse separada del hombre que había amado. Ni una sola vez él la visitó en la casa del señor y tan sólo se veían cuando Elvira asistía a la iglesia, los domingos. El hombre la había abandonado a su suerte y ella, entonces, empezó a olvidarle. Pero al olvidarlo, cayó todavía más profundamente en la melancolía, porque ansiaba tener alguien a quien querer.

—Y eso es terrible, mi señora —prosiguió Elvira—. Es peor el dejar de querer que el sufrimiento de que no te quieran. Señora, no olvidéis que os habéis casado con un buen hombre; sois más afortunada que la mayoría de las mujeres del reino. Si vuestro afligimiento viene de que ya no le queréis, pensad que tenéis ahora una hija que os dará muchas alegrías.

—Elvira —le contesté yo—, tal vez sea cierto que haya dejado de querer a mi marido por no sé qué extraña razón, pero no he perdido la esperanza de volver a amarle algún día. Por eso imploro al Señor para que renazca en mí el sentimiento que tuve por él cuando me casé.

—Os conozco desde niña y sois como una hija para mí. Seguid un consejo de vuestra vieja ama de cría: no os conviene que vuestro marido sospeche que vuestro mal se debe a que ya no le amáis. Dejad que piense que es una pena pasajera y buscad consuelo en vuestros hijos.

—Así lo haré, Elvira —le respondí yo, antes de montar en mi mula.

Con tan sabio consejo, partí junto a mi marido. Nos acompañaban en la peregrinación varios campesinos que se habían sumado a nuestro viaje y varios hombres armados por Edelmiro para protegernos. Los niños quedaron al cuidado de Elvira, y las tierras, al cuidado del mayordomo de mi marido. Si había algún problema mientras el señor estuviese fuera, Eliseo, el mayordomo de mi hermano Juan, se encargaría de arreglarlo, puesto que visitaría la casa un día sí y otro no.

Partimos tranquilos, dejando a nuestros hijos a buen cuidado, aunque yo hubiese preferido que se quedasen en Lugo, en la casa de mi hermano.

Una vez en camino, comprobé lo feliz que era al aire libre. Los últimos cuatro años los había pasado encerrada entre cuatro paredes debido a mi constante preñez y al celo de mi marido. Tras tanto tiempo, la visión de los ríos, de los árboles y de los campos fue para mí una bendición. La sonrisa volvió a mi rostro y mi marido lo celebró.

Mi cabello tomó de nuevo fuerza, al igual que mis huesos y mi pálida piel, que se llenó enseguida de pecas que afearon mi rostro, o así lo creí yo. Pero aun así, Edelmiro no paraba de alabar mi belleza y decía que ésta había aumentado con los años. Como el caballero que era, se afanaba en buscar los mejores arroyos para que yo descansase y solicitaba la compañía de los juglares que hacían el camino para que me cantasen y contasen romances. Sus historias permanecen en mi memoria y se las fui contando a mis hijos en las largas noches de invierno. Tal vez eso fue decisivo para que el mayor, Sancho, soñase con hacerse caballero de la orden de Santiago.

Mi historia favorita era la del caballero Norberto, que iba de peregrinación a Santiago de Compostela desde la lejana Luxemburgo. Iba junto a un grupo de romeros, conducidos por el señor Gregorio, que hizo que todos los caballeros que le acompañasen en tan santo viaje le guardasen fidelidad y jurasen ejercer como defensores de los peregrinos que encontrasen en el viaje. Aunque Norberto se negó a rendirle pleitesía, juró fidelidad a la causa de Santiago. Norberto, hombre de buen corazón, vio a un pobre peregrino que agonizaba en un camino y se detuvo a socorrerle, mientras sus compañeros, con Gregorio a la cabeza, siguieron su camino sin preocuparse por el enfermo.

Norberto veló y veló por el pobre peregrino, pero éste murió en sus brazos. Y el gran milagro fue que Santiago, que lo vio todo desde el Cielo, acudió a la Tierra para llevar en su caballo blanco a

Norberto y al difunto peregrino a Santiago. Y así, cuando Gregorio y sus caballeros llegaron a Santiago, Norberto ya les aguardaba allí, descansado del viaje.

Todos nos conmovimos a oír esta y muchas otras historias, como la que hablaba de la muerte del caballero Gaifeiros de Mormaltán, el que era duque de Aquitania, ante el mismo altar de la catedral de Santiago, o la de cómo Santiago rescató a los peregrinos que venían por mar y fueron atacados por los moros.

Eran todas ellas historias que pasaban de boca en boca, pero las había que tan sólo las contaban los juglares, porque eran en verso y requerían música para acompañarlas, como aquella que decía:

Ya se parte don Rodrigo
que de Vivar se apellida
para visitar Santiago
donde va en romería…

Disfruté no tanto con el paisaje como con las gentes que por el camino vi. Había hombres y mujeres que llevaban un año de peregrinación desde las lejanas tierras del Rin, y los había que hablaban lenguas tan dispares que el camino parecía una torre de Babel. Todos compartían el pan y el techo de los graneros y posadas del camino, y rezaban juntos al amanecer y al anochecer.

Mi marido y yo nos contagiamos de tal demostración de fe, y nos juntábamos a ellos, bien para compartir nuestros alimentos o para protegerles de los proscritos que asaltaban a los romeros.

Cuando divisamos las torres de la catedral desde el monte del Gozo, muchos fueron los que lloraron y todos se abrazaban, dando gracias al apóstol por haberles conducidos hasta allí sanos y salvos.

Fueron los días más felices de mi juventud y creo que también los de mi señor Edelmiro.

***

Pero la vuelta al hogar después de tan grato viaje no fue todo lo feliz que cabía esperar.

Mi tristeza volvió de nuevo y con ella, las rutinarias tareas.

Mientras Constanza era amamantada por la nodriza, poco era lo que me interesaba la niña. La mayor parte del día lo pasaba durmiendo y tomando el pecho, llorando y ensuciando los pañales

que le ponía Elvira. La nodriza que eligió Elvira resultó ser una estupenda mujer, que trataba a la niña con todo respeto y delicadeza. Su nombre era Teresa, y aparte de a mi hija, daba de mamar a un niño que le llevaba a Constanza unos meses.

Teresa tenía los pechos repletos de leche y con ellos lograba dejar satisfechos a los dos infantes en sus tomas. Ella se alimentaba como si fuese dos personas y no una. Decía que tenía que comer tanto para que la leche manase sin interrupción.

Roldán, que ya era un niño de un año, había sido destetado a edad temprana y miraba con fascinación a su hermanita, agarrada al pezón de Teresa. En una ocasión, lo vi acercarse gateando a Teresa con ingenua actitud y quedarse allí, como esperando a que le ofreciesen aquel manjar. Nos lo teníamos que llevar de la sala donde estaba la nodriza cada vez que ella alimentaba a Constanza o a su hijo.

No me extrañó la reacción del niño, ya que muchos eran los niños de los campesinos que con dos años todavía seguían agarrados a los pechos de las madres, porque les era difícil encontrar alimento mejor que sustituyese a aquél.

Elvira y el mayordomo de mi hermano habían cuidado la torre y las tierras como si fuesen los propios amos.

En cuanto llegamos del viaje, mi ama de cría me contó con pelos y señales lo acontecido en los días que estuve fuera.

Eliseo había ido cada dos días a la casa y vigiló que todo estuviese bien.

Jugaba con Sancho, que se había enfadado con su padre por no llevarlo a Santiago. Lo montaba en el caballo y lo paseaba por las tierras. Se interesó por mi familia y hasta se llegó a acercar a la cuna de la pequeña Constanza. Y según me dijo Elvira, la niña le agarró el pulgar con su manita, como acostumbraba hacer con todo lo que cogía.

Me enfadó tal confianza con mis hijos y le comenté a mi esposo la osadía del mayordomo de mi hermano. Edelmiro, con su habitual bondad, no encontró pecado alguno en la actitud de Eliseo y le pareció muy considerado de su parte el que hubiese llevado a Sancho en su caballo, como si viese ya que el niño estaba destinado a ser un gran caballero.

Me enfadé mucho y le grité por vez primera. No comprendo cómo pude perder la razón de tal manera.

—No tenéis en cuenta que nuestro hijo pudo caerse del caballo mientras nosotros estábamos en Santiago —le grité—. Sois un desconsiderado, un mal padre, un...

No pude continuar. Edelmiro me propinó una sonora bofetada.

—Estáis histérica —me dijo—. No volváis a hablarme de esa forma u os devolveré a casa de vuestro hermano.

Yo permanecía apoyada contra la pared, puesto que me temblaban las piernas y la fuerza del golpe me había empujado contra ésta. Los criados aparecieron detrás de la puerta, asustados por tanto grito.

Mi marido los echó inmediatamente y cerró la puerta que conducía a las cocinas. Nos quedamos solos.

Temí que volviera a pegarme, pero Edelmiro se acercó a mí y me acarició la mejilla que me había golpeado.

—Lo siento, esposa mía —me susurró—, no era mi intención trataros de esa forma.

—Yo soy la que ha de pediros perdón —le dije, mientras él seguía acariciándome—. No soy una buena esposa. No sé por qué os he hablado de esta forma, a vos, que habéis sido tan bueno conmigo y con nuestros hijos. No quería decir lo que dije. Perdonadme.

—Callad, no volváis a hablar de lo acontecido.

Me cogió del brazo y se dirigió al dormitorio. Era todavía de día y no solía yacer conmigo hasta el anochecer.

Los criados rieron detrás de la puerta y ello me hizo sonrojar. Quisimos echar a Sancho, que dormía la siesta sobre nuestra cama, pero el niño se negó a irse. Tenía un sueño profundo.

No quedó más remedio que quedarnos sentados al lado del niño, mirándonos el uno al otro, acariciándonos las manos en silencio, respetando el sueño de nuestro hijo.

No volví a gritar de aquella forma a mi marido. No quería dañarle ni ofenderle, ni desearle ningún mal. Pero no pude quererle como le había querido antaño.

Los remordimientos por no amarle hacían que tuviese un constante nudo en la garganta. Por las noches, cuando Edelmiro dormía abrazado a mí, me asaltaba un terrible sentimiento de culpa por no darle todo lo que su amor merecía.

Seguí el consejo de mi ama de cría y procuré que mi marido no supiese de mi desamor. Creé así toda una serie de atenciones hacia él que hacían que mi conciencia se sintiese más tranquila y Edelmiro, más enamorado.

Le preparaba el baño y yo misma le frotaba la espalda con los cepillos y el jabón. A veces, cuando llegaba tarde a casa, le esperaba en la puerta como si fuese una fiel amante y aguantaba el frío de la noche sólo para que él se sintiese esperado.

Recuerdo un día en el que accedí a recorrer con él las tierras a caballo. Edelmiro cabalgaba a mi lado, complacido de poder enseñar su mujer a los campesinos de sus tierras.

Incluso me interesé por su halcón e intenté hacer que éste comiese de mi mano. Fue inútil, porque aquella fiera daba picotazos a todo aquel que no fuese mi marido o uno de los criados encargados de cuidarla, y yo para el halcón no era más que una extraña.

Esas pequeñas atenciones me hicieron sentir mejor, e incluso algunas me llegaron a agradar más a mí que a mi señor Edelmiro.

Pero la tristeza estaba escondida en un rincón de mi alma y cuando llegó el otoño, la melancolía me invadió de nuevo y temí que fuese para siempre.

Me costaba hasta respirar, perdí el apetito y deseaba pasar toda la jornada durmiendo bajo un montón de mantas. Dormir y suspirar.

Y Edelmiro sufría por mí al verme en ese estado.

Capítulo XIII

Mis relaciones con Aviñón eran conflictivas y mansas a la vez.

Conflictivas, debido a las obligaciones que comportaba el obispado. Aviñón, con su fasto y corte, era un enjambre de burócratas ávidos de rentas que recaudaban más florines por toda la cristiandad de lo que el rey de Castilla podría recaudar aun duplicando sus tributos.

Las ganancias del Papa eran incalculables. Si un hombre había obtenido un beneficio menor de la Iglesia, entonces éste habría de aportar los ingresos de un año, después de haber deducido de ello los gastos y los tributos que hubiese tenido que pagar. Si el beneficio era mayor, es decir, una abadía o un obispado, como era mi caso, el beneficiado debía de pagar los denominados "servicios comunes", es decir, el tercio de sus rentas anuales. Y de ahí mis conflictos con el papado.

Como buen servidor del papa Juan, me esforzaba en obtener las rentas que destinaría a pagar a la colectoría lo debido.

Pero el pueblo escondía sus cosechas y trataba de engañarme por todos los medios posibles. El temor a los tributos llegaba a tal extremo que llegamos a descubrir a un hombre que ocultaba bajo el suelo de su cabaña, en un agujero excavado para tal fin, un granero lleno de centeno y frutas secas. Lo ocultaba por no pagar a la Iglesia ni a los recaudadores del rey.

Aquel hombre había acumulado durante años aquellos bienes y la mayoría de ellos estaban echados a perder, o se los habían comido los ratones.

Como no podía permitir que los demás campesinos emulasen a ese hombre, le di un escarmiento ejemplar, sometiéndolo al yugo en la plaza de Lugo.

Con los pies y las manos prendidos en el cepo de madera, el hombre estuvo expuesto a las inclemencias del tiempo durante seis meses, de los cuales los dos últimos fueron en invierno. Era

alimentado por la caridad de los hombres que al pasar a su lado le entregaban un poco de pan o le daban de beber agua fresca de un vaso. Como estaba imposibilitado de pies y manos, el hombre no podía ni tan siquiera hacer sus más elementales funciones sin la ayuda de alguien. Mis hombres se negaron a ayudarle a orinar o a defecar, y el campesino pronto se rodeó de excrementos y orines, que, eso sí, los soldados apartaban con un cubo de agua todas las mañanas. Cuando consideraban que el olor del preso era demasiado fétido, le daban un baño de agua fría, pero todo ello sin quitarle el cepo.

Sobra decir que un hombre en tal estado es la mejor advertencia para los demás vasallos del castigo que les espera si osan desobedecer las órdenes del obispo.

Cuando lo soltaron, el hombre había enloquecido. Su cuerpo estaba lleno de llagas y no podía sostenerse en pie. Los muchachos de la ciudad que se habían burlado sin piedad del campesino se mostraron piadosos y lo llevaron en un carro de albañil hasta el hospital que había en la ciudad, donde recibió amparo y cura para sus heridas. Pero fue muy tarde, porque la gangrena le había comido parte de una pierna y un brazo, y el hombre murió, presa de grandes sufrimientos.

Supuse que después de aquella terrible muerte ninguno de mis vasallos se atrevería a engañarme, ni en la ciudad, ni en el campo, sobre todo ahora que tenía el consentimiento de los tres alcaldes para cobrar los impuestos en la ciudad.

Pero el pueblo no escarmentaba. Los burgueses eran todavía más astutos que los campesinos y ocultaban sus ganancias de las más diversas formas, haciendo mérito a su fama de pillos.

Ante mí fingían pobreza, mientras en los muros de sus casas escondían sus más preciados tesoros. Llegaban a mi casa, en las ocasiones que les concedía audiencia, vestidos con las capas y ropajes más raídos, haciendo que sus hijos se presentasen ante mí descalzos. Pero bien sabía yo que en sus casas nunca faltaba un buen vino, que algunos de ellos bebían en delicados vasos de cristal, y que sus mujeres llevaban joyas más hermosas que las que podía lucir mi hermana María.

Si mi pueblo me engañaba en cuanto a sus pagos, ¿acaso no podía yo engañar a los colectores del Papa, aunque fuese tan sólo en una parte insignificante? El Papa era inmensamente rico y yo pensaba por aquel entonces que moneda más, moneda menos, poco se iba a notar.

Mientras vivió el arzobispo Berenguel, éste hacía la vista gorda a

los asuntos monetarios. Realmente, no creo que el arzobispo supiese con exactitud lo que los obispados y abadías de Galicia contribuían a la Iglesia en Aviñón. Los colectores del Papa eran poco claros al hablar de cuentas y tendían a confundirlo todo.

Pero el nuevo arzobispo de Santiago era diferente, muy distinto tanto en personalidad como en la forma de gobernar de lo que había sido Berenguel.

Su nombre era Juan Fernández de Limia, y distaba mucho de ser un hombre tan dotado para gobernar como lo fue Berenguel.

Desde un primer contacto, ya me puso de manifiesto que el papado, del que él era el máximo representante en Galicia, no estaba dispuesto a perder los importantes beneficios que las tierras de Galicia le habían reportado en otros tiempos. Yo le dije que la situación no era tan floreciente como antaño y que el pueblo no respetaba lo suficiente a la Iglesia. En lo último estuvo de acuerdo, pero en lo de que anteriormente los campos producían más, discrepó conmigo.

—De hecho, obispo Juan —me dijo en su sala de audiencias en el palacio de Gelmírez, sede del gobierno arzobispal de Santiago de Compostela—, sé que vuestras tierras han producido una excelente cosecha.

—Calumnias, sin duda —le contesté yo—. Decidme qué bocas han dicho esas palabras y haré que se retracten.

—Espero de mis asesores tanta discreción como ellos esperan la mía. Que no os importen sus nombres, tan sólo os bastará saber que son buenos cristianos.

Sí, sin duda los tiempos iban a cambiar con el arzobispo Juan Fernández.

—Un poco de paciencia es lo único que os pido —le dije—. Tendré que encontrar alguna forma para hacer que el pueblo me pague más.

—Sé que los hijos de los alcaldes de la ciudad son monjes en el monasterio de Samos, una buena posición para unos muchachos que estarían destinados a seguir las duras tareas de sus padres o a buscarse el sustento por otros medios —me dijo entonces Juan Fernández de Limia.

—Sabréis sin duda la razón por la cual están los muchachos en el monasterio más importante de Galicia —le dije yo.

—Sí, claro, ya me han informado —dijo el arzobispo don Juan Fernández—. Creo que podré hacer llegar un persuasivo mensaje a esos monjes, una pequeña insinuación de que su posición en el monasterio depende de que sus padres, los alcaldes, convenzan al

pueblo para que pague lo esperado. ¿Qué opináis, obispo Juan?

—Una excelente idea, propia de una mente brillante —le conteste yo, sin creer en mis palabras.

—Bien, entonces ordenaré que hoy mismo salga un mensajero para Samos. Tal vez queráis llevaros para Lugo una copia de esa carta.

—Me agradaría tener esa copia.

El arzobispo asintió y, cambiando de tono de voz, dijo a modo de reprimenda:

—Tengo otro asunto no menos importante que tratar con vos. Se me ha comunicado que tenéis una mujer en casa que no es de vuestra familia.

—En efecto, mi ama de llaves, doña Marta, hermana del deán Fernando —le contesté yo, intentando contener mi sorpresa.

—No es prudente que una mujer ocupe tal cargo en la casa de un obispo, sobre todo si no son parientes. Resulta indecoroso y es fuente de rumores. Ya sabéis lo que rumorea la gente de Lugo.

—No, no sé lo que el pueblo habla —le dije, esta vez no conteniendo mi sorpresa, sino mi ira.

El arzobispo me miró con una mirada profunda, que era uno de sus gestos más característicos y que tanto me desagradaba. Parecía leer en mi mente, escarbar en mi alma y hacerme sentir desamparado y a su merced. Tal vez fue el único hombre que pudo manejarme a su antojo durante el tiempo que fue arzobispo.

—El pueblo de Lugo dice que ella es vuestra concubina —dijo el arzobispo—. Parece ser que le tenéis mucho aprecio y que en ocasiones se sienta en vuestra mesa.

Yo pensé que si bien era cierto que en algunas ocasiones, cuando no había invitados en la casa, había llamado a doña Marta a compartir mi mesa, nada malo había en ello. Me preguntaba cuál de mis criados, celoso del trato de favor que recibía mi ama de llaves, había difundido tal hecho por Lugo.

Me puse rojo de ira y empecé a hacer mentalmente una lista de posibles espías en mi ciudad.

—No es así, ¿verdad? —le oí decir al arzobispo—. Os estáis acalorando, tomad un poco de este vino; me han dicho que es vuestro favorito.

Diciendo eso, sirvió personalmente una copa de aquel maldito vino que por no sé qué conductos sabía que era el que ponía en mi mesa en las ocasiones importantes. Bebí pausadamente, pensando las palabras que debía de contestarle, palabras que no le ofendiesen

ni me hiciesen decir nada de lo que después podría arrepentirme.

—No, señor arzobispo, ni sombra de pecado anida en mi alma, ni en la de la viuda, que es piadosa y recta.

— ¿A quién he de creer, obispo Juan? Mis informantes me dicen una cosa y vos, otra muy diferente.

Estuve a punto de decirle que frente a la palabra de un obispo nada vale la de otro hombre que no sea arzobispo, cardenal o Papa. Pero vi en sus ojos la mirada de hielo que parecía acusarme sin molestarse siquiera en abrir su boca.

Volví a tomarme un instante para pensar la respuesta conveniente a aquella acusación tan injusta.

—Para que no dudéis sobre mi conducta, juraré sobre el cofre en el que descansa el apóstol Santiago que no ha habido entre mi ama de llaves y yo más que castidad y respeto.

Esperaba que no tuviésemos que ir a la catedral para realizar el juramento y que mis solas palabras bastasen para convencer al arzobispo de que no había caído en la lujuria.

—Os creo, obispo Juan, por eso creo que lo mejor es que os libréis de esa mujer y que así se acaben los rumores.

—No se acabarán, arzobispo —le respondí—, sino que el pueblo hablará de ello y verá en ese gesto la confirmación de los rumores.

—No soy de vuestra opinión. Debéis libraros de ella —me respondió el arzobispo.

—No me es posible encontrar una persona de confianza que pueda atender mi casa.

—Excusas, excusas y más excusas. Desobedecéis mi voluntad —el arzobispo se levantó de su asiento y paseó por la sala con los brazos en la espalda. Buscó en una esquina un rosario y empezó a jugar con él—. Quiero oíros jurar ante el cofre del apóstol que entre esa mujer y vos no hay pecado. Ahora.

El arzobispo parecía enfadado. Salimos de su palacio y nos dirigimos a la catedral. Don Juan Fernández de Limia no era acompañado por la guardia que precedía al arzobispo Berenguel en sus paseos por Santiago. Entramos los dos solos en la catedral y enseguida aparecieron varios monjes y clérigos que atendían las funciones del templo. Se unieron a nosotros y nos abrieron paso entre los peregrinos que abarrotaban la nave. Llegando al lugar señalado, un grupo de curiosos se añadió a nosotros.

Se me hacía embarazoso el tener que jurar en público mi inocencia, como si fuese un caballero que tiene que probar la castidad de su dama en un desafío público. Pero di gracias a Dios

por ser obispo y no caballero, porque si no lo fuese, estaría sobre un caballo, enfrentándome en una ridícula justa con algún poderoso rival.

—Podréis evitar el escándalo si os comprometéis a despedirla —me dijo el arzobispo al oído cuando casi estábamos frente al cofre del apóstol—. Mañana, Lugo se despertará con la noticia de que habéis tenido que defender de esta forma el honor de vuestra viuda.

Ignorando sus palabras, me acerqué a la urna y, poniendo mi mano sobre ella, juré lo acordado:

—Juro ante Dios y el apóstol Santiago que no ha habido entre mi ama de llaves doña Marta y yo pecado de palabra, ni de obra, ni de pensamiento. Pongo al apóstol como testigo de mis actos y a todos los presentes, como testigos de mi juramento.

—Que así sea —le oí decir al arzobispo.

Los que allí se hallaban empezaron a rumorear y a preguntarse sobre lo que acababa de acontecer. Sus caras eran más de extrañeza que de asombro, porque, sin duda, no sabían lo que el pueblo de Lugo hablaba de mí.

Realmente fue muy grande mi enfado y me fue imposible contener mi ira. Me sentí humillado y ofendido por tener que rebajarme de aquel modo, como si mi palabra no fuese suficiente.

Mis pensamientos se centraron en encontrar pronto al espía del arzobispo y hacer que pagase toda la vergüenza que acababa de pasar ante él, los clérigos de la catedral y la chusma que nos observaba.

El arzobispo, sonriendo falsamente, se acercó a mi lado y dijo:

—No será necesario, pues, que despidáis a la viuda. Creo que ya habéis dado pruebas de que no habéis pecado.

—Vos sois el que deberíais despedir a vuestros informantes. Han puesto en jaque a un obispo que no lo merecía.

Y así me despedí, sin darle ocasión de enmendar su error.

Partí para Lugo lleno de ira y vergüenza por haber sido tratado de aquel modo.

Me preguntaba cómo Juan Fernández se enteraba de tantas cosas que sucedían en Galicia, sobre todo teniendo en cuenta que llevaba en ese momento menos de un año en el arzobispado.

Ahora, con los años, recuerdo mi juramento ante los restos del apóstol y rememoro mis palabras: “... de palabra, ni de obra, ni de pensamiento...”.

Cuando juré, yo ya la había deseado, aunque no la había tocado ni ofendido con una invitación a compartir mi lecho. Entonces, no

debí de jurar que estaba limpio de malos pensamientos hacia doña Marta. Pensándolo bien, resulta que juré en falso ante el apóstol, ante el arzobispo, ante los que estaban presentes.

Nunca había reparado en ello, pero hoy, al recordar aquellos hechos, veo claro mi falso juramento.

He de hablar con el abad cuanto antes. He de confesar este nuevo pecado. He de limpiar mi alma de esta terrible carga. El abad me aconsejará qué penitencia he de cumplir. Mi corazón late con fuerza. He de apresurarme a hablar con el abad esta misma mañana. Seguro que me recibirá. Siempre me recibe cuando me hallo en este estado. Es un hombre piadoso.

¡Oh, Dios, cuánto sufro por haber hecho aquel falso juramento!

***

Empecé a sospechar de todos los que me rodeaban desde el mismo momento en que me enteré de que tenía un espía del arzobispo Juan Fernández de Limia en la ciudad.

Como no sabía a qué oídos podía llegar, no le comenté a nadie lo acontecido en la catedral de Santiago de Compostela el día que tuve que jurar que estaba libre de pecado con doña Marta.

Pero como bien me había recordado el arzobispo, al día siguiente del juramento, todo Lugo sabía lo que había acontecido. Y hablaban tanto de ello que hasta los criados de mi casa no hacían más que murmurar y preguntarle a doña Marta sobre lo acontecido.

Esa primera noche, tras mi vuelta de Santiago, acudió a cenar como siempre mi mayordomo Eliseo de la Peña. Estábamos solos y doña Marta nos atendía como tenía costumbre.

No fue muy hablador mi mayordomo aquella noche. Esperó a acabar la cena y a que empezásemos la partida de ajedrez.

Cada vez que me enfadaba o me preocupaba algo, Eliseo me hacía un jaque en menos de lo que canta un gallo. Todo el respeto que me tenía el mayordomo en el cumplimiento de sus funciones lo perdía en cuanto nos sentábamos frente al tablero. Jugaba con astucia y con agresividad, y nunca se dejó ganar para complacerme, como era el caso de mucha gente que había jugado conmigo.

Como era previsible, Eliseo ganó el primer juego y me invitó a la revancha.

—Algo os preocupa, señor obispo —dijo, colocando las piezas para el nuevo juego.

—Tenéis razón, tal vez haya llegado a vuestros oídos lo sucedido en Santiago de Compostela anteayer por la tarde.

—Si os referís a vuestro juramento en la catedral, algo he oído. Ayer llegó un comerciante de pieles contando lo que allí aconteció. Debéis de saber que ayer, a estas horas, en la taberna de Ruy Jiménez, todos los hombres hablaban de ello. Pero no debe preocuparos. La opinión general es que habéis cumplido con vuestro deber y que la dama en cuestión está a salvo de toda sospecha.

—No me preocupa tanto lo que el pueblo diga como lo que os voy a contar ahora. El arzobispo Juan Fernández de Limia ha tendido toda una red de informantes por el reino de Galicia. Alguien en Lugo le informa tan detalladamente de mis actos que incluso sabe cuál es el vino que se sirve en mi mesa. Comprenderéis que el incidente del juramento en la catedral se debe a ese mal informante que hay en esta ciudad.

Eliseo me miró sorprendido.

—Ya veis cual es la causa de mi preocupación —continué—. El problema no es sólo el que hay un hombre que sabe más que lo que debería saber de mí. El problema va más allá. El espía le ha dicho al arzobispo que la cosecha de este año ha sido buena y que debería, por lo tanto, pagar más impuestos a los colectores papales, dineros que, por supuesto, gestiona el arzobispo Juan.

—Comprendo vuestra preocupación —dijo Eliseo—. No es bueno que a uno le espíen ni que le metan en asuntos de dinero.

—Confío en vuestra discreción. He de hallar al informante del arzobispo y librarme de él.

—Tal vez yo pueda hacer algunas averiguaciones, pero sospecho que el hombre esté entre los miembros del cabildo. Ellos saben más de vos de lo que sospecháis. De cualquier forma, no soy partidario de que os deshagáis del espía si lo encontráis; seguro que hallaréis la forma de hacer que informe favorablemente al arzobispo de vos.

—No es una mala idea; lo tendré en cuenta. Siempre hay un precio para todo hombre y siempre es mejor que un hombre hable bien de mí a que no hable en absoluto de mi persona.

Más tranquilo al ver mis inquietudes confiadas a mi mayordomo, logré ganar la siguiente partida.

—Dios siempre está de parte de un obispo; nada puedo hacer contra ello —dijo Eliseo, riéndose ante la derrota.

—Dios no siempre vigila, por eso a veces ganáis las partidas, Eliseo.

Y nada más cierto, porque tantas eran las partidas que ganaba Eliseo como las que ganaba yo.

Partió de la casa dejándome un pequeño alivio, ya que es bueno

compartir con otro hombre los problemas que nos afligen. Curiosa forma de repartir las cargas que se ciñen a nuestras espaldas, como si compartiendo un problema hiciésemos que éste pasase al amigo y lo llevase con nosotros, aunque el problema lo seguía teniendo yo y no él. La razón a veces no se puede aplicar a todo lo que nos rodea.

Poco tiene que ver la razón con algunas cosas, por ejemplo, con las mujeres. Y al pensar en mujeres no puedo dejar de pensar en doña Marta. Mi mente siempre busca el camino hacia su persona, su aroma, su encanto...

Doña Marta no comentó nada de lo que había llegado hasta sus oídos. Con discreción, solamente le dijo a su hermano, el deán Fernando, que estaba orgullosa de servir en una casa donde se la trataba con respeto. El deán poco tardó en hacer llegar a mis oídos la opinión de doña Marta y ello me llenó el pecho de alegría.

Al contrario de lo que yo había pensado, el pueblo de Lugo creyó que había obrado bien y que el juramento en la catedral era más una prueba de respeto y valentía que una vergüenza en contra de mi honra.

La castidad de doña Marta quedó fuera de toda duda. Su hermano el deán también suspiró aliviado al ver la honorabilidad de su familia a salvo, aunque él ya sabía que no había pecado entre doña Marta y yo.

Un muchacho de la ciudad, que aspiraba a ser comediante, compuso una cancioncilla hablando de nosotros:

Y el obispo Juan juró
ante el sepulcro del apóstol
que a la dama no tocó,
ni albergó otro propósito.

Y Santiago, que todo lo vio,
bajó del Cielo a decirle,
que en el Cielo lo esperaba
para hacerle caballero de la dama.

Nunca me han gustado los trovadores y después de aquella ocasión, cada vez que topaba con alguno de ellos, imploraba a Dios que le apartara de mi camino, porque podía ordenar azotarle aunque no hubiese razón para ello.

Las aguas volvieron a su cauce a las pocas semanas. Pronto, la ciudad encontró otro punto donde centrar sus miradas, dejándome respirar tranquilo.

Pero el espía no aparecía y pocas eran las pistas que tenía sobre él. Dejé que el tiempo pasase; mientras tanto, esperé a que el hombre hiciese algo que le delatase.

Tal y como había planeado el arzobispo, él mismo mandó una carta a los hijos de los alcaldes de Lugo, que tenían una cómoda existencia en el monasterio de Samos, disfrutando de las ventajas de pertenecer a una influyente y poderosa comunidad de monjes.

Los muchachos, ya monjes, llegaron a la ciudad un domingo, a la hora de la misa.

Estaba oficiando el deán Fernando, pero el sermón desde el púlpito lo planeaba hacer yo.

Desde lo alto del púlpito, donde se podía hablar en castellano y no en latín, la comunidad me miraba con ojos temerosos mientras narraba las terribles penas del Infierno para aquellos que olvidasen la caridad humana.

Al ver a los tres recién llegados, cambié inmediatamente de tema y saqué uno de mis favoritos: los deberes con la Iglesia. Y entre esos deberes estaba el de pagar los diezmos que se le debían.

Los muchachos me miraban atemorizados. Sin duda, temían ser señalados por mi dedo acusador, pero nada hice que delatase que ya había reparado en su presencia.

Al finalizar, se presentaron ante mí para darme los saludos de su abad y recibir mi bendición.

No hablé del tema de la carta que había escrito el arzobispo Juan Fernández de Limia, pero ellos hablaron de su contenido como si yo ya supiese de qué se trataba. Fingí ignorancia y los convidé a comer a mi casa, lo cual no fue muy oportuno, porque su familia los aguardaba.

Los monjes tenían un aspecto muy diferente del que habían tenido cuando partieron de la ciudad.

El mayor de ellos parecía haber encontrado en Samos la vocación de su vida. Su cara reflejaba paz y bondad, como la de muchos novicios que entran al servicio de Dios.

El segundo en edad, el hijo del posadero Ruy Jiménez, había engordado terriblemente. Y el pequeño, que partió siendo un niño, ya tenía la sombra de una barba afeitada.

La comida fue cortés y amable. Los muchachos me pusieron al corriente de su vida en el monasterio. Las tareas más duras las

hacían los siervos que trabajaban en Samos junto con los monjes de poca categoría, debido a la pequeña donación que habían aportado sus padres o a la poca consideración de su familia. Pero los hijos de los alcaldes habían entrado recomendados por un obispo y tal credencial, a pesar de que no donaron muchos dineros, fue suficiente como para que se les respetase y tratase con gran deferencia.

Sin embargo, el hijo de Ruy Jiménez no parecía muy entusiasmado con la vida en el monasterio. A mis preguntas inquisidoras respondía con monosílabos o con breves explicaciones. Deduje de ello que poco iba a durar como monje y ello era todo un inconveniente para mis planes y mi gobierno en la ciudad de Lugo.

Después de la comida, dejé que los muchachos se reuniesen con sus familiares.

Aquella misma noche me enteré de que el hijo de Ruy Jiménez le había planteado a su padre su deseo de dejar el monacato y volver a la ciudad. Fue el deán Fernando el que no sé por qué conductos se enteró de lo acontecido y me lo contó a la hora de la cena.

Al parecer, el padre se enfadó con el muchacho por atreverse a contradecir su voluntad. Tan grande fue el enfado que acabó en una fuerte discusión que oyeron los vecinos desde el otro lado de los muros de la casa.

El hijo de Ruy Jiménez partió al día siguiente sin que nadie supiese adónde dirigía sus pasos. Desde luego, no iba a Samos, donde estaban esperando su vuelta.

El alcalde Ruy Jiménez solicitó audiencia para tratar tan preocupante asunto.

Le recibí con celeridad, porque a mí también me preocupaba lo que estaba aconteciendo.

—Pasad, pasad, señor Ruy Jiménez —le dije sentado en mi silla —. Tenéis mala cara, ¿es que no habéis dormido bien?

—Gracias por recibirme, señor obispo —me dijo el hombre, haciendo una reverencia—. Vengo a exponeros un asunto que os concierne tanto como a mí.

El hombre tenía profundos surcos bajo los ojos, la cara estaba compungida y poco quedaba del hombre que se había enfrentado conmigo para discutir sobre los derechos del concejo.

—Mi hijo Santiago ha desaparecido esta mañana. Durmió anoche en su cama, pero debió de partir antes del alba.

—Siento que sufráis por tenerle lejos. Continuad.

—Anoche, tuvimos una discusión debido a una carta que tenía en su poder y que le había enviado el arzobispo de Santiago de Compostela, don Juan Fernández de Limia. En ella le insinuaba que tenía que convencerme para que hiciese que el pueblo pagase más impuestos.

—No hagáis deducciones. ¿Lo decía o no lo decía?

—No la llegué a ver —me contestó Ruy Jiménez—, tan sólo me la leyó.

—Pues como no he visto la carta ni vos tampoco, no sé cómo podéis decir que el arzobispo le escribió con tales propósitos —le contesté, tratando de fingir que nada sabía de la carta.

—Mi hijo así lo cree y cree también que todo esto no es más que un manejo vuestro.

— ¡Cómo os atrevéis! —dije, enfurecido—. Me acusáis de haber escrito una carta a vuestro hijo, en el nombre del arzobispo Juan, ¿y le creéis a vuestro hijo?

—Mi hijo ha partido debido a esa carta. Se niega a ser manejado por vuestra voluntad o por la del arzobispo —me contestó el alcalde con gran valor.

—No creo vuestras palabras. Tal vez vuestro hijo haya querido apartarse del monacato. No me digáis que no es así. Ayer mismo, cuando estuvo aquí almorzando, no pareció muy contento con su vida en el monasterio de Samos. Teníais que haber oído a los demás muchachos hablar de su vida monacal con gran entusiasmo. Pero vuestro hijo poco habló; más parecía que aborrecía el monasterio.

—No os lo negaré —me contestó el alcalde—, mi hijo no está hecho para los rezos y la disciplina.

—Ya se deduce por las onzas de grasa que rodean su cuerpo. Parece que su vida se reduce a comer más que a rezar.

—Pero esa no es la razón de su partida. La razón es que mi hijo se siente una marioneta en vuestros brazos —me contestó el alcalde.

— ¿Es que creía que la vida que le ofrece Samos iban a dársela sin nada a cambio?

El alcalde palideció, si cabía, más todavía. Iba a decir algo, pero las palabras quedaron presas en su boca. Recobró la compostura y midió lo que iba a decir. Con voz pausada y serena, dijo:

—Tal vez sea cierto lo que decís. Nada en esta vida se da a cambio de nada. Pero mi trato con vos se ha roto. Ahora que mi hijo ha partido, no tenéis poder sobre mí. Ya no podréis manejarme con la excusa de que os debo un favor. Mi hijo habrá dejado mi casa, lo cual me aflige, pero me alegro, porque ya no es vuestra

marioneta. En el fondo, mi hijo me ha hecho un favor, nos ha hecho un favor a todos —Ruy Jiménez hizo una pausa, inspiró profundamente y, mirándome con dureza, añadió—. No permitiré que cobréis más impuestos en Lugo de lo que ya venís haciendo.

—No tenéis poder para ello —le respondí, tratando de contener mi disgusto—. Los demás alcaldes todavía tienen a sus hijos en el monasterio y no van a permitir que vos echéis a perder la vocación de los muchachos.

—Veremos quién tiene la última palabra, señor obispo. Recordad que acabáis de arrebatarme un hijo.

—Vuestro hijo se ha ido por su propia voluntad. Nada tengo que ver con eso —le respondí, pero el alcalde ya había dado media vuelta y, sin despedirse de mí, había salido de la sala de audiencias.

No me gustó el desplante. Y todavía menos, lo que allí se había hablado. Pensé en la carta causante de todo aquello y pensé, claro está, en que la culpa de mis males la tenían el arzobispo Juan Fernández de Limia y sus equivocadas formas de hacer política. Y poco podía hacer para enmendarlo.

Capítulo XIV

Fue en el año 1431 cuando el rey mandó emisarios a las ciudades de Galicia. Ello provocó gran revuelo en el reino, porque la razón de su visita era que deseaba ser nombrado caballero en la catedral de Santiago de Compostela.

Aquel era un honor del que el rey Alfonso carecía, pero hay que decir que, aunque era muy joven, puesto que no tenía más de veinte años, era ya hora de que fuese nombrado caballero.

Siempre pensé que, de no ser obispo, me hubiese gustado ser caballero, porque su forma de vida, sus ideales y su honor los acerca más a la perfección que cualquier otra forma de vida que pueda escoger un hombre que no dedique su causa a la Iglesia.

El rey era todavía joven, como ya he dicho, y soñaba con los cuentos y romances que le habían narrado en su niñez. Pero ser caballero en estos tiempos no era lo mismo que haberlo sido cincuenta años atrás, cuando todavía existían los templarios, que en su día lucharon por reconquistar Jerusalén. Ahora no existían tan altos ideales y si bien todavía se podía combatir con el moro en Granada, al rey más oportuno le parecía pactar con él que meterse en trifulcas.

Además, Castilla estaba en paz desde que el rey Alfonso había tomado las riendas del gobierno y los caballeros poca batalla encontraban dentro de las fronteras. Muchos habían emigrado a Francia, donde había grandes batallas contra los ingleses. Eran los mercenarios, que emponzoñaban los ideales caballerescos, buscando antes el dinero que una buena causa.

También la guerra había cambiado en los últimos años. Los caballeros no eran tan necesarios, sobre todo cuando se rehuía el combate cuerpo a cuerpo. Además, si la batalla tenía lugar en un territorio montañoso, el caballero y su caballo se veían en dificultades para vencer a su contrincante. Hasta un campesino sabía que no hay forma más fácil de descabalgar a un caballero que

rodearlo entre varios hombres. Zarandeándolo un poco, de seguro que el caballero caía rodando sobre su armadura, y esos golpes podían romper el cuello del más fuerte. Y también habían aparecido los arqueros. Entre los más apreciados estaban los ingleses. Estos eran muy temidos por la caballería, y aunque esta última defendía sus caballos con corazas de hierro, los arqueros eran capaces de acabar con un caballero antes de que éste se acercase demasiado.

Así que la caballería había sido relegada a un segundo lugar, pero no por ello había dejado de ser requerida en todas las batallas.

Tanto era aún su prestigio que incluso el rey Alfonso consideraba que el honor de ser llamado caballero era, entre todos sus títulos, el más preciado.

El mensajero convidaba a los caballeros de Lugo a acompañar al rey en su investidura. Asimismo, invitaba a los obispos y altos mandatarios de la Iglesia a estar presentes en Santiago de Compostela, en la capilla mayor de la catedral, donde se realizaría el acto.

Edelmiro, el marido de mi hermana, era caballero, y expresó su deseo de asistir a la investidura. Yo, por supuesto, estaría presente, y deseaba que me escoltase hasta allí mi mayordomo, que aunque no era caballero, bien lo podía haber sido, a juzgar por su conducta.

María expresó indiferencia por el acontecimiento. Nunca había visto al rey, pero, a diferencia de otras mujeres, poco le importaba. Pero Edelmiro no estaba dispuesto a acudir sin su bella mujer y preparó el viaje y la estancia en Santiago con toda ilusión.

Así que partimos para Santiago dos días antes de que el rey tuviese previsto llegar.

La ciudad había congregado a toda suerte de curiosos, atraídos por la noticia de que el rey sería nombrado allí caballero. Los sirvientes del rey se adelantaron para que todo estuviese preparado para su llegada y con ellos llegaron las meretrices y los pillos que rodeaban a la corte.

Allí también estaba don Pedro Fernández de Castro, el comendero de Lugo, que, como tenía por costumbre, andaba intrigando entre las habitaciones del palacio arzobispal, como si fuese un obispo más, pero con espada.

El rey llegó montado a caballo, con toda una escolta de caballeros y notables del reino. No seguía sus pasos la reina, de la cual se decía que al fin había caído en estado de buena esperanza y que requería cuidados y reposo.

Cuando el rey divisó el monte del Gozo, desde el cual se veían las torres de la catedral, bajó del caballo y, como un peregrino más,

echó a andar para entrar a pie en la ciudad.

Los campesinos, al ver tan gran cortejo, dejaban sus aperos de labranza y acompañaban a la corte en su camino. Muchos caballeros de todo el reino, pertenecientes a las órdenes de Calatrava, Santiago, San Juan y Alcántara, acompañaban al rey en la romería.

En cuanto Edelmiro tuvo noticia de que el rey había llegado al monte del Gozo, salió a su encuentro y se unió a la comitiva. María quedó a mi cuidado y al de mi mayordomo, lo cual produjo una situación violenta por no sé qué antiguo enfado que tenía mi hermana con Eliseo de la Peña. Así que mi hermana no paraba de decirle a mi mayordomo que no volviese a tocar a sus hijos.

Cuando el rey entró en la ciudad, el arzobispo de Santiago, rodeado de sus obispos, salió a la puerta de su palacio, donde estaba previsto que diese la bienvenida al rey.

El arzobispo Juan Fernández de Limia, al verme a su diestra, procuró ser más amable conmigo de lo que había sido la última vez que nos vimos. Pero yo todavía recordaba la humillación a la que me había sometido. María permanecía a mi lado, muda como una piedra, sin que sus ojos mostrasen emoción por el acontecimiento que iba a ocurrir.

Tras el recibimiento solemne del rey, realizado ante las puertas de la ciudad por los notables de ésta, prosiguió otro todavía mayor en la plaza del Obradoiro, junto al palacio arzobispal, con toda la pompa que la Iglesia se reserva para estas ocasiones.

Allí me percaté de que junto al rey iba su notable consejero, don Juan del Campo, el arcediano de Lugo, que me saludó con gran afabilidad una vez que presentó sus respetos al arzobispo Juan Fernández.

Por ningún lado se veía a la manceba del rey, doña Leonor de Guzmán, que, según me enteré más tarde, se hallaba en su residencia de Alcalá de Guadaira, que se había convertido en una verdadera corte.

El rey asistió a misa y, al término de la misma, hizo que le vistiesen con una espléndida armadura negra. De esta guisa, al atardecer volvió a entrar en la catedral y puso sus armas sobre el altar mayor.

El momento se tornó inolvidable para los que allí estábamos. Las lámparas lucían todo su esplendor, que reflejaba sobre los tesoros acumulados en la catedral durante siglos. Por la puerta principal, el sol caía, dejando paso a una ligera niebla. Los que estábamos dentro aguantamos nuestras respiraciones mientras el rey oraba arrodillado

y con los brazos en cruz ante el altar. Allí estaba, solo, sin caballero que le asistiese, y una vez que acabó de orar, se quedó arrodillado mirando el altar.

En la girola se distribuyeron los principales caballeros, rodeando así el ábside de la catedral. Todos llevaban la armadura completa y habían sido elegidos para la ocasión en función de sus hazañas y aprecio por el rey.

El coro de monjes cantó una vieja canción que hablaba de gloria, honor y de la Virgen María. La música celestial para una ocasión singular. Los curiosos abandonaron la catedral instigados por la guardia del rey y allí quedaron tan sólo los compañeros de armas del rey y los caballeros que optaron por acompañarle en aquella larga noche.

Mi hermana y yo abandonamos el templo, y lo que después aconteció lo sé por boca de Edelmiro, que allí permaneció con el monarca toda la noche.

Se cerraron las puertas de la catedral y así reinó aun más el silencio. El rey velaba sus armas antes de que, a la mañana siguiente, fuese investido caballero.

Los demás caballeros fueron sucumbiendo al sueño, sobre todo los más viejos, que escondían su fatiga en los rincones de la catedral. Pero el rey ni siquiera bostezó, por más que veía que algunos de sus compañeros le fallaban. Los hombres se turnaban para velar junto al rey y así hacer que éste permaneciese despierto. Uno de ellos leía pasajes de la santa Biblia y durante mucho rato rezaron todos en alta voz para vencer el sueño.

Así llegó el amanecer y se anunció a través del altar, que por su orientación al este hizo que el primer rayo de sol fuese a parar a los pies del rey.

Entonces, los caballeros arreglaron sus armaduras, que habían ido aflojando durante la noche, se levantaron y se espabilaron los que dormitaban. El rey se volvió a los presentes y les agradeció que hubiesen estado junto a él durante la vigilia, y les dijo que serían recompensados en su justa medida.

Se abrieron las puertas de la catedral y, sin que los caballeros recibiesen aseo o almuerzo alguno, entraron el arzobispo y los obispos que le acompañaban. María, acompañada de Eliseo, entró más tarde y encontró acomodo al lado de su marido, que había permanecido en vela toda la noche.

Los burgueses se mezclaron con los cortesanos y los peregrinos sin ningún protocolo ni orden. Así, pronto se llenó el templo y se procedió a la investidura.

El coro que cantó la noche anterior volvió a resonar en la nave, mientras los servidores de la catedral apagaban las velas de las lámparas que se habían casi consumido.

Rodearon al rey sus más cercanos caballeros y comenzó la misa. El arzobispo bendijo las armas que estaban descansando sobre el altar y los demás obispos hicimos lo propio.

Entonces, el rey se ciñó la espada al cinto y se acercó a la imagen del apóstol, que estaba colocada sobre el altar. Una vez allí, el silencio fue total, callando el coro sus cánticos.

El rey se colocó de tal manera que hizo que la imagen de Santiago le diese un golpe con la mano derecha en la nuca.

De esta forma, Alfonso XI fue nombrado caballero por el mismo apóstol Santiago, algo inédito hasta aquel momento.

Allí, en el altar, se volvió hacia sus caballeros y dijo:

—Yo, el rey Alfonso, decreto que todo aquel que quiera ser nombrado caballero, a partir de este día, lo hará de la forma que yo he establecido.

Y así fue. Para ello se hizo en Burgos una copia del altar de Santiago, que tenía la característica de ser desmontable y podía trasladarse donde fuese requerido. Se instaló en el monasterio de las Huelgas, y la imagen del apóstol tenía un brazo articulado que podía portar espada. De esta forma, los neófitos podían ser nombrados caballeros siendo tocados en la nuca o en el cuello por el brazo de Santiago. El ritual variaba según la orden caballeresca a la que se pertenecía, pero todos los ritos coincidían en que había de recibirse un golpe o palmada sobre la nuca o sobre el cuello, golpe que hasta aquel momento tan sólo podía ser conferido por otro caballero, pero que tal como estableció el rey, lo impartiría la imagen del apóstol.

Una vez acabada la investidura, salimos de la catedral; los caballeros, a dormir lo que no habían dormido por la noche; los criados, a preparar el banquete y el torneo que se celebraría a continuación; y los demás, a nuestras ocupaciones.

Mis ocupaciones no eran más que amistosas, porque al término de la investidura me entrevistaría con el arcediano Juan del Campo en el claustro del monasterio de San Martín Pinario.

Mientras, María permanecía en la casa que les había alojado y que pertenecía a un amigo de su marido.

En las afueras de la ciudad, los servidores del rey instalaron una carpa y varias tribunas para festejar los juegos y el torneo que se iba a celebrar. Corría el rumor de que el propio rey participaría en una justa; y había gran expectación e incluso se hacían apuestas.

¡Y pensar que tan sólo hacía veinte años las justas estaban prohibidas por la Iglesia! Y así seguiría de no ser por los consejeros del papa Juan XXII, que le convencieron de eliminar las restricciones eclesiásticas que pesaban sobre los torneos.

Hay que decir que, a partir de aquel momento, los curas aparecieron en todos estos divertimentos, tanto bendiciendo las armas de los combatientes como haciendo cuantiosas apuestas que a más de uno pusieron en compromiso.

Los servidores del rey llamaban a todo aquel que quisiese participar en las justas. La condición era que el hombre tenía que ser caballero y llevar armas corteses, es decir, la espada romana y una lanza cuya punta hubiese sido sustituida por botones en forma de corona, copa al revés o esfera.

Los que fueron despertando cuando el sol ya había pasado el mediodía, al enterarse de la justa, llamaron apresuradamente a sus escuderos y prepararon sus armas.

Santiago se convirtió en una fiesta, mientras el arcediano y yo paseábamos, ajenos al mundanal ruido, por los claustros del monasterio.

Allí le confié mis miedos de que hubiese un espía entre mis próximos que le hablaba al arzobispo de mí. Y le conté lo acontecido por culpa de un informante que me llenó de humillación y que casi mancilla mi honor y el de doña Marta. Me aconsejó abrir bien los ojos y confiarme en él en cuanto tuviese la más mínima sospecha de haber encontrado al espía. Asimismo, don Juan del Campo se ofreció para averiguar lo que pudiese entre los muros del palacio arzobispal mientras durase la estancia del rey en Santiago de Compostela.

A nadie conté nada de aquella entrevista, ni siquiera a mi mayordomo, porque la consideré de importancia. Grave error, como más tarde pude comprobar.

Mientras, el rey ya había despertado de su sueño y solicitó almorzar. Se alojaba en el palacio arzobispal, donde le dieron la mejor cama, después de haber acomodado a todos los obispos. No protestó, porque ya conocía la jerarquía de un rey, que siempre ha de estar por debajo del Papa, del arzobispo y del obispo, aunque muchas veces tendía a olvidarlo.

El rey se levantó de buen humor y llamó a todos a la mesa. Le rodearon sus favoritos y los caballeros que le habían acompañado a velar sus armas la noche anterior. La sala capitular del palacio arzobispal sirvió como escenario del almuerzo.

En las afueras de Santiago estaba ya todo listo para que diesen

comienzo los festejos.

En cuanto el rey Alfonso acabó de almorzar, se dirigió con su corte al campo donde se iba a celebrar la justa.

Todo aquel que era caballero lucía con orgullo su armadura, limpiada y arreglada para la ocasión. Muchas de las que allí se vieron nunca habían estado en un campo de batalla, porque se utilizaban tan sólo para el lucimiento en los torneos. Los caballos habían sido adornados con esmero con preciosas telas que cubrían sus lomos.

Edelmiro no combatiría, porque mi hermana consideró que a su edad no estaba como para enfrentarse a los jóvenes caballeros que se paseaban por el campo de la contienda. Y a eso Edelmiro no añadió nada, porque entre sus virtudes tenía la de ser prudente.

Muchos caballeros llevaban del brazo a damas que reían con atrevimiento. La corte estaba relajada y ello se manifestaba en la alegría de la fiesta.

Se organizaron los juegos de habilidad, como el de hacer diana con la lanza en un gran círculo pintado sobre un árbol o recoger el pañuelo de una dama que pendía de un hilo, a galope y con sólo la punta de la lanza.

Ello dio ocasión a que se formaran muchos romances entre los caballeros solteros y las damas que siempre acompañaban a la corte.

Pero lo que más expectación causó fue que el rey participó en la primera justa. Venció, como sin duda estaba previsto, pero sudó mucho para lograr la victoria. Después combatieron los profesionales, caballeros que se ganaban la vida combatiendo de torneo en torneo por toda la cristiandad y cuyos combates eran toda bravura y gallardía.

Hubo muchas risas y mucha alegría.

Las armas eran bendecidas por los altos clérigos allí presentes, antes de que comenzasen los enfrentamientos, y yo mismo bendije las de un caballero que tuvo poca fortuna, porque se desnucó. Ningún otro caballero me ofreció sus armas para que las bendijera después de tan inoportuno accidente, lo cual me ahorró molestias y pude seguir charlando con los demás obispos.

Edelmiro se paseó por el campo saludando a viejos compañeros de armas y presentando a su mujer a los presentes. María parecía más animada y conversaba con las damas que le iban presentando.

Mientras tanto, yo me encontraba acompañando al arzobispo Juan Fernández de Limia, al igual que los demás obispos allí presentes. Parecía que había dos cortes, y en efecto lo eran: la del

rey Alfonso y la del arzobispo, cada uno con sus favoritos y sus aliados.

El comendero de Lugo, Pedro el de la Guerra, estuvo largo rato hablando con el rey. La noche anterior había sido uno de los que había velado armas junto a él y el rey debía tenerlo en gran aprecio, porque se decía que era uno de los caballeros que no había sucumbido al sueño.

Los festejos duraron hasta ya entrada la noche. Se encendieron hogueras y se preparó la cena, que se sirvió en unas mesas traídas para la ocasión.

Nos retiramos poco después de la medianoche, una vez que el rey abandonó la mesa. Y por cierto, se decía que estaba triste porque doña Leonor de Guzmán no había estado allí para verle combatir en el torneo. De la reina casi nadie se acordó y se procuró no hablar de su preñez, porque estaba mal visto hablar de ello en público.

Al día siguiente, el rey partió para Padrón, porque era el lugar donde había arribado por mar a tierras gallegas el apóstol Santiago. Y de allí partió hacia Burgos, porque tenía la intención de ser coronado en una fastuosa ceremonia que nada iba a envidiar a la celebrada en Santiago de Compostela.

***

Un día de otoño sucedió lo que tanto esperaba. Me levanté de la cama y mi vida pareció tornarse alegre y esperanzadora. No es que todo ocurriese de repente, sino que el proceso fue tomando cariz durante toda la estación para madurar como un fruto de otoño.

La tristeza fue abandonando lentamente mi alma y me liberó de tan terrible mal que no desearía tener nunca más durante lo que me quede de vida. Y es hoy que todavía no ha vuelto a mí.

Decía mi ama de cría, Elvira, que la tristeza es un mal que se ceba en los desocupados y en los ricos. No veo yo por qué ha de ser así, a no ser que Dios haya querido que el rico tenga algún mal para compensar los sufrimientos que tiene que pasar la plebe.

Elvira me dijo, cuando volví a nacer, porque para mí aquello fue como volver a la vida, que ahora que ya había visto lo que era el infierno de la melancolía, nunca volviese a apelarla, y que si esta extraña compañera llamaba de nuevo a mi puerta, que hiciese oídos sordos y procurase encontrar algún entretenimiento, porque en eso residía la curación para la melancolía, en encontrar una ocupación y una preocupación, ya que todo aquel que permanece ocioso puede

ser castigado con tan terrible mal.

Así que mis hijos fueron mi cura. El mayor, Sancho, ya era un niño precioso y lleno de vida. Su cabello no era rubio como el mío, aunque cuando nació sus cabellos eran blancos como la nieve. Había heredado la alegría y la vitalidad del padre, por eso, desde que pudo andar, ya se conocía a todos los que habitaban nuestra casa, los rincones de la torre y el bosquecillo que nos rodeaba. Todo lo regordete que había sido de pequeño lo era ahora de delgado, y eso que yo me esforcé en alimentarlo bien, pero el niño se movía tanto que consumía todo lo que comía. Ya hablaba por aquel entonces y aprendía tan rápido que nos sorprendía a todos.

Roldán, sin embargo, estaba todo el día pegado a mis faldas. Era muy hermoso; la envidia de todas las madres. Tenía los ojos azules y unas manitas diminutas. Ya andaba, pero le costaba articular palabra, aunque yo sé que las sabía, pero el niño prefería señalar todo lo que deseaba con sus manitas.

La pequeña Constanza seguía siendo amamantada por Isabel, su ama de cría. Recuerdo que estuvo mamando su leche durante casi dos años, sin que en ningún momento se nos ocurriese pensar que tal vez era hora de que la niña comenzase a tomar alimento sólido. Reconozco que el tiempo pasó tan rápido que un buen día nos percatamos en la casa de que Constanza era ya muy grande para seguir tomando pecho, y así pasó a tomar caldos de gallina y papilla de harina y leche, cuando los demás niños, a su edad, ya comían pan y masticaban carne.

No es que yo fuese una mala madre con los muchachos, sólo que era tremendamente despistada. Olvidaba muchas veces dónde estaba jugando Roldán o dónde había dejado la cuna de Constanza. Ello pudo haber ocasionado más de un disgusto, sobre todo el día que Roldán se adentró solo en los pesebres, con el riesgo de que le coceara una mula. Pero, para mi fortuna, Elvira e Isabel se ocupaban de ayudarme, atendiendo a los niños y dejándome tiempo para mis quehaceres, que no eran muchos, pero que me llevaban mi tiempo.

Pasaba las horas bordando pañuelos o remendando la ropa. Pero pronto me aburrió la costura y le delegué esa labor a una de las campesinas que habitaba en la casa. Me dediqué entonces a la lectura y pedía a mi marido que, en sus viajes a Lugo, me trajese los libros que me prestaba mi hermano Juan.

Juan tenía una magnífica biblioteca que agonizaba en su cámara privada, mientras él se ocupaba del gobierno de la ciudad. De todos sus libros, que eran más de cincuenta, lo cual debía de ser una de

las mejores bibliotecas de la ciudad de Lugo, yo me había leído casi todos los manuscritos. Pero como tan sólo versaban sobre historias de santos y reyes, pronto me aburrí de leer sus libros e insistí para que Edelmiro me llevase a Santiago de Compostela, donde había más de cuatro tiendas que se dedicaban a venderlos.

Un libro es caro, más caro que un traje de novia, si cabe, pero Edelmiro me complacía en todo lo que yo le pedía y, dos veces al año, por Navidad y por Santiago, me regalaba un libro.

A él le acabó gustando aquella afición mía, sobre todo en las noches de invierno, cuando nos juntábamos alrededor del fuego de la chimenea y leía a mi familia las historias de mis libros, dejándolos a todos con las ganas de saber algo más hasta la noche siguiente. Mis libros hacían que los inviernos pasasen más rápido.

En las demás estaciones, no teníamos esa costumbre, y en ello me empeñé yo, ya que reservaba mis lecturas sólo para el invierno, para compensar las desventajas que tenía aquella estación.

Pero tenía más entretenimientos, porque el campo es más divertido que la ciudad si uno aprecia la vida al aire libre. Mi marido había mandado construir un estanque en el lado sur de la torre y lo llenó de ranas y truchas, haciendo que nunca le faltase agua corriente, que provenía del arroyo que abastecía la casa. La idea la tomó de un monasterio que había conocido en su juventud, cuando luchaba con el rey, en el que decía que comían pescados variados durante todo el año, gracias a la cría de los peces. Yo me esmeré mucho en que aquella empresa prosperase, pero un verano, el agua del arroyo fue insuficiente y los peces acabaron por flotar panza arriba en el estanque. Además, tenía un inconveniente bastante molesto: los mosquitos, que llegaban en el mes de junio y no se iban hasta llegadas las primeras lluvias del otoño. No los podía soportar, y eso que conmigo no se cebaban tanto como con Constanza, que parecía un monstruo por lo hinchada que se ponía con las picaduras.

En invierno tenía una ventaja: el agua se congelaba y el estanque servía como lugar de recreo, ya que jugábamos a mantenernos en equilibrio sobre el hielo y a patinar los más hábiles. Los peces, que no sé cómo sobrevivían a aquello, vivían entonces en las partes más profundas, donde el agua no estaba helada.

En el estanque aprendieron a nadar los niños en verano, junto con los hijos de los criados de la casa. Y a mí me entraba una envidia terrible al verlos refrescarse de la calima, mientras yo me metía en mis habitaciones durante el día, donde la piedra de los muros me daba frescor.

Fue una pena que las truchas se muriesen, pero no hay mal que por bien no venga. Se limpió el fondo del estanque y el agua quedó cristalina, donde flotaba una barca para nuevas diversiones.

Cuando los peces murieron, busqué otra ocupación más propia para una dama. En los muchos árboles que rodeaban la torre, había uno que fue presa de mi atención. Allí mandé que se instalase un columpio hecho de cuerdas y de madera. Los niños pasaban mucho tiempo allí conmigo, aunque mi marido no me dejaba columpiarme muy alto, porque decía que las faldas se me levantaban indecentemente.

El bosque de robles fue menguando con el tiempo, porque aunque la torre estaba acabada, se estaban construyendo otras edificaciones y las defensas de la fortaleza. Así que la madera era tan necesaria que el bosque acabó siendo un campo de pasto. Por fortuna, los constructores respetaron el árbol con el columpio.

En invierno, Edelmiro reclutaba a sus vasallos más fuertes para que trabajasen en las obras. Venían todas las mañanas y traían las piedras que los canteros les indicaban. Era un trabajo duro, más duro que las labores del campo, porque la cantera estaba lejos de la casa. En ella, los canteros seguían las instrucciones del maestro de obras, cortando las piedras, a las que ponían tres marcas: una, la del cantero que las había cortado; otra para indicar la cantera de la que procedían; y la tercera para indicar el lugar que ocuparían en la construcción. Ello era muy útil, ya que al cantero se le pagaba en función de las piedras que llevaban su marca y al dueño de la cantera, según las piedras que procedían de ésta. Como la tercera marca era la del lugar de colocación de la piedra, los vasallos, que seguían las instrucciones del maestro de obras, no tenían problemas para saber dónde colocarlas.

El problema estaba en lograr la fuerza necesaria para acarrear las piedras y elevarlas hasta su lugar. Los animales de tiro hacían la mayor parte del trabajo, así como las poleas y cabestrantes que había mandado construir el maestro de las obras. Pero los vasallos debían de complementar el trabajo con su fuerza física, y los menos espabilados sufrieron accidentes que se llegaron a cobrar miembros y hombres.

Mi marido vigilaba atentamente. Tenía en mente que la fortificación fuese lo suficientemente sólida como para resistir un asedio. Para complacerle, el maestro de obras diseñó sobre un trozo de gamuza unas defensas que parecieron satisfacerle y Edelmiro puso con sus manos la primera piedra del castillo.

El maestro de obras se llamaba Martín Salvatierra, porque el

hombre era oriundo de esa ciudad. Era de mediana edad y aseguraba ser un gran constructor, que incluso llegó a trabajar en las obras de reparación de la catedral de Toledo. Nos lo creímos, porque pareció que entendía de obras, y además mi hermano Juan se carteó con el arzobispo de Toledo pidiendo referencias, y éste le contestó que, en efecto, el hombre había trabajado bien, advirtiéndole, de paso, que no le dejásemos beber mucho mientras trabajaba.

Una vez cerrado el pacto para que construyese nuestro castillo, Martín llegó a nuestra casa un verano para calcular los materiales que serían necesarios, así como los hombres que se necesitarían y los costes de la obra. Llegó acompañado de su familia, que eran su esposa y dos niños, a los que ya estaba instruyendo en el oficio.

Martín hablaba con un seseo en su voz, tan típico de las zonas de Galicia cercanas a la frontera con Portugal.

Tan sólo trabajaba en nuestra fortaleza durante unos pocos meses, después de que se recolectasen las cosechas y se hiciese la matanza, es decir, los trabajos empezaban por San Martín, y se iba poco antes de que los campesinos iniciaran la siembra. La razón de aquella estancia era debido a que, durante el resto del año, los campesinos tenían que trabajar la tierra y no había brazos disponibles para trabajar en el castillo. Tan sólo en invierno había suficientes hombres como para hacer el duro trabajo, pero no siempre se podía trabajar, debido a las lluvias o los fríos, por eso, en el mes de enero, cuando llegaban las nieves, se interrumpían de nuevo las obras. También se trabajaba en verano, aunque no estuviese el maestro de obras en nuestra casa. Un día a la semana, como se había pactado desde años inmemoriales, los campesinos dedicaban su jornada o media jornada a trabajos menores tales como limpiar los caminos de maleza o reparar lo que se había dañado en la casa durante el invierno, en su mayor parte los techos, en previsión de las lluvias, o los pesebres para que el ganado se guareciese en invierno.

Mientras Martín no se ocupaba de nuestras construcciones estaba en Lugo, donde siempre había trabajo para un buen maestro de obras. Las casas se reparaban en verano y mi hermano Juan tenía pactado con Martín que trabajase en las reparaciones de la fachada oeste de la catedral.

Así que teníamos que prescindir de Martín durante el verano, que era la época en la que se trasladaba a la ciudad con su familia, y de allí, hasta que volvía a nuestra casa, se iba a su hogar, Salvatierra, a ver al resto de sus familiares.

Mientras Martín estaba en nuestra casa, mi marido solía invitarlo a menudo a cenar a nuestra mesa, junto con su esposa. Eso no era una gran distracción, porque la mujer de Martín era parca en palabras y el hombre tampoco tenía buena conversación. Pero la compañía era de agradecer, aunque no fuese de nuestra categoría.

Edelmiro no hacía mucho caso a la distancia que se debe de tener con el pueblo. Era capaz de invitar a cenar a cualquier don nadie que buscase alojamiento en nuestra casa. Sin embargo, yo tenía mis reparos y no lo ocultaba, ya que al ser educada en la casa de mi hermano Juan, éste sólo me había dado oportunidad de tratar con clérigos o notables. En Córdoba, donde había trascurrido gran parte de mi infancia, mi hermano me había juntado con muchachas de mi edad provenientes de las mejores familias de la ciudad. Así que verme de repente rodeada de plebeyos era nuevo para mí.

Mi marido se reía de mis remilgos, pero a la hora de la verdad, él elegía con mucho cuidado las casas de los propietarios vecinos a los que iba a visitar. No se le ocurría entrar en la casa de uno de sus vasallos, ni siquiera en la pequeña casa que alojaba a Martín y su familia durante los meses de estancia en nuestra propiedad. Pero, claro está, visitaba a los caballeros que vivían en las propiedades colindantes a la nuestra o la de algún hombre con títulos de nobleza y cuya categoría estaba en función de los manjares que servía en su mesa.

Yo le recordaba que un caballero es un caballero y que el pueblo es el pueblo, y que una cosa es darle de comer y otra muy diferente, el comer con ellos. Me empeñé en que mi marido escogiese con más tino a quién alojaba en nuestra casa, y por fortuna, a partir de aquel momento, Edelmiro pareció pensárselo dos veces antes de invitar a cualquier extraño.

Las visitas me distraían de las monotonías de la vida. Apartaban mi cabeza de oscuros pensamientos y me incitaban a arreglar mi aspecto como si todavía fuese una muchacha casadera. Una vez que hube tenido a mis tres hijos y la melancolía abandonó mi alma, renació en mí la coquetería y me vestía y arreglaba como si todas las noches recibiéramos la visita de un conde o de un obispo.

Mi hermano Juan también venía mucho por la casa, casi tanto como Edelmiro visitaba la ciudad. Cada vez que se quedaba a cenar, divagaba con mi marido sobre los planes que tenía para sus sobrinos. Incluso Constanza entró dentro de sus conversaciones.

Fue una época llena de planes y esperanzas. La fortaleza en construcción, la educación de Sancho y Roldán, y el emparentamiento de nuestra pequeña Constanza, todos eran planes

para nuestras cabezas, pero la mala fortuna pronto se encargó de poner nuestras esperanza patas arriba.

Capítulo XV

Poco después de la coronación del rey en Burgos llegaron los años de malas cosechas.

Fue en el verano, en julio de 1333, cuando nos despertamos con un terrible estruendo. El ruido era causado por un trueno, que sonó como si el Infierno quisiese tragarse la tierra. A continuación, comenzó lo nunca visto hasta entonces. Cayó del cielo un granizo que nos hizo temer por todo aquel que no estuviese bajo cubierto. Al cabo de poco, toda la ciudad se cubrió de una capa blanca de hielo y la temperatura bajó tanto que tuve que cubrir mi camisón con una manta de pieles.

En la ciudad, todo ruido fue silenciado por la fuerza del granizo. Ni siquiera se oía a los inquietos y asustados animales que tenía en las caballerizas y establos. La casa se despertó por el estruendo del trueno y permaneció atónita, viendo el espectáculo del granizo por las ventanas.

Yo me pregunté qué terrible ofensa podíamos haber cometido para que Lugo fuese castigado de aquella forma. No era el único año que se destrozaba la cosecha, pero desde luego era el que peores consecuencias iba a traernos.

Pensé, mientras oía el granizo desde mi habitación, que éste era el peor mal que podía acontecerle a un hombre. Los criados sollozaban y preveían un invierno de hambre y escasez. Muchos tenían familia viviendo en los campos, y el que más o el que menos, iba a sufrir las consecuencias. Ni siquiera el vivir en la casa del obispo de Lugo les iba a salvar de no comer lentejas rancias y tocino medio podrido durante aquel invierno.

Mentalmente, fui repasando las existencias de la casa. Era un poco precipitado, puesto que todavía no había pasado el granizo y no se sabía a ciencia cierta si se habían perdido todas las cosechas.

Pensé en el granero, que estaba ya por la mitad y que seguramente no duraría hasta la cosecha del año siguiente. Pensé en

los establos que nos abastecían de carne. Pero las vacas, sin pastos ni forraje para pasar el invierno, perecerían, y tendríamos que recurrir a comprar nuevos animales. Pensé en las tierras de Edelmiro y de María, que sufrirían el doble, ya que dependían de las labranzas.

Me di cuenta de que la situación era algo más que delicada. Aunque no recaudase impuestos aquel otoño, el pueblo iba a sufrir mucho por culpa de aquel granizo. Predije sin moverme de la cama, oyendo cómo la tormenta amainaba, que habría grandes males y revueltas.

Afuera parecía que ya estaba escampando. Los vecinos salieron a la calle y, aunque era noche, la ciudad se llenó de gente que iba comentando la desgracia que había sucedido.

Llamé a los criados y les hablé en el salón:

—Oídme todos. El granizo traerá el hambre este invierno, no sólo al campesino y a los que viven de la caridad, sino a todos los presentes, porque incluso en esta casa habrá carestía. Sólo podemos hacer una cosa esta noche: rezar para que mañana amanezca soleado y el granizo no haya dañado mucho los campos.

Los criados se arrodillaron sobre el piso de piedra y todos comenzamos a rezar. En una esquina, envuelta en una manta y con ojos apenados, estaba doña Marta. La miré, ansiando tenerla a mi lado, pero sin dejar que mis sentimientos me delatasen, renuncié a mirarla más allá de lo razonable.

Llamaron a la puerta y un criado fue a abrir. Era mi mayordomo Eliseo, que al ver luz en la casa creyó que tal vez fuera prudente visitarme para ver lo que sucedía. También le había despertado el granizo, como a todos los demás. Su capa todavía tenía restos de hielo y parecía muy preocupado.

Me lo llevé al salón de audiencias, en el piso de arriba, dejando a doña Marta encargada de dirigir las oraciones.

— ¿Sabéis lo que significa el granizo? —me dijo Eliseo respetuosamente—. Es el tercer año de malas cosechas y, sin duda, la de este año será la peor.

Hablaba como siempre, con gran respeto hacia mi persona, pero la preocupación hacía que se precipitasen sus palabras. Su capa empezó a chorrear agua en cuanto se empezó a derretir el granizo que llevaba sobre ella.

—Como bien decís, habrá hambre y revueltas, problemas y más problemas —le respondí yo.

—Afuera, el pueblo dice que es una maldición, que han trabajado como nunca para que todo se destruya así, en una noche.

Señor obispo —dijo, alargando su brazo, buscando con ese gesto llamar mi atención—, todavía es pronto para saber las dimensiones del mal, pero os sugiero que no recaudéis impuestos este otoño, porque, de ser así, el pueblo se os echará encima. Ha vuelto el hijo del alcalde, Santiago, y anda por las calles diciendo que la culpa del mal es toda vuestra, que sois un mal pastor, que habéis conseguido el obispado practicando la simonía y que por eso Dios castiga al pueblo de Lugo.

—Callad —le interrumpí—. Coged a ese charlatán antes de que el pueblo le escuche. Ese muchacho es un oportunista que no ha de salirse con la suya. Espero que, cuando amanezca, ese tal Santiago esté encerrado en las mazmorras de la fortaleza.

—Así se hará —me respondió Eliseo, un poco asustado por mi enfado.

Le hice un gesto para que se retirase y Eliseo marchó a buscar al antiguo monje.

Nos volvimos a ver al amanecer, cuando yo salía acompañado de una escolta a comprobar los males de la tormenta. Ambos habíamos dormido poco esa noche, pero él parecía estar más fresco que yo. Desde la entrevista celebrada en mis habitaciones, Eliseo había patrullado las calles en busca de Santiago, pero no lo había encontrado.

— ¿Y en casa del alcalde Ruy Jiménez? —le pregunté.

—Fue donde miré primero, pero su padre asegura que no lo ha vuelto a ver desde que partió, un año atrás.

—Miente, sin duda. Si no aparece el hijo, traedme al alcalde a mi casa esta noche; le haré delatar a Santiago.

Partí de la ciudad esperando encontrarme los campos destrozados. Pero lo que encontré fue peor de lo que esperaba.

El cielo estaba todavía gris y en cuanto el sol ascendió un poco más, vimos que su color era debido a las oscuras nubes que lo cubrían. Amenazaba lluvia y el viento traía un frío aire que nos llegó hasta los huesos.

Me escoltaban unos cuantos hombres, los mismos que acostumbraban acompañarme en los recorridos por mis tierras. Su semblante tampoco era nada halagüeño y parecían preocupados por lo que vimos. Poco a poco, empezamos a descubrir la desolación en la tierra.

Los campesinos lloraban ante los campos, mientras sus mujeres se tiraban del pelo como si fuesen plañideras velando un muerto. Los niños guardaban silencio, sabiendo ya lo que significaba el destrozo. Los ancianos del lugar no paraban de repetir que no

recordaban racha tan mala en aquellas tierras, acercándose a mi caballo en busca del consuelo a sus males. Conmovido e impotente, mi único gesto era el de bendecir a aquellos hombres, aunque bien poco consuelo era aquello.

El centeno estaba tumbado, cuando debía de estar erguido, la mayor parte había perecido bajo el granizo. Las verduras estaban agujereadas como si se hubiesen estrellado contra el suelo. Las plantas de legumbres no sobrevivirían al verano, porque yacían agonizantes, aplastadas contra el suelo. Tan sólo los nabos se salvaron, pero todavía estaban verdes, y la planta sin hojas acabaría por morir. La zanahoria corría la misma suerte, al igual que la remolacha. Pero si las pequeñas plantas habían sufrido, los árboles, todavía más.

Los cerezos que todavía producían las últimas cerezas del año mostraban parte de sus ramas desnudas; sus frutos estaban desparramados por el suelo. Los manzanos, sobre todo los que se utilizaban para hacer compota, y cuyas manzanas todavía estaban verdes, mostraban grandes destrozos. Los ciruelos tenían las frutas mazadas, como si las hubiesen estado pegando con un palo. De aquella desolación, tan sólo se salvaron los castaños, los nogales y los abedules, cuyos frutos, todavía verdes y protegidos por sus caparazones, parecían estar ajenos a aquel espectáculo, pero también sufrieron, porque aunque sus frutos no salieron malparados, las hojas de los árboles estaban dañadas.

Las colmenas, que tan buena y rica miel producían, mostraban un lamentable aspecto. A su alrededor, las abejas revoloteaban buscando una solución a sus panales. Algunas estaban volcadas y los campesinos, cubiertos de ropas y con recipientes donde se quemaban hojas verdes, las espantaban con su humo para así poder enderezar las colmenas. Pero las abejas estaban furiosas y más de un campesino resultó herido por culpa de sus aguijones.

Gracias a Dios, los animales habían sufrido pocos males, porque los campesinos tenían la costumbre de alojarlos bajo sus propios techos, llegando incluso a morar en invierno en sus habitaciones para darles calor. En cuanto oyeron que empezaba la tormenta y vieron la intensidad de ésta, aquellos hombres alojaron en sus chozas y cabañas el ganado y los animales de labor, dejando a los cerdos y gallinas en sus corrales. Los cerdos, que se alimentaban de todo, serían la única esperanza de aquel invierno. Pensé en cómo se las arreglarían los judíos y los moros, cuya religión no les permitía comer ese animal, y sentí lástima por ellos.

En cuanto el sol llegó a lo alto del horizonte, ya había visto lo

suficiente como para hacerme una idea de la situación. El día no acababa de abrir y parecía que iba a llover de un momento a otro. Decidí volver a Lugo antes de que descargase la tormenta en el campo y tuviese que guarecerme en alguna de las iglesias de la zona.

A mi llegada, la ciudad estaba llena de barro y suciedad. El granizo de la noche se había derretido y todavía no se había secado del todo, produciendo que las carretas y los hombres circulasen con lentitud. Era día de mercado, pero eran pocos los vendedores y muchos menos los compradores, porque no habían acudido los campesinos a intercambiar sus bienes en la plaza de la ciudad.

Antes de llegar a mi casa, el deán Fernando salió a mi encuentro, haciendo señas para que detuviese mi caballo. Tenía tan mal aspecto como todos los hombres que había visto aquel día, le costaba hablar y llevaba una pesada carga de barro pegada a sus vestiduras.

En cuanto bajé del caballo, el deán me condujo a la catedral, donde a aquella hora eran extraños los fieles que la frecuentaban. Me expresó su preocupación por los víveres, ya que contaba contrarrestar la carencia de grano con la cosecha de ese año, pero después de la tormenta de granizo la cosecha iba a ser escasa. La catedral almacenaba el grano y las provisiones en un gran silo de donde salían y entraban grandes cantidades, registradas por la mano sabia de los contadores. Hacía un mes que había visto las cuentas y sabía lo precario de nuestra situación, por eso el deán, que sabía que yo estaba al corriente de la desgracia, se ahorró los detalles de la carestía. Su preocupación era otra, pero no muy distinta: comprar grano y provisiones en el mercado, de tal forma que no fuese muy notoria la cantidad adquirida, para así no hacer aumentar el precio de los alimentos. Los víveres no sólo eran para los clérigos dependientes de la catedral, sino para atender las necesidades del hospital de Lugo, donde los enfermos pobres eran asistidos; además, la Iglesia se encargaba de repartir alimento durante todo el invierno a aquellos indigentes que había en la ciudad, a los leprosos y a los desasistidos, no dejando de hacerlo ni cuando las circunstancias eran más penosas, como había ocurrido durante los dos últimos años. Las provisiones eran la esperanza de todos, ya fuesen clérigos o seglares, y si Dios veía que dejábamos desasistido a su pueblo en los momentos difíciles, caería sobre nosotros la cólera divina.

Si se adquiría la cantidad acostumbrada, el pueblo no sospecharía que el almacén del obispado estaba casi vacío. Pero,

por otra parte, era necesario que antes del otoño nuestras despensas estuviesen bien surtidas para pasar el terrible invierno que nos esperaba.

Si la Iglesia se abastecía, se aseguraba que el grano y las legumbres no recaerían en manos de especuladores, que harían su antojo con los precios. Y bien conocidos eran en Lugo, donde en los últimos tiempos, aprovechando las malas cosechas, habían hecho fortuna en menos de dos ferias.

La prisa del deán era por comprar ese mismo día, ya que la siguiente feria no sería hasta el mes de agosto, demasiado cercana a la cosecha, y en la cual ya sería demasiado tarde para obtener los víveres a un precio razonable, porque de seguro que ya sería evidente la mala cosecha y los mercaderes habrían aumentado los precios.

Pero el problema estaba en hacerlo todo sin que cundiese el pánico, porque en el mercado estaban los mercaderes y ricoshombres de la ciudad, y si veían a mi mayordomo o a los clérigos de la catedral aproximarse a los abastecedores y adquirir una alta suma, entonces medio Lugo haría otro tanto, gastándose hasta el último dinero de vellón en pagar los víveres, lo cual haría que el precio de estos aumentase vertiginosamente en pocas horas.

El mercado cerraría sus puestos a media tarde, como tenía por costumbre. Y después, los mercaderes se dispersarían por la ciudad. A partir de esa hora era fácil localizarles en las posadas e incluso se podía hacer un trato con ellos invitándoles a cenar a mi casa. Pero esperar hasta la noche podía ser demasiado tarde; tal vez hubiesen vendido todas sus existencias a los burgueses y ello significaría que hasta el mes de agosto, en el que sería la próxima feria, no se podrían a la venta los alimentos de la cosecha.

El deán opinaba que lo mejor era cerrar los negocios un momento antes de que los mercaderes levantasen sus puestos, porque ya no habría curiosos merodeando por la plaza del mercado. Convinimos entonces que a esa hora llegaríamos al mercado y compraríamos todos los comestibles que hubiesen sobrado. La cuestión era si a esa hora quedaría a la venta una cantidad suficiente para almacenar.

No había mucha concurrencia en la plaza del mercado. Los campesinos no habían acudido porque estaban reparando los destrozos de la cosecha y otros habituales parroquianos no habían sido vistos en la ciudad; seguramente, la tormenta les había hecho permanecer en sus tierras. La ocasión era perfecta, los mercaderes seguramente no habían vendido ni la mitad de lo que ofrecían y,

siendo optimista, pensé que ni siquiera una tercera parte de lo allí expuesto.

No me equivocaba. Al llegar a mi casa, pregunté a doña Marta si había visto mucho movimiento en el mercado y ella, que acudía a abastecerse de los suministros de nuestra casa, me informó que, aparte de los vecinos de la ciudad, no se habían visto las habituales caras de todos los meses. Los mercaderes se quejaban de que la tormenta había retenido en sus tierras a los grandes propietarios que solían ir al mercado mensual.

El deán Fernando, al oír aquello, mandó llamar al tesorero de la catedral y le preguntó cuánto dinero quedaba en las arcas. Era poco, porque no se habían recaudado los diezmos de ese año, pero el suficiente como para conseguir todo lo comestible que hubiese en el mercado. También mandó llamar a varios miembros del cabildo para ponerles al corriente de la situación. Pasamos a la sala de audiencias, más ajenos a los oídos de los sirvientes. Parecía una reunión del cabildo, pero al hacerse en mi casa tenía cierto carácter informal. Los clérigos parecieron bien dispuestos a acatar mis órdenes, conscientes de la difícil situación.

Se distribuirían entre los principales puestos de provisiones y comprarían todas las existencias, pero ello habría de hacerse con sigilo, rapidez y sin despertar sospechas. Para eso, les insté a abandonar sus ropajes y, bajo mi permiso, llevar ropas de campesinos. De esta forma, no atraerían miradas curiosas hasta que ya hubiesen comprado todo lo comestible.

Partieron a sus alojamientos y a la hora convenida y con los bolsillos llenos, llegarían a la plaza donde se celebraba el mercado.

En una calle lateral esperarían los carros para cargar con lo comprado y conducirlo al almacén del obispado.

Vestidos con ropa común, incluso a mí mismo me hubiese costado reconocerles, sobre todo si llevaban un sombrero tapándoles la cabeza.

Llegaron al mercado cuando los mercaderes estaban recogiendo sus tiendas y se acercaron a comprar. Pero el pueblo, siempre al acecho de lo que acontece, se percató de que algo pasaba. Un niño gritó en la plaza, señalando con su manita:

— ¡Madre, madre, los curas se visten de campesinos!

La madre mandó callar al niño dándole un cachete, pero la advertencia del muchacho hizo que la madre volviese su cara para ver al hombre. Mientras otro grupo de clérigos se apresuraba a comprar grano en el puesto de un mercader, éste reconoció a uno de los curas y se lo comentó a su mujer.

Al rato, la plaza congregó a un buen grupo de burgueses que querían ver lo que acontecía, mientras los demás clérigos regateaban para conseguir un precio más ventajoso en los demás puestos del mercado.

Poco tiempo les bastó a los burgueses para darse cuenta de que era el mismo clero el que estaba comprando los víveres a toda velocidad. Muchos fueron los que ataron cabos y se dieron cuenta de que, al igual que la Iglesia, tenían que abastecerse de provisiones. Los posaderos corrieron a por dinero a sus casas para comprar también lo que quedaba en el mercado. Las mujeres llevaron la noticia a sus casas, donde sus maridos les ordenaron gastar todo el dinero en comprar harina, sal, frutos y todo lo que se pudiese almacenar.

La ciudad se volvió loca y yo temí que la compra se malograse. Envié a mi mayordomo junto con sus hombres a recoger al mercado la compra que se estaba haciendo.

Al verlos, los miembros del cabildo dejaron los regateos e intentaron cerrar los tratos, justo en el momento en el que llegaban los burgueses para comprar lo que yo tanto ambicionaba. Pero fue demasiado tarde para el pueblo, que vio cómo los soldados de mi mayordomo cargaban los sacos con provisiones en carretas y desaparecían entre las callejuelas, camino del almacén de la catedral.

Atrás quedaba una plaza llena de gente con todos sus ahorros en las manos, intentando comprar algún saco con comida, pero los mercaderes respondían a sus demandas explicándoles que habían vendido hasta el último grano de sus existencias.

En cuanto los carros llegaron al almacén se cerraron las puertas y el cabildo y sus contadores procedieron a clasificar y a registrar lo comprado.

Esa misma noche, a la hora de la cena, llegó el deán para informarme sobre las cuentas. No fue una gran compra; apenas bastó para llenar la mitad del almacén, pero mejor era eso que nada. Ahorramos mucho dinero a la Iglesia, y de no haber actuado con tanta celeridad, de seguro que nos hubiese costado el doble o el triple.

Afuera, en la oscuridad, alguien tiró una piedra contra mi ventana. El pueblo estaba furioso por haber sido engañado de aquella forma.

Los acontecimientos del día habían borrado de mi mente que Eliseo tenía que apresar a Santiago, el hijo del alcalde Ruy Jiménez, que había estado instigando al pueblo para revelarse en mi contra,

pero la pedrada contra mi casa me hizo de repente recordarlo, y como si Eliseo también estuviese pensando lo mismo que yo, llamó a mi puerta con la noticia de que no había podido encontrar al muchacho, pero tal y como le había ordenado, traía a Ruy Jiménez para que respondiese por su hijo.

El alcalde parecía más furioso que nunca. Mandé que esperase en la puerta de la casa, lo cual le enfureció todavía más, protestando enérgicamente por el trato recibido.

El hombre se negó a decir dónde se escondía su hijo, alegando que no había vuelto a verle desde que dejó el monasterio. Parecía sincero y le dejé marchar, no sin antes oír una protesta de su boca.

—Nos condenáis al hambre, señor obispo. Esta tarde, en el mercado, os habéis apropiado de todos los bienes usando trucos de proscrito. El pueblo no os perdonará el haber actuado así.

—El pueblo podía haber comprado cuando tenía las mercancías ante sí. A nadie se le ocurrió entonces que el valor de esos bienes era el triple del que se vendían —le respondí yo con ironía en mi voz—. Además, recordad que el pobre vive de la caridad de la Iglesia y le conviene que sea ésta la que tenga sus silos llenos, y no que los tenga el posadero de la ciudad. Vos venderíais el grano al triple de su valor y el vino, al quíntuple; yo se lo ofrezco gratis.

El hombre enmudeció y debió de recordar que él estaba entre los especuladores de la ciudad, porque en el último invierno en su taberna se servían alimentos que superaban el valor en el mercado.

—Sois un zorro, no un obispo.

—Más bien un viejo zorro, no lo olvidéis. Además, Dios está de mi parte. Adiós, don Ruy Jiménez, y no olvidéis que si tenéis noticias de vuestro hijo, le digáis que el obispo quiere verle.

El hombre partió cabizbajo, como ya venía siendo costumbre cada vez que lo recibía en mi casa.

***

Durante aquellos años malditos, el hambre hizo estragos en la población. Si en la ciudad se veían cada vez más pobres y mendigos, en los campos sucedió lo mismo y puede decirse que incluso lo pasaron peor.

Los primeros en morir fueron los enfermos y los ancianos, y después, los niños. Pero los que sobrevivieron a la hambruna quedaron marcados de por vida, sobre todo los que tenían entre dos y nueve años, que se podían reconocer por la flacura de sus piernas y por lo abultado de sus estómagos.

Las madres veían las barrigas de sus hijos y se asustaban al pensar en lo que podrían contener, y ello no era más que aire que hinchaba su estómago. Los niños tardaron en recuperarse y aún hoy se reconocen fácilmente los niños del hambre, que es como se los llama, ya que, aunque ya sean hombres y mujeres, estos llevan en su rostro la marca de la carestía. Aquellos muchachos no acabaron de crecer totalmente, y con los años, sus hermanos menores, que vivieron mejores tiempos, les aventajaban en altura y en porte, mientras que los niños del hambre permanecían raquíticos y con trabas, como si fuesen los enanos que se exhiben en las ferias.

Muchos de los niños del hambre sufrieron encantamientos y posesiones, delirios y terribles dolores. Yo creo que la hambruna les afectó al entendimiento y nunca se vio en el mundo una generación tan atontada e idiota.

Si en el mundo se puede distinguir a un rico de un pobre por la salud y la gordura que caracteriza a los primeros, en aquella época la disparidad fue todavía más notable. Mis sobrinos, que nunca en su vida pasaron hambre alguna, se diferenciaban de los muchachos de su edad porque tenían color en las mejillas y alegría en el cuerpo. A su lado, los niños del hambre parecían fantasmas y enfermos, y el contraste hacía que mis sobrinos pronto reconociesen a los de su rango con tan sólo mirar su aspecto.

El cabello de las niñas perdió brillo, por mucho vinagre que sus madres pusiesen en él, y los ojos se hundieron hasta lo imposible, dejándolas tan feas que serían difícilmente casadas.

Fue una desgracia para todos y yo, por primera vez, sentí una gran pena por todos aquellos males.

No es que yo hasta aquel entonces hubiese permanecido ajeno a las necesidades de mi pueblo; sin duda, ya había hecho por ellos grandes favores, pero fue aquel año cuando sentí realmente que mi misión en este mundo era conducir a buen puerto a los habitantes de Lugo.

Pero uno no combate sólo contra un mal, sino que cuando las desgracias vienen, nunca vienen solas. Y así fue: al hambre tuvimos que sumar las revueltas y los motines, el pillaje y los ladrones.

Los campos se llenaron de proscritos que atacaban por las noches a desvalidos campesinos. La ciudad se llenó de todos los desposeídos del mundo, ya que era un gran atractivo para todo aquel que lo había perdido todo.

A lo largo de aquellos tres años, llegaron familias de campesinos huyendo del hambre de los campos. Llegaban con lo puesto y apenas dinero para buscar un alojamiento. Sus pocos recursos eran

arrebatados por los caseros sin escrúpulos, que los hacinaban en pequeñas casitas que diríase se sostenían de milagro.

Pero llegaron tantos que toda casa habitable ya estaba repleta al llegar el año del granizo. Y entonces tuve que tomar medidas, porque la situación llegó a ser insostenible. Llamé a los alcaldes para decidir qué hacer con los campesinos.

Ellos, que ya lo habían hablado, eran partidarios de no dejar entrar a nadie más en la ciudad, relegándoles a los arrabales y la orilla del cauce, donde había agua y podían vivir del río Miño. No era una mala idea, ya que una ciudad saturada de gente la hace peligrosa y propensa a los incendios y derrumbamientos.

Las casas de madera donde se alojaban aquellos hombres ardían con facilidad en verano y tendían a pudrirse en invierno si la madera no había sido bien tratada, como era en la mayoría de los casos. El permitir que entrasen más familias en la ciudad suponía que se construyesen más viviendas, unas sobre otras, sin sentido ni orden, y esto acabaría por hacer de la ciudad una continua fuente de conflictos.

Así que se estableció que todo aquel que quisiese instalarse en Lugo debería de vivir en extramuros hasta que consiguiese un oficio. Entonces, podría entrar en la ciudad. En menos de una estación, las murallas se vieron rodeadas de chozas malolientes y hacinadas para protegerse de los posibles merodeadores que buscaban presas en los arrabales. Una vez al día, después de la segunda misa de la mañana, se tocaban las campanas y se llamaba a los pobres para darles de comer; era la caridad de la Iglesia, que repartía una sopa o potaje entre todos los que no tenían qué llevarse a la boca. El monasterio franciscano que había en la ciudad hacía lo mismo, a la misma hora, para que no hubiese posibilidad de que un pobre comiese de la caridad dos veces.

Era la hora en la que se dejaba entrar en la ciudad a los indigentes, que después de asistir a los santos oficios hacían colas con sus escudillas en la mano, esperando que la sopa llegase para todos.

No siempre llegaba, y había que añadir agua al caldo para no dejar ningún estómago sin alimento, si es que aquello podía llamarse alimento, porque más bien parecía agua sucia, pero al estar caliente, engañaba sus estómagos.

Poco más podía hacer por los pobres. Aunque ahora veo que fue poco lo que hice, cuando tenía en mis manos sus vidas.

Con los víveres que fuimos adquiriendo aquel verano, los almacenes de la catedral se llenaron en sus dos terceras partes. En

otra situación, hubiese sido suficiente, pero con tantas bocas que alimentar, a mitad de invierno nos quedamos sin alimento.

Llegaron, además, las nieves y las heladas, y por las mañanas siempre aparecía algún hombre que había muerto de frío durante su sueño.

Entonces fue cuando murió tanta gente. El hambre, el frío y la desesperanza cayó sobre ellos y muchas familias dejaron el mundo sin que hubiese nadie que les llorase.

A mediados de enero aparecieron los lobos. Bajaban de las montañas, hambrientos y sedientos de sangre. Nunca se habían acercado tanto al hombre, porque son animales huidizos y viven en los páramos y en los bosques. Al principio se acercaban a robar alguna gallina en los arrabales. Eran tan silenciosos como los zorros, pero más rápidos y mejores cazadores. Luego, bajaron en manada y no había noche en la que no asustasen a alguien.

Se formaron patrullas para matarlos y después se los buscaba para comérselos, aunque su carne recuerda a la del perro y la gente era reacia a su sabor. Pero el hambre cambió los gustos, y si bien años atrás nadie hubiese comido la carne de un zorro o la de una ardilla, ahora todo lo que el hombre veía era plato en su mesa; incluso las ratas de la ciudad acabaron por comerse, junto con los perros y los lagartos. Y no se comieron las serpientes porque eran, según la Biblia, malditas entre todos los animales, pero seguro que más de uno comió víboras y nunca lo sabremos.

Los leprosos fueron los que más sufrieron. El pobre siempre odia al que es más pobre, y el enfermo, al que está más enfermo que él. Y así ocurrió. Los pobres llegaron a apedrear a los leprosos para no verlos en la ciudad. Y mis hombres tuvieron que acudir en socorro de aquellas pobres almas, que se refugiaron en las zonas más apartadas de la urbe.

Mientras, en el campo, mi hermana María tenía más problemas que los que podíamos tener en la ciudad. Como temía, el falso profeta Manuel y el recaudador Beltrán volvieron a aparecer en la comarca.

***

Mi hermano le había advertido a mi marido Edelmiro:

—Cuidaos de los revoltosos más que de los ladrones; de los charlatanes, más que de los asaltadores de caminos; de los falsos profetas, más que de las fieras.

Y yo, que en aquel momento no comprendí por qué era tan

peligroso un charlatán, cuando lo comprendí, ya lo había perdido todo. Fue una terrible lección que quedó grabada en mi mente al rojo vivo y todavía es hoy el día en el que, al oír un predicador en la plaza del mercado, vuelvo mi cabeza y contengo la rabia.

Beltrán, el que había sido recaudador y enloqueció, volvió a ser visto en las tierras de mi marido después de la tormenta de granizo. Con él venía Manuel, el instigador de las masas, charlatán donde los hubiese y hombre de palabras de fuego. El ciego que siempre iba con ellos había muerto y los peregrinos que seguían a los dos hombres ya no estaban.

Mi nodriza Elvira vino a contármelo un día, poco después de que me despertase. Mi marido había partido a ver sus tierras, arrasadas por el granizo, lo cual lo tenía en constante preocupación; tanto era así que su semblante, otrora risueño, estaba ahora pálido y sombrío.

Elvira se acercó a darme la noticia: Beltrán y Manuel estaban de nuevo en los montes de los Castros de Mercelle. Se decía que moraban en una cueva como si fuesen anacoretas, viviendo de la caridad, rezando y bendiciendo a todos los que les visitaban. Beltrán había adquirido en los dos últimos años el poder de hacer milagros, o así se decía, aunque todavía no debía de funcionar muy bien su don, porque no conocía a nadie que hubiese sido curado por aquel iluminado. Manuel aprovechaba las gentes que iban en busca de los milagros de Beltrán para darles sermones sobre justicia y moral. Las gentes poco caso podían hacerle, porque iban a la cueva atraídas por los milagros más que por la palabrería de aquel loco. Pero no sé cómo, sus palabras penetraron en sus rudos oídos y llegó a ser respetado por la gente.

En cuanto mi marido volvió, esa noche, le informé de lo que me había contado Elvira. Se enfureció tanto que estaba dispuesto a dar muerte en aquel momento a aquellos hombres, sobre los que ya pesaba la pena de encadenarles durante medio año, porque habían cazado con cepos grandes un venado en las tierras de mi marido.

Le dije que fuese prudente, que aquella noche nada podía hacerse, y que en cuanto aquellos hombres viesen las antorchas encendidas buscándolos por las cuevas, huirían como alma que lleva el diablo y sería entonces imposible dar con ellos.

Más sosegado por mis palabras, dejó la empresa para la mañana siguiente, pero antes mandó llamar a Elvira para que le informase con todo detalle de dónde estaban los proscritos.

Elvira le dio una vaga descripción del lugar, porque ella nunca había estado allí y todo lo que sabía era por boca de las demás criadas. Llamó entonces a las criadas, que enmudecieron y se

negaron a decir más sobre el lugar en el que moraban Manuel y Beltrán, agregando que todo cuanto sabían lo habían oído en el río cuando iban a lavar. “Demasiados rumores”, pensé yo, “tal vez sea un cuento de los muchos que corren por los campos”.

Edelmiro, sin embargo, opinaba que cuando el río suena, agua lleva, y que, de todas formas, quería ver con sus propios ojos si era verdad que los proscritos habían vuelto.

A la mañana siguiente, partió a los montes en los que estaban las cuevas, junto con los hombres armados que había en la casa. Estuvo medio día buscando hasta que, a la vuelta de una roca, encontró un agujero que bien podía albergar a dos hombres. Y en el fondo del agujero estaban los restos de un fuego que había ardido esa misma noche.

Aquello le bastó para creer que Beltrán y Manuel habían vuelto. Y buscó durante lo que quedaba del día a los hombres, preguntando por ellos en chozas y cabañas.

No aparecieron, ni tampoco logró saber dónde se escondían.

Elvira volvió a mi habitación esa mañana para contarme lo que había sucedido la noche anterior. Junto a la cueva se habían reunido todos aquellos que podían trepar hasta aquel lugar y allí Manuel les había hablado con palabras extrañas.

Los vasallos tardaron menos de dos días en hacer lo que Manuel les decía. Pretendían que mi marido Edelmiro les entregase los víveres que almacenaba en la torre y compartiese su mesa y su techo con aquella sarta de salvajes.

Aquellos hombres hambrientos, en cuanto oyeron la descripción de los maravillosos manjares que se escondían en la torre, siguieron al loco de Manuel y a Beltrán.

Los vimos llegar por la noche, portando antorchas de paja y grasa, cantando y gritando las consignas que habían aprendido a decir de la boca de Manuel.

Al principio, los que los vieron pensaron que se trataba de la Santa Compaña, procesión de los muertos que se aparecen por la noche, gimiendo y asustando a los vecinos de los campos. Estaba segura de que algún día llamaría a nuestra puerta, siendo portadora de desgracias. Los demás moradores de nuestra casa también creían en ella; incluso mi marido Edelmiro se estremecía al oír los sucesos que contaban los más viejos del lugar.

Pero no se trataba de la procesión de muertos, sino que los hombres que venían a nuestro encuentro eran nuestros propios vasallos, en busca de nuestras pertenencias y, si cabía, de nuestras vidas.

El resplandor de las antorchas se veía a lo lejos, desde el alto donde se estaba construyendo la fortaleza. Los criados de la casa que vivían en chozas adosadas a las construcciones despertaron y pidieron entrar en la torre. Martín Salvatierra, el maestro de obras, y su familia hicieron otro tanto, y tan sólo faltó que entrasen los animales del corral.

Edelmiro tomó apresuradamente lo que pudo de su antigua armadura y, asistido por los criados, fue poniéndose la coraza y el yelmo. Tomó su espada y la ballesta, y subió a las murallas junto a los hombres que tenían armas. Tuvo que convencerlos uno a uno de que no eran muertos los que nos iban a atacar, sino sus propios vasallos. Los guerreros de aquellas tierras temblaban más ante los fantasmas que ante los ejércitos, así que una vez que se percataron de que lo que se les venía encima eran campesinos, asieron firmemente las espadas y acataron las órdenes de Edelmiro.

Pero las murallas no estaban acabadas y no eran un lugar desde el que se pudiese defender el resto de las construcciones. A lo lejos, los vasallos se iban acercando y el resplandor de sus antorchas brillaba en la oscuridad, haciendo que los que estábamos dentro de la torre, es decir, las mujeres y los niños, temblásemos con sólo verlo.

Edelmiro hizo que todos los hombres de la casa saliesen a defenderla, pero al darse cuenta de que poco podrían hacer contra todos los que venían, llamó a uno de los muchachos del maestro de obras, lo montó a lomos de su caballo, que era el más veloz de las cuadras, y lo envió a Lugo con un mensaje para mi hermano, pidiéndole ayuda.

El muchacho se despidió de su padre y partió al galope, y con él, nuestras esperanzas.

Todos entraron en la torre, donde nos hacinábamos más de treinta personas, distribuidas por las tres alturas de la casa. Yo entré en mi habitación, en el último piso, junto a los niños, Elvira e Isabel, la nodriza de Constanza, y el hijo de ésta. Mi marido y sus hombres recogieron todas las piedras que pudieron encontrar y las metieron en la casa. Luego, atrancaron la puerta con todos los muebles pesados que había en el salón y subieron a las almenas para defender la torre desde lo alto. En las cocinas se puso todo el aceite al fuego y al poco rato la casa se llenó con su olor a quemado.

Cuando Edelmiro y sus hombres llegaron a lo alto de la torre, los campesinos ya habían llegado a las caballerizas y a los establos.

Abrieron los pesebres y sacaron los cerdos y las vacas; iban a

comérselos, según decían. Pero un grito les hizo detenerse: era Manuel, que les ordenaba aguardar antes a tomar la torre.

En los sótanos de la torre se almacenaba el grano y los víveres de la casa, y los campesinos lo sabían, porque muchas eran las veces que habían transportado hasta allí las cosechas. La voz de Manuel volvió a oírse, rompiendo la oscuridad:

—Oídme, Edelmiro, oídme. Sé que estáis escondido como una gallina en vuestra torre. Salid, si sois hombre. Dadnos lo que por derecho nos pertenece. Nunca más volveréis a esclavizarnos; nunca más pasaremos hambre para llenar vuestra barriga y la de los vuestros. Salid ahora y entregadnos vuestra torre y vuestro almacén. Salid y Dios os perdonará por todos los males que nos habéis infringido.

"Es un loco", pensé yo, "un loco charlatán de los que embaucan a las masas, de los que llevan a sus espaldas la muerte y la destrucción".

Arriba, en las almenas, Edelmiro escuchaba en silencio. Nunca fue hombre de pactar con el enemigo, o así lo decía. Tan sólo miraba a Manuel, callado, mudo, sabiendo que era malgastar las palabras el entrar en una discusión con aquel endemoniado.

El aceite ya se había calentado y los criados subieron a la almena el caldero que lo contenía. Hicieron una hoguera para mantenerlo caliente y se sentaron a esperar.

Edelmiro relegó a todas las mujeres y los niños a los pisos inferiores, y los hombres ocuparon el dormitorio que estaba bajo las almenas y estas últimas. Las mujeres organizamos los rezos, pero al poco callamos para estar al corriente de los ruidos que nos llegaban desde afuera.

Se oyó cómo los campesinos querían derribar la puerta con un objeto pesado, tal vez uno de los troncos que había en la era y que se empleaba en las obras. La mujer del maestro de obras quiso romper nuestro silencio y comenzó a hablar de cómo, estando ella de niña en Tuy, la fortaleza fue asediada por los portugueses y allí tuvieron que resistir durante varios días al enemigo. Tales atrocidades contó que asustó a los niños y tuve que ordenarle que callase para que no sollozásemos todos.

De nuevo se oyó otro golpe y, a continuación, un estruendo de piedras que golpeaban a los hombres. Edelmiro estaba arrojando piedras contra los campesinos que se acercaban demasiado a la torre o a la puerta de ésta.

Oímos a Manuel gritando de nuevo terribles palabras. Pero Edelmiro no le contestaba. Dentro de la torre, el calor era sofocante.

La noche era calurosa y pronto empezamos a necesitar aire para respirar, pero las pequeñas ventanas estaban tapadas con maderos, para evitar que los campesinos arrojasen por ellas piedras, fuego o incluso algún animal salvaje.

Busqué aire en la almena, pero en cuanto asomé la cabeza, mi marido me envió de nuevo a los pisos inferiores.

Más gritos rompieron la espera. Ahora, Edelmiro arrojaba el aceite sobre unos desdichados que intentaban acercarse a una de las ventanas tapiadas con maderos.

Oímos también gritos que procedían de las almenas. Los campesinos arrojaban piedras contra Edelmiro y sus hombres. Las piedras habían dado a algunos hombres y uno de ellos tuvo que ser bajado donde estábamos las mujeres. El hombre sangraba mucho y decía que los campesinos habían tirado utilizando ondas. Edelmiro apagó la hoguera donde se calentaba el aceite, para dejar de ser un blanco fácil en la oscuridad. Buscaba con su ballesta a Beltrán o a Manuel, pero no lograba verlos. Los campesinos también habían apagado sus antorchas y la hoguera que habían encendido.

Reinó así la oscuridad y el silencio. Era una noche de luna nueva y la única luz que se veía en el cielo provenía de las estrellas, pero no era suficiente para que se viese en la noche.

Pensé en el hijo de Martín Salvatierra, que en aquellos momentos atravesaba los campos al galope en busca de la ayuda de mi hermano. Tan sólo las estrellas le podían orientar y lo más seguro era que el muchacho ya se hubiese perdido en los montes. Su madre estaba a mi lado, rezando para que el muchacho encontrase el camino. Si amanecía pronto, el alba le indicaría en qué dirección habría de ir, y si no, confiaba en que la estrella polar orientase su marcha.

Afuera, en la oscuridad, se oyó otro estruendo. Eran los campesinos, que golpeaban la puerta de la casa con maderos. Las piedras que había hecho subir Edelmiro hasta la torre se habían agotado y mandó que se empezase a arrojar contra los campesinos todo objeto pesado que tuviésemos en la casa. Pero cuando estaban acarreándolos para subirlos a las almenas, la puerta empezó a arder. La habían untado de grasa y prendido fuego. La grasa alcanzó altas temperaturas y la madera se llenó de llamas. No quedaba agua en la casa para hacer apagar el fuego, porque cada vez que la necesitábamos, la tomábamos del manantial que había en el lado sur de la torre, y con el caos reinante, a nadie se le había ocurrido esa noche hacer entrar algún barril.

Desesperados, los hombres cubrieron la puerta desde adentro

con toda suerte de cachivaches, armarios, mesas, todo lo que servía, y se dispusieron a defender desde allí la torre.

En medio de la confusión, un campesino arrojó una cuerda a la almena y ésta se enganchó en algo, quedando firmemente sujeta. Todos habían centrado sus fuerzas en la planta baja, alrededor de la puerta, dejando la almena desprotegida, salvo Edelmiro, que vigilaba lo que acontecía desde lo alto. Poco se veía, a no ser el fuego que consumía la puerta; todo lo demás era oscuridad, porque tanto los de la torre como los de abajo habían apagado sus antorchas para no delatar su situación.

Un campesino trepó por la cuerda que habían enganchado en la almena hasta donde estaba mi marido, y cuando Edelmiro se percató de ello, ya era demasiado tarde. El hombre, armado con un hacha, le dio un golpe en el cuello, dejándolo malherido. A sus gritos acudieron los demás hombres de su casa y llegaron en el momento en el que Edelmiro y el campesino forcejeaban en el borde de la almena, cayendo los dos al vacío.

Abajo se oyó un griterío y yo supe que algo terrible había acontecido. Me incorporé desde donde estaba y subí las escaleras de la torre hasta la almena, seguida por mis hijos. Los hombres abrían camino a mi andar y al llegar arriba me indicaron el lugar por el que había caído mi marido. Grité su nombre en la noche y no oí más que las risas de los campesinos. Edelmiro no contestaba. Busqué en la oscuridad su cuerpo, pero tan sólo pude ver bultos que se movían en la oscuridad.

—Luz, fuego —pedí—. Traer una antorcha. Tenemos que ver si todavía vive.

Encendieron varias antorchas y las llevaron hasta el borde de la almena. Abajo, los campesinos hicieron otro tanto, encendiendo una gran hoguera.

A la luz de sus fuegos y de los nuestros, vi el cuerpo de mi marido tumbado sobre la tierra.

—No miréis, señora; volved el rostro —oí que los hombres decían.

Pude ver el cuerpo de Edelmiro, boca abajo, pero no tenía su yelmo ni nada en su lugar. Le habían cortado la cabeza y ésta estaba colgando de una estaca junto a la hoguera de sus vasallos.

No me desmayé, pero caí en tal estado que tuvieron que sacarme de allí a la fuerza. Grité hasta quedarme sin aliento y el alto donde estaba la torre, el bosque y el valle que la rodeaba se llenaron con mi desgarrador clamor.

Elvira sacó a Sancho y a Roldán de lo alto de la almena, pero

estos ya habían visto el horror con sus propios ojos.

No tuve miedo ni temor, y si hubiesen derribado la puerta, yo les hubiese combatido con mis propias manos. Tan sólo tuve odio y asco, un odio tal que no pude reprimir, hasta que Elvira puso en mis labios un tazón con adormidera y perdí la noción del tiempo.

Capítulo XVI

Me desperté a lomos de un caballo. Me habían atado las piernas al animal y la cintura, a las espaldas del jinete.

Era Eliseo el que conducía el caballo. Al percatarse de que me había despertado, llamó a Elvira y ésta acercó su corcel, dándome a beber la pócima de la noche anterior. Mientras la droga entraba en mi sangre, miré alrededor y vi a mi hermano. Él iba a la cabeza de la comitiva, llevando a Sancho montado en la grupa del caballo.

Mi hijo volvió su mirada para saludarme y con su mirada me transmitió toda la angustia del mundo. Sancho estaba asustado.

Busqué a mis otros hijos. Roldán estaba con uno de los soldados y a la pequeña Constanza la llevaba la nodriza atada con trapos a su pecho, mientras que a sus espaldas llevaba un bulto que supuse que era su hijo.

Respiré tranquila al verlos a todos vivos.

Eliseo me habló con suavidad:

—Estáis a salvo, señora. Pronto llegaremos. Dormid si podéis.

— ¿Y mi marido? —dije entre susurros.

No me respondió, pero yo volví a preguntarle, obteniendo por respuesta el silencio. Al rato, volví a mi sueño, del que ya no me desperté hasta que me encontré en mi cama de soltera, en la casa de mi hermano.

Elvira estaba a mi lado cuando abrí los ojos. Al verla, recordé lo acontecido, como si ella con su presencia me hubiese revelado lo sucedido la noche anterior.

— ¿Cómo estáis, señora? Vuestro hermano aguarda vuestro despertar. Le mandaré llamar. Ha estado velando vuestro sueño y hace poco que se ha retirado.

—Estoy bien, tan sólo tengo náuseas. Me mareo un poco —le respondí.

—Es por la droga que os di a beber. Se os pasará en cuanto os dé el aire. Incorporaros. Arreglaré un poco vuestro aspecto para que os

vea vuestro hermano.

—Elvira, ¿qué fue lo que pasó después de que me desvanecí?

—Vuestro hermano os lo contará. Esperad un momento; ahora mando llamarle.

Juan estaba visiblemente preocupado por mí. Acudió enseguida al requerimiento de mi nodriza.

—Me alegro ver que estáis mejor. Habéis dormido durante más de medio día. Afuera ya está anocheciendo. ¿Cómo os encontráis, María? —mi hermano me cogió la mano y acarició mi frente—. Hemos estado muy preocupados. Temí que Elvira os hubiese dado demasiada adormidera.

—Estoy bien, pero, hermano, no os podéis imaginar lo que aconteció anoche. Mi marido está muerto, la casa fue asaltada por los vasallos. Todo fue una pesadilla, la ayuda no venía, estábamos solos...

—Lo sé, María, sé lo que ha sucedido. Siento mucho que muriese Edelmiro, que os atacasen así. Lo siento.

— ¿Y qué pasó después? —le pregunté a mi hermano—. Decídmelo —yo no podía recordar nada.

—Ahora no penséis en eso, María. Descansad. ¿Podréis bajar a cenar? Vuestros hijos así lo esperan.

Asentí y me dispuse a vestirme. Después entraron Roldán y Sancho en mi habitación. El mayor conducía al pequeño de la mano. Los abracé y les pregunté lo que había pasado.

Así me enteré por mis hijos que, poco después de la muerte de mi marido, llegaron al galope más de treinta hombres armados. Mi hermano iba a la cabeza junto a Eliseo y por vez primera, Juan llevaba espada y coraza.

Los campesinos huyeron despavoridos al ver a los soldados, diseminándose por el bosque. Estaba amaneciendo y a la luz de los primeros rayos de sol, el cadáver de Edelmiro había desaparecido de donde estaba la noche anterior. Los campesinos se lo habían llevado. Los moradores de la torre, al ver al obispo y a sus hombres, despejaron la puerta y salieron a su encuentro.

Pero los campesinos, animados por Manuel, que les gritaba que no huyesen, volvieron a la torre portando guadañas, hachas y palos que cogían del bosque, y arremetieron contra los soldados.

No murió ningún soldado, pero el mayordomo de mi hermano dio orden de retirada y todos subieron a los caballos. Yo estaba dormida y Eliseo, viendo que no podría cabalgar, me ató los pies bajo la panza del caballo y mi cintura, a su espalda. Así llegué a

Lugo, hablando en sueños, en un delirio sin sentido. Sancho me contaba los hechos atropellándose en las palabras, mientras que a su lado, Roldán agarraba las faldas de mi vestido y se asía a ellas buscando consuelo.

La cena fue triste. A los postres, cuando se servía el queso, Eliseo entró en la casa para preguntar sobre mi estado. Por vez primera vi que su corazón era bondadoso y supe que su boca sabía decir palabras corteses a una dama. Le miré agradecida cuando me dio el pésame por la muerte de mi marido.

"La muerte de su marido", había dicho Eliseo. La frase me sonó extraña, aunque ya llevaba rato pensando en ello. "Ahora soy viuda", me oí decir, y comencé a llorar ante los ojos de los allí presentes.

***

Al día siguiente del asalto a la torre de Edelmiro, se formó un grupo de hombres para encontrar a los culpables. Yo ofrecí una buena suma y la absolución de los pecados cometidos hasta aquel entonces para aquel que los encontrase y para su familia, lo cual fue un estupendo aliciente para todos los pecadores de la ciudad.

La torre de los Castros de Mercelle había sido saqueada, pero aún seguía en pie, sin daños aparentes. Los campesinos se habían apropiado de todas las provisiones almacenadas en los sótanos, junto con los muebles y todo objeto de valor de la casa.

En la era apareció una de las espadas de Edelmiro, que había sido olvidada en el saqueo entre unos matorrales. La guardé para dársela a Sancho, su primogénito, que estaba abocado a ser caballero como su padre.

Buscamos el cadáver de Edelmiro en el lugar que había caído la noche anterior, pero para perplejidad de todos, ni su cuerpo, ni su cabeza aparecieron. Nunca conseguí entender qué fue lo que pasó con su cadáver y para qué quiso alguien llevárselo, pero había tantas cosas de aquella tierra que me eran inexplicables que acabé por pensar en ese hecho como en algo mágico y no relacionado con este mundo.

A partir de aquel momento comenzó a circular la historia del alma errante de Edelmiro, que buscaba venganza por su muerte merodeando por la torre y los alrededores de la fortaleza en construcción. Y yo creía que no estaba mal que así pensasen los campesinos, porque ello los mantendría apartados de las ahora posesiones de mis sobrinos.

Tan supersticiosa es la gente de estas tierras que ningún hombre quiso acercarse por el lugar sin llevar en su pecho un crucifijo y rezar una oración por el difunto. Como era de suponer, no tardaron mucho en ver el alma en pena de Edelmiro vagando por los alrededores.

Yo, que desconfiaba de todas aquellas historias de viejas, no hice nada para desmentirla, y al celebrar los funerales por el alma del difunto, procuraba acabar con la terrible frase:

—... y roguemos al Señor para que el alma del caballero Edelmiro Mouto deje de morar en la torre de los Castros de Mercelle.

La gente temblaba al oírme decir con voz grave y serena aquella frase. De esta forma contribuí a la leyenda del fantasma, que por supuesto convenía a la familia más que a nadie. El errante Edelmiro hizo que nadie osase acercarse a la torre ni para morar en ella, ni para saquearla todavía menos. De esta forma, la fortaleza se conservó durante años y no acabó siendo cantera de todas las casas de la comarca, como ocurría cada vez que una fortaleza quedaba abandonada.

Era muy temprano todavía para pensar qué iba a ser de la herencia de mis sobrinos. Por lo pronto, eran demasiado jóvenes para ser señores de sus tierras y María, sin un hombre a su lado, tampoco podía gobernarlas.

Yo no podía hacer otra cosa más que tomarlas bajo mi jurisdicción hasta que el primogénito Sancho pudiese empuñar la espada y tomar así las riendas de sus tierras.

Hasta que ese momento llegase, yo haría que aquellos campos volviesen a rendir como cuando su padre los gobernaba. Claro que podía gobernarlos, pero no habitarlos. Yo residía en Lugo y los Castros de Mercelle estaban a media jornada a caballo, aunque a galope habíamos llegado aquella noche a rescatar a mi familia en mucho menos.

Acordamos que la torre permanecería deshabitada hasta que mis sobrinos creciesen. Hasta aquel momento, vivirían en mi casa de Lugo, donde, como se había acordado antes de morir su padre, recibirían la educación que correspondía a los muchachos de su categoría. La casa no estaba pensada para tanto morador y hubo que buscar acomodo para mi familia y los sirvientes que vinieron con ellos, incluyendo al maestro de obras y a su hijo, al que tanto debíamos.

Gracias al muchacho, habíamos llegado a la torre antes de que aquellos locos la asaltasen y sus moradores acabasen como el

difunto Edelmiro, seguramente, decapitados y con sus cadáveres tan desaparecidos como el de este último.

La búsqueda de los culpables congregó a una chusma que nunca había visto antes. Los harapientos, vagabundos, cazadores de recompensas, tramperos y soldados sin sueldo se prestaron a sumarse al grupo de honrados ciudadanos que iban a buscar a Beltrán y a Manuel, los cabecillas de la revuelta.

Se peinaron los montes de los alrededores de la fortaleza y no quedó piedra sin remover en aquellos lugares. Los vasallos de Edelmiro desaparecieron también, porque sabían que no habría piedad con ellos. Seguramente, llevarían un día de ventaja, pero eso nunca lo llegamos a saber, porque aquellos campesinos no volvieron a ser vistos por aquellas tierras y tan sólo se encontraron los viejos y los enfermos, que seguramente ni siquiera habían participado en el saqueo. Pensé en que habría que hacer contrato de vasallaje a nuevos campesinos para trabajar aquellas tierras, pero los brazos de trabajo cada vez escaseaban más y era difícil retener a los hombres trabajando los campos. Los tiempos en los que el señor seleccionaba sus vasallos habían acabado hacía años.

Fueron los soldados de Eliseo quienes encontraron la pista de dónde estaban los proscritos Beltrán y Manuel. Torturaron para ello a varios campesinos, que, tras gemir un poco, enseguida traicionaron a su jefe, no sin antes mostrar que, si lo habían delatado, era debido a las terribles torturas a que los habían sometido. En realidad, hubiese bastado con enseñarle un látigo para que aquel grupo de cobardes traicionase hasta a su madre.

Los encontraron muertos en una cueva, solos los dos, porque los demás que les acompañaban habían huido por la noche, avisados por no sé qué almas caritativas.

Tanto temor debieron de tener a los terribles castigos que se les iba a imponer que acabaron por quitarse la vida cuando oyeron nuestros perros acorralándolos. Los encontramos con la boca llena de setas, que les causaron la muerte. Las habían comido de prisa y ello debió de ser la única forma de morir que se les ocurrió con tanta premura.

No enterramos sus cadáveres, dejando que así fuesen devorados por las alimañas. Era el peor fin para aquellos hombres, a los que se les negaba cristiana sepultura.

La recompensa ofrecida fue a parar a manos de uno de los soldados de Eliseo, que agradeció más que le perdonase todos los pecados que los dineros que recibió.

***

Cuando todo aquello acabó, mi alma buscó reposo en mi familia, que poco a poco fue venciendo la muerte de Edelmiro y se acostumbró a la vida de la ciudad.

Le pregunté al hijo de Martín Salvatierra qué era lo que quería por haber llegado a Lugo con la noticia del saqueo de la torre. En contra del que hubiese sido el deseo de su padre, el muchacho, que tenía por nombre Eligio, pidió:

—No quiero seguir el oficio de mi padre, señor obispo. Mientras que a él le interesan los muros, yo tan sólo pienso en batallas. Os pediría que, ya que vuestros sobrinos van a recibir educación de caballeros, me dejéis ser el escudero de estos cuando empiecen la instrucción.

—Así que no os interesa construir catedrales —le respondí yo— y eso que lleváis el nombre del santo que construyó el altar de oro de la iglesia de Milán. ¿Pensáis en matar infieles, tal vez?

—En ello pienso, señor obispo. Y pues como nunca seré caballero, aspiro a que me concedáis el honor de ser escudero.

— ¿Y no me pedís oro ni favores? Tan sólo queréis ser escudero. Muy barato me salís. Bien —le dije yo, levantándome—, vendréis a vivir y a servir a esta casa mañana mismo. Espero que vuestro padre sepa lo que me habéis pedido.

—Gracias, generoso obispo, gracias, que Dios os bendiga.

Le indiqué que se retirase y el muchacho se fue sonriendo alegremente.

Aquel muchacho podía haberme pedido que le regalase un molino o una casa en la ciudad, porque yo estaba agradecido y siempre he sido generoso con los que me han servido bien. Pero no, el muchacho tan sólo quería ser escudero, estúpida profesión en la que se pasaría el día dando lustre a las armaduras y limpiando los caballos.

Si todos los muchachos tenían aquellas aspiraciones, el reino de Castilla acabaría llenándose de guerreros capaces de emprender cualquier estúpida empresa con tal de hacer hazañas caballerescas.

***

Al hambre siguieron otras desgracias en el reino de Castilla. El rey de Marruecos tomó Gibraltar, ciudad que había sido conquistada por el abuelo del rey Alfonso, es decir, por el rey Fernando.

La plaza conquistada era la puerta del Mediterráneo y, sin duda, el peñón más ambicionado por el rey de Marruecos, puesto que significaba poner un pie en la península y desde allí hacerse fuerte para conquistar el resto, como hicieron sus antepasados que todavía residían en Granada.

La toma de Gibraltar suponía que el estrecho quedaba en manos de los moros, gran desastre para el comercio de cabotaje tan fructífero desde Sevilla hasta Barcelona, Mallorca o las ya lejanas Marsella o Venecia. Por ello, los sevillanos, al verse tan directamente dañados, elevaron sus plegarias al rey Alfonso para hacerle conocer la terrible situación.

Apelaron hablándole de su abuelo, que descansaba en su tumba en Sevilla, de cómo éste conquistó Gibraltar y de cómo aquellas tierras siempre le fueron aliadas y fieles.

Pero la situación era todavía más complicada, si cabía, puesto que los sevillanos habían formado un ejército entre los vecinos de la ciudad para reconquistar la plaza, y cuando esto llegó a oídos del rey de Granada, hizo otro tanto para defender a sus aliados, los marroquíes. Los sevillanos se acobardaron porque el rey de Granada seguía siendo un poderoso rival, aunque pagase parias al rey Alfonso.

Y así se quedaron las cosas; los sevillanos, esperando la ayuda del rey; los marroquíes, en Gibraltar; y los granadinos, vigilándolo todo.

El rey, al saber la situación, acudió en su ayuda, pero todo fue en vano. El peñón es casi inconquistable por tierra y por mar resulta ser también difícil de atacar.

Gibraltar siguió en manos de los moros hasta que el rey Alfonso acabó de conquistarlo en la batalla del Salado.

Los mercaderes de Sevilla acabaron por resignarse a no navegar por aquellas aguas, ya que además de los peligros de los mereníes, estaban los de los piratas.

El mal de los mares eran aquellos terribles piratas que acababan con los cargamentos más preciados. Para que no todo fuese pérdida en su reino, el rey Alfonso instauró más tarde la famosa quinta, que era el pago que los piratas debían de hacer al rey.

Así que, aunque los piratas causasen grandes males al reino, por otro lado, le pagaban sus tributos al rey. Y así todos se quedaron tranquilos, salvo los sevillanos y los habitantes de la frontera y de Carmona, que fueron los más dañados.

Al año de todo esto murió el papa Juan XXII.

Las misas y oraciones por el Papa se sucedieron en toda la

cristiandad, y junto a ellas, los rezos para que el nuevo papa, Benedicto XXII, tuviese la ayuda de los Cielos para gobernar un mundo que sufría grandes males. El hambre había sido generalizada en toda la cristiandad y muchos fueron los campos y las villas que quedaron despoblados, volviendo la tierra a ser inculta y el bosque y la selva, a cubrir los montes.

¡Cuántos acontecimientos sucedieron aquel año! Y por si fuese poco, también ocurrió que, en el reino de Granada, murió el emir Muhammad, sucediéndole Yusuf I.

Y en mi casa todo andaba manga por hombro. Mis sobrinos y mi hermana se instalaron definitivamente en la ciudad, dejándome que administrase desde allí sus tierras.

***

Pasado el invierno, la ciudad pareció renacer de sus cenizas. Se bendijeron los útiles de labranza y los campos, y la simiente fue arrojada a la tierra. Tan sólo cabía esperar para que aquel año la cosecha fuese fructífera. Los mercaderes habían desaparecido y los mercados mensuales se reducían a menos de diez tiendas, que cada vez tenían menos surtido.

Castilla ya no tenía grano para abastecernos, las cosechas de los tres últimos años habían acabado arruinadas y el grano que quedaba era guardado con celo para ser utilizado como simiente para ese año.

***

El año de hambre que viví en Lugo supuso para mí una terrible prueba. El invierno se hizo terriblemente largo, tanto, que llegué a pensar que la furia de los vientos se iba a quedar para siempre entre nosotros. Al llegar la Navidad, el panorama estaba tan sombrío que los hombres empezaron a encomendar sus almas a Dios y las iglesias de la ciudad se llenaban todas las tardes con las plegarias de los pobres. Yo estaba conmovida por tanta hambre y miseria, y para mantener mi mente ocupada y no pensar en la terrible muerte de mi marido, hice lo que toda dama cristiana debía de hacer en aquel momento: ayudar a los desasistidos.

Mi hermano no puso obstáculo en ello, pero me obligó a ir acompañada en todo momento por uno de sus soldados. Así iba recorriendo las casas de los pobres, llevándoles algún alimento y asistiendo a los enfermos, que eran muchos los que había en Lugo, y no sólo en las chozas de los arrabales, sino en las casas dentro de las

murallas.

Mi ama Elvira me acompañaba en nuestras visitas, mientras que doña Marta e Isabel se encargaban de mantener la casa en orden y del cuidado de los niños. La cocina de la casa de mi hermano no conocía reposo, y si no se estaban cocinando las comidas de los moradores de la casa, se preparaban los cestos con comida que repartía entre los pobres de los arrabales.

De todas formas, aquello no fue más que un grano de arena entre la inmensidad del desierto. Ni las ayudas de los monjes de Lugo, ni mis desvelos, ni las comidas diarias que repartía la catedral sirvieron cuando llegaron las nieves, y los que no habían muerto de hambre, murieron de frío.

Aquel año, mi corazón cambió. No fue como cuando dejé de ser niña ni como cuando tuve a mi primer hijo, fue un hecho indescriptible, como dejar de pronto de ser inocente y despreocupada. Dicen que cuando un soldado mata a su primer hombre, su semblante adquiere un nuevo matiz, nada perceptible a primera vista, sino algo que tan sólo le notan aquellas personas más allegadas. Pues así debió de ser lo que me ocurrió. Mi hermano Raúl, cuando vino a visitarnos con su esposa Urraca y su hijo Juan, notó mi cambio y le pidió a mi hermano Juan que, por favor, no me dejase mezclarme con los enfermos y los moribundos, porque acabaría pareciendo una vieja, cuando yo no contaba más de veintidós años y podía casarme y engendrar hijos de nuevo.

Siempre pensando en mí, Raúl quería que cuando dejase el luto, volviese a desposarme. Era conveniente, decía. Otro matrimonio me repararía alegrías y olvidaría de ese modo la terrible muerte de Edelmiro. Raúl ya había echado el ojo a algunos de sus amigos solteros, hombres ricos y poderosos con los que una alianza familiar sería una considerable ventaja. Pero yo no quería casarme tan deprisa y la sola idea de obedecer a otro hombre me entristecía. Mi vida en la casa de Juan era todo lo placentera que se podía tener, con comodidades y atenciones que tal vez me negase mi nuevo marido. Como no me mostré entusiasmada ante la idea de contraer nuevas nupcias, mis hermanos no insistieron, pensando que tal vez necesitaba que se terminase el año de luto que marcaba la tradición.

Mi difunto marido me seguía prestando servicios hasta después de muerto. Bastaba con que yo pareciese un poco triste y dijese que le echaba de menos para que toda la casa, hermano y criados, me colmasen de atenciones. Era una buena excusa, que utilizaba cada vez que quería conseguir algo, ya fuese que me llevasen a pasear al campo un domingo por la tarde o que me dejasen estar en la cama

hasta que llegaba el mediodía.

Mi nodriza Elvira, que siempre sabía lo que me rondaba por la cabeza, me miraba y medio sonreía burlonamente cuando me daban aquellos caprichos. Ella me decía al oído, con voz irónica, que nunca había conocido una muchacha tan voluble y liante, y esperaba que le pidiese perdón al Altísimo por jugar de aquella forma con los hombres, mujeres y niños. Según Elvira, tan sólo me salvaría mi caridad con los necesitados y el amor que profesaba a mis hijos.

***

Fue también aquel invierno cuando el mayordomo de mi hermano se empezó a interesar por mi persona. Al principio, me solía visitar preguntando por mi salud. El disgusto que me había llevado al perder marido y hacienda me hizo palidecer y parecer enferma.

No estaba enferma, pero así lo parecía. Eliseo llegaba a casa al principio para cenar con mi hermano y jugar al ajedrez. Siempre me preguntaba en la cena cómo estaba yo aquel día y yo siempre le contestaba que mejor que el anterior. Muchas veces, venía a la casa por la tarde o a primera hora de la mañana para tratar asuntos de la ciudad con mi hermano, y en esas cortas visitas, tenía la ocasión de coincidir con él en los salones y en los pasillos, intercambiándonos un saludo cortés.

Después, empezó a aparecer en la casa a horas en las que mi hermano se había ausentado, y con la excusa de que ya estaba allí, pedía permiso para darme sus saludos.

—Ya que vuestro hermano no está en la casa, me he permitido el saludaros y preguntar por vuestra salud —decía, apretando su sombrero con las dos manos.

Casi nunca vestía de soldado cuando iba por la casa; llevaba las calzas y jubones de los caballeros cuando están exentos de la guerra. Se tocaba, como era la costumbre, con un pequeño sombrero de ala circular, y según la época del año, con botas de gamo o con calzado bajo. Su capa era la misma, ya fuese invierno o verano, indicando que no era pudiente para alternarla o no daba atención a su atuendo, puesto que ante todo era un soldado. Ya fuese con su atuendo de fiesta o con su atuendo de soldado, parecía el mismo hombre, sin estar incómodo con ninguno de sus ropajes.

Mi ama Elvira me dijo que lo que aquel hombre buscaba en la casa del obispo era cualquier cosa menos al propio obispo y que ya

los criados de la casa veían que Eliseo me miraba con otros ojos, no con los del mayordomo que se interesa por la hermana de su señor, sino con los del enamorado que visita a su dama.

— ¿Cómo podéis decir eso, Elvira? —respondía yo a sus advertencias—. Sin duda, confundís lo que es cortesía con lo que es pasión. Vos estáis siempre presente cuando viene a presentarme sus respetos y bien sabéis que nunca ha osado decir una palabra que pudiese ser interpretada como un galanteo.

—Sí, señora, pero lo que os digo es que sus ojos le delatan y yo no estoy ciega. Además, tengo más años que vos y ya se sabe que más sabe el diablo por ser viejo que por ser diablo —me respondió ella.

Yo me acercaba a ella y con dulzura le decía:

—De esto, ni una palabra a doña Marta, porque sé que a veces habla con mi hermano de todo lo que ocurre en la casa.

—Pero, señora, habéis de saber que doña Marta ya lo sospecha, porque fue ella la que me dijo que los criados hablaban de Eliseo.

—Entonces, habréis de convencer a doña Marta de que no son más que cuentos de criados ociosos y que en el corazón de Eliseo no hay más lugar que para su mujer, Isabel —le dije yo.

—Pero, señora, si Eliseo no convive con su mujer desde hace años.

—Bueno, pues sed vos la que busquéis una respuesta mejor para darle a doña Marta si os vuelve a preguntar por las intenciones de Eliseo.

—Señora, señora, sé lo que os ronda por la cabeza. ¿No sería más sensato el decirle que no os vuelva a visitar?

—Elvira, que no se vuelva a hablar del tema. Y si los criados rumorean, seguro que sabréis cómo callarlos.

Y Elvira me miraba de forma recriminatoria. Pero ¿qué podía hacer yo, si la compañía de aquel hombre, con el cual se podía tener una conversación agradable, me era tan grata?

***

Eliseo no moraba con su mujer Isabel desde hacía muchos años. Él dormía en la fortaleza del infante y ella, en una casa de la ciudad. Pero la visitaba con frecuencia y no la dejó nunca desasistida. Se contaba en la ciudad que Isabel no carecía de nada y que era tratada con respeto por su marido. Su hija tenía el nombre de la madre y aproximadamente la edad de Roldán. Su padre se interesaba por la niña, que siempre iba correctamente vestida y no

carecía de muñecas ni de juguetes. Tanto era el celo que Eliseo tenía por su hija que no la dejaba jugar en la calle con los demás niños, teniendo que hacerlo ella sola en la casa; o en ocasiones, la llevaba a jugar con las hijas de algunos vecinos de la ciudad.

Los domingos, la familia asistía junta a los oficios, y siempre que había una fiesta o acontecimiento, Eliseo tomaba la mano o el brazo de su mujer con gran respeto, aunque todos sabían que no dormían en el mismo lecho.

Con los años, aquella situación acabó siendo admitida como normal en la ciudad y así se evitaba que los vecinos hablasen sobre las peleas del matrimonio, lo cual ocurría con otras parejas poco avenidas.

Hubo un tiempo, cuando yo estaba casada con el caballero Edelmiro, que la pareja pareció reconciliarse. Volvieron a hacer vida matrimonial durante un invierno, pero al llegar la primavera ya no se dirigían la palabra y Eliseo volvió a su cama de soltero en la fortaleza.

No se sabía si la culpa era de ella o de él, que no la quería. Había comentarios para todos los gustos en la ciudad e incluso les llegaron a buscar amantes a los dos cónyuges, donde sin duda no podía haberlos.

El carácter de Eliseo se iba endureciendo con los años, concentrándose en sus labores de mayordomo y no dejando traslucir su triste vida familiar.

Trabajaba de sol a sol y con ello cada vez se hizo más imprescindible para mi hermano. Cenaba con nosotros casi todas las noches y era considerado como uno más cada vez que había que tomar decisiones importantes. Jugaba al ajedrez y ello le hacía tan feliz como a mi hermano. Decían que se olvidaban del mundo, de sus miserias y de sus penas. Y yo miraba el tablero y me preguntaba qué veían en aquellas figuras, en la torre, en el caballo, en el rey. Todas eran una reproducción de nuestro mundo y para mí aquello no podía evadirles, sino hacerles pensar en la guerra.

El ajedrez es una guerra, una cruel guerra. Los peones se sacrifican en favor de los señores, las figuras caen sin que exista piedad por parte de los contrincantes y al final, casi siempre acaba el tablero vacío, con tres o cuatro piezas que deciden la batalla a favor de uno u otro bando. Es un juego, lo sé, pero a veces tiemblo al pensar que nuestro rey podría sacrificar de esa forma a todo el reino para ganar una guerra.

Las figuras de mi hermano representaban los bandos cristiano y moro. Juan jugaba siempre con las figuras cristianas, en las que, en

vez de alfil, había una pieza que hacía de obispo. Eliseo jugaba con las piezas moras, cubiertas de turbantes y con los rostros oscuros.

Capítulo XVII

A veces pienso que la vida es tan sólo una sucesión de muertes que marcan los acontecimientos. Yo mismo tan sólo puedo recordar los años vividos según las muertes que acontecieron en dichos años. De esta forma, el año de malas cosechas lo recuerdo por la cantidad de gente que vi morir entonces, y el año en el que las uvas del emparrado del huerto aparecieron por primera vez, lo relaciono con el año en que murió Berenguel de Londola.

Debe de ser debido a mi naturaleza meditabunda y un poco distante por lo que recuerdo siempre a los muertos. Rezo mucho por ellos, esperando que preparen mi camino al Cielo, puesto que ellos serán mis mejores padrinos ante el Altísimo. Pero no quiero pensar en quién rezará por mí cuando deje este mundo.

Rezarán los franciscanos de mi monasterio, de eso no hay duda, aunque no me haya ganado su confianza y atendido sus muestras de amistad y afecto. Pero es que me siento demasiado mayor como para iniciar de nuevo tertulias y amistades. El entablar una conversación con uno de los monjes no supone gran esfuerzo por mi parte, pero llegado cierto punto, en el que un hombre ha de contar detalles de su vida o anécdotas con las que enriquecer la charla, entonces es cuando me entra un recelo que podría llamarse temor a entregar una parte de mi intimidad.

Es absurdo, lo sé. Nada hay de malo en que cuente cómo era la vida en Galicia y cómo me las arreglé para mantenerme en el obispado durante más tiempo que cualquiera de mis predecesores en más de cien años. Ello amenizaría las veladas del monasterio en esas pocas horas del día en las que los monjes somos libres de charlar entre nosotros.

Pero cada vez que les cuento a los novicios las aventuras y desventuras de mi prelatura, a mi garganta viene una sensación de angustia que noto brotar desde lo más profundo de mis entrañas, ahogándome y dejándome una voz débil y melancólica. A veces

tengo que controlarme, implorando a Dios que me libre de ese mal, mientras noto cómo de mis ojos brotan amargas lágrimas.

Los novicios entonces se muestran muy impresionados por mi tristeza y me llenan de atenciones y mimos. Creo que les interesan mis historias, porque siempre están atentos cuando levanto un brazo para tomar la palabra.

La mayoría de los monjes son hombres jóvenes y eso se debe a que en la última acometida de la peste sucumbieron los más ancianos del monasterio. Los jóvenes, inexpertos, y en su mayoría confinados entre estos muros desde la infancia, son fácilmente impresionables. En su inocencia, desconocen la crueldad y el terror que se extiende tras la puerta del monasterio y por eso se asombran tanto con mis relatos.

El abad parece el único que no se asombra ante mis historias. Es un hombre de mundo que antes de ser fraile fue guerrero con el rey de Portugal, luchando contra los castellanos y matando con su espada a muchos de mis compatriotas. Para él, la paz tan sólo pudo encontrarla tras los muros, aunque todavía viaja mucho a la corte portuguesa y trata con grandes señores, pero siempre desea volver a sus rezos y a sus monjes, que son para él como un bálsamo divino.

Mi salud ha mejorado últimamente, lo cual me permite abandonar mi habitación y adentrarme por los corredores y el claustro del monasterio. Ya no tiemblo como antes y el hermano médico dice que es debido a que la primavera está avanzada y los días ya son más cálidos.

Anoche, paseando por el claustro del monasterio, coincidimos el abad y yo. Charlamos mucho, y entre charla y charla apareció en la conversación el arcediano de Lugo, don Juan del Campo. Coincidió que el abad también lo había conocido, pero por distintas circunstancias a las mías. Mientras que él guarda una opinión reservada del arcediano, yo mantengo un buen recuerdo de él. Parece mentira cómo se muestra la naturaleza humana. Yo, que en tiempos envidiaba y odiaba al arcediano, ahora la memoria parece traicionarme y me deja un buen recuerdo de aquel hombre.

El abad lo había conocido en una de las muchas misiones que el rey Alfonso le había encomendado en el reino de Portugal. Don Juan del Campo había pasado por estas tierras y, sorprendiéndole la noche, tuvo que alojarse en el monasterio.

Eran otros tiempos. El rey de Portugal estaba entonces muy enojado por el trato que el rey de Castilla daba a su esposa María, que a su vez era hermana del rey de Portugal. Por supuesto que el rey portugués estaba al corriente de que el rey castellano no hacía

más que engendrar bastardos en doña Leonor de Guzmán, su famosa amante; tanto fue así que, en todo su reinado, la adúltera pareja llegó a tener siete hijos, entre ellos, el que luego sería el conde de Trastámara, don Enrique.

Don Juan del Campo era enviado regularmente al reino de Portugal para apaciguar los ánimos de su monarca. No sé qué poder de convicción tenía don Juan del Campo, pero logró mantener a raya al ofendido Alfonso, que así era como se llamaba el monarca portugués, al igual que el rey castellano.

Los buenos servicios que prestó don Juan del Campo a la Corona castellana le valieron para conseguir, además de ser ya arcediano de Lugo y de Sarria, el obispado de Cuenca y, posteriormente, el de Oviedo y el de León.

Aquella noche que el arcediano de Lugo se alojó en el monasterio, el hombre trató de ganarse los favores del abad y convencerle de lo importante de su misión. Con argucias y argumentaciones no muy fiables, le hizo ver al abad lo importante que era para los dos reinos que ambos monarcas estuviesen en buenas relaciones. Incluso se llevó al abad a la corte para ver al rey Alfonso de Portugal y entre ambos ejercer así mayor presión para que reinase la paz.

El abad sintió que le utilizaban y que poco sacaría de provecho de aquella misión, siendo él de la opinión de que el rey portugués tenía toda la razón en aquel asunto de las ofensas a la reina María, su hermana.

Don Juan consiguió pronto el obispado de Cuenca por sus servicios a la Corona, mientras que el abad se quedó con un mal sabor por haber sido utilizado de aquella manera.

Pero no todo fue paz en los dos reinos. El problema vino cuando el rey de Portugal atravesó la frontera por Galicia y cercó Salvatierra, causando grandes quebraderos al rey Alfonso.

Salvatierra era una ciudad-fortaleza que se encontraba dominando el río Miño. Al otro lado del río, los portugueses, que temían más al español que al diablo, habían hecho construir otra fortaleza de semejantes dimensiones a la española. Se trataba de la villa de Monçao.

Era habitual que la frontera del río Miño estuviese siempre en peligro de asaltos y pillajes por una o por otra nación. De ahí que hubiese más de una ciudad amurallada a lo largo del curso del Miño.

El río se estrechaba al llegar a Salvatierra, y en muchas leguas, era el mejor paso de la frontera, hasta llegar a Tuy.

El rey Alfonso IV de Portugal decidió asaltar la ciudad de Salvatierra, estableciendo como cuartel de operaciones la plaza fuerte de Monçao. Tan bien lo planeó que pilló a todos de sorpresa y tan sólo tuvieron tiempo los lugareños de coger lo más imprescindible y de adentrarse en las murallas de Salvatierra.

El rey portugués había hecho construir grandes barcazas que pudiesen atravesar el río con gran cantidad de hombres y sus monturas. Una noche, cruzó el río con sus hombres y en poco tiempo ya había cercado Salvatierra. Si no hubiese sido porque los vigías siempre atentos de la fortaleza vieron a los portugueses mucho antes de que atravesaran el Miño, la ciudad habría sido tomada en menos de lo que canta un gallo.

Pronto se supo en toda Galicia que Salvatierra estaba siendo asediada por los portugueses.

La ciudad tenía víveres y agua para resistirlos durante muchos días, porque sus habitantes eran previsores y siempre procuraban tener reservas para un caso así. Además, contaban con un pozo de agua, suficiente como para abastecer a hombres y animales.

El comendero de Lugo, don Pedro el de la Guerra, supo pronto lo sucedido. Al mediodía siguiente, un jinete le llevó la noticia a la villa de Betanzos, que era donde descansaba. Según me informó después el arzobispo Juan Fernández de Limia, que sabía hasta cuando respiraban las piedras de Galicia, el comendero, que además era el adelantado mayor de Galicia, despidió al mensajero con rudeza y se encerró en sus habitaciones sin tomar ninguna medida urgente, como requería la ocasión.

El adelantado mayor de Galicia era desde siempre el hombre encargado de defenderla frente a cualquier conflicto bélico o problema interno que pudiese acontecer en el reino. Los reyes de Castilla habían encomendado tal tarea a hombres cabales y fuertes, en los que descansaba tal responsabilidad. El honor no era vitalicio, sino que el rey lo otorgaba y lo cambiaba a su capricho.

Si bien don Pedro Fernández de Castro debió de haberse apresurado en el socorro de Salvatierra del Miño, no dejó de hacerlo por desidia o por temor a los portugueses.

Las razones de tal demora eran, sin duda, otras. Había que recordar que don Pedro había quedado huérfano de muy pequeño y su familia le había enviado a educarse a la corte portuguesa. El padre de don Pedro había muerto a manos del infante Felipe, hermano del rey, que por aquel entonces era Fernando IV. Fue una sabia decisión enviarlo a Portugal, ya que la vida del niño podía acabar como la del padre de permanecer en el reino gallego.

Así que, de esta forma, don Pedro llevaba en su corazón el agradecimiento al rey portugués, que tan bien le había acogido. Recibió allí formación en la corte hasta que fue lo suficientemente mayor para reclamar sus derechos en Galicia.

Por eso, don Pedro hizo oídos sordos en su casa de Betanzos cuando supo que el rey Alfonso IV de Portugal había traspasado la frontera, poniendo en jaque a Salvatierra del Miño.

Los obispos y los altos dignatarios de la Iglesia, entre ellos los abades de los principales monasterios, nos reunimos en Santiago de Compostela, requeridos por el arzobispo. Como siempre, el palacio arzobispal fue el marco de nuestra reunión y el arzobispo Juan Fernández de Limia, el que decidía por todos.

Nos hizo pasar a la gran sala de recepciones. Nos explicó la situación y nos pidió que contribuyésemos con armas y hombres a la liberación de Salvatierra.

El obispo de Tuy, Rodrigo Ibáñez, que por su proximidad a Salvatierra no pudo moverse de su ciudad, esperaba los soldados ansiosamente. Me imaginé el miedo que debía de estar pasando aquel hombre, escondido tras las murallas de su ciudad, temiendo ser el próximo objetivo del monarca portugués.

Acordamos así que cada uno de nosotros llevaría armas y hombres para combatir a los portugueses, pero ¿qué pueden hacer los hombres sin un jefe que les mande? Don Pedro seguía abandonado a sus dudas en Betanzos, sin dar indicio de ponerse al frente de los ejércitos. Era el hombre más capaz para la misión, ya que conocía hasta la última piedra de las tierras gallegas y de las portuguesas.

Pero había otro hombre merecedor de la confianza que el rey había descansado sobre sus hombros: el caballero Alfonso Jofre Tenorio. Este último ostentaba el cargo de almirante de Galicia, al frente de la flota de guerra que vigilaba sus costas en previsión de una acometida extranjera. Gracias a él, los habitantes de Salvatierra viven hoy en día para contarlo.

Las principales casas gallegas, los Noboa, Soga, Gres, Sotomayor, Mosocoso, Ulloa, Andrade, Biedma y muchas más casas blasonadas, enviaron a sus mejores hombres a la batalla. Se juntó un ejército bastante aceptable, mientras que don Pedro estaba recluido y sin excusa entre los muros de su casa.

En mi casa, nada más se supo que Salvatierra estaba cercada, el muchacho Eligio, que servía allí desde que salvó a mi hermana y mis sobrinos de los locos de Beltrán y Manuel, pareció enloquecer. Su padre, Martín, estaba en Salvatierra por aquel entonces, junto a

su madre y a sus hermanos.

Eligio fue uno de los primeros en presentarse como voluntario de entre los hombres de Lugo para liberar la ciudad. Era un muchacho valiente y arriesgado que siempre hablaba de guerras y de batallas, siendo su máxima aspiración en la vida ejercer de escudero de un caballero.

Era demasiado joven para pelear, pero debido a sus conocimientos de la ciudad y alrededores, dejé que fuese con los demás, prohibiéndole blandir una espada a menos que fuese absolutamente necesario.

Más tarde supimos cómo, gracias a sus conocimientos, alcanzaron un lugar desde el cual los portugueses pudieron ser atacados, dividiéndose así su ejército.

Eligio se hizo muy popular por ello ante la tropa y yo creí que acabaría entrando en uno de los ejércitos mercenarios que recorrían la cristiandad. El muchacho, que todavía no había cumplido los trece años, decidió volver a Lugo, a mi servicio, soñando con convertirse en escudero de mi sobrino mayor, Sancho.

Pero la batalla no se ganó gracias a la ayuda de Eligio ni mucho menos, aunque ya andan circulando por ahí las historias de cómo el muchacho libró a Salvatierra de los portugueses. Los juglares cantan versos del bello Eligio, que de bello tenía poco, y de su bravura con las armas, aunque no llegó a batirse con ningún portugués, ya que ni le dieron caballo, ni portaba espada.

Lo cierto fue que Alfonso Jofre Tenorio tuvo la suerte de divisar la flota portuguesa que se dirigía a Galicia. La encontró a la altura de Lisboa. Le presentó combate, y con valor y con la ayuda de Dios, logró derrotarla.

Tal golpe fue definitivo para acabar con los portugueses. Tan pronto tuvieron la noticia de la derrota naval, y viendo que cada vez era más difícil mantener la situación en Salvatierra, dieron media vuelta y desaparecieron como alma que lleva el diablo.

Al cruzar en retirada el río Miño, muchos fueron los que perecieron, porque en ese momento, el completo de los caballeros hizo una terrible cabalgada, arrasando con los aterrorizados portugueses.

El río bajó entonces bañado en sangre y el obispo de Tuy, que se hallaba a pocas leguas río abajo de Salvatierra, supo, al ver los cadáveres portugueses pasar flotando junto a sus murallas, que Salvatierra había sido liberada.

Alfonso Jofre Tenorio fue recibido por el rey en Sevilla, donde se celebró su triunfo. Se le trató como a un héroe y el rey le tomó, si

cabía, todavía más estima.

Poco más habría de vivir el almirante, porque al año encontraba la muerte en el mar, en otra batalla. Fue muy llorado en Galicia, teniendo en cuenta además que procedía de la importante familia de los Tenorio, grandes señores y hombres respetuosos de la Iglesia.

Capítulo XVIII

Fue ya hace tantos años, aquella tarde de domingo, que me sorprende recordarla todavía.

Recuerdo que mi hermano yacía enfermo en la cama, mientras que afuera lucía un radiante sol.

El sol por estos lugares es ciertamente un regalo del Cielo, y yo ardía en deseos de salir a los campos y respirar aire puro después de uno de aquellos tristes inviernos gallegos.

Tan decidida estaba que yo misma ayudé en la preparación de las cestas con el almuerzo. Mis planes eran que, acompañada de mis hijos y de las dos amas de cría, saldría a pasar el día a una pequeña iglesia que estaba a orillas del río. Doña Marta quedó al cuidado de mi hermano, que más me parecía que tenía mimos que enfermedad, y así partimos, escoltados por Eliseo y otros dos hombres de la guardia.

Nos acompañaban en la excursión mis antiguas damas de compañía, las cuales se habían casado con soldados de mi hermano, y ahora que yo vivía en Lugo, venían muchas tardes a la casa a acompañarme con su presencia.

También había invitado a la mujer de Eliseo, Isabel, y a su hija para que nos hicieran compañía, y para acallar los rumores de mis criados. Isabel se excusó, puesto que huía de la compañía de Eliseo, pero envió a su hija, que tenía su mismo nombre.

A nosotros se nos habían juntado un caballero, que se suponía que me cortejaba; yo no me daba por enterada de sus insinuaciones. El caballero pertenecía a los respetados Limia, familia del arzobispo de Santiago. Residía en Lugo, donde tenía una casa blasonada, pero poseía tierras en los alrededores, a las cuales se iba a vivir en verano, porque decía que el aire era más salubre que en la ciudad. Venía acompañado de su criado, que a veces también hacía de escudero.

Poco me interesaba volver a contraer matrimonio, teniendo yo

entonces libertad para hacer cuanto me viniese en gana en la casa de mi hermano Juan y con las rentas de los Castros de Mercelle que heredé de mi marido. Tal vez era cierto lo que decía mi hermano Raúl, que podría elegir marido entre muchas de las mejores casas, teniendo tierras y además un hermano obispo, pero la sola idea de obedecer a otro hombre me resultaba difícil por el momento.

Tan sólo si en el contrato matrimonial se hubiese asegurado una alta renta y criados suficientes a mis órdenes, así como libertad para morar en otra hacienda que la de mi marido cuando a mí me gustase, podría haber llegado a un acuerdo con alguno de los pretendientes que me buscaban mis hermanos.

El último de aquellos candidatos era aquel hombre que tenía delante, con sus buenos modales y su infinita paciencia ante mis continuos desplantes. Yo no había alimentado sus esperanzas, pero, a decir verdad, tampoco le había dado un "no" como respuesta, porque todavía me estaba pensando la conveniencia de emparentar con tal alto linaje, lo cual era a todas luces ventajoso para mí y para mi hermano Juan, ya que así él también quedaría emparentado con la familia del arzobispo de Santiago.

Los criados de la casa llevaron la comida y los enseres hasta los prados que rodeaban a la iglesia, instalaron cojines y manteles sobre la hierba. En un arcón iban los juguetes de los niños y una diana que colocaron en un árbol para que nos entretuviésemos mostrando nuestra habilidad con el arco. Insistí para que mis antiguas damas de compañía trajesen los instrumentos que sabían tocar y que deleitaran el almuerzo con su música.

Todo me pareció perfecto: la compañía, el lugar y la alegría de recibir la primavera a la vera del río.

Eliseo parecía radiante al preceder la marcha. Detrás íbamos las damas, acomodadas entre cojines, en el carro, junto a los niños. La pequeña Constanza, que contaba ya con seis añitos, se movía de un lado a otro del carro, y a su lado la hija de Eliseo parecía muy mayor, aunque tan sólo se llevaban unos pocos años.

Hacía ya tiempo que pensaba que la niña necesitaba una dama de juegos e Isabel me pareció la compañía ideal. Ambas se podrían educar juntas y aprender la una de la otra.

La niña Isabel me parecía discreta y respetuosa. La observé a la comida y me di cuenta de que siempre esperaba a que los demás tomasen los mejores alimentos para hacerlo después ella. Sin duda, su madre le habría advertido de tal costumbre ante alguien de mayor categoría. También en los juegos que organizaron los niños, procuraba no tomar parte, a menos que fuese invitada.

“Los niños son niños”, pensé, “pero Isabel se comporta como si hubiese sido muy bien instruida para su edad”. Mientras Roldán y Constanza se peleaban por un trompo, la niña Isabel procuraba mediar entre ellos; eso me impresionó mucho y fue comentado por todas las mujeres allí presentes.

Una vez almorzado, el grupo se relajó, empezando a contar cuentos y anécdotas. Los criados, a lo lejos, se mantenían ocupados en lavar los platos en el río, cuando yo con mis amigos nos abandonábamos a las cortesías.

Elvira se quedó dormida bajo un abedul y el ama de cría se ocupó de Constanza, que también hacía la siesta.

Al cabo de un rato, cansados de contar cuentos, el grupo parecía predispuesto al descanso, aprovechando yo así la ocasión para dejarlos dormitando placenteramente bajo el sol.

Con la excusa de vigilar el sueño de la niña, me acerqué al lugar donde estaba ésta con su nodriza, que también cabeceaba.

“Nadie me echará de menos”, debió de pensar también Eliseo, y se me juntó en el camino.

Yo presentía que él iba a buscar mi compañía en aquel día. Las mujeres sabemos muy bien cuando un hombre ansía vernos a solas. Y yo no iba a evitarlo, ya que yo también quería tener ocasión para charlar con él y tentarlo con mis coqueteos.

Paseamos junto al río, en dirección contraria de donde se habían quedado los criados, después de ver a mi hija en profundo sueño. Ni él, ni yo podíamos ocultar la emoción, puesto que debía de ser una de las pocas ocasiones en que nos veíamos a solas.

No pude emprender el juego del coqueteo que tan bien había practicado otras veces con otros hombres. De repente, me sentí muy vieja y la sola idea de entablar una batalla verbal llena de dobles intenciones y de sutiles insinuaciones se me antojó ridícula.

Tampoco él se atrevió a utilizar la cortesía que empleaba conmigo en los últimos tiempos.

El resultado fue que acabamos paseando el uno junto al otro, en silencio, bajo los abedules y los sauces. El silencio, tan sólo alterado por el rumor del río al chocar contra las piedras, hacía que pareciese estar en una nube.

Me sentía cómoda y le sentía a él feliz a mi lado. El silencio dejaba oír su respiración, relajada, pausada. Su cuerpo rozaba al andar mi vestido y yo buscaba la coincidencia de los ropajes, intentando percibir el olor de Eliseo.

El aire olía a frescor, a hierba, y Eliseo llevaba un perfume de

sándalo que se mezcló con todos los olores.

Luego, su mirada y la mía empezaron a coincidir; al principio, al apartar una rama o al tenderme la mano para que saltase una zanja. Así, mi mano quedó presa de la suya y su mirada, pendiente de mí. Aún no había hablado ni una palabra y yo temía también romper el silencio. Sus ojos se pasearon sobre mi cuerpo, bajando de mi rostro a mi cuello y de allí, a mis pechos, avanzando por mis caderas y volviendo de nuevo, azorados, a mi rostro. Dejó de respirar por la nariz y entreabrió su boca, haciéndome ver así lo mucho que deseaba decirme, pero las palabras tampoco surgieron en aquel momento.

Nunca vi un hombre tan hermoso, aunque sabía que, según los patrones, no podía considerarlo como tal. Pero su rostro alcanzó la perfección por un momento, sus ojos llenaron su rostro y dejaron paso a una sonrisa.

Creo que yo también le sonreí; no pude evitarlo. Noté cómo me asaltaba la emoción. Entonces, vino a mí el recuerdo de todos los romances de amor que había oído en mi juventud y de cómo los amantes se besaban y se intercambiaban palabras de amor.

Él seguía mirándome, sosteniendo mi mano sin más excusa que la de haberse olvidado de soltarla.

Por un instante, la lucidez volvió a mi ser y me vi allí, en el río, de la mano del mayordomo de mi hermano. No era un hombre con el que me pudiese casar, puesto que ya estaba casado, aunque mi hermano siempre podría conseguir la anulación de su matrimonio. Pero yo era ambiciosa y no consentiría unirme en matrimonio a un hombre de su estirpe, buscando un mejor partido para mi alcurnia. “No, no estáis obrando sabiamente”, me dije.

Así que solté su mano. Él pareció volver a este mundo un poco azorado.

No pude soportar por más tiempo aquella extraña situación y busqué una conversación para llenar aquella espera de algo que ya no iba a acontecer:

—Mi niña necesita una compañera de juegos y he estado pensando que vuestra Isabel parece encajar a la perfección —le comenté.

Sin atreverse a mirarme a los ojos, Eliseo respondió:

—Mi hija también necesita una amiga, además de una educación que yo no puedo darle. Su madre le ha enseñado a leer y escribir, pero si pudiese hablar con una damita de su edad, aprendería los modales corteses.

—Entonces, ¿estáis de acuerdo en que lo mejor para ambas es

que Isabel sea la dama de compañía de Constanza?

—Os estoy agradecido, señora, por otorgar a mi hija tan grato honor —contestó él con sinceridad.

—Dormirá en su casa, pero pasará las tardes con Constanza, y tal vez algún domingo. ¿Estáis de acuerdo?

—Sois generosa, señora.

—Tendrá un sueldo para ropa y para sus gastos…

En esto, me di cuenta de que nos habíamos alejado mucho del grupo. Girando sobre mis talones, comenté:

—Volvamos. No demos ocasión a las habladurías.

Eliseo, un poco sorprendido, preguntó de qué habladurías estaba hablando.

—De nosotros —le respondí—. Creen que vos me cortejáis.

— ¿Y si así fuese?

No supe qué responder. Apresuré el paso y la pregunta flotó en el viento, se la llevó el río y se desvaneció del mundo.

No habían echado en falta nuestra presencia o así lo creí yo. Mis damas jugaban a las anillas. Al verme, solicitaron que entrase en el juego, en sustitución del caballero de Limia, que carecía de habilidad para encestar las anillas en un palo.

Los dos hombres quedaron entonces de espectadores, admirando nuestras habilidades. Aquel era uno de nuestros juegos favoritos cuando yo todavía vivía en Córdoba.

Aquella tarde, el caballero de Limia me confesó su amor. Supongo que estaría temeroso de que pudiese tener algún romance con Eliseo y nuestro paseo por el río le hizo decidirse.

La respuesta fue negativa, pero le dije que aceptaba su amor cortés, lo cual no era mucho, ya que ello significaba que sería la dama a la que le dedicaría los torneos y la mujer que le ofrecía su sincera amistad. Pero no podría, ni siquiera se debería atrever a tomarme más que la mano para darle un beso respetuoso.

Supongo que de no haber tenido tan viva la imagen de Eliseo caminando a mi lado junto al río, le hubiese aceptado. Era, sin duda, un excelente partido, y la boda sería oficiada nada menos que por el arzobispo Juan Fernández de Limia.

***

Santiago, el hijo del alcalde Ruy Jiménez, seguía visitando la ciudad esporádicamente, y yo debía de ser la última persona que me enteraba de su presencia, porque sus visitas eran siempre un

misterio.

A veces pasaban muchos meses sin que su imagen viniese a mi memoria, considerándolo como un desaparecido que poco más podría alterar mi vida.

Su padre y yo habíamos tenido buenas riñas desde que el muchacho abandonara el monasterio de Samos, sintiendo el alcalde que con ello ya no me debía obediencia. Por ello, Ruy Jiménez seguía presionando a los otros alcaldes de la ciudad para que desobedecieran mis deseos y procurasen dificultar mi gobierno lo más posible.

Así que cuando ideé las obras del acueducto, tuve que pelear mucho para que aquellos hombres comprendiesen que tenía que derribar varias casas de la ciudad para que el acueducto nos suministrase a todos. En realidad, lo que más me interesaba era que el acueducto llegase directamente hasta el patio de mi casa, lo cual era una gran ventaja para una casa que tenía ganado y caballos que mantener.

El diseño de las nuevas canalizaciones hacía que el agua acabase de fluir en más de seis fuentes de la ciudad. Con eso se garantizaría el suministro a muchas familias que antes habían de recorrer una gran distancia para llenar sus cántaros de agua.

El acueducto databa de la época de los romanos, viniendo el agua del monte Castiñeira, que estaba a pocas leguas de la ciudad.

Entraba en el recinto amurallado por el norte y allí se distribuía entre distintas fuentes, viniendo la principal a parar a la plaza de la feria.

Pero, a todas luces, la canalización debería de llegar hasta otras zonas de la ciudad, como eran las del convento de San Francisco o del hospital de la ciudad, así como la de mi casa y otros puntos con los que no habían contado los romanos.

Vino desde Orense el maestro de obras que tenía allí el obispo, al cual ya le habían encargado de los suministros de agua de la ciudad. Era un hombre capaz, y tras estudiar la situación, hizo un plano en el cual aparecía el nuevo trazado del acueducto dentro del recinto amurallado. La nueva canalización hacía necesario que se derribasen veintidós viviendas, aunque algunas de ellas eran más unos corrales que casas, lo cual no planteaba tanto problema.

Pero dio la casualidad que el acueducto habría de pasar por las huertas de Ruy Jiménez, que, para colmo de males, ya estaba enemistado conmigo.

En Lugo, por aquel entonces, había hecho acto de presencia el corregidor que mandó el rey. Aquellos corregidores habían sido una

novedad del reinado de Alfonso XI, que, deseoso de controlar lo más posible las ciudades de su vasto reino, había ideado el mandar hombres de su confianza a mantener las leyes y el orden, así como a ejercer de jueces en las contiendas. Hablaba en nombre del rey y su autoridad estaba en constante conflicto con la de los alcaldes y la mía en cuanto a las competencias de cada una.

Mandé llamar al corregidor para presentarle mis planes, pero tuve que utilizar una serie de argucias para hacerle ver al hombre que la idea de las obras del acueducto habían partido de él y no de mí. El corregidor no era muy inteligente y creo que el rey lo había enviado a Lugo como pago de alguna rara misión en una batalla, viendo que tal vez pudiese prestar sus servicios en una ciudad aparentemente sin muchos problemas.

El hombre, de nombre don Jacobo Osorio, acudió presto a mi llamada. Lo paseé un poco por las murallas, conversando de los asuntos del gobierno de la ciudad, diciéndole lo agradecido que yo estaba porque él se había ocupado de muchas tareas que me agobiaban en mi ya pesada carga.

—No sólo veo que me habéis relegado de funciones molestas para un obispo, sino que también estoy muy orgulloso de que las cumpláis con tanta justicia y sabiduría —le comenté yo.

—No hago más que ejercer aquellas funciones que el rey me ha encargado que gobierne en la ciudad —me respondió el buen hombre.

—Es tan delicado por parte del rey el ocuparse de los asuntos de las ciudades en las que no tiene realengo...

Hice ese comentario sin mostrar el más mínimo disgusto al ver al rey entrometiéndose en el gobierno de las ciudades que desde siempre habían sido gobernadas por la Iglesia.

El asunto de que el rey enviase un corregidor a Lugo me disgustó en un principio y no fue muy bien recibido por los obispos gallegos, acostumbrados a gobernar sus ciudades como se les viniese en gana. Pero al darme cuenta de que el corregidor que me había enviado el rey era un completo inexperto en el arte de gobernar, respiré tranquilo.

—Mirad qué tranquila está la ciudad, qué paz se respira desde que ejercéis de juez —proseguí yo. Don Jacobo Osorio me miraba orgulloso, tragándose mis mentiras—. Mirad lo bien que se han solucionado los problemas de esas huertas. Los vecinos dejaron de discutir una vez que vos trazasteis los límites. Y mirad más allá, donde está el mercado, lo bien organizadas que están las tiendas y lo bien distribuidos que están los terrenos en donde pueden instalar

los puestos los tenderos. Tan sólo le falta al pueblo de Lugo que vos solucionéis el problema del agua.

—¿Cómo? —me preguntó el adulado corregidor—. ¿Es que hay problemas de agua?

—Oh, sí, pero es tan minúsculo que poca importancia tiene —le dije yo como respuesta.

—Contádmelo pues y veré si puedo solucionarlo.

—Si vos queréis… La verdad es que se trata de una nimiedad, poca cosa para que os molestéis en solucionarla. Podéis dejarla en mis manos; tan sólo se trata de hacer unas nuevas canalizaciones para que el agua llegue a todos los puntos de la ciudad, incluso a vuestra propia puerta. Imaginaros las ventajas que tendríais para abrevar los caballos en vuestros establos.

— ¡Oh, sí!, así los tendría siempre limpios y relucientes.

El corregidor tenía debilidad por sus caballos y la idea le pareció de lo más acertada.

—Encargaros entonces de todo el proyecto. Yo no creo tener mucho tiempo —prosiguió él.

— ¿Se hará en nombre del rey, supongo? —le sonreí al preguntarle.

—Claro, lo que yo firme será como si lo firmase el propio rey. Pero los gastos los repartiremos a medias entre la Corona y el obispado.

Por supuesto que no le mencioné que abría que pagar una cantidad considerable por las viviendas que se tendrían que derribar para hacer la canalización. Tan sólo le cité, para que no se llevase posteriormente una sorpresa:

—Tendrá que derribarse alguna casa, si el trazado así lo exige.

—Sí, sí, claro. ¿Y decís que tendré agua frente a mi domicilio?

—En vuestra propia cocina, si así lo deseáis —le respondí yo.

—Pues no se hable más —me respondió el entusiasmado Jacobo Osorio—. Cuando esté todo listo, firmaré la orden de construcción.

Una vez que el corregidor entró en razón, tan sólo me quedaba comunicárselo a los alcaldes, a los cuales podría convencer de que la idea no había sido mía, sino que era voluntad del propio corregidor, que en nombre del rey quería realizar aquella obra.

Ruy Jiménez se opuso desde el principio a la obra, para la cual habían de derribarse más de veinte casas que dificultaban la canalización. No confiaba en que los vecinos fuesen indemnizados por el derrumbe de sus hogares. Pero los demás alcaldes no pusieron ninguna objeción, mostrándose en todo momento de

acuerdo con la obra.

***

El asunto no fue tan fácil como yo pensé. Cuando se comunicó a los parroquianos que habrían de abandonar sus viviendas, hubo bastantes dificultades para meterles en cintura, y exigieron que se les diese otra morada a cambio de la suya.

El proyecto fue costoso y hubo que utilizar la fuerza para desalojar a varias familias. Procuré darles acomodo lo antes posible para no dejar a nadie sin techo bajo el que cobijarse.

El corregidor firmó encantado la orden de comienzo de obras, sin percatarse siquiera de los altos costes de éstas. Ello le valió que el rey lo destituyera y dejase sin pagar la parte que correspondía a la Corona.

Al final, el obispado acabó pagando los gastos en su totalidad, pero he de confesar que los vecinos que tuvieron que dejar sus casas salieron mal parados, porque no hubo dinero para darles una casa de las mismas características.

Más tarde, con los años, fueron esos mismos vecinos los que me causaron grandes males y entregaron sin dudar las llaves de la ciudad al merino mayor de Galicia. Pero eso ocurrió cuando los reyes me mandaron a Portugal a cumplir una misión. De no ser así, la ciudad nunca se me hubiese arrebatado tan fácilmente.

El acueducto tuvo que ser también reparado en algunos tramos que discurrían en extramuros, porque los vecinos lo habían perforado para utilizar el agua en sus propias acequias. Como la abundancia de agua en los campos era suficiente como para que la utilizasen los campesinos para regar sus cultivos, prohibí aquella intromisión en el canal, al que ya consideraba como propiedad del obispado.

No vi terminar las obras y creo que mi sucesor en la prelatura no las terminará nunca, según lo que he oído de él, porque aunque este monasterio portugués parece aislado, no lo es tanto y hasta aquí llegan las historias de Lugo.

Por supuesto que en cuanto el rey destituyó al corregidor don Jacobo Osorio, el canal de agua se desvió hacia otro lugar, no llegando nunca a la casa del corregidor, que luego fue ocupada por su sucesor.

A veces, las obras amanecían derruidas en parte, con grandes daños que en ocasiones llevaban su tiempo reparar. Los rumores decían que era Santiago, el hijo del alcalde, el que se encargaba de

hacer aquellos estragos. Puse guardia para ver si pillaba al culpable, pero nunca logramos pescarle. Lo cierto era que ya había tanta gente enemistada con mi persona en la ciudad que cualquiera podía ser sospechoso de haber causado tales males.

Fue por aquella época cuando comprendí que debía de guardarme de salir sin escolta y que debía de proteger mi casa con algún soldado que morase dentro de sus muros.

Mi hermana se tomó muy mal tanta seguridad y vigilancia, sobre todo cuando gozaba de libertad para moverse a su antojo, puesto que ya viuda y con una buena reputación, no tenía que preocuparse tanto por las formas como cuando era doncella. Ahora, podía salir y entrar de la casa con entera libertad.

María no parecía dispuesta a tomar marido tan fácilmente. Yo veía cómo los años pasaban sobre ella sin dejar mucha huella, pero en el fondo sabía que iban ya apareciendo sobre su rostro los síntomas de madurez.

Contaba por aquel entonces con veinticinco años y debía de apurarse si quería casarse otra vez. Ella podría dar hijos al nuevo marido y el que ya tuviese tres descendientes era garantía suficiente de fertilidad.

Había rechazado hacía poco a un caballero galante que moraba en Lugo y que a todas luces constituía un excelente candidato, puesto que pertenecía a la familia de los Limia. No oculté mi disgusto por perder así una alianza con esa poderosa familia, lo cual hubiese sido una forma de ascender en la escala social. Pero María estaba en sus trece de seguir representando el papel de viuda dolorida, aunque su vida no era triste en absoluto.

Capítulo XIX

Sucedió que Raúl y Urraca consideraron que había llegado la hora de que su hijo Juan recibiese educación. El muchacho, al cual hacía años que no veía, era un mozalbete delgaducho como su madre y con una tristeza infinita.

Tenía poco más de ocho años cuando fue enviado a Lugo y su comportamiento dejaba mucho que desear. Sabía leer y escribir, pero sus modales a la mesa o en la calle eran más de un salvaje que de un caballero.

Se quedaba en la casa durante horas acurrucado en un rincón, sin participar en los juegos ni en las conversaciones de mis otros sobrinos. Y en la mesa devoraba la comida sin ningún recato, como si sufriese de un hambre atroz. Pero, por lo demás, no daba signos de estupidez. Interrogándole sobre su educación, me di cuenta de que ya a su temprana edad se había leído las Sagradas Escrituras y que podía llegar a ser un buen erudito.

Lo que más le fascinaba al pequeño Juan eran los libros que yo guardaba en mi biblioteca y ello me dio una idea. A cambio de que se aseara, vistiese correctamente y guardase la compostura en la mesa, le ofrecí prestarle un manuscrito.

El efecto fue sorprendente. El muchacho hizo todo lo que le había pedido y se sumergió en la lectura del pergamino.

Para educar a aquella tropa de infantes, pronto tuve que contratar maestros que los instruyeran. En la ciudad, había unos pocos letrados que daban clases a los hijos de las familias pudientes, enseñándoles algo de retórica y de gramática para que pudiesen estar a la altura de los infantes de otras casas nobles.

A las muchachas también se las instruía, pero tan sólo aprendían a leer y a escribir, aunque las familias de más categoría procuraban que aprendiesen a tocar algún instrumento musical para deleite de sus padres y amigos.

Ya que yo no estaba muy conforme con los maestros que había

en Lugo, mandé llamar a unos monjes de los cuales ya tenía referencias en cuanto a su sabiduría.

Mis tres sobrinos recibieron así las consiguientes clases por la mañana, después de asistir a la primera misa en la catedral. Al mediodía, gozaban de un descanso para almorzar junto con toda la familia y por la tarde, tras la hora de la siesta, mi mayordomo les instruía en el arte de la guerra, con pequeñas espadas de madera y un caballo de cuero que mandó construir para ellos.

Quedaba el asunto de la pequeña Constanza, a la cual la madre también quiso educar con refinamientos. Para ello, vino de la corte un maestro que le enseñó a tocar el laúd y el arpa, así como los modales de una dama. Junto a Constanza también se instruía a su damita de compañía, Isabel, la hija de Eliseo, que era de la edad de Roldán y de Juan, pero aun así les llevaba una cabeza a los niños.

Para mantener a raya a tanto infante que podía perturbar la paz de la casa, tuve que instaurar una disciplina casi castrense, a la que les costó adecuarse.

Cuando ya llevaban un año de estudios, se veía con claridad las materias en las que cada uno era más diestro. Sancho, el mayor de ellos, tenía la firme vocación de ser caballero, no sé si por iniciativa propia o porque se lo habíamos repetido tantas veces durante la infancia que al final acabó por creérselo. Roldán, en el cual yo había depositado mis esperanzas de que algún día me sucediese en el obispado, parecía más dedicado a filosofar que a ser un clérigo. Gracias a Dios, el muchacho tenía una fe ciega y pasaba muchas horas rezando en la catedral.

Juan el moreno, que era como se le llamaba al hijo de Raúl y de Urraca, era de los tres el más ambicioso. Un año en casa y su carácter arisco y un poco salvaje se suavizó, teniendo mucho que ver en ello las atenciones de María, ya que le trataba como si fuese un hijo suyo. El muchacho la adoraba más que a su madre, y cuando llegaba la época del año, allá por el otoño, en que Juan volvía a Guadalajara, se mostraba reacio a la idea de abandonar mi casa. Era muy listo y espabilado para su edad, y de los tres era el único que prestaba alguna atención a las niñas de la casa, lo cual ocasionaba la burla de sus otros primos.

Eliseo y los maestros informaban regularmente de los progresos de mis sobrinos, a los cuales adulaban en demasía. También María era informada, aunque para mi gusto se inmiscuía demasiado en la educación de ellos, ya que yo era el cabeza de familia y a mí me correspondía tal responsabilidad.

Realmente, yo consideraba a mis sobrinos como si de mis hijos

se tratase; los observaba e instruía personalmente, enseñándoles anécdotas de la vida mundana que descuidaban de enseñarles sus maestros.

Me gustaba gozar de su presencia un poco alegre e indisciplinada que hacía mi vida más placentera. Yo tenía por aquel momento problemas con el concejo de Lugo y con los sucesivos corregidores que el rey me mandaba. Aunque Eliseo era de gran ayuda para gobernar la ciudad, el hombre no podía atenderlo todo, así que yo no paraba de trabajar de la mañana a la noche. Y es que quería abarcarlo todo, como decía el deán Fernando, y debía de delegar mis funciones en personas de confianza.

Ansiaba que mis sobrinos creciesen pronto para ayudarme en el obispado. ¡Qué mejores personas en las que confiar que aquellas que llevan tu propia sangre!

Muchas veces, al recordarlos, me parece ver que no tuvieron defectos y que eran virtuosos y gentiles. La distancia y el tiempo acaban por modificar nuestros recuerdos.

Les consentía demasiado, pienso ahora, y debí de ser más austero con sus caprichos. Pero ellos sabían que eran mi debilidad, que les podía perdonar todo, incluso cuando Juan dejó preñada a una de las criadas y tuvimos que enviarla a vivir con sus padres y pagar una considerable cantidad para acallar el escándalo.

Aún recuerdo la cara de María al saber que iba a haber más bastardos en la familia. No encajó muy bien el golpe y entonces empezó a separar a Constanza y a Isabel de los muchachos, sobre todo de Juan. Apenas se veían durante el día y por la noche dormían en alas separadas de la casa. Tanto temor tenía del impulsivo Juan que se llevó a Isabel a la casa para que durmiese en la misma habitación que Constanza.

Todas aquellas precauciones eran exageradas, porque hasta aquel momento, Juan tan sólo había conocido una muchacha, es decir, la criada a la que había preñado, según me contó en confesión, pero no albergaba deseos de ir con más mujeres en su vida, ya que quería hacer carrera eclesiástica. El muchacho me admiraba, de ello no había duda, y seguía mis pasos y mis explicaciones como si de la misma palabra divina se tratase. Yo le perdoné pronto su pecado, porque por aquella época yo ya había sucumbido a la lujuria.

¡Terrible tentación la de la lujuria! Pensé que tras haberme librado de la hija del panadero no habría otra mujer en mi lecho. Además, luego llegó María con sus hijos y después Juan, y como consecuencia, no podía hacer nada en la casa sin que todos se

percatasen.

Pero aunque yo creí que tener tantos impedimentos iba a dificultar que yo cayese en pecado con otra hembra, sucedió lo temido.

Siempre hay alguna ramera cuya belleza es digna de celebrar. En Lugo, había tres o cuatro famosas cortesanas que vivían con refinamientos y holgura. Cobraban mucho por sus favores y se decía que sus habilidades no eran igualadas ni por las más desvergonzadas.

Todo el mundo las conocía, pero los maridos procuraban no saludarlas en la calle, porque ello hubiese sido una ofensa para sus esposas. Su discreción era la ventaja frente a otras de menos categoría, y además, en sus salones se formaban corrillos de los ricoshombres de la ciudad y se hacían y cerraban negocios.

He de confesar que acabó por tentarme la idea. Y ya que la discreción era comentada, las visité varias veces en sus alcobas, pero nunca en sus salones.

No acabó por ser una costumbre, ya que siempre que acudía a aquella casa me remordía tanto la conciencia que no podía dormir en muchas noches, pensando en el pecado cometido.

Pero si dejé de ir fue más por el temor a contraer una enfermedad venérea que tantos estragos hacían en la población que por acallar mi conciencia.

Me avergüenzo con los años al recordarlo y me parece tan débil aquella persona que yo fui que a veces me cuesta reconocer mis errores.

Doña Marta debía de ser la única persona de la casa que estaba al corriente de mis correrías. Se enfadaba cada vez que yo buscaba el placer de las rameras, y como ya tenía confianza conmigo por aquel entonces, me decía al servirme el desayuno:

—Más os valdría dormir más horas y no llegar de madrugada, cuando sólo hay por las calles diablos y pecadores. Si seguís así, enfermaréis y no habrá bálsamo que cure vuestra vergüenza.

Nunca decía ni nombraba la causa de mis visitas nocturnas. Su decencia ni siquiera le permitía hablar de ello. Yo me acababa de tomar la leche y el queso, avergonzado, con la cabeza gacha por aquella reprimenda, pero a doña Marta se lo consentía todo. Incluso, si hubiese querido reñirme como a un niño, se lo habría permitido.

Mis sentimientos hacia ella cada vez eran más profundos, y sin estar casados, creo que ya hablábamos como si de un matrimonio se tratase.

Ella me contaba cómo iba la casa, los problemas con los criados, los niños, la cocina. Yo le hablaba del obispado, aunque ya sé que a una mujer no se le deben de confiar los asuntos de hombres, pero el hablar con ella de mis desvelos era una forma de compartir la carga.

Tan sólo el desayuno era el escenario de nuestras charlas. Yo era el primero en la casa en levantarme y ella siempre estaba allí para servirme. Se traía un taburete de la cocina y mientras yo desayunaba en el salón, ella se sentaba a mi lado, contándome los asuntos domésticos.

A veces reíamos y a veces yo desayunaba en silencio, mientras ella me observaba. Por aquel entonces, ya sabía yo que la amaba y que ella también sentía afecto por mí, pero nunca me atreví a tocarla ni a insinuarle mi amor. Me bastaba verla todas las mañanas sirviendo mi desayuno, tan servil, tan amable, tan hermosa.

Capítulo XX

Los tiempos se hicieron más duros y los bandidos y forajidos acampaban a sus anchas en los montes más inaccesibles de Galicia.

Era una costumbre normal que los bosques albergasen algún ladrón dispuesto a llevarse la bolsa o la vida de todo aquel que lo atravesase. Tanto era así que los campesinos y los mercaderes ya llevaban preparada una bolsa para pagar a los proscritos y evitarse problemas. Eso permitía alimentar una buena cuadrilla de bandidos junto a sus familias.

A veces se hacían batidas en los bosques para hacerlos salir e incluso se quemaban los montes para tal fin. Pero el monte quemado a pocos beneficia y yo había prohibido quemar los de mi propiedad.

El rey Alfonso tampoco era partidario de la quema de montes. De todos era conocido su afición por la caza, que practicaba en diferentes épocas del año por todos los reinos de Castilla.

Eran tantos los cotos reales que el rey podía estar cazando durante más de diez años sin pisar dos veces el mismo monte. Su afición le llevó a tales extremos que tenía siempre a su lado un libro de montería, en el cual apuntaba comentarios de sus experiencias.

El problema de los proscritos llegó a tal gravedad que el arzobispo Juan Fernández de Limia convocó a una junta con el objeto de acabar con aquellos atropellos.

Fuimos a ella los obispos de Lugo, Orense, Tuy y Silves, además del abad del monasterio de San Martín Pinario. Y como en todas las ocasiones que nos reuníamos los prelados, don Pedro Fernández de Castro se unió a nosotros.

La reunión tuvo lugar en el monasterio de San Martín Pinario, donde nos alojamos todos los allí presentes.

Don Pedro Fernández de Castro ya había recibido la reprimenda del arzobispo por haber dejado desatendido Salvatierra, pero el arzobispo Limia no tuvo más remedio que perdonar y olvidar este

error, porque era mejor tener a don Pedro de amigo que de enemigo.

Don Pedro se había hecho un ser tan necesario como molesto. Todos los asuntos de importancia se hacían contando con su ayuda. Era el mejor aliado de la Iglesia, ya que, además de un gran creyente, era un buen soldado.

La reunión acabó con la resolución de excomunión de todo aquel que maltratase a los eclesiásticos. No se escribió nada al respecto, pero también quedó implícitamente acordado que se juzgaría a los malhechores y se haría justicia por sus actos. De eso se encargaría don Pedro.

Más tarde, el rey acabó por confirmar el acuerdo, quedando todos así satisfechos de las medidas tomadas.

No cambió mucho la situación y parecía que a los proscritos poco les importaba estar excomulgados o no. Pero el temor a la espada de Pedro el de la Guerra pareció que, por una temporada, los mantuvo ocultos.

Recuerdo que por aquel entonces fue cuando conocí al ambicioso merino mayor de Galicia, don Ruy Pérez de Biedma, que protagonizó una de las mayores ofensas contra mi persona.

Era un hombre ambicioso y decían que era un advenedizo de Castilla, usurpador y pendenciero. Sus ojos ya le delataban y debí de tenerle más respeto entonces.

***

Cuando ya los niños estaban crecidos y de su educación se ocupaban los maestros que mi hermano había contratado, me encontré sin mucho en lo que ocupar mis días.

Al principio, asistía a observar las clases de Constanza y de Isabel, pero aquellas lecciones eran de todo aburridas a mis oídos, puesto que no me ilustré en nada que yo ya no supiese.

Las niñas aprendían con facilidad y Constanza aventajaba en la escritura a Roldán, con el que se llevaba tan sólo un año.

Los niños eran instruidos en el arte de la guerra por Eliseo, que, sin ser caballero, conocía los secretos de la batalla mejor que un soldado veterano. La instrucción tenía lugar en la fortaleza de Lugo, a la que todavía llamaban “del infante”.

Las niñas, sin embargo, pasaban todo el día en la casa, ya fuese con los maestros como con mi persona.

Eliseo no volvió a insinuarse en mucho tiempo y rehuía mi compañía desde que tuvimos aquel encuentro en el río. Yo era

ahora la que procuraba buscarle, trazando para ello los más elaborados planes.

Seguía viniendo a cenar todas las noches, pero al estar con toda la familia, no hacía más que hablar a todos por igual, sin tener ningún detalle con mi persona. Tras la cena, tampoco había ocasión de charlar con él a solas, porque mi hermano iniciaba o continuaba la partida de ajedrez, y los niños se arremolinaban a su alrededor, intentando aprender.

En cuanto tuvieron uso de razón, todos en la casa practicaron ese juego, incluso Constanza, que sorprendía a sus hermanos y a su primo Juan con su inteligencia.

Así que no me quedó más remedio que aprender yo también a mejorar mi juego y con el tiempo llegó a ser un pasatiempo muy agradable.

Por lo demás, poco más veía a Eliseo, salvo cuando, dos veces al mes, me informaba de los avances de Sancho, Roldán y Juan en el manejo de las armas. Por lo general, eran unos informes breves, porque se notaba que Eliseo prefería no tratar de los asuntos de armas con mujeres, creyendo que yo no entendía de aquello. Sin duda, olvidé que había estado casada con un caballero y lo que veía nada más levantarme eran sus armas y su escudo en una esquina del dormitorio.

Así que como la única ocasión de charlar a solas con Eliseo se reducía a esos informes, procuré alargar lo más posible aquellas charlas, e incluso tomé interés por la instrucción de los muchachos, pidiendo a Eliseo que me dejase acudir a la fortaleza a ver sus avances con la espada.

Sin embargo, Eliseo no caía en los juegos corteses conmigo como había hecho en otra época. Tal vez hubiese considerado un error el cortejar a la hermana de su señor, sobre todo estando él casado y teniendo una hija.

De nuevo volvió a vivir con su esposa intentando, una reconciliación. Entonces, yo me volví loca de celos y procuraba mostrarme con él lo más arisca posible, que, a decir verdad, era bastante.

—No me castiguéis más con vuestro genio, señora —me decía él —. Hasta hoy creo no haberos ofendido para recibir este trato.

Yo no tenía respuesta a aquel reproche, pero con mi silencio ya me delataba. Creo que él sabía por qué me irritaba tanto su presencia, o eso era lo que me decía mi ama Elvira.

Mis celos llegaron a tal extremo que consideré seriamente el despedir a la niña Isabel de mi casa. Pero gracias a Elvira, que me

hizo entrar en razón, la niña permaneció ajena a lo que pasaba a su alrededor.

Viviendo con su esposa, Eliseo vino una tarde a verme cuando sabía que no estaba mi familia en la casa. Yo cosía con Elvira en el huerto cuando lo vi aparecer. Mi nodriza entonces me dejó a solas con él, algo que nunca había hecho hasta entonces, y partió no sin antes decirme al oído:

—Sería cruel por vuestra parte el comportaros con él como una arpía. ¿No veis que él sufre más que vos?

Hasta aquel momento, no había pensado que tal vez Eliseo pudiese sufrir porque yo le trataba de aquella forma. Pero al ver su rostro serio, divisé en su mirada mucha tristeza. Intenté recordar aquel rostro alegre, pero su sonrisa hacía tanto que no aparecía en su semblante que me fue imposible.

Elvira, al retirarse, habló por unos instantes con Eliseo, pero sus palabras quedaron fuera del alcance de mis oídos.

Luego él avanzó hasta el lugar en que me hallaba. Le ofrecí asiento a mi lado, en donde antes había estado mi nodriza. La sombra de una higuera nos protegía del sol y los rosales, de las miradas de los criados de la casa.

—Vengo a hablaros, señora —dijo Eliseo con voz suave—. Sé que últimamente algo de mí os irrita. No sé qué secretos esconde vuestro corazón y no me lo digáis nunca, por el bien de los dos —me miraba a los ojos, mientras sus manos permanecían sobre sus rodillas—. He venido a deciros, aunque ya sé que me diréis que poco os interesa, que ya no hay paz en mi casa y que vuelvo a vivir en la fortaleza.

—Bien decís que poco me interesa si vivís con vuestra esposa o con los demás soldados —le respondí yo.

—Entonces, señora, ahora que ya lo sabéis, vuelvo a mis ocupaciones y os dejo a vos con las vuestras.

Temí que se fuese así, y sin encontrar excusa alguna para retenerle, le dije:

—Quedaos a mi lado. No podéis iros sin tomar un refrigerio. No quiero que después se diga que esta casa no es hospitalaria.

Sobre una mesita tenía agua con limón y el azúcar que habían traído desde el reino de Granada.

—Os gustará, probadlo. En Córdoba es una bebida muy popular.

Eliseo bebió la limonada. Llevaba sus mejores ropas, como cuando hacía un año iba a visitarme.

—Ya no os interesáis por mí como antaño —le dije—. Antes,

frecuentabais más mi compañía.

—Estuvisteis muy triste, señora. Tan sólo quería alegraros la vida con mi aburrida charla.

—La puerta está abierta a vuestras visitas —le contesté—. Ahora sé que no debo de enfadarme con vos. No diré lo siento, pero vos comprendéis el porqué de mi enojo.

—Vos también comprenderéis el porqué de no visitaros. No puedo ofreceros más que mi pobre conversación, pero si aceptáis mis palabras, para mí será un honor.

— ¿No ofrecéis más, tan sólo palabras? —jugué a mostrarme ofendida—. ¿Es que acaso no merezco una atención mayor?

Eliseo enrojeció como una muchacha y tomó mi mano entre las suyas. Después de acariciarlas, llevó mis manos a sus labios y las besó suavemente.

—Os merecéis la luna, señora —dijo con mis manos todavía entre las suyas—, mas no puedo ofreceros más que mi amor.

— ¿Amor? —le pregunté—. Es la primera vez que me habláis de amor.

—Y la última, si queréis, señora —respondió él, temeroso de haberme ofendido.

—No he dicho tal cosa.

Soltó mi mano y volvió a la compostura.

—Mucho habláis y poco hacéis —le dije yo, atrevidamente—. ¿Cómo sé si es cierto que me amáis?

Eliseo esbozó una media sonrisa y dijo a media voz:

—No he dicho que os amo, señora —seguía sonriendo. Ahora era él quien se burlaba de mí—. Tal vez si oyese de vuestros labios que me amáis, puedan los míos repetirlo. Son un poco torpes, ya veis.

No podía ofenderme con sus palabras, aunque, a decir verdad, eran muy atrevidas y debía de enojarme por ello. Le sonreí, pero sellé mis labios.

—Son tan sólo dos palabras, señora. Si las decís, me rendiré a vuestros pies. También podéis callar como una muda, pero entonces os arriesgáis a que os bese y abra vuestros labios con los míos.

Realmente, me atraía la idea de ser besada por él. Le seguí sonriendo más coquetamente, si cabía.

—Pero si os beso —dijo él—, ¿cómo sabré que no vais a gritar y echarme de vuestra casa? Tal vez vuestro hermano me despida y entonces será mi ruina. Prefiero que me digáis que me amáis, porque yo también os amo, señora. Y si he venido hoy a veros es

porque ya no podía callarlo por más tiempo y no soportaba que me trataseis con desdén.

No daba crédito a mis oídos. Después de tantos años, aquel hombre decía que me amaba. Eliseo prosiguió:

—No llevo una vida alegre, señora, mi esposa...

—No la nombréis ahora —le dije yo.

—Hace dos meses que vos no me habláis más que con palabras descorteses.

—Procuraré recompensaros, pues —le consolé.

—No quiero arrastraros al pecado.

—Nadie tiene por qué saberlo —le respondí.

—Nadie tiene por qué saberlo —repitió él.

Nos miramos entonces, compartiendo nuestro secreto. Mas yo me preguntaba cómo podríamos vernos a solas.

—Vuestra ama os ayudará —dijo él.

— ¿Cómo lo sabéis? —le pregunté.

—Acaba de decírmelo —me respondió Eliseo.

Supuse que Elvira sabía más del amor que yo y que con ese ofrecimiento aprobaba mi conducta.

Fijamos que aquella noche él me iría a buscar, cuando toda la casa durmiese. Elvira me sacaría de allí por el portón del ganado donde Eliseo me recogería con su caballo. Ni siquiera le pregunté adónde iríamos, ni qué pretensiones tenía. Yo irradiaba felicidad y me sentí rejuvenecer.

Esa misma noche, Eliseo vino a cenar con nosotros, según la costumbre. Yo estaba tan feliz durante la cena que hice reír a todos con mis observaciones. Mi hermano me miraba de reojo, no dando crédito a mis risas, y los niños se contagiaron con la alegría.

Esperé una eternidad, hasta que Elvira me hizo salir con los zapatos en la mano a través de los corredores de la casa. Todos dormían y el miedo, junto con el deseo de ver a Eliseo, me produjo una gran sensación de placer. Allí estaba esperándome, muy nervioso, sobre su caballo.

Me montó en la grupa y me dijo que me asiera fuerte a su cintura. No salimos de la ciudad; me llevó entre las huertas más apartadas y allí descabalgamos ante una casa. En la puerta había un soldado. Al verlo, yo bajé la capucha de mi capa sobre mi rostro.

Entramos en la casa sin decir palabra, mientras el soldado se hacía cargo del caballo. La casa era humilde, pero el dormitorio estaba adecentado con los muebles recién barnizados.

Eliseo cerró la puerta tras nosotros y entonces, bueno, entonces

fue cuando ocurrió todo aquello que yo ignoraba que podía ocurrir entre un hombre y una mujer. Nunca se lo podré confesar a nadie, entre otras razones, porque mis labios no podrían encontrar palabras con las que hablar de aquella noche.

***

Por aquel entonces, recibí la carta de mi amigo el arcediano de Lugo, don Juan del Campo.

En ella me decía que el rey le había encomendado dirigirse al reino portugués para tratar unos importantes asuntos con su monarca. Pero también me confesaba en sus letras que su salud no era la de siempre y que los médicos le habían aconsejado no emprender tan largo y fatigoso viaje.

La misión trataba de apaciguar los ánimos del rey portugués Alfonso IV, que desde la guerra que había ocurrido hacía ya dos años no estaba en muy buenas relaciones con el monarca español.

Acompañando a don Juan del Campo iría don Pedro Fernández de Castro, ya que era respetado en el reino portugués y era amigo del rey Alfonso IV. La misión era un poco delicada y el rey había confiado en las buenas artes de don Juan del Campo para convencer al rey portugués de lo importante de una alianza para acabar con la presencia mora en la península. Más tarde se vio cuán provechosa fue esta unión, ya que ambos monarcas combatieron juntos en la batalla del río Salado, logrando una gran victoria.

Pero el ya obispo de Oviedo me pedía que fuese yo el que le sustituyese en el viaje, confiando en mi inteligencia para convencer al monarca portugués.

Acepté el honor de apaciguar los ánimos entre ambos reinos, porque la Iglesia está siempre obligada a encontrar la paz en esta Tierra, y si así lo creía entonces. Ahora, no tengo dudas al respecto.

Así que partí de Lugo acompañado de don Pedro el de la Guerra, que daba tranquilidad a mis pasos por tierras extranjeras.

La ciudad quedó a cargo de mi mayordomo, en el cual tenía tanta confianza que le hubiese dejado hacer hasta con los ojos vendados.

Pero si alta era la confianza que tenía en Eliseo, poca era la que tenía en mis sobrinos, que seguramente aprovecharían mi ausencia para descuidar sus estudios y vagar todo el día por la ciudad. María, por su parte, les dejaría hacer su antojo.

¡Me preocupaba tanto María! Sabía bien que era muy feliz en mi casa, pero, por otra parte, no comprendía cómo una mujer hecha

para el matrimonio seguía negándose a buscar marido. La veía rechazar uno tras otros a los pretendientes que le buscábamos mi hermano Raúl y yo, como si ninguno fuese de su categoría. Y debía de pensar que, aunque tenía tierras, necesitaba un hombre fuerte para gobernarlas, porque sus hijos todavía tenían pocos años para usar la espada y faltarían todavía seis años para que se pudiesen hacer cargo de los Castros de Mercelle.

Partí así hacia Portugal a encontrarme en Coímbra con el rey Alfonso IV. Don Pedro conocía cada camino y cada casa de aquellos parajes como si de su tierra se tratase, lo cual era tranquilizador.

Al segundo día de viaje, ya habíamos alcanzado la fronteriza ciudad de Tuy, donde nos alojamos en casa del obispo, con el cual yo tenía mucha amistad por aquel entonces. Y al quinto día de viaje, ya andábamos por las tierras de Oporto, cuando una tormenta nos demoró, haciendo que nos tuviésemos que resguardar en un monasterio.

Así conocí estos muros, en los que nunca imaginé que acabaría mi existencia. El monasterio, en aquellos días, a pesar de ser franciscano y hacer voto de pobreza, tenía un esplendor que perdió más tarde con la peste que diezmó a sus monjes y lo dejó olvidado de la mano de Dios.

Las paredes estaban encaladas y los corredores, brillantes y limpios, partían de un riguroso claustro que era el corazón del edificio. El abad era un hombre afable, de mediana edad, cuyo único defecto debía de ser aquella manía por mantener la paz entre sus muros y hacer que se asearan todos los monjes por lo menos una vez a la semana. Al saber cuál era la misión del grupo, se alegró por ello y nos dio una carta para el obispo de Coímbra, deseando que intercediera en nuestro favor en la corte, ya que llevábamos una misión de paz y buena voluntad.

Así dejamos aquel monasterio perdido en un monte, a orillas del Atlántico, con sus huertos y sus frutales en plena manifestación de la primavera.

Pero cuando llegamos casi a las inmediaciones de la ciudad de Oporto, un mensajero nos dio alcance. Se trataba de un soldado de Eliseo, con terribles noticias que hicieron fracasar mi misión.

La ciudad de Lugo había sido tomada en mi ausencia por el merino mayor de Galicia, don Ruy Pérez de Biedma.

No daba crédito a las palabras del mensajero. La ciudad tomada y mi familia sitiada en el castillo del infante. No habían matado a ninguno de mis sobrinos, pero habían malherido a María, que tenía un corte en una pierna.

Don Pedro, al ser mi comendero, consideró que se volvía conmigo, porque más urgencia corría aquello que una misión de paz con el monarca portugués, que se podía posponer para el verano.

Partimos pues con toda la presteza posible hacia mis tierras.

Los alcaldes de la ciudad, aprovechando mi ausencia, habían ofrecido las llaves y la enseña de Lugo al ambicioso merino mayor de Galicia.

Lo hicieron a escondidas y con sigilo para no advertir a los soldados que había en la ciudad. Eliseo no pudo hacer nada ante la rapidez de los acontecimientos, refugiándose en la fortaleza con mi familia.

Los soldados podían perfectamente resistir allí durante semanas, ajenos a que la ciudad estaba ahora en las poderosas manos de Ruy Pérez de Biedma, que, desafiando el poder de la Iglesia, había tomado tan astutamente la ciudad.

El mensajero llevaba una semana buscándonos por los caminos portugueses que se dirigían a Coímbra, preguntando a todos los viajeros si nos habían visto pasar. Si nos encontró fue una casualidad del destino, porque es difícil dar con un hombre si éste no duerme dos días en el mismo sitio.

Cuando llegamos a Lugo después de un fatigoso viaje, nos encontramos la ciudad en pie de guerra.

Las murallas habían sido cerradas, pero no tuvimos problema en entrar en la fortaleza donde se refugiaba mi familia.

La fortaleza se encontraba sobre una puerta de la muralla, así que Eliseo, al vernos llegar con Pedro el de la Guerra, respiró tranquilo y abrió la puerta que conducía a extramuros para que pudiésemos entrar.

Desde el castillo se dominaba la ciudad y casi todos los movimientos de los hombres del merino estaban a la vista. Bajo la puerta que daba a una plaza de Lugo, los soldados del merino mayor se turnaban, haciendo las guardias, vigilándonos igualmente, así que todos acechábamos los movimientos del respectivo enemigo.

Eliseo me explicó la situación nada más verme llegar.

Una noche, en mi ausencia, los alcaldes habían dejado entrar al merino en la ciudad. Todo se realizó con tal sigilo que cuando se dio cuenta, la ciudad estaba infestada de los soldados de don Ruy Pérez de Biedma.

Los alcaldes se habían hecho con una copia de las llaves de la puerta de la muralla llamada puerta Miña. No me extrañó, porque yo sabía que había cierto número de copias circulando por la

ciudad, ya que algunas noches las puertas se abrían misteriosamente para que entrasen mercancías o armas, eludiendo pagar los portazgos que yo tenía establecido.

Los alcaldes seguramente no tendrían dificultad de encontrar los ciudadanos que contaban con dichas llaves y hacerse con ellas.

Debían de llevar pactando con Biedma el entregar la ciudad desde hacía mucho tiempo, porque el plan parecía bien elaborado y no fruto de una noche. Biedma y los alcaldes estarían al acecho de la mejor ocasión, y viéndome en Portugal, junto a mi comendero, bien lejos, aprovecharían para hacerse con la ciudad.

Eligieron una noche de luna nueva, para que la oscuridad no alertase a mis hombres. Eliseo no había hecho guardia aquella noche y sus soldados no vieron nada que les avisase del inminente peligro.

Los soldados que hacían la guardia aquella noche en la puerta Miña fueron degollados por algún habitante de Lugo. Con los soldados muertos, poco problema hubo en abrir la puerta y dejar entrar a Biedma.

Esto ocurrió alrededor de la medianoche y cuando la ciudad dormía. Una vez abierta la puerta Miña, entraron los hombres de Biedma con éste a la cabeza. En la plaza de la feria, los recibieron los alcaldes, junto con un grupo de hombres, y los condujeron a mi casa para tomar la enseña de la ciudad, símbolo del señorío.

Pero ya era demasiado tarde, porque los hombres de Eliseo ya se habían dado cuenta de lo sucedido, alzándose en armas contra los intrusos.

Entonces, empezaron las escaramuzas por las plazas y las calles de la ciudad. Eliseo buscó a mi familia y la condujo a salvo a la fortaleza, llevándose tan sólo unas pocas pertenencias.

En la fortaleza se agrupó no sólo mi familia, sino todo aquel que me servía o había servido en la ciudad, ya los criados, el corregidor y los maestros de mis sobrinos.

Cada calle se convirtió en una trampa y cada plaza, en un campo de batalla. Así que viendo que no podía hacer nada para evitar el desastre, se retiró junto a sus hombres a la fortaleza.

Mandó inmediatamente a tres hombres a Portugal, con la misión de encontrarme allí donde me hallase y ponerme al tanto de lo acontecido.

Llevaba más de una semana sitiado cuando llegué a Lugo con Pedro el de la Guerra.

Mi hermana me recibió postrada en un camastro, con la pierna

vendada, pero sin que se temiese por su vida. En su huida de mi casa se había caído y lastimado, y por eso se hallaba en tal estado. Algo más me ocultaba, se leía en su rostro, pero no era momento para hacerla hablar, así que me contenté con aquella explicación.

Pronto empezaron a llegar hombres de todas partes de Galicia: eran los mercenarios que acompañaban a don Pedro, quienes venían en nuestro auxilio.

Se formó así un pequeño ejército a las puertas de la ciudad, que fue entrando en la fortaleza para hacerse cargo de la situación.

Mi mayordomo delegó en don Pedro el plan de ataque. No se sintió por ello desplazado, ya que don Pedro había de confiar en él para saber por dónde y cómo atacar a los hombres del merino.

Pero en vez de ser nosotros los atacantes, fuimos los atacados. La ciudad en pleno nos amenazaba, y atacar una ciudad desde una fortaleza no resulta fácil.

Don Pedro y Eliseo discutían cada noche sobre la mejor forma de tomar la ciudad y arrebatársela a Biedma. Pero sus planes, tan elaboradamente estudiados, poco resultado daban en la práctica.

Una noche, a los dos días de mi llegada, Eliseo, junto a don Pedro y los soldados a su cargo, salieron para hacer un escarmiento a los habitantes de Lugo. Pero todo fue en vano, ya que por cada calle que pasaban, los vecinos los acababan apedreando y haciendo que descabalgasen de sus monturas. Los burgueses estaban bien instruidos por los alcaldes y por el merino mayor sobre lo que debían de hacer en cada momento.

Los vecinos de la ciudad hacían turnos todas las noches para vigilar la fortaleza en la que nos hallábamos. En el mismo momento en el que veían que se abría la puerta del castillo, los burgueses ya habían alertado a toda la ciudad, preparándose para la defensa.

Era una situación difícil. El castillo se hallaba sobre la muralla. Tenía dos puertas: una que comunicaba con el radio interno de las murallas y la otra, sobre extramuros. De esta forma, la fortaleza dominaba tanto la ciudad como sus alrededores, pero lo que a todas luces era una ventaja para tomar la ciudad, se convirtió en algo intrascendente. La puerta que se abría a la ciudad tenía que estar constantemente atrancada, porque, al menor descuido, los lucenses se colarían dentro. Tan sólo se había abierto cuando se hizo la expedición de castigo y ya se vio lo poco fructífera que había sido.

Mientras tanto, la ciudad hacía su vida normal. Todas las mañanas, abría sus puertas a los campesinos que la suministraban, pero tenían cuidado de no dejar pasar a ningún soldado disfrazado. Tenían miedo de que los soldados de don Pedro se colasen en la

ciudad para así tomarla desde dentro.

Viendo lo infructuoso de la situación, ordené que abandonáramos la fortaleza una vez que María pudiese emprender viaje. Creo que cuando ella lo oyó se curó milagrosamente, porque vino a mí diciendo que se encontraba en perfecto estado de salud. Yo no la creí y ella, para hacer ver que era verdad, comenzó a saltar y a dar brincos para que notase su mejoría.

Luego me arrepentí de haberme dejado engañar por mi hermana de aquella forma, ya que una vez que montó a caballo, su herida se desgarró, provocándole terribles dolores.

Así que, al final, tuvimos que dejar el castillo. Con nosotros venían más de cien personas que la abandonaron por miedo a quedarse allí. El haber prestado servicios a mi persona o la simple amistad conmigo les hacía temer por sus vidas, de haber permanecido en la fortaleza.

Partí camino a Santiago, a cobijarme con mi familia bajo el poder del arzobispo Juan Fernández de Limia.

Cada noche de aquel destierro, soñaba con recuperar mi prelatura, y antes de rendirme al sueño, mi último ruego al Señor era que me devolviese la ciudad.

***

A la semana de aquel primer encuentro con Eliseo, mi hermano anunció que tenía que partir hacia Portugal a una misión, junto con el comendero de Lugo, don Pedro Fernández de Castro. Eliseo se quedaría a cargo de la ciudad, como siempre que mi hermano realizaba algún viaje.

No fue una ocasión desaprovechada para nuestros amores, que cada día se volvían más intensos. Todas las noches nos citábamos, si las ocupaciones de Eliseo o la prudencia mía nos lo permitían. Pero es cierto que, al verme más libre sin mi hermano en casa, me quedaba más horas de lo razonable entre los brazos de Eliseo, deseando que no llegase nunca el amanecer.

El resultado de tanta pasión acabó por mostrarse en mi rostro, que lucía unas visibles ojeras de tanto trasnochar. A Eliseo le ocurría otro tanto, ya que parecía un alma en pena durante el día para volverse un apuesto hombre por las noches. Nunca lo vi sonreír tanto y sus soldados, según me contaba él, creían que se debía a que una muchacha de la ciudad le había robado el corazón.

Pero Eliseo no les daba ninguna pista y, aburridos de su silencio, buscaron otro entretenimiento para sus burlas.

No niego que yo también sonreía como una boba durante toda la jornada. A veces, mis hijos me sorprendían en el huerto con expresión de felicidad, mirando una rosa o una margarita. Se burlaban de mí sin saber que era amor y no estupidez lo que inspiraba mi sonrisa. Elvira me decía al oído:

—Ahora, señora, conocéis el amor. Pero si bien ello os ha dulcificado, por otra parte, os ha convertido en el ser más estúpido de todo Lugo.

Y era cierto. Me olvidaba de comer cuando debía y no atendía a los horarios de la casa. Pasaba horas y horas absorta, mirando el volar de los pájaros, pensando en nuevas noches con Eliseo en su casa de la ciudad.

Un día, sin darme cuenta, escribí su nombre sobre la tierra del huerto y allí se quedó para que lo viesen todos, porque ni me acordé de borrarlo. Mi nodriza, que aunque no sabía leer supuso que yo no debía de haber escrito nada bueno, lo borró con la punta de sus zuecos, evitando que me delatase de esa forma tan tonta.

El aroma de la piel de Eliseo quedó impregnado en mi ropa y en mis cabellos. Por aquel entonces, él se lavaba más a menudo, al igual que yo, que me hacía perfumar el baño como si una mora fuese. Ideé que en cada cita llevaría un perfume distinto para sorprender a mi amante. Él, mientras tanto, inventaba nuevas formas de hacerme el amor, algunas de ellas, inconfesables.

Aquella noche de las desgracias hacía menos de una hora que estábamos juntos cuando el soldado que estaba en la puerta de la casa llamó azoradamente a Eliseo.

Él me dijo que me vistiese a toda prisa porque tenía que dejarme en la casa de mi hermano para ir él a ver qué era lo que estaba sucediendo. Pero nada más salir de la casa que escondía nuestros amores, vimos que la ciudad estaba despierta y había un gran tumulto en las calles.

Eliseo se montó en su caballo y me cogió para que me subiese con él. Al atravesar las calles, encontrábamos a los soldados de Eliseo abriéndose paso entre la multitud para llegar a la puerta Miña. Nosotros íbamos en aquella dirección.

Un hombre con aspecto de campesino me reconoció y se abalanzó sobre mí:

— ¡La hermana del obispo! —dijo—. ¡Matémosla! —le gritó a la chusma que lo seguía.

Llevaba un hacha y ésta rozó mi pierna, produciéndome un agudo dolor.

—Cubriros, María —oí que decía Eliseo, esquivando al hombre.

Bajé la capucha de mi capa. Por fortuna, nadie más osó atacarnos cuando vieron blandir la espada a Eliseo.

Eliseo llamó a uno de sus hombres para tener noticias de lo que acontecía, aunque ya se figuraba que la ciudad estaba siendo tomada por algún poderoso caballero. El soldado, intentando adivinar quién era la dama que iba con Eliseo, le contestó que habían abierto una de las puertas desde dentro de la ciudad y habían entrado por ella algunos hombres, pero que no se sabía hasta el momento quién estaba al mando de ellos ni cuáles eran las intenciones que albergaban.

Al oír esas preocupantes noticias, Eliseo apresuró el paso para dejarme en la casa. Cuando llegamos, todos los moradores de ésta se hallaban en las ventanas con antorchas para ver lo que acontecía. Mi ama estaba en la puerta de los establos y, al verme llegar, la abrió de par en par para dejar pasar el caballo.

—Con el revuelo, no os han echado de menos. Llegáis justo a tiempo. Nos vamos todos a la fortaleza. Están sacando todo lo que es de valor para llevárnoslo —dijo Elvira, preocupada—. Si os mezcláis con los demás, nadie sospechará dónde estabais esta noche. Pero, por lo que más queráis, apresuraros.

Ni tiempo tuve para despedirme de Eliseo. Cuando me volví hacia él, ya había desaparecido por las calles. La pierna me dolía y se desangraba, dejando en mi vestido una gran mancha de sangre. Doña Marta fue la única que reparó en mi estado, vino hacia mí y me hizo un torniquete sin preguntar siquiera la causa de aquella herida, aunque me reprendió:

—Si hubieseis dormido en vuestro aposento, no os hubiese pasado nada de esto.

Ella lo sabía, pero no había dicho nada hasta aquel entonces.

— ¿Quién más lo sabe, doña Marta? —le pregunté yo, gimiendo del dolor.

—Tan sólo yo y vuestra ama de cría. No os preocupéis de ello, vuestro secreto está a salvo.

No pudimos seguir conversando porque los soldados nos pidieron que nos apresurásemos. Mis hijos, junto a Juan el moreno y la niña Isabel, subieron a un carro. Me montaron a mí también en él, con las criadas de la casa, Elvira y el ama de cría de Constanza. Los sirvientes nos seguían a pie por las calles.

Nos escoltaban diez soldados, pero cada vez les era más difícil abrirse camino entre la gente.

Cuando llegamos a la fortaleza, allí estaban los clérigos de la catedral junto a algunos de los amigos de mi hermano y todo aquel

que le hubiese prestado algún servicio.

Afuera se oía la lucha entre los soldados y los vecinos de la ciudad.

Al rato, cuando no había amanecido aún, los soldados de Eliseo entraron en la fortaleza y tras ellos, Eliseo. Se habían rendido a luchar contra toda la ciudad.

Al alba, caí presa de una alta fiebre, y al curarme la herida con un hierro candente, me desmayé hasta el mediodía, en el que recobré de nuevo la razón.

Al abrir los ojos, lo vi a él agarrándome la mano:

— ¿Estáis bien, señora? —me preguntó Eliseo—. El médico dice que viviréis.

Miré a mi alrededor. Estaba en la que debía de ser la alcoba de Eliseo en la fortaleza. Pocos muebles y un crucifijo llenaban la estancia. Al fondo se veía una luz proveniente de la ventana que me anunciaba el mediodía.

No me llegó a besar porque cuando inclinó su rostro hacia el mío por la puerta aparecieron mis hijos y mi sobrino. Eliseo se retiró hacia una esquina de la estancia, desapareciendo entre la sombra de la alcoba.

Me llenaron de besos y la pequeña Constanza lloró al verme postrada y enferma. Estaba tan débil que al incorporarme para verlos se me fue la vista y caí desmayada en la cama.

Pasé dos días con fiebres, delirando entre las tinieblas que me rodeaban. Doña Marta y Elvira estaban constantemente a mi lado, y con ellas, Eliseo, cuando sus obligaciones se lo permitían.

Más tarde supe que en mi delirio hablaba constantemente de él, delatando todos los sentimientos de amor que albergaba mi alma. Eliseo lloró amargamente ante mi cama, incluso ante los ojos de Elvira y de doña Marta.

Las mujeres, al verme hablar en sueños, no dejaron que nadie entrase a cuidarme, para que no perdiese mi dignidad. Eliseo, si no estaba velándome, tenía que vigilar las murallas y dar órdenes a su tropa. No conoció descanso en tres días, y cuando volví a abrir los ojos, lo encontré muy envejecido a mi lado, con la cara llena de arrugas y los ojos hundidos.

Aun así lo seguía viendo tan bello que deseaba besarlo en todo momento. Mi ama y doña Marta procuraban dejarnos solos el mayor tiempo posible, pero siempre aparecía algún soldado reclamándole, lo cual hacía imposibles aquellos momentos de placer.

A las dos semanas de aquel encierro llegó mi hermano con el comendero de la ciudad. Luego aparecieron los mercenarios de toda Galicia y la fortaleza se llenó hasta que no pudo albergar a nadie más.

Me pude incorporar con grandes dolores y, al saber que tan sólo se esperaba mi recuperación para abandonar el castillo, reuní todas mis fuerzas y mi seducción para convencer a mi hermano de mi recuperación.

Partimos pues, dejando la ciudad ocupada por el terrible merino mayor.

El viaje no fue placentero. Los caballos y los carros se apresuraron por los caminos, dirigiéndonos a Santiago de Compostela, donde nos esperaba el arzobispo para acogernos. Pero mi pierna no aguantó el traqueteo del caballo y acabó por reventar, dejándome un agudo dolor.

Así que tuvimos que detenernos y realizar de nuevo las curas. Nos acompañaba el médico de mi hermano, que dictaminó que no podía moverme en aquel estado, corriendo el riesgo de desangrarme. Me alojaron en una casa del camino y tuvieron que coser la herida y volver a vendarme.

Con Eliseo siempre a mi lado, tuve que permanecer postrada cerca de dos semanas. Los días se juntaron entonces con las noches y la fiebre volvió a mi cuerpo. Elvira y doña Marta no se apartaban de mi cabecera, dejándola tan sólo para atender las necesidades de mi familia.

La casa en la que nos alojábamos pertenecía a un cura dependiente del arzobispado de Santiago, al que más tarde mi hermano recompensaría generosamente, cuando pudimos partir.

Mi pierna nunca se recuperó del todo, quedándome una cojera que todavía hoy me recuerda aquellos sucesos. Cuando llueve, mis huesos parece que se retuercen, y llegué a pensar en mudarme a un clima más seco para evitar los dolores que me causa la humedad de esta tierra.

Siempre creí que era una forma en la que Dios me castigó por haber amado a un hombre casado. Si una adúltera ha de pagar en vida por su pecado, no puedo imaginarme cuál ha de ser mi castigo cuando llegue el Juicio Final.

Pero ello no pudo detener mi amor. Aunque tomé la decisión de no volver a citarnos, seguía amándole terriblemente y sufrí mucho, porque una vez conocido el pecado, éste te tienta a todas horas del día.

Eliseo no comprendió por qué Dios nos había castigado por

nuestra lujuria. Él era un hombre creyente, pero no daba señal de cordura, negándose a aceptar mi marcha. Refunfuñaba y maldecía las ideas que cruzaban por mi mente y yo le tapaba la boca para no oírle blasfemar. Me imploró y rogó, humillándose de tal forma que no creí que era ese el hombre al que me había entregado en mi lujuria.

No pudo con mi entereza. Me negué a oír sus razones y no sé todavía si hice bien o mal en obrar así.

Partí así con Constanza para Guadalajara, a alojarme en casa de mi hermano Raúl. Nos llevamos a la hija de Eliseo, Isabel, con nosotras.

Capítulo XXI

Una vez que las aguas se calmaron, fui a pedir audiencia al rey por la injusticia que se había cometido con mi persona. El rey paraba entonces en Burgos, donde se alojaba en el monasterio de las Huelgas.

No le acompañaba la reina doña María, sino doña Leonor de Guzmán, a la cual, por aquel entonces, el rey encomendaba las tareas que debería de realizar la reina.

De hecho, era la amante del rey la que despachaba con los embajadores y con muchos de los ricoshombres del reino sobre asuntos de gran importancia.

Doña Leonor era una mujer incansable. Aparte de atender al rey, trabajaba desde el amanecer hasta el ocaso, y además tenía tiempo de preocuparse de la ya numerosa prole de bastardos que le había dado al rey.

Era costumbre que la dama intercediese por las más justas causas ante el rey, y por ello se cobró el afecto de todo el reino, que veían en ella más una reina que una concubina. No es de reprochar, por tanto, el odio que le profesaba la esposa legítima del rey.

Estando así las cosas en el reino, no dudé en dirigirme a doña Leonor antes que al rey. Ella comprendió perfectamente la situación, escandalizándose de que los nobles del reino se atreviesen a tomar las ciudades que se les antojasen, sin tener respeto ni al rey, ni a la Iglesia.

Normalmente, uno no se presentaba en la corte y pedía audiencia para exponerle al rey sus problemas. Era costumbre que alguien allegado al rey defendiese la causa de todo aquel suplicante. Mi defensor fue el recién nombrado obispo de Oviedo, y además arcediano de Lugo, don Juan del Campo.

El obispo no sólo había sido confesor de la reina, sino que era consejero del rey. Por si fuese poca su ayuda, también contaba con el apoyo de don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, que al saber

que un obispo había sido despojado de su prelatura por un merino mayor, tomó partido por mi causa.

No fue complicado el convencer al rey de que la ciudad me pertenecía. Pero eso sí, fue largo y laborioso, ya que los asuntos de la corte llevan su tiempo, debido a los procedimientos que se siguen.

Llevaba tres meses en la corte cuando todo parecía solucionado, pero, para mi disgusto, el rey anunció que se iba de cacería con los nobles que le acompañaban, y allí me tuve que ir yo también para seguir recordando a la corte que tenía un asunto pendiente conmigo. No era el único que revoloteaba alrededor del rey para convencerle de alguna causa; había muchos hombres que buscaban el reconocimiento de sus tierras o los derechos que les había arrebatado algún desaprensivo en el reino de Castilla.

De vez en cuando, el rey llamaba a sus secretarios y estos tomaban nota de alguna decisión que había tomado. Pero uno tenía que estar al acecho e insistir mucho para ser oído.

La causa era justa; todos aquellos con los que hablé en la corte así lo reconocían, pero el rey no acababa de decidirse por decretar que la ciudad me pertenecía y que me tenía que ser devuelta.

En todo momento estaba acompañado por Eliseo, que me asistía y me daba consuelo y compañía en aquel ambiente un poco extraño para un hombre como yo.

María había marchado con Constanza a las tierras de mi hermano en Guadalajara, mientras que mis sobrinos permanecían en Santiago de Compostela, bajo la vigilancia de sus tutores, con los que habían reanudado las lecciones.

Doña Marta permanecía con mis sobrinos, aunque me hubiese gustado que me acompañase a la corte, pero no era producente que un obispo llevase a una mujer a su lado, por muy castos sentimientos que hubiese entre ellos.

Por aquel entonces, ya era conocida la anécdota que había ocurrido en el altar de Santiago, cuando tuve que jurar que estaba limpio de pecado con doña Marta. La corte lo comentaba y todos esperaban verla aparecer para conocer a la supuesta amante del obispo. No les di tal satisfacción e hice oídos sordos a los comentarios de los más maliciosos. Los rumores llegan hasta el rincón más apartado del reino, ya sean ciertos o sean falsos.

Eliseo defendía mi causa con más vigor, si cabía, que el mío. El que le hubiesen arrebatado la ciudad de una forma tan fácil, le causó gran pesar, y para él se trataba de una cuestión de honor más que de una causa justa. Su carácter se volvió más triste y reservado,

haciendo caso omiso de los placeres que toda corte le ofrece a un hombre joven y sano.

Cazó con el rey osos, cobrando varias piezas, lo cual le valió el reconocimiento de aquella corte, en la cual una de las mejores cualidades de un hombre era ser un buen cazador. Pero más que habilidad, lo que Eliseo tenía en el cuerpo era odio y arrojo; se entregaba a la caza con tal pasión que más parecía que buscaba la muerte que un trofeo.

Yo, mientras tanto, ni pensaba en subirme a un caballo para matar alguna fiera, porque consideraba aquella diversión como algo bárbaro y poco civilizado, aunque algunos obispos no dudaban en hacer cacerías, algunas de ellas famosas, por cierto.

Tras varios meses en aquella situación de incertidumbre, tras haber gastado cuantiosas sumas en regalos al monarca y a sus hombres más allegados, llegó el día en que el rey decretó que la ciudad y los cotos de Lugo me pertenecían, ordenando que Biedma saliese de la ciudad que había usurpado.

Volví así a Lugo, con la certeza de que la ciudad me sería devuelta tras la decisión del monarca.

Una vez que el rey había dictaminado a mi favor, partimos hacia Lugo en un viaje fatigoso, porque encontramos nieve en los altos montes que separan Galicia de Castilla. Parecía que todo se volvía en mi contra.

Llegado al reino gallego, mandé llamar a mi comendero, don Pedro Fernández de Castro, para que nos diese escolta a la ciudad. Con mi mayordomo y con el comendero, poco tenía que temer de los lucenses, a los que ya pensaba castigar con dureza.

Tenía en mente pedir al arzobispo de Santiago que los excomulgase, pero creí que podría encontrar otras formas de vengarme de ellos.

El merino mayor de Galicia, al saber la decisión del rey, salió de Lugo con sus hombres como alma que lleva el diablo, ya que oponerse a mí hubiese sido como enfrentarse al mismo rey.

Ni siquiera se quedó para la entrega de las llaves y la seña de la ciudad. Se las entregó al corregidor del rey antes de partir.

No fui recibido con los brazos abiertos por el pueblo de Lugo, lo reconozco, y al entrar en la ciudad noté un clima de odio hacia mi persona como nunca antes había percibido.

Los alcaldes, al verme llegar, se escabulleron y no salieron a recibirme. Hicieron bien en desaparecer de mi vista, porque les guardaba tal rencor que podría fácilmente ordenar que los encarcelasen.

Me recibió el procurador de la ciudad, don Rodrigo Alonso. Hacía tiempo que no veía a aquel hombre, y recordé que cuando llegué al obispado, vino junto a los alcaldes a mi casa para que se le reconociese una tienda de artesanía en la ciudad.

Llegó a Lugo siendo un harapiento que tan sólo tenía como herencia el saber fabricar el vidrio.

Los alcaldes le habían negado un puesto entre los cerrados gremios de Lugo, pero al final, el hombre se había salido con la suya.

Pocos eran los que dominaban tal técnica en Lugo. Había dos maestros tan viejos que pocos se fiaban de que sus emplomados pudiesen resistir el fuerte viento del norte. Así que Rodrigo Alonso se fue abriendo un hueco en el mercado y, poco a poco, fue llenando la ciudad de vidrio en las ventanas de los pudientes.

Era todo un símbolo de grandeza el contar con una o dos ventanas vidriadas en una casa. Yo mismo tan sólo había podido poner vidrio en los dormitorios principales. El resto de la casa carecía de tan útil invento, que dejaba pasar la luz pero no el frío.

La catedral tenía unas bellas vidrieras, al igual que algunas de las iglesias más favorecidas de la ciudad. Al saber que el hombre trabajaba bien y cobraba lo justo, acabó siendo el encargado de reparar cualquier rotura que pudiese acontecer.

Pero que fuese nombrado procurador de Lugo aquel hombre no dejó de sorprenderme. Recordé entonces que Rodrigo Alonso sabía leer y sin duda también escribir, puesto que creía tener por alguna parte algún despacho que me había mandado él. Aunque tener una epístola que firma un hombre no es garantía de que éste conozca las letras, porque en el mercado de Lugo había siempre algún docto al que recurrir para que transcribiese las cartas de los analfabetos.

Pensé que el hombre había ascendido pronto. Sin duda, debía de ser bastante inteligente; si no lo fuese, no habría estado en la plaza de la feria para recibirme junto con el corregidor de la ciudad.

Su grado de adulación hacia mi persona rayaba en lo imposible:

—Bien recibido seáis, noble obispo —me dijo Rodrigo Alonso nada más verme—. La ciudad os estaba esperando desde hacía semanas para agradeceros que nos libraseis de la presencia del odiado merino mayor, que tan innoblemente usurpó lo que era vuestro.

Desde luego que el hombre sabía cómo lisonjear, pero tras aquellos ojos pequeños, Rodrigo Alonso parecía que estaba tramando algo.

Últimamente, sospechaba de todos los que me rodeaban, así que

no le di mucha importancia a su afectuosa bienvenida.

A su lado estaba el corregidor del rey portando la seña y las llaves de la ciudad, que con un breve formalismo me las entregó sin más ceremonia.

Así que, sin más demora, me dirigí a mi casa, que esperaba encontrar saqueada. No fue así, y di gracias a Dios, porque ya tenía bastantes quebraderos de cabeza como para tener, además, que recomponer mi hogar.

Eliseo tampoco echó nada en falta de la fortaleza, salvo que todas las armas que habían abandonado en nuestra retirada habían desaparecido como por arte de magia.

Eso le preocupó. La ciudad era ahora, si cabía, más peligrosa que antes, ya que estaba infestada de espadas, yelmos y escudos, que, aunque aquellos rudos burgueses no supiesen manejar, constituían un peligro.

Los soldados que nos acompañaban se hicieron cargo sin demora de la vigilancia de las murallas y de las puertas. Ese mismo día se cobró de nuevo el portazgo. Tuvimos que llamar a un cerrajero de una villa cercana para que se cambiasen los cerrojos de todas las puertas de la ciudad, porque estaba seguro de que ya debían de circular cientos de copias de las antiguas llaves de Lugo.

La ciudad recobró la calma en poco tiempo. Los alcaldes evitaban mi presencia y yo procuraba tenerlos apartados de mi vista. Tampoco aparecían por misa los domingos, así que me olvidé de los problemas que me habían ocasionado hasta entonces.

Mi venganza no se hizo esperar. Mandé noticia al abad del monasterio de Samos, donde estaban los hijos de los alcaldes. Le hice saber al abad lo acontecido en la ciudad, los males que me habían acarreado los padres de los muchachos y su rebeldía y poco respeto a mi persona. No tuve que decirle nada más. El abad mandó que los dos muchachos recogiesen sus pertenencias y abandonasen el monasterio.

Los padres, al verlos llegar, se llevaron una gran sorpresa, aunque no sé por qué habría de sorprenderles tanto que sus hijos fuesen expulsados de la orden, si habían ingresado en ella por mi deseo.

A partir de aquel momento, el odio que ya me profesaba el concejo de la ciudad se manifestó en toda su dimensión. No había obra que no dificultase, ni protesta que no elevasen a mi persona. Yo me volví más intransigente si cabía, porque el que hubiesen entregado la ciudad al ambicioso Biedma en mi ausencia era algo difícil de olvidar.

No los recibía en mi casa, y si tenía en última instancia que tratar asuntos con el concejo, entonces era Eliseo el que discutía con ellos.

Fue por aquel entonces cuando por las noches se oía en mi contraventana el golpe de alguna piedra arrojada por una mano cobarde.

Los hijos de los alcaldes tampoco me perdonaron el haberles arrojado del Paraíso. Según noticias del abad de Samos, los muchachos habían progresado mucho en sus estudios, y de no haber sido expulsados de aquella manera, hubiesen logrado hacerse un lugar en la congregación.

Ahora se los veía vagar por la ciudad, sin otra ocupación que dar charlas a la chusma, que le escuchaba con admiración, ya que los muchachos ya dominaban el arte de la retórica que tan bien empleaban para confundir a la plebe y enfrentarla a mi persona.

Yo recordaba todavía a los charlatanes de Manuel y Beltrán, y los males que le habían ocasionado a Edelmiro y a mi hermana. Así que hice lo más prudente: los desterré de Lugo, prohibiéndoles, bajo pena de muerte, el atravesar las puertas. Pero los muchachos eran astutos y pronto encontraron en los arrabales toda una suerte de desocupados que atendían a sus pláticas.

Al cabo de unos meses, la ciudad pareció tranquilizarse, y no viendo ningún peligro inminente, mandé llamar a mi familia y a los sirvientes que se habían quedado en Santiago de Compostela, esperando mi señal para volver.

Cuando llegaron mis sobrinos con doña Marta de Santiago, la rutina de los días se instaló de nuevo. Tan sólo faltaban María y su hija, que todavía estaban en Guadalajara y no daban señales de querer volver a Lugo.

***

Pasé cerca de dos años en Guadalajara, en la casa de Raúl. Cuando llegué, me pareció descorazonador lo que encontré en la casa de mis padres. Si mi hermano Juan había instalado una disciplina casi castrense en su casa obispal, mi hermano Raúl tenía instalado el caos por todos los rincones.

La casa bien podía albergar a tres familias como la nuestra. La construcción era sólida y austera: una planta rectangular en la que las alcobas se distribuían en la planta superior y sobre ella, las habitaciones de los sirvientes, que se encontraban bajo el techo. La planta baja la ocupaba casi en su totalidad la inmensa cocina y el

salón donde se desarrollaba la mayor parte de la vida en familia.

La casa estaba rodeada de un desordenado conjunto de edificaciones que habían sido construidas en función de las necesidades crecientes de la finca. Éstas albergaban desde las porquerizas hasta las caballerizas, los alpendres y los graneros.

Mi hermano Raúl poco había modificado la casa desde la muerte de mi padre, a menos que pudiese llamarse modificación a reparar los muros que la rodeaban y a adecentar la alcoba que compartía con Urraca.

Los muros no eran muy altos y sobre ellos pasaban las ramas de los chopos que en primavera llenaban de pelusa toda la casa.

Teníamos una huerta que al llegar yo procuré que volviese a producir habas y judías. Pero poco era el rendimiento que se sacó de ella en los dos años de mi estancia en la casa. Más que un huerto, acabó siendo un jardín en el que se plantaron rosas y lilas.

Urraca permanecía ociosa todo el día, sin más ocupación que su aseo diario y su adorno. Sin hijos a los que educar ni marido que le requiriese demasiadas atenciones, su vida pasaba entre el tedio y la holgazanería, cuando no estaba visitando a sus padres en los montes de Toledo.

Era mayor que yo y la vida en el campo la había envejecido notablemente. Su piel estaba tostada de cabalgar sin cubrirse el rostro y mostraba un escote arrugado, al igual que su cuello. Sus manos eran lo único que mimaba con dedicación, porque las cubría con unos guantes de gamuza que fabricaban para ella en la vecina ciudad de Guadalajara.

No le importó demasiado el que Constanza y yo nos instalásemos en la casa, ya que en definitiva yo tenía igual derecho que ella a vivir allí, al ser la hermana de Raúl. Con el tiempo, llegó a agradecer nuestra compañía, ya que ella misma reconocía que la vida del campo puede llegar a ser muy solitaria.

La casa estaba tan sucia por todas las esquinas que supuse que mi hermano no la había mandado limpiar desde que yo me fui a vivir con mi hermano a Córdoba. Incluso, encontré un nido de ratones debajo de la cama de mi antigua alcoba.

Los sirvientes de la casa la habían tomado como si fuesen ellos los verdaderos amos. Yo recordaba a algunos de ellos, aunque con el tiempo se habían vuelto insolentes y torpes. Elvira, que me acompañaba, enseguida impuso el orden en la servidumbre, llegando a ser temida por todos ellos.

A veces pienso que aquellos dos años cambiaron la existencia de mi hermano y de mi cuñada. Cuando partí, me rogaron que no los

abandonase tan pronto, porque ya me tenían gran aprecio, pero en realidad, lo que iban a echar de menos era el tener la casa ordenada y limpia, unas comidas decentes y un buen fuego en invierno que les calentase los huesos.

Mi cojera no mejoró, pero el calor del sol hizo que mi herida cicatrizase y al poco ya pude andar, dejando la muleta que me había acompañado desde Lugo.

Sentía que tenía que haber alguna relación entre el pecado de Eliseo y mío y el que Lugo fuese tomado por el merino mayor de Galicia. Me asustó tanto la idea de que la causa de todo aquello fuese nuestra que huí de él tan pronto pude viajar en un carromato.

Elvira también lo pensaba así; de hecho, fue ella quien me sugirió que Dios había castigado así mi lujuria. No hacía más que repetírmelo y yo, por supuesto la creí, como creía todo lo que mi nodriza me decía.

***

Eliseo seguía ocupando mi mente y mi corazón. Antes de despedirme de él, cuando estábamos en Santiago de Compostela, le confesé por qué le abandonaba de aquella forma.

—Sé que Dios me ha castigado por nuestro adulterio —le dije—. Elvira me lo ha dicho y estoy muy avergonzada de haberos amado.

—Sois necia si creéis en los cuentos de una vieja. Dios nos castigará en la otra vida, pero no en ésta —me dijo él—. Si os vais ahora, destrozaréis mi corazón y sé que siempre os arrepentiréis.

Eliseo sostenía mis manos con gesto de rabia en su rostro. Para él era toda una sorpresa que le abandonase así, tan repentinamente. Creía que hacíamos mal, pero no podía ser tan fuerte como para dejar de verme.

—Os pido, os imploro, que no os marchéis, María —me dijo con lágrimas de rabia en sus ojos—. Es absurdo que creáis lo que vuestra nodriza os dice. ¿Es que ya no me amáis?

—Os amo todavía, pero no quiero veros en el Infierno —yo temía al Infierno desde pequeña, y la sola idea de ir a parar a aquel paraje con Eliseo me hacía llorar por las noches como una niña.

—Yo iría al infierno por vos —me respondió. Le tapé la boca con mis labios, temerosa de oír aquellas palabras.

Cuando era niña, mi hermano Juan me contaba los terribles males que sufrían los penitentes: los fuegos eternos que les quemaban la piel, la terrible sed y el hambre que pasaban, las torturas y las humillaciones que sufrían los condenados.

Las fiebres que había pasado por culpa de la herida de mi pierna me habían hecho tener terribles pesadillas, en las que aparecía vagando por páramos desérticos en los que sufría una horrible sed y calor. Me levantaba siempre sobresaltada, llorando como una niña y pidiendo agua para calmar mi sed. Cuando le contaba a Elvira mis visiones, ella me decía que así era el Infierno, y entonces no podía parar de llorar hasta que veía a Eliseo a mi lado, consolándome. Fue por eso que empecé a creer que iba a condenar mi alma por amar a un hombre casado y que lo que me asaltaba en sueños no era más que una advertencia de lo que debía de esperar en la otra vida.

Tan asustada estaba que tomé la decisión de abandonar a mi amante e irme a Guadalajara con mi hermano Raúl.

Eliseo no lo comprendió y quedó destrozado en Santiago, con mi hermano Juan, que ya planeaba entonces dirigirse al rey para recobrar el obispado.

No alcancé la calma de espíritu hasta que pasaron dos semanas en Guadalajara. Entonces, dejé de tener pesadillas, pero el recuerdo de Eliseo las fue sustituyendo poco a poco.

No pasaba día sin que recordase sus caricias y sus atenciones, sus palabras, sus besos y todo lo que él me había susurrado al oído en nuestras noches de amor.

Fueron dos años recordándole. Tanto pensé en él que creí que iba a volverme loca, pero no fue así.

***

Otro problema ocupó mi mente nada más llegar a la casa de Raúl. Era mi nodriza, que parecía regodearse en mi pecado, recordándome cuán terrible era el robar el hombre a una mujer casada. Elvira era así. Parecía que le agradaba ver el pecado en los demás para echarnos en cara nuestros defectos.

Pero aquello le vino con la edad, porque aquella forma de ser no era la suya. Creo que los años trastrocaron su sensatez y la volvieron una vieja cascarrabias y protestona.

Si en mi estancia en Lugo me había llamado la atención por mi conducta, recordándome los castigos que iba a recibir por ello en el Infierno, cuando llegamos a la casa de Raúl se ensañó con Constanza, a la que le metía en la cabeza extrañas historias de pecado y arrepentimiento.

Le contaba a la niña las mismas historias que mi hermano Juan me había narrado a mí cuando era pequeña: los dragones que quemaban con su aliento a los condenados, las torturas, los gritos.

La niña venía a mí aterrorizada por las noches, pidiendo dormir en mi cama para evitar las pesadillas que la acosaban en su habitación.

Isabel, su damita de compañía, que había venido con nosotras, evitaba a Elvira por la casa, y cada vez que ésta empezaba a contarles sus cuentos, desaparecía, buscando una mejor ocupación.

Pero Constanza era tan inocente para su edad que creía a pies juntillas todo lo que le decían.

No me quedó más remedio que darle una reprimenda a Elvira por asustar de aquella manera a mi hija. Fue la primera vez que reñí a mi nodriza, y creo que la última, porque más me disgustaba llamarle la atención que a ella recibir mis recriminaciones.

***

Cuando llegaron las Navidades de aquel año, según la costumbre, la familia se reunió en torno a mi hermano Juan, en la casa obispal de Lugo.

Así que llegó el temido momento de volver a ver a Eliseo. Tengo que confesar que ni la alegre idea de ver a mis hijos y a mi hermano borró la preocupación de mi rostro.

No sabía lo que iba a acontecer cuando le viese.

Cuando llegamos a la ciudad, después de un largo viaje, noté el cambio que había dado aquel lugar. No había duda de que los burgueses eran hostiles al obispado, ya que nada más llegar a los montes cercanos de Lugo salió una escolta a abrirnos el paso. Temían que la chusma pudiese causarnos algún daño. Lejos estaban los tiempos en los que yo me paseaba sin guardia por las calles de la ciudad, cuando llevaba ayuda a los necesitados por la gran hambre que los había castigado.

Al llegar a una de sus puertas, salió mi hermano a recibirnos, acompañado de su inseparable mayordomo. El rostro de mi hermano había dejado aparecer las primeras arrugas, debido sin duda al año difícil que había pasado. Eliseo me miró con un gesto duro que creí de hostilidad; no había perdonado que le dejase solo. Tras el saludo de rigor, tomó en brazos a Isabel, a la que hacía casi un año que no veía, y la llenó de atenciones.

Pasamos a la casa, con mis hijos rodeándome y aturdiéndome con sus muchas preguntas. Ahora, había dos soldados permanentemente guardando la puerta, donde antes no había siquiera un criado para abrirla.

La cena de aquella noche se convirtió en un animado acontecimiento en el que todos hacían comentarios graciosos y

alegres. Nadie quería oír noticias tristes, y mucho menos en Navidad, así que, a excepción de Eliseo, nadie osó comentar mi cojera.

***

A los pocos meses de que le rey me hubiese reconocido el señorío de la ciudad, éste partió hacia las inmediaciones del río Salado.

Mientras se estaba preparando para la batalla que sería el golpe de gracia a los benimerines en la península, la ciudad de Lugo no hacía más que causar problemas.

Era por octubre, y coincidió con la época en la que el concejo, como ya he recordado, se rebeló terriblemente ante mi autoridad.

Por aquel entonces, yo me encontraba desprotegido, puesto que mi comendero, don Pedro Fernández de Castro, había partido a luchar junto al rey. Mi mayordomo y sus soldados eran toda la ayuda que tenía frente a los motines y revueltas de la ciudad. Así que no me quedó más remedio que contratar más soldados, porque a todas luces eran ya insuficientes los que tenía en aquellos tiempos.

Mis arcas estaban vacías, ya que los meses que pasé pleiteando para recuperar la ciudad habían acabado con lo recaudado en los últimos años.

Las noticias que llegaban del reino eran preocupantes. Los mejores caballeros habían acudido en ayuda del rey para presentar batalla en el sur de la península. De todo el reino habían partido hombres en su ayuda, muchos ya destinados a una muerte segura en manos de los benimerines. Mi hermano Raúl había acudido también a la batalla con otros caballeros de la región, dejando a Urraca y a mi hermana María en la casa de Guadalajara, solas.

Mi hermana llevaba recluida en la casa paterna cerca ya de un año, sin dar noticias de su regreso. Yo tampoco podía solicitarla a mi lado, ya que la situación de Lugo no era como para que una dama viviese allí. De hecho, la mayoría de las familias de cierta categoría de Lugo habían enviado a sus mujeres e hijos a las casas de los campos, ya que la ciudad se había convertido en un lugar extraño y peligroso.

Doña Marta, que nunca había sido robada ni molestada en las calles que solía recorrer a menudo, ya temía salir sin la escolta de un soldado. Para la ciudad, mi ama de llaves era como si perteneciese a mi familia, y si les hubiesen dado ocasión, la habrían ofendido o hecho con ella algo peor.

Por el mes de octubre llegaron noticias de Cádiz, donde se concentraban los ejércitos cristianos. Al rey Alfonso XI de Castilla se le había unido su primo, el rey portugués Alfonso IV, con el cual me tenía que haber entrevistado y que, debido a la desgracia acontecida, no pude hacerlo. Los dos monarcas se habían aliado junto al rey de Aragón, Pedro IV.

Los tres reyes estaban deseosos de ver desterrados a los árabes de la península, y sobre todo del estrecho de Gibraltar, que controlaban desde que, unos años antes, los benimerines lo hubiesen tomado.

El estrecho era la llave de la península y ello preocupaba a todos los reinos que la formaban. Corría el rumor, por aquel entonces, de que el rey de Marruecos estaba preparando grandes cantidades de soldados para reconquistar los territorios cristianos tan duramente conquistados durante cientos de años.

Los espías del rey Alfonso de Castilla lo sabían y por eso se decidieron a atacar.

La batalla tuvo todo el carácter de cruzada antiislámica y por ello los obispos bendecían las armas de los caballeros de sus prelaturas.

Don Pedro el de la Guerra había solicitado mi bendición antes de partir. Fue entonces cuando me di cuenta de que el hombre ya estaba entrado en años y no tenía el vigor que derrochaba cuando lo había conocido, años atrás.

La batalla tuvo lugar con la ayuda de los habitantes de Tarifa, que habían resistido el asedio de los benimerines gracias al apoyo de los barcos genoveses. El rey sabía cómo ganarse el favor de las potencias extranjeras para ayudarnos en tan críticos momentos.

Fue el 30 de octubre cuando se presentó la batalla decisiva. Corría entonces el año 1340. A los pocos días, todo el reino sabía el feliz desenlace de la batalla. Los benimerines habían sido expulsados de Gibraltar, muriendo muchos en el mar, en su huida.

Pero no todas fueron buenas noticias: el comendero de Lugo había fallecido en la batalla. Lugo se vio así privado de un hombre clave en su defensa y que tan buenos servicios nos había prestado.

Parece ser que poco lo sintieron los vecinos de la ciudad, porque no fue ninguno a las misas fúnebres que mandé dar en su honor. Allí estábamos ante el altar mayor de la catedral los hombres del cabildo, sin más compañía que la de mi mayordomo. Lugo se había olvidado de don Pedro, en venganza, porque el comendero era un hombre a mi servicio.

Llegó entonces el momento de buscar otro hombre que pudiese

hacerse cargo de la defensa de la ciudad y de los cotos. Pero la encomienda de una ciudad requería un caballero fuerte y respetado que pudiese tener al concejo a raya en el caso de que volviese a entregar la ciudad a algún otro ambicioso que le dejase gobernarla a su antojo.

El mejor de los hombres para ese cargo hubiese sido el almirante de Galicia, don Alfonso Jofre Tenorio, el hombre que tan bravamente nos había defendido contra los portugueses. Pero, para mi desdicha, el almirante también había muerto en la batalla naval.

Con todos estos problemas, no es de extrañar que no solicitase a mi hermana que volviese a la ciudad; pensaba que era mejor lugar para ella y para Constanza la casa de nuestros padres, en Guadalajara.

***

Las Navidades fueron tristes y húmedas en Lugo. La niebla subía todos los atardeceres desde el río, llenando la ciudad de oscuridad y de silencio. Nunca se habían visto nieblas tan espesas, que decían que albergaban todo tipo de monstruos que engullían a los hombres.

La niña Isabel no permaneció aquellas Navidades con nosotros, yéndose a vivir con su madre, a la que hacía tiempo que no veía. La madre, de igual nombre que la hija, partió para la vecina Mondoñedo a pasar las fiestas con su familia, dejando a Eliseo solo en la ciudad.

Pero Eliseo no creo que se sintiese solo, ya que desde hacía años era uno más en la casa de mi hermano. Mis hijos lo habían confundido con un padre y mi hermano Juan lo trataba como a un igual, aunque Eliseo le siguiese llamando señor.

Constanza me preocupaba. Era una niña asustadiza que ya no tenía edad para seguir durmiendo conmigo, pero yo se lo permitía viendo que era la única forma de que no tuviese pesadillas.

Ya se hablaba de aquel entonces de comprometerla, aunque no hubiese llegado a la edad púber. Los candidatos eran suficientes como para estar pensando en ellos durante todo el invierno, así que dejé que mi hermano Juan fuese quien eligiese el novio.

Eliseo seguía esperando una señal para volver a verme a solas. Se le veía remolonear por la casa sin ningún objeto aparente, esperando encontrarse conmigo por los corredores o las salas. Pero yo le evitaba, ya que temía caer en la dulce tentación de sus brazos.

Salvo doña Marta y Elvira, nadie más en la casa parecía

sospechar lo acontecido entre Eliseo y yo, y procuré no dar pie a las habladurías que tarde o temprano acabarían por llegar a los oídos de mi hermano.

Los días pasaron sin más entretenimiento que los cuentos e historias que contábamos al calor del hogar las frías noches de aquella Navidad. Los muchachos parecían entusiasmarse oyendo las fantásticas historias del reino de Castilla.

Ya entonces la vida de cada uno de ellos estaba encaminada como más tarde llegó a ser. Sancho no sólo quería, sino que sería caballero y el señor de los Castros de Mercelle. Se hablaba de que pronto podría blandir la espada y, además, los conocimientos que le habían inculcado sus maestros, harían de él un buen dueño y señor. Roldán, en contra de lo que pensábamos para él, parecía más encaminado a los libros que a una prelatura, pero ello no era contrario a que el muchacho llevase una intensa vida religiosa que satisfacía a mi hermano. Por ello, ya se pensaba en la casa que el mejor lugar para el muchacho acabaría siendo un monasterio, en el cual podría medrar hasta convertirse en su abad.

El que nos tenía a todos preocupados era Juan el moreno, que cada año que pasaba se convertía en un muchacho más díscolo. Admiraba con veneración a su tío el obispo, pero por otra parte, parecía que disfrutaba contradiciéndolo. Era todo un carácter el muchacho, y a pesar de ello, no comprendía cómo mi hermano Juan le tenía tanto cariño; tal vez soñase con que él podría un día sucederle en la prelatura.

Una noche, ya pasado el año nuevo, Elvira me despertó cuidadosamente y susurró a mi oído:

—Señora, será mejor que vengáis a ver lo que ocurre todas las noches desde vuestra llegada.

A mi lado, Constanza dormía compartiendo la cama conmigo como siempre. No me calcé para no hacer ruido y seguí a mi ama por los pasillos de la casa.

Todos dormían desde hacía horas y en la casa tan sólo se oía el crepitar del fuego de las chimeneas y el crujir de la madera, de la que las termitas comían incansablemente.

Elvira me condujo a su habitación, que era la única de la casa desde la cual se divisaba la puerta del patio que daba a las caballerizas. Me indicó que me asomase por la estrecha ventana.

Abajo, a través de la oscuridad y la niebla, poca cosa se veía, a no ser una sombra que se movía y que me pareció un caballo con su jinete.

—Vedlo —habló Elvira—. El que ahí veis, viene todas las noches

desde que llegasteis. Está esperando a que aparezcáis.

Era Eliseo quien allí estaba.

—Llega cuando todos duermen y os espera más de una hora —dijo Elvira—. No os he dicho nada hasta hoy porque sé que no es vuestra voluntad el volver a verle. Pero me he apiadado de él, como seguro lo estaréis vos. No es un mal hombre y es seguro que os ama. Por eso, señora, me he atrevido a levantaros de la cama para que veáis lo que aquí acontece desde nuestra llegada.

No me enfadé con mi nodriza, porque yo estaba más sorprendida que enojada.

Al ver que en la habitación de Elvira se había encendido una vela, Eliseo acercó su caballo a los muros de la casa e intentó ver qué era lo que sucedía tras la ventana. Sin duda, me había visto, ya que volví a asomarme a ella, mientras él hacía señales de que bajase.

Sin calzarme siquiera, y con el camisón como toda vestidura, bajé a la puerta de los establos y salí a la calle, con la preocupada Elvira siguiendo mis pasos, portando una capa para cubrirme y unos zuecos con los que calzarme.

—Volved pronto —la oí decir entre la niebla—. La casa está llena y alguien podría echaros en falta.

Más tarde supe que doña Marta se había despertado y había bajado hasta las caballerizas, viéndome marchar con Eliseo. Si nos vio, no dijo nada a mi hermano, lo cual le agradeceré mientras viva.

Eliseo no cambió palabra conmigo hasta que llegamos a la casa que nos había acogido en otras ocasiones. Por su cuello caía un sudor frío mientras cabalgábamos. No me di cuenta de su estado hasta que me vi en la alcoba con él. Había bebido y ello se notaba en sus ojos y en sus maneras.

No supo qué decirme cuando al fin estábamos solos y bajo cubierto. Me miró como si fuese la primera vez que nos hubiésemos visto y tras eso me pidió que me sentase.

Sentada en la cama, lo observé luchar con el sudor y los nervios.

—Estoy borracho, señora —me dijo—. No podía vivir así sin vos y el vino ocupó vuestra ausencia.

—No me llaméis señora. Para vos, aquí, en este lugar, siempre he sido María.

Eliseo se acercó a mi lado y tomó asiento, rozándome el costado de mi cuerpo con el suyo.

—Creí que os habíais olvidado de mí —dijo él, cogiéndome las manos—. Me he sentido muy solo desde que os vi partir. No os

volváis a ir, María, aunque no queráis nunca más verme a solas, pero no os vayáis de nuevo.

Me tenía entre sus brazos y olí su aliento lleno de alcohol. Me repugnó el olor y le aparté de mí.

—Mañana espero veros sobrio; ya sabéis que no me gustan los borrachos —le dije con cierta crueldad. Él se quedó a mi lado, avergonzado de su estado, sin osar a abrazarme de nuevo.

Abrí la ventana de la alcoba, dejando que el aire gélido inundara la estancia. Bajé a la cocina, dejándole postrado en la cama con su borrachera. Allí encontré a un soldado bebiendo leche caliente.

El hombre se quedó sorprendido al verme allí, pero enseguida se ofreció a ayudarme. Calentamos agua y leche sobre el fuego del hogar. En los armarios había sal y algunas hierbas que tomé. No estaba muy segura de qué hacer para despejar a Eliseo. Pero me acordé de lo que hacía Urraca cada vez que mi hermano Raúl se emborrachaba.

Llené una taza con agua caliente y le añadí sal, en otra hice una infusión de menta, y la tercera la llené de leche, a la que añadí miel.

Volví a la alcoba. Eliseo seguía postrado, medio dormido. Al verme llegar, se incorporó, y entonces le di de beber el agua caliente con sal. Enseguida vomitó por la ventana todo lo que su estómago tenía.

Se sintió mejor y a continuación bebió la menta, que le limpió el estómago, y la leche, que le dio fuerzas.

Al poco rato, ya estaba despejado en el medio de una habitación completamente helada por el viento que llenaba la estancia.

—Perdonadme, María —dijo, cerrando las ventanas y avivando el fuego. Yo le observaba absorta, viendo sus ojeras y la palidez de su cara, a la que ya volvía el color—. Nunca antes había bebido tanto. Estoy muy avergonzado de haberos ofendido de esta forma.

—No sabía hasta hoy que me estabais esperando todas las noches —le dije—. Elvira se lo había callado. De haberlo sabido antes...

Eliseo vertió agua en una jarra y se sacó la camisa que llevaba. Se lavó el torso y sumergió la cabeza en el agua. El verlo así, medio desnudo, temblando de frío, hizo que me enterneciese. Le sequé con mi capa el agua que corría por su cuerpo y él no resistió la tentación de besarme. El alcohol había dejado su aliento y ahora olía a menta y amor.

Sentí la misma mezcla de placer y del sentimiento de haber

mordido la fruta prohibida que había sentido hacía un año, cuando él me abrazaba y me hacía el amor.

Vio la cicatriz de mi pierna y la recorrió a besos. Me susurraba palabras de amor en mis oídos, me acariciaba el cuerpo y yo no pude hacer otra cosa que corresponderle.

Capítulo XXII

Esa misma noche, al volver a mi alcoba, en la casa de mi hermano, encontré a mi hija llorando. A su lado, Elvira la consolaba diciéndole que yo enseguida volvería. Constanza había tenido una pesadilla y, al no verme a su lado, se asustó todavía más y comenzó a llorar. Su ama de cría salió de la habitación contigua al mismo tiempo que Elvira, que llegó casi después. Así que el ama de Constanza, al verme llegar, supo sin haber oído nada que yo había pasado la noche fuera de la casa.

Ello me inquietó, ya que con aquella mujer eran tres las personas en la casa que sabían que yo tenía un amante, aunque la nodriza de Constanza no sabía quién era, pero no tardaría mucho en adivinar de quién se trataba.

Yo siempre fui un poco miedosa y con tendencia a pensar mucho en mis cosas. Tantas vueltas les daba a los problemas que a veces casi ni podía dormir. Aquello me inquietó bastante y durante más de una semana, la prudencia y el miedo a ser descubierta hicieron que no volviese a ver a Eliseo. Pero lo peor no fue eso, sino que las pesadillas volvieron a mis sueños.

Eran aterradoras, ya que siempre me veía condenada en el Infierno, sufriendo todo tipo de males.

Constanza no se dormía sin que yo estuviese con ella, y yo a su lado aborrecía la hora del sueño, ya que las pesadillas me asaltaban.

Tan sólo volví a citarme con Eliseo una vez más antes de partir para Guadalajara, donde encontraba más reposo que en Lugo. Eliseo quedó tan triste cuando le dije que partía que temí que las lágrimas asomarían en su rostro varonil. Odiaba verlo en aquel estado, que me llenaba de angustia el corazón.

Unos días antes de la marcha, fuimos a ver las tierras de mi difunto marido. Los Castros de Mercelle estaban casi abandonados, a pesar de los esfuerzos que había hecho Juan para que las tierras volviesen a cultivarse.

Desde la muerte de mi señor Edelmiro, la maleza había entrado en los campos y el bosque, en los caminos. Pero no todo era ruinoso. La casa, a pesar de los años, había permanecido en pie, con su torre del homenaje intacta. Ni los campesinos, ni los proscritos habían osado saquearla o usar sus piedras como cantera de otras construcciones. Temían al fantasma de mi marido, que, según la leyenda que llevaba años circulando, moraba en las inmediaciones de la torre.

Salieron a nuestro paso los pocos campesinos que ahora trabajaban las tierras. En comparación con el gran número de ellos que habían tenido los Castros cuando yo moraba allí, parecían una cuadrilla insignificante para cultivar tan grande extensión.

Mi hermano Juan, para darme ánimos, me dijo que las cosas cambiarían cuando Sancho se hiciese cargo de la tierra de su padre, y que con una mano firme que las gobernase, en pocos años volverían a producir lo de antaño.

No me disgustaba la idea de volver a vivir allí, con mis hijos ya crecidos y ajena a todos los tumultos de Lugo, que cada vez se tornaba más difícil para una dama.

Mi hermano Juan, por aquel entonces, estaba casi arruinado por los pleitos que había pagado para recuperar la ciudad. Y para solventarlo, tuvo la feliz idea de poner una sisa a los víveres que entraban en Lugo.

La reacción del pueblo no se hizo esperar y pronto se formaron motines y revueltas que parecían no acabar. Pero Juan ya sabía cómo manejar al pueblo utilizando la dura mano de la espada. No la portaba él, ni mucho menos, ya que nunca fue hombre de armas, como correspondía a su cargo; eran los soldados de Eliseo quienes hacían tan desagradable trabajo, y sobre todo el comendero que había entrado a su servicio en sustitución del recientemente fallecido don Pedro Fernández de Castro.

Mi hermano quedó en enviar un mensajero tres veces al año, uno por Pascua, otro antes del verano y el tercero por San Martín. Gracias a él, nos enterábamos de lo acontecido en Lugo y yo a cambio enviaba noticias de Guadalajara. Cada vez que llegaba el correo, la casa se llenaba de alegría, porque muchas eran las cartas que recibíamos de nuestra familia.

En el mes de julio, cuando recibimos en Guadalajara el segundo mensajero del año, éste me entregó a escondidas una carta de Eliseo. Se la había dado cuando el mensajero ya había salido de la ciudad. Eliseo le esperó en un bosquecillo y allí le dio la carta y unas monedas al correo para que me la hiciese llegar con

discreción, cuando nadie estuviese presente.

La carta era extensa y en ella Eliseo confesaba que esperaba volver a verme antes de la siguiente Navidad. Echaba de menos mi presencia y, aunque tuviese que renunciar a mi amor, prefería tenerme en Lugo y no en la lejana Castilla la Nueva. Me hablaba de su soledad tan sólo atemperada por sus obligaciones con mi hermano y por la instrucción de mis hijos y de mi sobrino. Tanta emoción supuso para mí el leer esa carta que a punto estuve de volver a Lugo, pero mi prudencia evitó tal impulso y me quedé allí, esperando la siguiente carta de él.

Le contesté varias cartas que llevó el mensajero a su nombre con la instrucción de que no se las diese a menos que se encontrase a solas con él. El correo fue muy bien pagado, demasiado, sin duda, para tan sencilla misión.

Las demás cartas eran inquietantes. Mi hermano hablaba en ellas con pesimismo de la situación de Lugo. Los alcaldes le preocupaban, ya que sabía que intrigaban noche y día para hacerle caer de su cargo. Además, en Galicia, el rey había nombrado otro merino mayor, Álvar Rodríguez de la Rocha, que parecía tomar su cargo como una forma de enriquecimiento más que como un servicio a la Corona, impartiendo orden y paz a Galicia.

Mi hermano seguía sin nombrar comendero. No encontraba hombre capaz de desempeñar aquel cargo sin que pudiese tener la tentación de quedarse con la ciudad también y despojarle de la prelatura.

Mis hijos estaban bien cuidados y atendidos, y podía estar tranquila por ello, ya que mi hermano ejercía de padre y de tutor a la vez.

***

Los soldados que contraté para la defensa acabaron por ser un nuevo problema. Eliseo los elegía personalmente cuando se ofrecían. Los juntaba en la fortaleza y les hacía que mostrasen su fuerza o sus habilidades.

Muchos eran los que venían con cartas de presentación de algún otro amo con el que hubiesen prestado servicios. Pero en aquellos tiempos, poco fiables eran aquellas letras, ya que podían fácilmente falsificarlas. Tuvimos un hombre que aseguró haber estado a las órdenes de don Pedro el de la Guerra, y así lo creímos hasta que su viuda y sus hijos pasaron por la ciudad y el soldado ni siquiera los reconoció. Ello le valió el despido y un ejemplar escarmiento en el

yugo que había instalado frente a la fortaleza.

Los castigos eran casi diarios. Poco se ahorcó en Lugo, pero los cepos y las mazmorras del castillo del infante estaban llenos.

Cuando al final llegó María, de Guadalajara, para instalarse en mi casa después de dos años de ausencia, la ciudad le resultó extraña y poco acogedora. María llevaba mal el tener un guardia en la puerta constantemente y el no poder salir sin escolta.

En Galicia habían cambiado muchas cosas en su ausencia. Habían muerto dos arzobispos, Juan Fernández de Limia, y el último de ellos, Martín Gres, cuya figura fue tan insignificante que ni siquiera nos enteramos de que era el arzobispo. El papa Benedicto murió también, sucediéndole Clemente III, lo cual hizo que aquel año tuviésemos muchos lutos y misas que celebrar.

En Santiago moraba ahora don Álvar Rodríguez de la Rocha, al que el rey había nombrado merino mayor de Galicia. Era un hombre vanidoso, procedente de una importante familia gallega, que hacía su antojo por todos lados, ignorando la voluntad de la Iglesia.

Cuando lo conocí, no pensé que el hombre fuese muy inteligente. Recuerdo que tenía un tic en un ojo que le daba aspecto de idiota, haciendo que pusiese nerviosos a todos los que trataban con él.

Eliseo lo cazó a la primera:

—Cuidaros de su compañía —me dijo—. El hombre no es de fiar.

Y claro que no fue de fiar. Muchos problemas me causó.

Todavía no comprendía ni hoy en día comprendo por qué Lugo ha sido tan deseado por poderosos señores, si la ciudad es tan conflictiva y rebelde que ocasiona más quebraderos de cabeza que satisfacciones. Tampoco puede decirse que las rentas que produce sean cuantiosas como para anhelarla de esa forma. Pero sucedía que todos los señores de armas le tenían puesto el ojo, y a la mínima oportunidad, esperaban tomarla.

Supongo que mucho tendría que ver en aquello la posición del concejo, que ofrecería el oro y el moro a cualquier persona que le librase de su obispo.

El concejo se las había apañado para estar en contacto con los mejores y más ambiciosos caballeros de Galicia. Lo mismo que habían ofrecido la ciudad a Biedma, causándome tantos males con ello, se la debieron de ofrecer a muchos otros. Y eso volvió a suceder, salvo que esta vez, el caballero Álvar Rodríguez de la Rocha ni siquiera esperó a que yo me ausentase de la ciudad para

arrebatármela.

Corría el año 1343 de nuestro Señor cuando, alarmados por los rumores que constantemente circulaban, los soldados de Eliseo estaban alertas vigilando las murallas y oteando los caminos.

Era un día claro, sin que hiciese mucho frío. Recuerdo que yo estaba en la catedral con el cabildo cuando Eliseo entró precipitadamente para dar la alarma.

Era el merino mayor de Galicia que se aproximaba a Lugo con un buen grupo de caballeros de armas. Las intenciones que albergaban eran pacíficas, a simple vista, pero más valía desconfiar.

Su alto rango hacía que pudiese entrar en cualquier ciudad gallega que se le antojase sin tener que preocuparse de pedir permiso.

—Sabed que tengo a todos mis hombres alertados por si el merino no viene con buenas intenciones —me dijo mi mayordomo.

A continuación, salió de allí para dirigirse a las murallas, donde vigilaría la entrada de Álvar Rodríguez.

Mi familia quedó recluida en la casa obispal por consejo de Eliseo. Por aquel entonces, María ya había vuelto para instalarse con nosotros, habiéndose traído a Constanza con ella.

Recibí a Álvar Rodríguez de la Rocha en la plaza de la feria. A mi alrededor se situaron los miembros del cabildo y protegiéndonos a todos, los soldados.

Eliseo no dejó entrar a todos los hombres que acompañaban al merino; tan sólo penetraron en el recinto amurallado diez hombres armados.

Por mi espalda, un sudor frío me recorría, pensando que aquella inesperada visita era muy sospechosa. Los hombres como el merino, en virtud de su rango, hacían anunciar con varias horas e incluso días sus visitas a las ciudades. Pero esta vez no fue así, sino que nos tomó por sorpresa.

El hombre entró en la plaza montando su caballo.

Su figura no era suficiente como para infundir temor. El hombre me era ya familiar, ya que hacía años lo había conocido, cuando, recién llegado a Galicia, el caballero, que podía jactarse de ser uno de los favoritos del rey, había accedido a la categoría de adelantado mayor de Galicia.

Su carrera política no había parado de crecer desde entonces. Si bien en otros tiempos don Pedro Fernández de Castro había ejercido como mandamás de aquellas tierras, haciendo de su espada su forma de vida, ahora que don Pedro había muerto, Álvar Rodríguez

pretendía aterrorizarnos tanto a los obispos como a los grandes señores.

Era un hombre bajito que abusaba de permanecer sobre su montura para dar la impresión de ser más alto de lo que era; por ello no descabalgó al verme, sino que me saludó cortésmente desde el caballo. Tras ello, le interrogué sobre sus intenciones.

—Vengo a veros porque los procuradores así han requerido mi presencia —dijo.

Los procuradores de la ciudad eran por aquel entonces don Rodrigo Alfonso y Arias Fernández; este último era el que ejercía de vidriero. Yo sabía que los procuradores llevaban varios días sin ser vistos por la ciudad; sin duda, habían partido a entrevistarse con el merino mayor.

Los procuradores salieron entre la multitud que nos rodeaba. Habló Arias Fernández, el vidriero:

—Bienvenido seáis, noble don Álvar Rodríguez de la Rocha —el procurador estaba acompañado de los tres alcaldes—. Veo que al fin os habéis decidido a darnos ayuda.

Yo me quedé sorprendido al oírle, no sabiendo de qué ayuda se trataba. Eliseo apareció al fondo de la plaza y se acercó a mi lado. Sus soldados fueron rodeando al merino, que todavía no había descabalgado.

—Sí, así es —dijo don Álvar Rodríguez—, vengo a prestar ayuda al pueblo que tan mal gobernáis.

En aquel momento, vi por la expresión de mi mayordomo que el merino albergaba deseos de empezar una lucha.

—Atrás, poneros tras de mí —oí que Eliseo me decía, a unos pasos de mí. Yo le iba a obedecer, pero en ese instante, uno de los soldados del merino se situó a mi lado y rápidamente, sin dejar que nos diésemos cuenta de lo que sucedía, puso sobre mi cuello un puñal.

—Si se mueve alguien, mataré al obispo —dijo el soldado del merino, mientras que agarraba con una mano mi cuerpo a la altura del pecho y con la otra apretaba su puñal contra mi cuello, produciéndome una cierta sensación de ahogo.

El puñal estaba afilado, y al rozar éste contra mi carne, la sangre empezó a correr. Por fortuna, el filo no había profundizado mucho en mi cuello, produciéndome tan sólo un rasguño, pero fue suficiente como para alarmar a todos.

No sé en qué pensé en aquellos momentos. Miré la cara de Álvar Rodríguez, una cara victoriosa sin duda por la hazaña que había

logrado. Ya a mi lado estaba Eliseo, que al verme apresado por el soldado se quedó petrificado, sin saber muy bien qué hacer.

Después de unos breves gritos de sorpresa, la plaza permanecía expectante.

—Ya lo habéis oído —dijo el merino sobre su caballo—. A una orden mía, el obispo será degollado.

El hombre miraba en todas direcciones, pendiente de los soldados de Eliseo, y dirigía miradas amenazadoras a los miembros del cabildo, que miraban aterrorizados, temiendo por mi vida.

Mi mayordomo seguía pensando lo que podía hacer. Al verme en aquella situación, pendiente mi vida de sus actos, se volvió al merino, que todavía seguía sobre su caballo, y le dijo:

—Soltadlo o no saldréis vivo de la ciudad. Sois tan sólo diez hombres contra toda una guarnición.

—Pero si el obispo no hace lo que yo le ordene, lo mataré. ¿Y de qué os valdrá entonces vuestro valor? —le respondió Álvar Rodríguez.

Los soldados que rodeaban al merino con las espadas en alto hacían imposible acercarse a éste. Habían formado un círculo y el soldado que me tenía preso me arrastró hacia él.

Me empujó hacia Álvar Rodríguez, que en el centro del círculo, montado a caballo, dominaba la plaza. Detrás de los hombres del merino dejé de ver a mi mayordomo y a los miembros de cabildo. Pero, aun sin poder verles, intuía lo que estaba pasando en la plaza.

—Entregad la ciudad, obispo Juan —dijo uno de los procuradores, al que identifiqué como Arias Fernández, el vidriero —. Os doy mi palabra de que ni vos, ni vuestra familia sufriréis ningún daño.

—Está bien —dije yo, esforzando mi voz para no parecer atemorizado—, pero soltadme.

Pensé cuán fácil había sido tomarme preso que sentí más rabia que temor. Allí estaba yo, todo un obispo, humillado por aquel hombre al cual yo aventajaba en número de soldados.

—Ordenad que entren mis hombres en la ciudad —le dijo el merino a Eliseo—. No quiero que se produzcan desórdenes, mayordomo, así que ya sabéis qué hacer.

—Primero, soltad al obispo. ¿Cómo podré fiarme de que vos no le mataréis? —gritó Eliseo con una voz terrible que hasta a mí me asustó por su fuerza.

En la plaza, la chusma había empezado a escabullirse, temerosa de que comenzase una batalla que les arrollase.

Los hombres del merino hablaron entre ellos; estaban discutiendo la forma mejor de llevar el asunto. Tras un rato de consultas, don Álvar Rodríguez volvió a hablar:

—Está bien, dejaré que la familia del obispo salga de la ciudad. Vos mismo podéis escoltarla hasta donde os plazca. Luego, entrarán mis hombres y soltaré al obispo.

Al oírlo decir esto, intenté deshacerme de mi captor, pero el movimiento me recordó que tenía un puñal al cuello que podía acabar con mi vida.

La situación era tan desesperada que ordené a Eliseo que hiciese lo que le decía.

Fue en busca de mi familia, sacándola a toda prisa de la casa, sin darle tiempo siquiera de coger sus cosas o de dar una explicación.

Yo, mientras, esperaba en la plaza su vuelta, temeroso de que el merino no cumpliese con su palabra. A mi lado, los soldados de Álvar Rodríguez empezaron a burlarse de mí.

—En qué mala situación os encontráis, señor obispo. Parecéis asustado —me decían los mercenarios del merino.

Álvar Rodríguez, al verlos así y oír los improperios y ofensas a mi persona, reía y les dejaba hacer.

Pasaron horas hasta que Eliseo volvió a la ciudad.

Las puertas de Lugo seguían cerradas y ninguno de los hombres del merino las había traspasado por el momento.

Mientras tanto, me habían llevado a la taberna del alcalde Ruy Jiménez, donde me tenían preso, con mi constante verdugo con su puñal en mi cuello.

En la puerta de la taberna se aglomeraba la chusma, que esperaba ver el desenlace de aquella trampa. Los alcaldes los mantenían a raya, ordenando que nadie más entrase para ver el espectáculo del obispo preso. El merino, de excelente humor, bebía con los procuradores, festejando el haber tomado la ciudad.

—Tan fácil como me prometisteis —le oí decirles.

—Os agradeceremos de por vida el habernos librado del obispo Juan. Ya creímos que se iba a instalar aquí por siempre —le contestó el procurador, Arias Fernández.

El vidriero, medio borracho, con las mejillas reventándole de color, se balanceaba de un lado a otro con su silla. Me miraron y se rieron.

— ¿Y qué dirá el rey si este pájaro le va con el cuento? —le preguntó el alcalde Ruy Jiménez al merino.

—Nada, ¿qué queréis que diga? ¿Acaso no sabéis que soy su

favorito? Dudo que vuelva a recibir al obispo. En la corte, se ha ganado fama de pesado, y se librarán de él en cuanto lo vean.

El merino hablaba de lo que había acontecido un año antes, cuando estuve vagando por la corte durante seis meses, intentando que el rey reconociese mis derechos.

—Matémosle —dijo el procurador Arias Fernández—, así acabarán nuestras desgracias —y diciendo esto, me miró con ojos asesinos.

Yo me estremecí, porque al ver aquella mirada supe que era capaz de hacerlo.

—Ni hablar —le respondió el merino—. Yo no pienso tener la muerte de un obispo sobre mi conciencia. Iría al Infierno de cabeza. ¿Y vos?, ¿por qué no lo hacéis vos? —le preguntó al procurador.

—No soy un hombre de armas. Ya veis que no empuño espada. Soy artesano, no guerrero —le respondió el procurador, escabulléndose de la responsabilidad.

Yo pensé que era bueno ser obispo, porque de haber sido un caballero, mi cabeza ya habría rodado por el suelo. No me quedó más consuelo que rezar en silencio al Señor, ya que a mi verdugo, que seguía con el puñal en mi cuello, parecía que le molestaban los rezos en voz alta.

Al cabo de un rato, que se me hizo eterno, llegó Eliseo a la taberna.

Cuando abrió la puerta, dejó pasar el rumor de la chusma que esperaba en la puerta el desenlace de la situación. Entró solo, sin más compañía que la espada que portaba a la cintura.

—Señor obispo, vuestra familia está a salvo. Tan sólo quedáis vos —dijo, dirigiéndose a mi persona. Luego, se volvió al rincón en el que bebía el merino—. Debéis dejarlo marchar, don Álvar Rodríguez.

—No tengáis tanta prisa —le respondió el merino desde el final de la estancia.

A mi alrededor estaban los miembros del concejo, junto con los procuradores que habían planeado todo aquello. Los hombres armados de Álvar Rodríguez hacían que la sala pareciese atestada. A punto estuve de desmayarme a falta de aire y lleno de sed. Mis captores no se apiadaron de mí y el verdugo que sostenía el puñal no se tomó un descanso en todo aquel tiempo.

—Primero, habéis de rendirme la ciudad —le dijo el merino a mi mayordomo—; luego soltaré al obispo.

Eliseo portaba las llaves y la enseña de la ciudad, que había

tomado de mi casa. Se las entregó al merino con un desprecio infinito, dejando que cayesen ante sus pies.

Álvar Rodríguez las miró como si de un trofeo se tratase.

—Ahora, dejad las armas en el suelo —volvió a hablar el merino, dirigiéndose a mi mayordomo.

—Primero, soltadle —dijo Eliseo—. Si dejo las armas, estaré a vuestra merced. Debéis dejarme la oportunidad de salir de la ciudad con mis hombres.

Los hombres del merino le hablaron al oído, aconsejándole sobre lo que podía hacer.

—Está bien —habló al cabo de un rato—, pero habréis de dejar a los hombres que me esperan fuera de la ciudad que entren.

Se pactó que a la vez que los soldados del merino entrasen en la ciudad, los de Eliseo saliesen de ésta. Tan sólo cuando el último hombre de mi mayordomo abandonase el recinto, me liberarían a mí.

Era arriesgado, ya que tan sólo teníamos la garantía de la palabra del merino, y seguramente la palabra de aquel canalla valía poco.

Al anochecer, la ciudad quedó vacía de toda presencia de los hombres de Eliseo. Tan sólo quedaba Eliseo a mi lado para acompañarme cuando me liberasen.

Mi verdugo me llevó hacia la puerta de Santiago y allí, en la puerta, apartó el puñal de mi cuello, dejando que me fuese a lomos del caballo que Eliseo había preparado para mi huida.

Así que volví a perder la ciudad de una forma humillante, sin siquiera presentar batalla.

Capítulo XXIII

Había pasado la peor noche de mi vida. No había logrado conciliar el sueño entre aquellos improvisados colchones de paja que los criados habían hecho, dejándolos en el suelo de la torre de Edelmiro.

Angustiado por el hecho de haber perdido la ciudad, me negaba a abrir los ojos, pero no quedó más remedio. Miré a mi alrededor, intentando desperezarme. Desde mi perspectiva, la torre de Edelmiro parecía la casa de un eremita.

Las paredes del torreón, que llevaban varios años sin habitar, estaban desnudas y llenas de musgo. Los techos parecían derrumbarse sobre los recientes habitantes y la termita se oía por todas partes, sorprendiéndome de que no hubiesen dado ya buena cuenta de toda la madera de los suelos y los techos.

Abajo se oían los niños, jugando en la era. A mis sobrinos, nuestra nueva situación parecía divertirles. Pero a mí me atormentaba.

Eliseo había sacado a mi familia de la ciudad la tarde anterior. Sin mejor lugar al que llevarles, los condujo camino de los Castros de Mercelle, donde sin duda estarían a salvo del merino mayor de Galicia.

La torre y lo que quedaba de las edificaciones acogió a mi familia, que cuando llegué ya estaba instalada y esperándome.

Habían hecho una gran hoguera nada más llegar. Doña Marta había ordenado a los criados que recogiesen leña y agua; los había tenido trabajando en adecentar la torre hasta que yo llegué, ya entrada la noche.

Poco era lo que había para comer. Era tarde para cazar alguna pieza y la noche no permitía que se recolectase alguna fruta del monte. Por fortuna, era otoño y había un nogal en la era que proporcionó una improvisada cena.

Mi hermana y mis sobrinos estaban exhaustos después del

fatigoso viaje, pero me esperaban despiertos alrededor de la hoguera.

Eliseo tan sólo los había conducido varias leguas después del puente que atravesaba el río Miño y les había dejado varios soldados para que les escoltasen con tranquilidad hasta los Castros de Mercelle. Viéndoles en el buen camino, les dejó para volver a la ciudad a por mí.

Ya había pasado bastante tiempo. Había anochecido y más tardamos en salir de la ciudad, ya que hubo que esperar a que todos sus soldados saliesen de Lugo para que entrasen los del merino mayor.

Al llegar al fin sano y salvo a las tierras de mi hermana, me recibieron con cara de alivio, porque ya me creían muerto. Alrededor del fuego, y después de que calentase mi estómago con un tazón que doña Marta puso en mis manos, la familia me puso al corriente de la situación.

Al verse así, repentinamente desalojados de la casa obispal, poco habían salvado en su improvisada huída. Pero salvaron lo más importante: el dinero ahorrado en el último año de obispado y que principalmente era debido a la sisa sobre los bienes que mandé implantar, y que fue causa de muchas riñas con el concejo.

Doña Marta y María, que sabían dónde se guardaba el dinero en la casa, sacaron los sacos con las monedas y los escondieron debajo de sus faldas, atándolos para que no se cayesen. Como no podían portar más sin que ello les delatase, cosieron el resto a la ropa de mis sobrinos y de esta forma salvaron el dinero que había en la casa.

Los soldados del merino ni siquiera sospecharon que las mujeres y los niños llevaban tal cargamento debajo de sus ropajes, y los dejaron marchar, pero no sin antes arrebatarle a María la cruz de oro que portaba sobre su pecho.

Ella protestó por tal despojo, pero como no se atrevieron a registrar sus ropajes, pronto calló para no llamar la atención sobre su persona.

Eliseo tuvo que presenciar, impotente, cómo la plebe de la ciudad abucheaba a mi familia camino del destierro. No les prestó atención, ya que tenía que apresurarse a sacarlos de la ciudad antes de que Álvar Rodríguez cambiase de opinión y acabase por matarlos a todos.

La chusma les tiraba piedras y les escupía a su salida, mientras que mis sobrinos miraban aquellas caras y juraban vengarse de la humillación a que les estaban sometiendo. Todavía hoy deben de

recordarlo, porque para ellos, ser arrojados así de la ciudad fue toda una prueba de fuego.

Lo importante era que todos estábamos a salvo, con el dinero y la protección que constituían aquel torreón y los soldados que había traído Eliseo.

A la mañana siguiente, una vez que bajé al salón principal, me encontré la casa llena de actividad.

Doña Marta dirigía los quehaceres de todos. Tan ocupada estaba que no se dio cuenta de mi presencia hasta que yo llevaba un buen rato viéndola ir y venir por el salón y las cocinas. Cuando se percató de que yo la observaba, ordenó que me diesen un vaso de leche, que se calentaba en la lareira.

Habían conseguido arrebatarle a uno de los campesinos que moraba en aquellas tierras, y que en definitiva era un vasallo de María, una vaca que dio leche para que todos desayunásemos, todos menos los criados, que tuvieron que buscar otro alimento.

Los criados ya habían limpiado el salón de los excrementos de animales que habían morado todos aquellos años en la torre. Parecía que se había refugiado allí toda una manada de lobos que huyó al vernos llegar. En los rincones se acumulaban pajas que hacían de nidos o de cubiles para los animales hasta aquel momento.

En la chimenea ardía ya un buen fuego que doña Marta vigilaba como si fuese su bien más preciado.

Afuera, en el campo, había varios hombres charlando con Eliseo. Planeaban cómo reconstruir las murallas de la fortaleza para poder defender a todos por si llegaba el caso de que el merino ambicionase también aquellas tierras.

Al verme llegar, preguntaron respetuosamente por mi estado, y al verme sereno y dispuesto a discutir la mejor forma de recomponer mi nueva situación, me contaron sus proyectos de defensa.

Tuve que llamar a Martín Salvatierra para que reanudase las obras de la fortificación. Ahora que los Castros de Mercelle iban a ser mi improvisada morada, debía de defenderla adecuadamente.

Los criados y los soldados vagaban por los alrededores, algunos buscando leña y agua, y otros sin nada que hacer. Pero en poco se acabó la vagancia y todos encontraron una faena. Pescaron y cazaron durante el día para encontrar sustento para todos.

La vida poco a poco fue recobrando su orden y a las pocas semanas de llegar ya no se temía por nuestra supervivencia.

El dinero que se había salvado fue suficiente como para comprar ganado y simiente para cultivar la tierra. Me convertí en un terrateniente, yo, que cuando llegué a aquellas tierras no sabía distinguir el canto de un mirlo del de un grajo.

Pero de todo hay que hacer en esta vida para ganarse el sustento, y ni corto, ni perezoso, acabé por sacarle rendimiento a la tierra.

María parecía la menos afectada con nuestra nueva situación. Ella ya había pasado sus largos años en la tierra de su marido y fue de gran ayuda para saber las mejores tierras para el cultivo y los cotos de caza donde se escondían las mejores piezas. Gracias a su conocimiento de la tierra, llegamos a tener la mejor cosecha que ella recordara, aun contando las que había logrado el difunto Edelmiro.

Llenamos los campos de colonos, que, a cambio de sus brazos, permitíamos morar en la tierra. Los campesinos eran más fáciles de gobernar que los habitantes de Lugo, y en cierta forma, aquel año se convirtió en un descanso, y pocos quebraderos tuve que pasar para hacerme de respetar.

Eliseo se acabó ocupando de la buena marcha de la tierra. Entre él y doña Marta hacían que mi familia gozase de un merecido descanso después de tantos años de preocupaciones. No me hubiese importado seguir así de por vida, pero al llegar el invierno, yo ya tenía la intención de recobrar mi ciudad, fuese como fuese. No me podía resignar de aquella forma. Siempre he pecado de ambicioso, lo reconozco.

Tanta paz no estaba hecha para mí. Puede que ahora tan sólo sea paz lo que desee, después de tantos avatares, pero entonces, el silencio del campo y la compañía de las visitas que hasta allí se acercaban fueron insuficientes y acabaron por impacientarme.

Andaba de un lado a otro de la casa como un lobo enjaulado, y cuando visitaba los campos, la sola idea de conversar con los campesinos sobre las cosechas y simientes me aburría hasta lo indecible. No desconocía esas tareas, porque gran parte de mis días de obispo los pasaba vigilando las numerosas tierras que pertenecían a mi señorío, pero a ello se unían muchas más tareas en la ciudad, ya fuese con el cabildo o las relacionadas con el gobierno de Lugo. Todo ello contribuía a que mi vida careciese de monotonía, pero ahora, recluido en el campo, con la única ambición de sacar una provechosa cosecha, la vida se me hacía terriblemente aburrida.

Y lo extraño era que al resto de mi familia poco parecía

importarle vivir en el campo. Parecía que no echaban de menos la ciudad para nada.

Como María decía, ya estaba bien de tanta escolta que los seguía por todas las callejas y no les permitía llevar una vida normal. He de reconocer que tenía, en parte, razón, porque la ciudad se había vuelto hostil y extraña en los últimos años.

Mis sobrinos podían trotar libremente por los campos y vagar por los bosques sin más preocupación que encontrarse un jabalí, lo cual para aquellos inquietos muchachos hubiese sido toda una suerte, gustándoles como les gustaba la caza.

Eliseo parecía más tranquilo y relajado de lo que había estado en su vida. Llevaba la hacienda como si hubiese nacido campesino, poco a poco fue recobrando el color en sus mejillas y su carácter dejó de ser tan reservado y serio. Hasta se atrevía a bromear con mis sobrinos, cosa que en otros tiempos me hubiese parecido imposible.

A los pocos días de su partida, salió de la ciudad su mujer Isabel. Hasta que la vimos aparecer, nadie se había acordado de ella. La verdad es que Eliseo, al sacar a mi familia de la ciudad cuando me amenazó Álvar Rodríguez de la Rocha, se había olvidado de que tenía una mujer que podía correr peligro si la dejaba en la ciudad. No se lo reprocho, porque Isabel era tan insignificante que dudo que los lucenses se hubieran percatado de que la mujer del mayordomo del obispo seguía en la ciudad. Así que la mujer salió de Lugo a los dos días de nuestra partida, sin saber muy bien adónde dirigirse y portando tan sólo lo que podía acarrear sobre sus espaldas.

Tenía intención de volver con su familia, que moraba en Mondoñedo, con la esperanza de que tuviesen noticias de dónde estaban su marido y su hija. Pero no tuvo que andar mucho para saber lo que todos sabían: que su marido se hallaba en los Castros de Mercelle junto con el obispo. Y hasta allí se fue, esperando que la acogiesen.

Cuando Eliseo la vio llegar, vi el asombro en su rostro y la vergüenza de haber dejado abandonada así a su mujer, a la merced del Merino, que la podría haber tomado prisionera. Isabel abrazó a su hija, a la que poco veía desde que había entrado en mi casa como dama de compañía de Constanza. La pobre mujer se echó a llorar al vernos a todos y le reprochó a Eliseo el haberla abandonado de aquella forma.

No era para menos. Por eso medié por ella y uní mi reprimenda a la de la mujer, mientras el pobre Eliseo bajaba el cabeza,

avergonzado.

El matrimonio se acabó instalando con su hija en una de las edificaciones que a modo de albergue había sido habitada en su día por los sirvientes de la casa. Debía de ser en muchos años una de las pocas ocasiones en las que la familia de Eliseo vivía junta. Pero la situación, tal y como se veía venir, no duró mucho tiempo. Isabel acabó abandonándole para ir a vivir con sus padres a Mondoñedo.

No se puede decir que eso dejase a Eliseo sumido en la tristeza. Nada más saber que su mujer se iba a vivir a Mondoñedo, pareció respirar tranquilo. Isabel tenía su consentimiento. A ella tampoco le importó que su hija Isabel se quedase con nosotros.

Una vez instalados, me dispuse a no perder contacto con la iglesia de Lugo. En realidad, no se celebraba una misa en la ciudad ni un bautizo, ni un entierro sin mi consentimiento.

Diariamente, venía a la casa algún miembro del cabildo, cuando no lo podía hacer el deán Fernando, que debido a su avanzada edad nos visitaba tan sólo una vez cada dos semanas.

El cabildo, obediente a mis órdenes, me informaba de los acontecimientos de Lugo y partía con instrucciones muy concisas en cuanto a los responsos, absoluciones y comuniones que debía de dar.

Los miembros del concejo, con el merino y los procuradores incluidos, tenían prohibido terminantemente pisar el suelo de la catedral. Como no osaron aparecer por allí en todo ese tiempo, no hubo conflicto con los clérigos, pero de haberse empeñado, no hubiese habido forma de evitarlo. Además, ni ellos, ni su familia recibieron en aquel tiempo comunión de mano de los clérigos. No sé si ello les atormentaba, pero seguramente les ocasionaría remordimientos.

Como todo lo que se refería a la jurisdicción eclesiástica no se realizaba sin mi permiso, parecía que realmente el obispo seguía gobernando la ciudad. Pero era un gobierno tácito, hasta que el merino se enojase y dijese que ya estaba bien de que me entrometiese en su ciudad. Y ello podía ocurrir cualquier día.

Así que encontré ocupación despachando órdenes y consejos hacia la ciudad. Otra cosa ocurría con los impuestos que no podía recaudar, ya que el merino los tenía confiscados, siendo él quien cobraba todas mis rentas. El ambicioso Álvar Rodríguez debió de juzgar que los tributos eran demasiado bajos para sus aspiraciones y decidió subirlos. Ello, según me contaron los miembros de cabildo, enfureció a los alcaldes, que por aquel entonces ya debían de estar arrepentidos de tener que aguantar a aquel hombre que les ignoraba

y les trataba sin mucho respeto.

Pasaron los meses entre aquel tedio. Al llegar el verano del año 1344 tenía más panza de la que había tenido jamás. La inactividad contribuía a que engordase. Temí que acabaría con la gota, enfermedad de todos los obispos que pasan el día sentados y comiendo, pero aquellas molestias en la punta del pie desaparecieron cuando decidí que ya era hora de reunir mi dinero e ir a la corte a suplicar por mi ciudad.

La cosecha había sido buena y produjo bastante dinero, así como los animales que habían nacido y engordado durante el invierno. Pude contar con beneficios suficientes como para mantener el gasto de dos o tres meses en la corte, incluidos los regalos y agasajos que tendría que hacer para ganarme la confianza del rey.

Tenía mucho en mi favor, ya que no era la primera vez que el rey reconocía mi propiedad. Pero tenía que contar con que, en esta ocasión, el usurpador era nada menos que Álvar Rodríguez de la Rocha, favorito del rey en su juventud.

Allí me fui, prácticamente solo, con la escolta de unos cinco soldados. Eliseo se quedaba a cuidar de la casa. Estando tan cerca Lugo, era de temer que el merino mayor decidiese hacernos una visita, lo cual hubiese sido terrible.

La fortaleza estaba acabada. Martín Salvatierra había trabajado duro para que los muros que rodeaban la torre del homenaje estuviesen listos para el verano. Ahora, la torre tenía más aspecto de castillo que nunca y podía ser fácilmente defendida. Si el difunto Edelmiro la contemplara, seguramente estaría muy orgulloso de ella.

Recuerdo que fue en aquel año cuando murió el arcediano de Lugo, don Juan del Campo, dejándome preso en la tristeza. No me enteré de su muerte hasta ya pasado un mes y creo que fue una casualidad que, estando aislado en el campo, sin mucho contacto con el mundo, me llegase a enterar de lo acontecido.

Después de su muerte, recibí una carta con su firma. En ella me confesaba que esperaba pronto su muerte y que había decidido ponerse en paz con Dios. Así que me contó que el espía que tantos años había buscado en la ciudad no era otro que él. El arcediano informaba regularmente de mis actos al difunto arzobispo Juan Fernández de Limia.

Don Juan del Campo sabía mucho de mi vida. Recordé entonces nuestra frecuente correspondencia, en la que yo le contaba muchas cosas que acontecían en Lugo. Lo había considerado como un gran amigo, pero había traicionado mi confianza.

***

La segunda vez que llegué a la corte, ya con mi experiencia anterior, me fue fácil saber con quién tenía que hablar y tratar para que fuese oído lo antes posible. No me supuso mucho tiempo el recuperar de nuevo el reconocimiento del señorío de la ciudad.

Recuerdo que era otoño y el rey se alojaba en Segovia.

Fueron apenas tres semanas las que permanecí alrededor de los consejeros del rey, hasta que una mañana, el rey, que despachaba con sus secretarios, me recibió, y no sorprendido por lo que le comuniqué, reconoció mis derechos.

El rey Alfonso sabía perfectamente de las andanzas del merino mayor de Galicia. La mayoría de los antiguos favoritos del rey habían acabado por gobernar en sus dominios como si de reyezuelos se tratase, y esto le molestaba. No puso ninguna pega en reconocer lo que era justo y creo que lo hizo con cierta satisfacción, como para recordarle a Álvar Rodríguez que él era su rey, además de su amigo.

Volví así habiendo gastado menos de lo previsto.

Lo único que tuve que prometerle al rey era que la vida de los miembros del concejo no correría ningún peligro hasta el día uno de marzo; es decir, que asegurase las vidas de aquellos rufianes. La razón de la petición del rey fue porque, por aquel entonces, a la corte había llegado el procurador de Lugo, don Rodrigo Alfonso, que andaba también metido en pleitos para que el rey reconociese los privilegios del concejo de Lugo.

Ni que decir que el rey acabó también por escuchar a aquel majadero, que pretendía que el concejo recobrase sus antiguos privilegios, que dudo que se hubieran aplicado alguna vez.

El caso fue que si por una parte el rey no le hizo mucho caso al procurador, reconociéndome el señorío de la ciudad, por otra, acabó pidiéndome que no tomase venganza de los miembros del concejo, miembros que escribió en una lista, en la que casualmente omitió el nombre de los dos procuradores de la ciudad. La fecha que el rey fijaba para el vencimiento de tal seguro de los miembros del concejo era el día 1 de marzo del año siguiente.

Antes de marcharme, en la corte conocí a un hombre interesante, que andaba sin mucha ocupación alrededor del bastardo del rey don Enrique de Trastámara.

El rey había concedido a su primogénito con Leonor de Guzmán el condado de Trastámara. Sus otros hijos bastardos habían sido favorecidos también por la mano del monarca, que los había

encumbrado hasta lo posible para un hijo ilegítimo.

Por aquel entonces, la corte respiraba al compás de los enfrentamientos entre los bastardos reales y el infante don Pedro, único heredero legítimo de la corona de su padre, el rey Alfonso.

No es necesario contar las trifulcas entre ellos y el recelo con el que don Pedro miraba a los bastardos de su padre; no se le podía reprochar al joven infante.

Al lado del conde de Trastámara, don Enrique, siempre estaba un hombre que le seguía como una sombra; en realidad, podía decirse que era una sombra por lo morena que era su piel y por lo oscura que era su ropa. Se trataba de Ruy Suárez, el comendero del conde don Enrique, y que nada más conocerle se me pareció el hombre que llevaba tiempo buscando.

Indagué por la corte para saber los dineros que requerían sus servicios. Tenía la intención de que fuese mi comendero, en sustitución de don Pedro el de la Guerra, al que ya era buena hora de encontrarle un sustituto.

Llegamos a un acuerdo que me satisfizo. El tal Ruy Suárez parecía dispuesto a acompañarme a Lugo para recobrar el gobierno. Iba a ser su primera misión como comendero. Con él se vendría un buen número de mercenarios.

Cuando entramos en las tierras de Galicia, se nos unieron más soldados que le conocían y que él había solicitado para hacerle frente al merino que había usurpado mi ciudad. No podía creer mi suerte. Con aquel ejército, lograría pronto echarle de la ciudad y recobrar el orden.

Si he de ser sincero, el merino debió de huir de miedo cuando supo lo que se le avecinaba. Ni siquiera se llevó a sus hombres, abandonándolos a su suerte en la ciudad.

Huyó de noche. Salió por una de las puertas, con la poca escolta que le seguía a todas partes, y nadie se percató de ello hasta que ya llevaba varias horas a galope por los campos de Dios.

Nunca más le volví a ver. Tras ello, tan sólo tenía ciertas noticias de que seguía haciendo de las suyas, pero con mayor mesura, debido a que el rey le tenía avisado de que no podía actuar a su antojo.

Los soldados de Álvar Rodríguez, al ver que su jefe había huido, hicieron otro tanto, dejando al concejo y a los procuradores desvalidos ante mi ira.

Al llegar a Lugo, salieron a recibirme los miembros del cabildo y todos los clérigos que vivían en la ciudad. A mis espaldas, mi nuevo comendero, Ruy Suárez, les vigilaba y preguntaba cuál era la

categoría de cada uno. Era un hombre obsesionado con el protocolo y la situación personal. De hecho, a los que consideraba inferiores, ni siquiera los miraba, ni los mencionaba en una conversación, hablando de ellos como si de esclavos moros se tratase.

Aquella manía suya de saber quién era quién y el rango que ostentaba me acabó llamando la atención. Creí en un primer momento que, lejos de su apariencia, el comendero era un hombre proveniente de una grande y respetada familia, y de ahí el cuidado que tenía en relacionarse con los demás. Pero por lo que pude saber, lejos de lo que pensaba, Ruy Suárez no tenía linaje, y además parece ser que se rumoreaba que su padre tenía un pasado oscuro sobre su haber, diciéndose que era de ascendencia mora.

A mí, la verdad, poco me importaba la ascendencia de aquel hombre y sus extrañas manías de darse tanta importancia y pompa. Mientras cumpliese con sus deberes, poco me interesaba lo que escondiera detrás de aquella cara tan salvaje. Porque en eso estábamos todos de acuerdo: don Ruy Suárez tenía un rostro capaz de hacer temblar de miedo a cualquiera, sobre todo cuando elevaba una de sus cejas y sus ojos se clavaban en uno.

Al llegar a Lugo, pocos más que los ya citados salieron a mi paso. No fue un gran recibimiento. Detrás, a pocas leguas, venía Eliseo, escoltando a mi familia y a los criados de mi casa. Mi hermana no parecía feliz de instalarse de nuevo en la ciudad, y mis sobrinos tampoco, ya que no echaban de menos a sus antiguos amigos.

Los soldados del comendero entraron en la ciudad y procuraron divertirse a costa de todos los vecinos. Se comportaron como los amos y tuve que suplicarle a don Ruy Suárez, yo, todo un obispo, suplicando a aquel hombre, que los mantuviese a raya, porque ya estaban saqueando algunas casas de mis vasallos.

Pero no hacían más que cobrarse con aquel botín la paga que su señor les había prometido: una ciudad en la que podrían tomar lo que quisiesen sin que nadie les juzgara por ladrones. Así que no tuve más remedio que dejarles hacer, en vista de que eran imparables. Saquearon y violaron, y en las calles, los vecinos organizaron barricadas y parapetos para repelerlos, llevándose a cabo una batalla campal en el radio de las murallas.

Al día siguiente, amanecieron hartos de tanto pillaje, hicieron sus petates y se despidieron una vez que llenaron las alforjas con todo lo de valor que pillaron.

El comendero Ruy Suárez se fue con ellos, prometiendo volver a socorrerme si volvía a tener problemas con el concejo o con

cualquier señor ambicioso.

Yo pensé que si cada vez que tenía problemas tendría que pagar con el saqueo de la ciudad, poco me compensaba el llamar a Ruy Suárez.

Me quedé con la más segura compañía de los soldados que había contratado Eliseo. Muchos de ellos estaban a su servicio desde que me habían nombrado obispo, años atrás.

Lo poco que quedó en pie en mi casa se reparó. En la puerta todavía deben de estar las marcas de las trifulcas de aquel día. Los soldados se ensañaron con ella. Pero la puerta, recubierta de hierros transversales tras la madera de su fachada, parecía ser imbatible a todo ataque. Tal vez llevase allí cien años y creo que todavía conocerá a muchos obispos antes de que la echen abajo.

Al poco, pensé que ya que la taberna del alcalde Ruy Jiménez era el centro de reunión de todos los que profesaban algún odio a mi persona, debía de cerrarse para siempre.

Tuvo suerte el alcalde de que no la mandase quemar. Tan sólo tapié su puerta y ventanas, creyendo que si no podía servir de reunión para el concejo de la ciudad, no me plantearían muchos problemas.

Pero no solucioné nada. El maldito concejo estaba dispuesto a seguir con sus juntas y reuniones. No sabía muy bien si acabar desterrándolos a todos o ignorarlos. Mi mayordomo Eliseo me aconsejó que en un buen tiempo no les provocase, ya que podrían rebelarse de nuevo, como habían hecho.

Así que tenía al lobo dentro de las murallas, acechándome. A la más leve ocasión, el concejo volvería a tramar alguna de las suyas.

Los procuradores entonces empezaron a llevar una súplica al rey, acusándome de déspota ante el monarca.

Poco caso les debió de hacer el rey Alfonso, que prefería no enfrentarse con un obispo antes que oír a aquellos hombres que, en definitiva, no eran más que vulgares comerciantes.

El concejo acabó por reunirse en otro lugar, así que el que cerrase la posada de Ruy Jiménez poco les importó, salvo al dueño, al que privé de buena parte de sus ingresos.

***

Mis hijos acabaron por amar más el campo que la ciudad, y no era de extrañar, ya que todos vagaban a su antojo por las tierras sin que nadie osase entrometerse con ellos.

Eliseo seguía cuidando de que aprendiesen el manejo de las

armas. Además, estaba la educación de los muchachos, que no se descuidó por todo lo acontecido, ya que los maestros fueron a los Castros de Mercelle para proseguir las lecciones.

Pero los planes habían cambiado. Roldán y Juan pronto fueron llevados a Santiago de Compostela, donde harían la carrera eclesiástica, siguiendo los pasos de mi hermano Juan.

No fue fácil para mí separarme de mi hijo y de mi sobrino, al cual quería como si de otro hijo más se tratase. Pero Santiago estaba cerca y podíamos vernos muy a menudo.

Los dos restantes, Constanza y Sancho, el primogénito, corrieron con otra suerte. Sancho ya acompañaba a Eliseo por los campos para conocer mejor lo que un día sería suyo y tendría que gobernar. Todavía no portaba la espada de su padre, que le venía demasiado grande, y llevaba a cambio una espada hecha ex profeso para su estatura.

Los veía salir todas las mañanas a los campos. Eliseo había cambiado. Se le veía más alegre de poder vivir allí sin las ocupaciones que le acarreaba Lugo. A mi hijo Sancho, cada vez más robusto, se le llenaban de color las mejillas con el viento del norte y su cabello, al igual que el que había tenido su padre, cada vez estaba más rizado. Tenía por entonces todavía granos en la cara, que con el fin de la estación desaparecieron para dejar paso a una barba, que si no afeitaba dos veces a la semana le hacía parecer mayor de la edad que tenía.

Se convirtió en el único hombre de la casa que lucía barba, porque su empeño en aparentar mayor edad le hacía buscar todos los atributos de la madurez. Eliseo y mi hermano, con una manía propia de los caballeros, se hacían rasurar todas las mañanas por un criado que tan sólo cumplía tal función en la casa, además de afeitar a los caballos.

Los criados a veces viven mejor que los señores, y ese era el caso de aquel sirviente, que no tenía más obligación que adecentar las barbillas de mi hermano y de su mayordomo. Teniendo el resto del día poco más que hacer, vagaba por las cocinas molestando a las doncellas de la casa.

Elvira, por aquel entonces, ya estaba bastante vieja y chocheaba de vez en cuando. Perseguía a Constanza contándole las historias del fantasma de su padre que se suponía que moraba en la torre. Si moraba debía de ser bastante silencioso, porque nunca nos lo encontramos.

Parecerá que yo también creía la historia del fantasma si digo que nunca se me ocurrió dejarme besar por Eliseo en la fortaleza.

Tal vez temía que mi marido apareciese furioso de encontrarme en los brazos de otro hombre.

Realmente, con tanta familia en la casa y siendo imposible escabullirme ni de día, ni de noche para citarme con él, nuestros encuentros se volvieron escasos. No quiero decir con ello que fuese más infeliz al vernos a solas tan pocas veces; todo lo contrario, había dejado de tener pesadillas desde que no pecábamos de aquella forma.

El tenerle a mi lado más a menudo de lo habitual, ya que él desayunaba, comía y cenaba en la torre, compensaba nuestra falta de intimidad. Además, tenía tantas ocasiones al día de charlar con él, en lo que en un día fue un cuidado jardín, que sentía estar más cerca de él que en toda mi vida.

Bien mirada, nuestra situación era parecida a la de doña Marta y mi hermano Juan, que tenían tal trato que parecían un viejo matrimonio.

Cuando supe que Juan había recuperado la ciudad de nuevo, no me alegré mucho de tener que volver a vivir otra vez en Lugo. Acostumbrada como estaba al campo, no quería dejar mi cómoda situación para recluirme en una casa y en una ciudad que nos era hostil.

Pero ¿qué puede hacer una mujer sin un hombre a su lado que la defienda? Ni siquiera nadie se molestó en preguntarme si me quería ir a vivir de nuevo a aquella endiablada ciudad. Me sentaron en un carro y me llevaron de nuevo a Lugo.

Allí conocí al comendero que había contratado mi hermano. Todos aquellos hombres estaban cortados por el mismo patrón, fuertes y brutos como para hacer temblar a un hombre sólo con su aliento. Pero aquel hombre era todavía más: era sanguinario y no me pareció muy inteligente; en definitiva, un mercenario que había tenido suerte para introducirse en la corte y ganar el favor de mi hermano.

Capítulo XXIV

En las calles de Lugo había aparecido otra vez el hijo del alcalde Ruy Jiménez, de nombre Santiago, y al cual yo había desterrado unos años antes por andar incitando al pueblo a la rebelión.

Llevaba ya tiempo oyendo hablar de que el muchacho estaba en la ciudad. Ninguno de los hombres de Eliseo lo había visto, oficialmente no estaba allí. Pero cuando el río suena es que agua lleva y por todas partes se oía que Santiago seguía hablando en mi contra.

Debía de estar compinchada media ciudad con el antiguo monje, porque cada vez que los soldados lo buscaban en una casa, el muchacho no aparecía.

Llegué a pensar en torturar a su padre, hecho que hubiese sido inútil, porque era tan cabezota como el hijo y nunca lo hubiese delatado.

Santiago llegó a mandarme un mensaje envuelto en una piedra, en el cual predecía mi muerte en poco tiempo.

Tiró la piedra con el pergamino en el huerto de la casa, donde casi le cayó encima a doña Marta, aunque supongo que Santiago no tenía la intención de matar a mi ama de llaves.

Leí el mensaje, escrito con la inconfundible letra de los monjes. No lo creí, por supuesto, ya que la única intención del muchacho era asustarme de aquella forma tan infantil. E hice bien en no creerle, porque desde aquella ocasión ya han pasado seis años y aunque estoy enfermo, todavía no estoy muerto.

Pronto me olvidé del muchacho y pensé que si se dedicaba a hablar mal de mí, poco daño me podría hacer, porque en realidad, a aquellas alturas toda la ciudad no me tenía mucho afecto y uno más, uno menos, poco importaba.

Luego, vinieron los sabotajes de mis obras. Eso fue lo que más me molestó. La fuente que había mandado construir y que llevaba una pequeña inscripción que recordaba a su benefactor, amaneció

una mañana completamente destrozada y con la pequeña inscripción cubierta de excrementos de caballo. No entiendo qué mal les podía hacer la fuente, ya que más que para mi propio uso era para el del pueblo. Así que se quedaron sin fuente sólo porque su odio hacia mí era más fuerte que sus necesidades de agua.

El acueducto corrió una suerte pareja. Cada cierto tiempo, las obras que todavía estaban realizándose, sobre el que fuera un útil acueducto romano, se veían interrumpidas por no sé qué extraños conductos. Lo más frecuente era que apareciese un roto en el canal que llenaba de agua la acequia de algún vecino, que de esta forma regaba sus campos de nabos o de acelgas. Era inevitable, y por mucho que se les explicaba que el agua del acueducto no era para regar todos los campos que lo rodeaban, sino que su fin era que Lugo tuviese una traída continua, no les entraba en la cabeza y seguían agujereándolo por donde les daba la gana.

Pero mi venganza, aunque un poco leve, no se hizo esperar. Había por aquel entonces, en la ciudad, unas termas que, según decían, las habían construido los romanos. La verdad es que no acababa de creérmelo, porque poco se parecía aquello a las maravillosas termas que se decía que todavía había en Roma y que eran un lugar de recreo y de divertimiento.

Las termas de Lugo se reducían a un tosco edificio mitad de piedra, mitad de madera, situado a las orillas del río, poco después del puente que efectivamente debía de ser romano, porque vi que había una calzada romana que conducía a él.

En las termas se reunían los ricoshombres de la ciudad, después de pagar una cantidad que iba a parar a mis arcas. Las mujeres también hacían uso de las piscinas que allí había, pero en distinto día que los hombres, para evitar el escándalo que hubiese supuesto la mezcla de los dos sexos.

Era un lugar al cual no le permitía a mi hermana ni acercarse, porque, aunque se decía que sus aguas eran curativas, no me gustaba la gente que las frecuentaba. Mis sobrinos, sin embargo, solían ir los días fríos de invierno, porque era bueno bañarse de vez en cuando en aquellas aguas calientes, pero que despedían un olor fétido.

Como no se me ocurrió nada mejor para castigar al pueblo, les cerré las termas, no sin antes mandar poner un cartel en el que decía que, debido a su estado ruinoso, las cerraba para que no hubiese mayores desgracias. En parte, lo del estado ruinoso era verdad, ya que las vigas de las paredes y de los techos que no eran de piedra, sino de madera, podían venirse abajo en cualquier

momento.

Los lucenses, privados de su aseo semanal, o mensual, según los casos, acabaron por desprender un terrible olor a suciedad, ya que, según decían, no era lo mismo bañarse en la tibia agua de las termas que en las bañeras de piedra de las casas, donde el agua tardaba mucho en calentarse.

A propósito de bañeras, yo tenía una bella bañera de mármol blanco que un campesino había encontrado arando un campo y que se convirtió en una de las piezas que más cariño le tenía de la casa. Se trataba de una bañera romana, con unas inscripciones en latín clásico en las que indicaba que había sido del prefecto de la ciudad. Fue una suerte que aquel campesino no la dañase con su arado y que pensase en entregármela a cambio de una bula por los pecados de él y de su familia. Una vez limpia y pulida, era de una delicadeza y de unas dimensiones que nos dejaron a todos boquiabiertos.

No sé lo que habrá sido de ella, pero sospecho que acabó en manos de algún patán, que la acabará utilizando de ataúd para sus huesos o algo peor.

Los alcaldes aparecieron para protestar por el cierre de las termas. Pero no se presentaron en mi casa de cualquier forma, sino que se debieron de llenar de excrementos y de malos olores para demostrarme lo necesario que era que las volviese a abrir.

—Veo que no sólo parecéis, sino que ya oléis como las bestias —les dije una vez que se adentraron en la sala de audiencias.

Los hombres, con las manos llenas de tierra y otras inmundicias que preferí no reconocer, hicieron ademán por primera vez en mucho tiempo de besarme el anillo obispal. Por supuesto que no les permití que se acercasen a menos de una vara a mí.

—Venimos, obispo Juan, para hacerle conocer la protesta del pueblo por haber cerrado nuestras termas, que, como ve, era en donde hacíamos nuestro aseo semanal —me dijo uno de los alcaldes.

—Pues no veo que lo necesitéis mucho, si no os ensuciarais tanto... Además, ya sabéis que las termas más parecían una casa de libertinaje que unos baños cristianos. Y había el problema del derrumbe, que gracias a Dios pude darme cuenta a tiempo de que era inminente —les contesté con tanta ironía que estuve a punto de reírme allí mismo de ellos.

Los alcaldes, emitiendo un halo fétido, intentaron por todos los medios convencerme de que aquel aspecto lo tenían debido a que les había privado de los baños. Realmente, lo que debió de pasar fue que se debieron de meter en el lodo de una porquera para

incomodarme.

No se salieron con la suya y las termas de las que tanto disfrutaban los lucenses permanecieron cerradas a cal y canto. Debió de ser lo que más les fastidió de lo que había hecho en la ciudad.

***

Cuando pienso que por lo único que seré recordado será por un párrafo de las crónicas de Alfonso XI en el que habla de mi triste fin en la prelatura, enrojezco de vergüenza.

Desde hace años, Alfonso XI hace llevar consigo a los cronistas, que luego, para honor y memoria, aunque más bien adulación de su reinado, acabarán por contar lo acontecido durante su vida.

Aunque el rey no ha muerto todavía, de todos es sabido lo que escriben los cronistas, y mi historia hace tiempo que circula de boca en boca por todo el reino.

Hasta aquí ha llegado, para vergüenza mía, la historia que los cronistas han escrito. Dice la crónica que en una visita a Lugo en el año 1345 de nuestro señor Jesucristo, el rey condena al obispo Juan, es decir, a mí, en las temporalidades, privaciones de bienes y destierro, porque en su presencia y con su consentimiento, en la casa del mismo prelado, sus familiares y el comendador, Ruy Suárez, habían dado muerte a Rodrigo Alfonso y Arias Fernández, de quienes decía el obispo que en el camino de la ciudad le arrojaron piedras y le dieron con una.

Así es como me recordarán las generaciones venideras, pero si me enojo por ser recordado así, no lo es tanto por vergüenza como por rabia.

Realmente, la historia requeriría más tiempo para ser contada que la simple crónica del rey.

Aquel último año de obispado, el comendero que yo había contratado parecía haberse tomado su papel más en serio que lo que su antecesor, don Pedro Fernández de Castro, había hecho nunca. Tanto era el celo en cumplir con sus obligaciones que don Ruy Suárez pasaba muchas jornadas en la ciudad, intentando aplacar la ira de los vecinos, que ya estaba bastante soliviantada.

Así que un día, regresando yo a la ciudad después de esas visitas que acostumbraba hacer a los campos, vi cómo amenazaban mi persona los dos procuradores de la ciudad. Realmente, no era mucha la amenaza, ya que los procuradores se tropezaron en mi camino. Ellos iban para el río y yo, para mi casa. Pero ellos,

creyendo que no les veía, se escondieron entre la maleza y empezaron a arrojarme piedras.

“Muy poco ingenioso y un poco infantil”, pensé yo, creyendo que se trataba de dos muchachos de la ciudad dispuestos a asustar a un viajero. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando los soldados de mi escolta encontraron tras la maleza a los dos procuradores, que gemían y declaraban su inocencia.

Si los tiempos hubiesen sido otros, me habría negado a creer que los procuradores fuesen capaces de semejante ofensa, pero tal como estaban las cosas, creí que eran ellos los que habían arrojado las piedras.

Por fortuna, ninguna de las piedras dio en el blanco y tan sólo salió herido un caballo, que se asustó y acabó lanzándose contra las zarzas, sufriendo unos rasguños tanto el jinete como la montura.

Otra cosa hubiese sido si alguno de aquellos proyectiles me hubiese alcanzado a mí. Entonces, ya podrían haber rezado, porque allí mismo los hubiese hecho matar.

Como la situación lo merecía, mandé azotar a los culpables en la plaza de la feria. No fue nada fácil contener a la chusma, que protestaba por ver a sus procuradores en semejante aprieto. Pero fui firme y los castigué duramente, hasta que perdieron el conocimiento y cayeron sobre el suelo, bañados por su propia sangre. Hasta aquí no había quebrantado la promesa que había hecho al rey de guardar a los miembros de concejo de mi ira; los procuradores no estaban en la lista que me había entregado.

Aquello fue el principio del fin. A aquella ofensa siguieron otras, más humillantes y peligrosas.

Ni María, ni doña Marta, ni Constanza, que ya era una muchachita, se atrevían a salir de la casa por temor a la plebe. Los mercaderes pasaban a mostrar su género a la casa, así como los proveedores de las cocinas y los del ganado, ahorrándonos la molestia de recorrer las calles en busca de sus bienes.

María se empeñó en que tuviésemos gatos en la casa para probar los alimentos, porque temía que nos envenenasen. Ello me recordó los consejos que en su día me había dado Berenguel de Londola y acabé por ponerlos todos en práctica.

La vida se hizo así un continuo sobresalto que angustiaba nuestros corazones.

Ocurrió que, ya adelantado el mes de diciembre, llegó el comendero Ruy Suárez para ver cómo marchaban los asuntos en la ciudad. Y nos encontró francamente desmejorados y con el cuerpo inquieto por el miedo que teníamos en mi casa de recibir un ataque

de cualquier vecino.

—No os preocupéis —me dijo el comendero—. Dejad todo en mis manos y os prometo que pronto recobraréis la paz que tanto necesitáis.

Eliseo, que estaba presente, no tardó en hacerme ver los peligros de dar rienda suelta a Ruy Suárez.

—Preocuparos, señor, de lo que ese hombre pueda hacer —me dijo Eliseo una vez que el comendero no estuvo presente—. Conozco esta clase de hombres y sé bien que son la causa de muchas guerras.

Pero yo ansiaba tanto encontrar la paz en la ciudad que le di carta blanca a Ruy Suárez para que acabase con mis problemas en Lugo.

Y claro que acabó con mis problemas, y si no llega a ser por la mediación del arzobispo de Santiago, casi acaba con mi vida.

Llamó a mi presencia a los miembros del concejo y a los procuradores de la ciudad. Los procuradores, escarmentados por los latigazos que habían recibido, se lo pensaron mucho antes de presentarse en mi casa.

Pero al final debieron de decidir que era mejor el acudir a mi requerimiento que el desaparecer y enojarme todavía más.

La verdad es que yo no supe muy bien por qué Ruy Suárez los había hecho llamar. Yo no tenía nada que comunicarles y desconocía si el comendero tenía algún mensaje para ellos.

Los alcaldes desobedecieron a la llamada. Eran más astutos y buscaron una buena excusa para no ir a mi casa. Uno de ellos estaba ausente de la ciudad desde hacía días, en no se sabía qué asunto oscuro. Otro de ellos tenía que estar presente en el parto de su primer nieto, lo cual era la primera noticia que tenía sobre el estado de buena esperanza de su hija. Y el tercero de ellos, Ruy Jiménez, el dueño de la posada, enfermó repentinamente y tuvo que guardar cama para no empeorar.

Por supuesto que tales excusas eran todas falsas. Pero no me enojé con ellos; como ya he dicho, había dejado el asunto en manos de mi comendero.

Eliseo, al corriente de los acontecimientos, al ver que yo seguía confiando en el comendero, al principio se hizo el desentendido y siguió atendiendo los asuntos de la ciudad como de costumbre. Pero estaba muy preocupado. No confiaba para nada en las malas artes de Ruy Suárez, al que veía como un advenedizo.

—Sed sensato —me dijo Eliseo—. Si os dejáis llevar por ese

hombre, no tendréis más que una batalla campal en las calles de la ciudad. Mirad sus ojos, están ávidos de sangre. Lugo para él no es otra cosa que una pieza más con la que adornar su carrera de guerrero.

No le escuché, lo reconozco. Tan asustado estaba por las amenazas de los vecinos que lo único que buscaba era una rápida solución a los problemas.

—Si queréis un consejo —me dijo mi mayordomo—, obrad como os voy a decir: sacad a vuestra familia de la ciudad y reuniros con el concejo. Podréis concederle una serie de privilegios, como el de que sean ellos los que juzguen a los vecinos en los delitos que no sean de sangre. Bajadles los impuestos y, sobre todo, quitad la sisa sobre los víveres que tantas protestas ha causado.

— ¿Y creéis que con eso se conformarán? ¿Dejarán de molestarme? —le pregunté a Eliseo.

—Nadie más que Dios puede saber lo que acontecerá —me contestó Eliseo—, pero lo cierto es que, si seguís así, no solucionaréis nada.

Pero ya era demasiado tarde. Un criado anunció que me esperaban los procuradores de la ciudad en mi sala de audiencias.

El comendero, Ruy Suárez, apareció armado en la casa. Se ofreció para darme escolta. Eliseo me dijo que aquello no le gustaba nada y que hasta ese momento, la única persona que portaba armas en mi casa era él mismo.

Pero al comendero poco le importó. Llevaba una espada al cinto que ni se molestó en ocultar debajo de su capa.

Los procuradores me esperaban en la sala de audiencias. Y nosotros nos encontrábamos en mis habitaciones.

—Señor obispo, no dejéis que este hombre viole la norma de que nadie ha de portar armas en la casa más que yo —dijo Eliseo.

—No veo por qué yo voy a ser menos que un mayordomo —le contestó el comendero, visiblemente ofendido.

Yo callé, porque realmente no sabía quién tenía razón. El que calla, otorga, y el comendero siguió con su arma.

—No entiendo muy bien por qué habéis convocado a los procuradores en mi casa —le pregunté a Ruy Suárez.

—Veréis, señor obispo. Hasta ahora no habéis sido un hombre muy fuerte; vuestra debilidad os pierde. He pensado que tal vez tengáis que dejarme a mí actuar con mano dura —le oí decir a mi comendero.

Eliseo, a mi lado, miraba a Ruy Suárez como si de un loco se

tratase. En verdad, la cara del comendero se fue trasformando en un rostro demente. Se dilataron sus pupilas y apareció una mueca, que más parecía un tic en su boca, que le hacía hablar con dificultad. Sus manos no sabían dónde posarse de lo nerviosas que estaban y sus pies tampoco paraban quietos.

—Será mejor que os sentéis —le dijo Eliseo al comendero, al verlo tan alterado. Acercó una silla a su lado. Pero Ruy Suárez la rechazó con un gesto de su mano.

— ¿Os encontráis bien? —le pregunté yo, extrañado por tal actitud.

—Claro, señor obispo, muy bien —dijo el comendero—. Pasemos a ver a los procuradores; deben de estar extrañados por nuestra tardanza.

En la sala de audiencias, los aterrorizados procuradores esperaban. Cuando entramos, hablaban entre ellos con cuchicheos, y al vernos allí junto a la puerta a mí, a mi comendero y a mi mayordomo, palidecieron y se quedaron mudos.

Yo no sabía qué decirles, porque realmente no había sido mía la idea de llamarles. Le hice un gesto a Ruy Suárez para que iniciase la conversación; quería ver lo que les tenía preparado.

—Así que vosotros sois Rodrigo Alfonso y Arias Fernández —les dijo a los procuradores—. ¿Sabéis que tenía ganas de conoceros? El obispo me ha contado los muchos problemas que le habéis causado.

Los procuradores miraban la espada del comendero, que no hacía más que balancearse en su costado.

—Pues sabed que si el obispo os ha mandado venir es para tomaros presos para que el pueblo recuerde que no puede tratar así a un prelado.

Al oír las palabras del comendero me quedé estupefacto. ¿Qué era eso de apresar a aquellos hombres? Me pareció una locura y estaba dispuesto a intervenir cuando Eliseo se acercó a mí y, hablándome al oído, me dijo:

—Creo que nuestro comendero ha perdido el juicio.

Yo le respondí en voz baja que estaba de acuerdo con él.

—Pues ya que estáis de acuerdo conmigo, dejadme que le diga que se retire antes de hacer una tontería —me pidió Eliseo.

Pero el comendero ya había desenvainado su espada y se disponía a apresar a los dos procuradores, que al ver lo que se les venía encima corrieron hacia la puerta de la estancia.

— ¡Alto! —gritó Eliseo—. ¡Dejadlos! —dijo, dirigiéndose al comendero.

Pero Ruy Suárez ya había alcanzado a uno de los procuradores cuando abría la puerta de la sala.

Al abrir la puerta, aparecieron detrás de ella los criados de la casa, que de esta forma habían estado escuchando la conversación que se llevaba a cabo en la habitación.

Ante sus ojos vieron cómo el comendero tomaba al procurador Rodrigo Alfonso por el torso, e inmovilizándolo, le amenazó con la espada que puso en su cuello.

— ¡Ya basta! —grité yo, corriendo hacia el comendero. Pero dudo mucho de que me oyese, porque en el pasillo, los criados empezaron a gritar al ver la escena. El otro procurador, Arias Fernández, al ver a su compañero preso, corrió a refugiarse al otro lado de la estancia.

Rodrigo Alfonso, preso entre los brazos del comendero, hizo un movimiento brusco para escapar. Pero ello no hizo más que acelerar los acontecimientos: Ruy Suárez gritó una maldición y lo degolló allí mismo.

Viendo lo que ocurría, Eliseo corrió hacia donde estaba el otro procurador, en una de las esquinas de la habitación, y se dispuso a defenderlo de la locura del comendero.

Los criados gritaban al ver la sangre de Rodrigo Alfonso, que brotaba de su cuello. Doña Marta salió entre ellos para socorrer al hombre.

En el otro lado de la habitación, Eliseo blandía la espada, protegiendo al otro procurador de la ira de Ruy Suárez. Pero el comedero le habló:

—Apartaros, Eliseo, este hombre es mío. Nada impedirá que lo tome preso, ya sea vivo o muerto.

—Habéis enloquecido —le dijo Eliseo.

— ¡Estáis endemoniado! —le grité al comendero—. Dejad la espada; no cometáis otro crimen.

Pero Ruy Suárez no escuchaba a nadie. Bajó su espada sobre Eliseo y le hirió en un brazo sin que mi mayordomo tuviese tiempo de reaccionar.

Eliseo gritó de dolor. El otro procurador quedó así indefenso, arrinconado en la esquina. El comendero ni siquiera se tomó la molestia de tomarlo preso: le atravesó con la espada el pecho y el procurador cayó al suelo muerto en el instante.

Los criados, al ver lo sucedido, salieron corriendo por los pasillos de la casa, temerosos de que la locura del comendero se volviese contra ellos.

Nos quedamos solos en la sala con los dos cadáveres, Eliseo, que gemía de dolor; doña Marta, que había estado asistiendo al procurador degollado, que acabó por perecer; el comendero y yo.

Ruy Suárez, con la espada todavía en alto, la bajó poco a poco y empezó a hablar a los presentes con un tono más tranquilo:

—Bien, obispo, os aseguro que a partir de hoy ya no tendréis problemas con los vecinos de la ciudad. Cuando sepan lo que les espera a los rebeldes, se lo pensarán dos veces antes de ofenderos.

Sobre el suelo se expandía un charco de sangre que alcanzó mis pies.

El comendero salió de la habitación y puso rumbo a la puerta de la casa. En la sala, todavía alterados por lo acontecido, lloraba doña Marta a mis pies.

—Es la ruina de nuestra casa —dijo ella entre sollozos.

***

No tengo por qué decir que a la hora, toda la ciudad sabía lo que había ocurrido en mi morada. Los alcaldes y los miembros del concejo desaparecieron apresuradamente, junto con todo aquel que en su vida me había causado alguna ofensa.

Me quedé allí con todo el gobierno de la ciudad, que compartía con el débil corregidor que había mandado el rey.

Estuve gobernado con este control casi toda la primavera. Nadie osó cometer otra ofensa ni hacer otro tumulto en la ciudad.

Gobernaba con la mano del terror. Yo, que ni portaba espada, ni había mandado nunca matar a un hombre por una causa que no fuese justa, me había convertido en un ser temido y con fama de sanguinario.

Los familiares de los procuradores ni se atrevieron a formular una queja por la muerte de estos. Tanto temor les inspiraba que recogieron los cadáveres y los enterraron furtivamente, como si de asesinos se tratase.

Por la ciudad circulaban todo tipo de historias, entre las cuales la más contada era que yo mismo había blandido la espada que mató a los procuradores. Había patrañas para todos los gustos, pero siempre aparecía yo como el culpable de aquellos asesinatos.

María estaba tan apenada por lo acontecido que estaba pensando en dejar la ciudad e instalarse en los Castros de Mercelle. Pero hasta que su primogénito pudiese manejar una espada, allí no estaría segura.

Doña Marta no hacía más que gimotear por la casa, recordando

el terrible crimen. Yo no sabía qué hacer. Por una parte, estaba tan alterado por los sucesos que vagaba buscando el consuelo de su compañía, pero doña Marta rehuía mi presencia, creyendo que los crímenes habían sido con mi consentimiento.

Eliseo parecía el único cuerdo de la casa. Después de las matanzas en la sala de audiencias, ordenó a sus hombres no volver a dejar pasar a la ciudad al comendero Ruy Suárez. Eliseo temía que volviese a tomarse la justicia por su propia mano, cometiendo algún crimen peor.

Le pagué al comendero lo que solía, antes de que partiese. El hombre todavía no se había dado cuenta de lo terrible de sus actos. Yo le tenía pánico; sin duda, estaba loco. Lo despedí rápidamente, esperando no volver a verlo en la ciudad en mucho tiempo.

Los días que siguieron a aquel mes de diciembre fueron más tranquilos. Los vecinos se calmaron y más que paz, en Lugo lo que había era miedo a que yo ordenase matar a alguien más.

Todavía es hoy que me culpo por haber dejado obrar así al comendero. El abad dice que la culpa no fue del todo mía y que uno no siempre sabe lo que van a hacer sus subordinados, pero poco consuelo me da. Y si pienso que no podré entrar en el Paraíso, la razón de ello son las muertes de los procuradores.

He de hacer penitencia por ello. Siento el arrepentimiento subir por mi cuello hasta mis ojos y producirme lágrimas amargas. Y pensar que ya hace más de cinco años de todo aquello, ¡pero si todavía veo la sangre en el suelo, acercándose a mis pies!

***

Llevábamos así varios meses cuando el rey anunció que pasaría por la ciudad. Iba de nuevo en romería a Santiago de Compostela.

Era por el mes de mayo. Llegó el rey con su hijo don Pedro, que iba acompañado por un cura que hacía de confesor, don Pedro López de Aguilar, que, por cierto, era de Lugo.

El rey se alojó en mi casa. Había madurado. Aunque era joven, se veían las arrugas en su frente, debido a los agotadores años de gobierno.

No le acompañaba ni Leonor de Guzmán, ni su esposa doña María. Pero la corte de hombres que le rodeaban, así como las damas que le acompañaban, le procuraban entretenimiento.

Le abrí mi casa, recordando los favores que me había hecho, ya que gracias al rey había recuperado por dos veces la ciudad que tan injustamente me habían arrebatado.

Llegó a Lugo por aquel entonces, al saber que venía el rey a visitarnos, mi comendero Ruy Suárez. Hacía tiempo que no le veía y su presencia me molestó, ya que me hizo recordar lo acontecido en mi propia casa.

Pero no fue la única persona que se presentó en la ciudad. También llegaron los alcaldes de Lugo, que hacía tiempo que andaban escondidos, temiendo mi ira.

Al día de llegar el rey, se presentaron ante la puerta de mi casa, a modo de plañideras, las viudas y madres de los difuntos procuradores. Lloraron tanto que el rey, que almorzaba con nosotros, preguntó a qué se debían aquellos gemidos.

—Tan sólo son mujeres que lloran —respondí, sin saber qué otra respuesta darle al rey.

— ¿Y a qué se deben sus llantos? —preguntó el monarca.

—Nada importante —le respondió mi comendero, que se había invitado al almuerzo—. Tal vez tengan hambre y pidan un poco de pan.

Eliseo suspiró, sabiendo el cariz que podía tomar el asunto. María, sentada en el otro lado de la mesa, se tocó la frente, en señal de preocupación. Y doña Marta, que nos servía, casi derrama el vino sobre el rey.

—Seamos caritativos y démosles un poco de alimento —propuso el rey.

Dispuse que les diesen algo de comer a las mujeres. Pero bien sabía yo que no era pan, sino justicia, lo que pedían las esposas de los difuntos procuradores.

Al cabo de un rato, cuando ya habíamos concluido la comida, las mujeres reanudaron sus lloros, pidiendo esta vez que las recibiese el rey.

Afuera, la guardia de Eliseo las mantenía a raya para que no se acercasen a la casa, pero no podían evitar que las mujeres llorasen y volviesen a llamar la atención del rey Alfonso.

— ¿Y por qué lloran ahora, si ya se les ha dado de comer? —preguntó el rey.

Como nadie supo qué responder, el mismo don Alfonso habló con uno de sus sirvientes y le dijo que condujese a alguna de las mujeres a mi casa para que le explicase cuál era su mal.

Entró así una de las viudas y con voz firme explicó al rey la injusticia cometida con su difunto marido, exagerando la crueldad de las muertes y rogándole al monarca que se hiciese justicia.

Fue entonces cuando el rey se dirigió a mí para preguntarme si

era cierto lo que estaba oyendo. No pude hacer más que asentir, ya que la mentira no salía de mis labios.

—Alguna razón habrá habido para que le mataseis —dijo el rey—, y según recuerdo, los miembros del concejo estaban asegurados hasta el mes de marzo, y el crimen se cometió en diciembre. Hablad, obispo.

No me defendí muy bien. Y la única cosa que se me ocurrió decir a mi favor fue que los procuradores no estaban en la lista de las personas que estaban guardadas de cualquier daño hasta marzo.

El rey se enfadó tanto al oír aquello que, enojado, allí mismo llamó a sus secretarios para que tomasen nota de las quejas de las viudas.

Capítulo XXV

Esa misma tarde, el rey ordenó que se iniciase un proceso para esclarecer lo ocurrido. El rey Alfonso quería pasar a la posteridad con el nombre de “el Justiciero”, y no hacía reparos en mostrarse juez y árbitro cada vez que tenía ocasión.

Se llamó a los testigos que estaban presentes el día de los crímenes y uno a uno, los sirvientes de mi casa comparecieron ante su presencia.

Ninguno de ellos se atrevió a faltar a la verdad, contando todos lo mismo:

—Sí, señor —uno por uno iba diciendo—, estábamos todos detrás de la puerta, escuchando lo que acontecía en la habitación. Oímos al comendero, el señor Ruy Suárez, que amenazaba a los procuradores. Luego hubo una carrera en la habitación, la de los procuradores escapando del comendero. El señor obispo no hacía más que decirle al comendero que se quedase quieto, pero el comendero no le obedecía. Luego, el procurador Rodrigo Alfonso abrió la puerta y los criados pudimos ver lo que acontecía. El comendero, desobedeciendo las órdenes del obispo, degolló al procurador y luego se fue a por el otro. El mayordomo, el señor Eliseo de la Peña, le defendía con la espada, pero el comendero le hirió y luego mató al otro procurador. Así fue, por los huesos de mi madre.

Repitiendo la misma historia, pasaron uno por uno los criados de la casa. Doña Marta testificó al final, mientras la corte la miraba con morbo. Al fin conocían a la supuesta amante del obispo. Y parecieron desilusionados, a juzgar por los comentarios; creo que esperaban una mujer más llamativa y joven de lo que era doña Marta.

Mi ama de llaves estaba tan alterada por la presencia del rey y por el juicio, que eso la hacía balbucear a ratos. No hacía más que mirar hacia donde yo estaba y buscar mi ayuda. Sufrí por ella, al

verla en aquella situación. ¡Todo parecía tan inverosímil, y ella más aun!

Mi hermana también estaba presente, temiéndose lo peor, con Sancho y Constanza a su lado.

Nos habían acusado a mi comendero, a mi mayordomo y a mí de los crímenes, y la pena por ello era siempre la misma: la muerte en la horca.

El rey estaba furioso por lo acontecido, pero su furia provenía más de que yo hubiese faltado a la palabra que le di de guardar a los miembros del concejo hasta el mes de marzo que de que hubiese tomado la justicia por mi propia mano.

Mi casa, donde se celebraba el juicio, estaba abarrotada de intrusos y curiosos que querían presenciar lo que para ellos era la humillación del obispo. El rey Alfonso presidía la sala, sentado en mi silla obispal, dominando a los presentes y rodeado de sus consejeros.

Todo se celebró con rapidez. Al anochecer, ya habían hablado las dos partes y los testigos. El rey decretó que al día siguiente se haría justicia, cuando se leyese la sentencia.

Temiendo que nos escapásemos aprovechando la noche, nos tomaron presos. No tuvieron ningún reparo los soldados del rey en atarme las manos como si de un vulgar asesino se tratase. Eliseo y yo fuimos a parar a la misma mazmorra en la fortaleza, mientras que Ruy Suárez ocupaba la contigua.

Yo estaba tan abatido que no podía más que rezar al Señor por mi alma. Eliseo, mientras, no hacía más que maldecir la causa de nuestro infortunio, es decir, al comendero, y andar sin descanso por la estrecha celda.

La celda estaba oscura y húmeda, y la temperatura era baja, a pesar de que afuera el mes de julio caldeaba las noches. Los soldados que nos guardaban eran hombres del rey, que habían sustituido a los hombres de Eliseo en la fortaleza. Pero a pesar de ser los hombres del rey, se apiadaron de nosotros y nos trajeron mantas y candiles para iluminar el tétrico calabozo.

María apareció al cabo de unas horas, portando la cena para nosotros. A la luz de las velas, sus ojos se mostraban tan hinchados de llorar que parecía una anciana. Con ella traía consigo la tabla de ajedrez y las fichas, que dejó sobre el suelo.

—El rey ha estado hablando con sus consejeros. Poned vuestras almas en paz, porque se rumorea que quiere dar un escarmiento ejemplar —dijo entre sollozos.

La tomé entre mis brazos haciéndole ver que lo que decía era

absurdo. El rey no podía condenar a un obispo. No se sabía de ningún monarca que tuviese poder como para hacer matar a un clérigo. La Iglesia se le echaría encima.

Además, el único responsable de todo aquello era el tal Ruy Suárez, que a mis ojos y a los de todos en la ciudad, estaba endemoniado.

Pero ello no consoló a María, que decía:

—Hermano, mandaré que venga el deán Fernando para confesaros. Creedme, el rey tiene intención de mandaros a matar a los tres —con ello miró a Eliseo, que estaba sentado en la parte oscura de la celda—. Eliseo —dijo, dirigiéndose a él—, siento ser la portadora de tales noticias.

Eliseo salió de la oscuridad e hizo ademán de acercarse a ella. Pero se detuvo a una distancia prudencial y le habló:

—Señora, si mañana nos mandan a matar, será mejor que huyáis cuanto antes de la ciudad con los criados y vuestros hijos. Sancho ya puede manejar la espada y como es alto y fuerte podrá llevaros a salvo a los Castros de Mercelle. No esperéis a recoger nuestros cadáveres. Dejad recado al deán de que así lo haga y, sobre todo, recordad, tenéis que salir de la ciudad lo antes posible; la chusma se os echará encima una vez que el rey haya partido.

—No puedo hacer lo que me pedís —le dijo María—. ¿Quién os enterrará?

Mi hermana parecía convencida de que nos condenarían, al igual que Eliseo, que parecía haber perdido toda esperanza de salvación.

—Hermana —le dije—, debéis de hacer lo que os dice Eliseo. No os preocupéis por nosotros. El deán lo solucionará todo.

La abracé antes de que partiese. Y Eliseo, respetuosamente, se arrodilló a sus pies y le besó la mano. Era una triste despedida, porque María no podía parar de llorar.

Ella salió de allí más descompuesta de lo que había entrado.

Como había prometido, a medianoche llegó el deán Fernando. También portaba las mismas noticias:

—He estado hablando con el rey para interceder en vuestro favor, pero el corazón de ese hombre más parece una piedra. Quiere condenaros a muerte con Eliseo y con Ruy Suárez.

No daba crédito a sus palabras. María había estado implorándole piedad para mí y para Eliseo, llorando a los pies del rey, pero éste la despidió sin más consideración. Luego lo había intentado el deán, al que recibió y despidió del mismo modo. El rey se negó a recibir

al resto de los clérigos de Lugo que iban a rogarle.

—En la catedral se está rezando por vos —dijo el deán Fernando—. Afuera, la chusma no hace más que pedir justicia ante vuestra casa, donde se aloja el rey. Mañana, el rey decidirá. Roguemos al Señor que sea justo y que tan sólo condene a ese endemoniado de Ruy Suárez.

Partió tras absolver primero mis pecados y luego los de Eliseo. Teníamos el alma en paz.

Ni Eliseo, ni yo teníamos la intención de dormir. Estábamos demasiado abatidos. Él cogió el tablero de ajedrez que había traído María, lo depositó entre ambos y colocó las piezas.

Le había visto hacer aquello durante años. Me reservó las piezas blancas.

Yo estaba paralizado, rezándole a la Virgen para que nos salvase. Eliseo esperaba a que yo iniciase la partida.

—Señor obispo, cuando queráis —oí que me decía. Entonces, recobré el sentido y moví el caballo.

—Buena jugada. Interesante. Nunca habíais empezado así.

—Ya que nos van a matar mañana, hay que probarlo todo —le dije yo, sin saber muy bien por qué.

Él movió otro peón y, tras ello, nos concentramos en la partida.

—Decidme, Eliseo, ¿os acordáis de la primera partida que jugamos? —le dije, moviendo mis piezas.

— ¡Cómo no la voy a recordar! Os gané y luego me propusisteis que fuese vuestro mayordomo —me contestó él.

—Pues bien, de haber sido otro hombre, me hubieseis dejado ganar para obtener mi favor, pero vos no actuasteis así, ¿por qué, Eliseo? —él seguía jugando, perdiendo las mejores piezas.

—Señor obispo, si os hubieseis dejado ganar, no hubieseis sabido de mi ingenio, ¿y quién quiere que su mayordomo sea imbécil? —me respondió él.

—Pues bien, es verdad lo que decís. ¡Oh, jaque mate! —le dije yo.

Tenía a su reina arrinconada con un caballo y un alfil. Eliseo se rió por primera vez en toda la noche.

—Sois un obispo condenado, pero aun así, no os rendís, ¿verdad?

—Si hubiese sido la mitad de inteligente que en esta partida, ni vos, ni yo estaríamos aquí. Debí de escucharos y no a ese loco de Ruy Suárez —le respondí.

—Ya es tarde para pensarlo. Nadie más que Dios sabe lo que

hubiese ocurrido.

Sí, ya era tarde.

***

Al día siguiente, cuando el sol ya estaba bien alto en el cielo, nos sacaron de nuestro encierro. Presentábamos un aspecto lamentable, más debido a nuestros temores que causado por no haber dormido ni habernos.

El rey nos esperaba en una tarima en la plaza que había frente a mi casa, de la misma forma que años antes me había sentado ante el pueblo de Lugo para que me rindiesen homenaje.

Los soldados que nos guardaban se detuvieron frente al rey y allí nos dejaron para oír la sentencia. A nuestro lado, mi comendero no hacía más que mirar con ojos desvariados a la chusma, intercambiándose insultos entre ellos. A juzgar por su aspecto, Ruy Suárez tampoco había dormido, y ello acentuaba los rasgos de la cara, haciéndole parecer un endemoniado.

El pueblo, con los alcaldes a la cabeza, estaba en la plaza expectante por la sentencia del rey.

El rey tenía un pergamino en la mano. Comenzó a leer una vez que la chusma se calló. Era la sentencia:

—En el nombre de Dios, amén. Sepan cuantos este cuaderno vieren cómo yo, don Alfonso, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, del Algarbe, y señor de Vizcaya y de Molina, teniendo voluntad de hacer cumplir la justicia en mis reinos, dicto sentencia de lo que en la casa del obispo aconteció el pasado mes de diciembre cuando en su presencia y con su consentimiento se mató a los procuradores Rodrigo Alfonso y Arias Fernández, cometiendo el crimen el comendero de la ciudad, Ruy Suárez, y estando presentes el obispo, Juan Martínez, y su mayordomo, Eliseo de la Peña. Por eso, condeno a muerte a tales hombres por demostrarse tras el juicio que ellos fueron los responsables de tales muertes. Queda así legitimado el concejo para ejercer por sí mismo el gobierno y la judicatura, a la manera de los concejos de realengo.

Al oírle, no pude reprimir una queja por la sentencia que encontraba, a todas luces, injusta.

— ¡Pagan justos por pecadores! —dije en un grito.

La plaza se había callado para oír las palabras del rey y ello hizo que mi protesta se oyese sobre todas las cabezas. Un soldado del rey me ordenó callar.

A mi lado, Ruy Suárez se retorcía, intentando librarse de sus ataduras. Gritaba algo ininteligible, que más parecían gritos de un animal que de un hombre. Los soldados, viendo que no se callaba, le pegaron un golpe en el estómago con un mazo. Entonces, el comendero, presa del dolor y de la ira, empezó a lanzar babas por la boca, que se transformaron en espuma como la de los perros con la rabia.

Cayó al suelo con convulsiones, y como ya no gritaba ni chillaba, los soldados lo dejaron allí, presa de su mal.

En mi casa, sobre el balcón de mi alcoba, estaban María y doña Marta, cubiertas de velos. Al oír la sentencia, estallaron en llanto.

Eliseo, a mi lado, alzaba la cabeza y no mostraba alteración alguna por las palabras del rey.

El rey prosiguió:

—En el poder que la soberanía me otorga, el obispo Juan Martínez no cumplirá la condena a muerte, sino que, debido a su mal gobierno de Lugo, salvará su vida a condición de perder sus bienes, salir al destierro y ser despojado de la jurisdicción temporal de la ciudad de Lugo.

“El exilio”, pensé, “mejor eso que la muerte”. Pero el rey continuó:

—Y el mayordomo Eliseo de la Peña, por decir los testigos que defendió con su cuerpo la vida del procurador Arias Fernández, salvará su vida a cambio de perder sus bienes y de no poder entrar nunca más en la ciudad de Lugo, bajo pena de muerte si así lo hiciese.

Eliseo suspiró aliviado. Como yo había pensado, el rey no se había atrevido a condenarnos a muerte ni a mi mayordomo, ni a mí. La sentencia había sido justa con Ruy Suárez, pero ni Eliseo, ni yo merecíamos ser despojados de nuestros bienes, teniendo yo que partir hacia el exilio y Eliseo, salir de la ciudad.

La chusma gritaba ahora, haciendo oír su desprecio a los tres hombres juzgados. Mientras que apedreaba a Ruy Suárez, a mi comendero y a mí nos insultaba, sin atreverse a tocarnos.

El rey desapareció de la plaza y sus soldados se llevaron a Ruy Suárez para colgarle en el campo de los ahorcados. Lo vimos desaparecer, protegido por los soldados que lo conducían hasta el campo de la horca.

María y doña Marta salieron de la casa. Mi sobrina Constanza iba con ellas, junto con algunos de los criados más fieles. Para ellas, la sentencia era toda una alegría, temiendo como temían que el rey nos iba a condenar a muerte.

La plaza quedó vacía. Los que no se habían ido a ver la muerte de Ruy Suárez, se habían retirado.

Libres de las ataduras, entramos en la casa. Se suponía que, ya que confiscaban mis bienes, la casa pasaría al realengo.

Los sirvientes del rey me indicaron que tan sólo podría llevarme de allí aquello con lo que había llegado a Lugo, es decir, bien poco. María estaba haciendo un petate con sus cosas y las de sus hijos. La casa estaba revolucionada. Tenía que salir de allí aquel mismo día para el exilio, por orden del rey.

Tropecé con doña Marta por los pasillos y ella me habló:

—No todo está perdido, obispo, aún conserváis la cabeza.

En un ataque de rabia, me di cuenta de que lo había perdido todo. Tantos años de prelatura se habían ido por la borda por haber confiado en mi comendero, yo, que había pecado siempre de prudente y de astuto.

—Apresuraos —dijo uno de los soldados del rey—. Tan sólo lo que trajisteis a la ciudad, recordadlo.

Los criados llenaban los arcones con mis pertenencias. Había dinero en la casa que guardé bajo mis ropajes. Los soldados del rey no me quitaban ojo y al ver el dinero, me amenazaron:

—Supongo, obispo, que no habréis llegado con tanto dinero a Lugo.

Les di la mitad de lo que allí guardaba para comprar su silencio. Los hombres del rey no volvieron a quejarse por las pertenencias que iba guardando.

Los bultos se amontonaban ante la entrada de la casa. Aparecieron los mendigos de la ciudad pidiendo limosna, pero lo cierto era que venían a robar lo que pillaran. Los soldados del rey les dejaron tomar lo que quisieran, haciendo la vista gorda.

El rey estuvo todo este tiempo en casa del corregidor hasta que, casi al anochecer, ordenó que saliésemos Eliseo y yo hacia el destierro.

El cuerpo de Ruy Suárez colgaba de un árbol, en el campo de los ahorcados. La chusma, una vez que terminó el espectáculo del ahorcamiento, llegó hasta mi casa y empezó a tirar piedras para amenazarme.

Yo todavía estaba empaquetando mis bienes cuando los oí. Los soldados del rey me ordenaron que me apresurase, porque ya era hora de que saliese.

Junto con Eliseo, doña Marta, mi hermana y mis sobrinos, salí por la puerta de Santiago sin más escolta que nuestros criados y

algunos de los hombres de Eliseo.

En lo alto de las murallas, sobre la puerta por la que salíamos, el rey estaba observando nuestra marcha.

Al vernos con tanto equipaje cargado sobre las mulas y los carros, el rey Alfonso mandó que tan sólo podríamos llevarnos la mitad de aquello.

Yo protesté por la injusticia, mientras Eliseo y María me instaban a que me callase.

El rey fue inamovible. Sus soldados procedieron a arrebatarnos las mulas y los carros cargados con nuestras pertenencias.

—Maldito seáis —le dije, gritándole para que me oyese—. No merecéis vivir, sino que merecéis la peor de las muertes por tratar así a un obispo.

El rey, en lo alto de la muralla, iluminado por los últimos rayos del crepúsculo, me miró aterrorizado. Yo sabía que el monarca era supersticioso. Su padre ya había muerto por una maldición y él huía de los hechizos como de la cólera divina.

—Maldigo vuestra estirpe y vuestro linaje —continué—. Recordad mis palabras cuando os llegue la hora.

Dicho eso, la chusma que había a mi lado empezó a amenazarme. Dejamos la ciudad a marchas forzadas, temiendo ser atacados por los vecinos. El rey nos observaba desde lo alto con la cara desencajada. Sin duda, el hombre que creía que moriría por los hechizos como murió su padre.

Al amanecer, habíamos llegado a un cruce de caminos.

—Aquí nos separamos —les dije—. El exilio me espera. Esta noche pediré auxilio en el monasterio de Samos antes de partir hacia Portugal. Creo que sé de un lugar en el que puedo acabar tranquilamente mi vida.

Los demás me miraban en silencio. Me llevaría tan sólo lo imprescindible para pasar la frontera y llegar hasta este monasterio portugués.

—Con un poco de suerte, podréis haceros cargo de mi familia, a la que os encomiendo que guardéis igual de bien que a mí durante mi prelatura —le dije a Eliseo.

Me despedí uno por uno de los presentes. María iba a ponerse a llorar de un momento a otro y no quería ver tal escena, así que di media vuelta a mi caballo y lo dirigí camino al sur.

No me llevaba ni criados, ni escolta, porque sabía que no podría hacerme cargo de su manutención. Además, nadie osaría tocar a un obispo. Todo el dinero se lo había dado a María, que seguramente

lo necesitaría más que yo.

Cuando llevaba cabalgando menos de un minuto, apareció doña Marta, gritando que me detuviese:

—Aguardad, obispo —me dijo—, os olvidáis de vuestro anillo obispal. Seguramente, necesitaréis hacer una buena donación a ese monasterio portugués adonde vais.

En efecto, había olvidado mi anillo.

Los demás la esperaban a lo lejos. Doña Marta, emocionada al poder despedirse de mí a solas, acercó su montura y descabalgó.

—Aquí lo tenéis —me dijo, poniéndome el anillo en el dedo índice.

—No he tenido una palabra de agradecimiento para vos —le dije a mi ama de llaves—. Perdonad. Habéis sido una gran compañía durante todos estos años.

—Vos también, obispo Juan. Siento no poder acompañaros adonde vais. Si no fueseis a un monasterio, os seguiría para serviros.

Su rostro no era el de una mujer ya madura, sino que a mis ojos parecía el de una mujer en su edad más espléndida. Me puso el anillo con suavidad, y al verla allí, tuve por un instante la osadía de desearla, pero nada sucedió. Tantos años de respeto no se perdieron en aquel momento.

La dejé, mientras ella me observaba y alzaba sus manos para despedirme:

—Que tengáis buen viaje, obispo, y escribirnos una vez que lleguéis. Estaré esperando vuestra carta.

***

Lo demás ya está dicho. Llegué a este monasterio, donde mi leyenda llegó antes que mi presencia.

La lengua era parecida, las costumbres y los alimentos. No fue difícil adoptar su ritmo de vida. ¡Pero qué digo!, miento sin duda, porque hasta hoy todavía añoro las nieblas y el verde de aquella tierra gallega.

No se equivocaba doña Marta. Mi anillo obispal pasó a ser uno de los mayores tesoros del monasterio. No podría decirse a mi favor que el monasterio fuese precisamente rico, lo cual hacía que los pocos tesoros que albergaba fuesen modestos al lado del anillo.

Entre estos muros, he pasado los últimos cinco años. A mi alrededor gira toda una trama de habladurías y cuchicheos que yo a veces provoco, contándoles a los monjes lo que fueron aquellos años

que pasé como prelado en Lugo.

Supongo que puede decirse que soy el centro de interés, sobre todo luego de contarles la horrible maldición que eché sobre el rey. Parece ser que todos opinan que tarde o temprano dará resultado. Será un pecado más sobre mi cabeza si tal cosa ocurre.

Capítulo XXVI

Los días parecen tan largos ahora que estoy en la espera de este hijo.

Anoche, mandé llamar a la hija del cura para que viniese a ver mi estado. Tal vez ella ya haya muerto. Como son muchos los que han perecido, la gente ya no se molesta en comentarlo. Se habla más de los que todavía viven que de los que han muerto.

Supongo que si la mujer vive, vendrá a verme esta mañana, para comprobar si el niño está en buen estado y para decirme la fecha en la que daré a luz. Mi vientre ya hinchado me dice que el alumbramiento está próximo, pero no sé muy bien cuándo fue la fecha en la que caí en estado, debido a que los avatares de los últimos meses me hicieron perder la noción del tiempo.

Llevo en los Castros de Mercelle más de cinco años. Al principio, mi vida pareció hundirse en la tristeza. Elvira había muerto antes de llegar aquí; murió vieja y loca en la casa obispal de Lugo, cuando mi hermano todavía era obispo.

Sé que está mal decirlo, pero su muerte fue una suerte para ella. En sus últimos meses, no hacía más que desvariar llamando a un hijo que nunca tuvo y pasearse por la casa como una posesa, hasta que le fallaron las piernas y tuvo que encamarse.

La velé día y noche, porque ciertamente había sido una madre para mí. La agonía fue tan larga que su muerte no hizo más que dar paz a aquel cuerpo que sufría, y sentí que con ella se iba parte de mi vida, y de nuevo la tristeza apareció en mi corazón.

Mi hijo Roldán y mi sobrino Juan aparecieron en los Castros de Mercelle poco después de la huida de Lugo. Estaban tan apenados cuando llegaron que los tuvimos que convencer de que tenían que volver cuanto antes al monasterio donde estudiaban para curas. Les ocultamos en parte de la verdad, pero pronto llegaría a Santiago de Compostela, que era donde los muchachos residían, la historia del asesinato de los procuradores de Lugo en la casa de mi hermano, y

entonces sabrían que Juan había sido desterrado por orden del rey.

Mi hermano tardó meses en mandar recado de donde se hallaba. Estaba en un monasterio portugués, que, según él decía, purificaría sus pecados y le prepararía para la muerte.

Cuando le escribí, omití el estado de doña Marta. Ello le hubiese apenado más de lo que seguramente estaba.

Doña Marta enloqueció nada más llegar a los Castros de Mercelle. Vagaba por los campos buscando flores y hierbas que colocar ante la supuesta tumba de Juan. Ella creía que mi hermano estaba muerto y que un montículo de tierra era donde le habíamos enterrado.

Al principio, a todos se nos pasaron por alto los desvaríos de doña Marta, porque ella parecía tan sana como el resto. Hacía las tareas que siempre había tenido encomendadas como ama de llaves, cumpliéndolas con tal rigor que pensamos que se había acostumbrado muy bien a nuestra nueva vida. Pero no nos percatamos hasta que fue demasiado tarde de que, por las noches, ella iba a la supuesta tumba, a llorar por mi hermano Juan.

Una noche, los perros no paraban de ladrar y Eliseo, para ver a qué era debido, salió a inspeccionar los alrededores. Sobre aquel promontorio se encontró a doña Marta en camisón y con la cara desencajada, llorando sobre lo que ella decía era una tumba.

Cuando lo supimos en la casa, ya era demasiado tarde: doña Marta había empezado el camino a la oscuridad. Hablaba de Juan como si de su amante se tratase, llegando a molestarnos con tantos desvaríos y estupideces.

Después, con los días, ella cayó en tal estado que parecía que deliraba. Lloraba de a ratos y hablaba sola en su alcoba. Tuve que ocuparme personalmente de las tareas que ella hacía hasta aquel momento, dar órdenes a los criados, la buena marcha de la cocina y del cuidado de las habitaciones, los víveres, etcétera.

Ella se había vuelto completamente loca y así siguió muchos meses, convirtiéndose en un ser grotesco que andaba por la casa sin que nadie se atreviese a contrariarla.

Por lo demás, la mujer no causaba más trastornos, salvo cuando se escapaba por las noches y teníamos que buscarla por los campos.

Una vez tardamos casi dos días en encontrarla y cuando la hallamos, parecía más un animal salvaje que una mujer.

Su hermano, el deán Fernando, la venía a ver de vez en cuando, trayéndonos noticias de la ciudad.

El concejo era ahora amo y señor de Lugo, relegando incluso al

corregidor a un segundo término. Pero lejos de lo que en principio los vecinos pensaban, el gobierno no fue fácil. Discutían tanto entre ellos que en la ciudad acabaron por formarse bandas rivales que obstaculizaban todo lo que se emprendía.

La casa obispal, según nos contaba el deán, había sido saqueada y ahora era la morada del nuevo procurador de Lugo. El deán tan sólo había podido salvar algunos muebles de valor, pero la hermosa bañera de mármol que usaba mi hermano pasó a ser propiedad del procurador.

Sin embargo, el pueblo de Lugo había vuelto a llenar las iglesias, más incluso que en los tiempos de mi hermano. Se les veía más creyentes y generosos con las limosnas, lo cual para nosotros carecía de toda lógica.

El campo, después del terrible año en Lugo, nos pareció a todos un descanso.

No todo fue tristeza en aquellos años. Eliseo se sentaba a mi lado en las cenas y comidas en los Castros de Mercelle. Si había vuelto a ocupar un sitio en mi corazón, también pasó a ocuparlo en mi mesa.

A Sancho poco le importó que su madre tuviese tal trato de favor con su mayordomo. Era un muchacho de noble corazón y no sospechó nunca que a veces Eliseo y yo compartíamos la alcoba, y si lo sospechó, su discreción delataba que aceptaba la situación.

Constanza, que llegó a la edad de casarse, pronto nos dejó para partir hacia Guadalajara, donde mi hermano Raúl le había buscado un marido que casualmente era mayor y sin herederos, lo mismo que en su día había sido mi difunto marido Edelmiro. Estuve con ella una temporada en Guadalajara para conocer al novio y para formalizar el matrimonio. Su marido le llevaba treinta años y parecía un hombre bueno y respetuoso. Parece ser que las mujeres de la familia siempre hemos tenido fortuna para casarnos.

Cuando volví a los Castros de Mercelle, una vez desposada mi hija, ya se corría el rumor de que la peste había entrado en occidente. Pero desde que tuvimos las primeras noticias hasta que llegó a Galicia, pasó casi un año.

En la casa, los silencios eran cada vez más frecuentes ahora que tan sólo vivía con nosotros mi hijo Sancho. La compañía de doña Marta no era tal, porque ella parecía vivir en otra parte.

A pesar de ello, aquellos fueron unos años felices con Eliseo a mi lado, vigilando y cuidándonos. Era un buen mayordomo y, gracias a sus habilidades, hicimos dinero.

Pero la peste acechaba. Llegó a Galicia en octubre del año pasado. Y no nos visitó una vez ni dos, sino que vino en varias

oleadas.

Tal vez esa sea la peor de las muertes que un hombre pueda tener. Nadie sabe cómo sanarla ni cómo evitarla, y los dolores que produce, así como la desagradable agonía con el cuerpo lleno de pústulas fétidas, hace que los médicos sean los primeros en abandonar a los moribundos. Tan sólo los monjes más piadosos asisten a los enfermos, pero aun así, los hay que huyen despavoridos.

En pocos días, el mal se adueña del enfermo y no se sabe cómo la peste elige a sus víctimas. Se dieron casos en los que, en una misma familia, el mal alcanzó a los hijos y a los nietos, y dejó a los abuelos con vida, siendo estos últimos los más débiles de todos. A veces, la peste se lleva a un hermano y deja al otro con vida.

Es un mal que no distingue malos de buenos, ricos de pobres, hombres de mujeres.

Llevamos dos años viéndola ir y venir por los caminos, apareciendo en lugares en los que ya había arremetido. Los habitantes de Lugo cerraron las puertas de la muralla nada más saber que la peste había entrado en el reino de Galicia. No fue la única ciudad que adoptó tales medidas. Pero aunque lograron que durante semanas no se diese ningún caso en la ciudad, al final, por no se sabe qué conductos, acabaron sucumbiendo al mal.

Por eso hay gente que dice que la peste viaja por el aire y de esta forma sube por encima de las murallas, como ocurrió en Lugo.

Pero la verdad es que hay tantas habladurías que uno no sabe a quién creer. Los curas dicen que es un castigo divino, pero yo he visto morir a los justos y sobrevivir a los pecadores. No se sabe bien por qué nos castiga Dios y los curas y los teólogos no se ponen de acuerdo en ello.

Yo, por mi parte, ahora sí creo que he recibido un castigo por parte de Dios.

***

Ayer llegaron al monasterio las terribles noticias del sitio de Gibraltar, esa guerra que nunca acaba y no para de traernos fatales consecuencias. Pero el correo que llegó anoche hizo que mi alma temblase y mi corazón se acelerase.

El rey Alfonso ha muerto, me dijeron los monjes. Yo pensé cuánto lo había odiado, y aunque no me alegré de oír el mensaje, pensé que la muerte del rey traería la esperanza en el reino de Galicia, donde mi familia dejaría de ser mirada como enemiga de la

Corona.

Pero luego, poco a poco, fui oyendo más testimonios. Corría el rumor de que el rey había muerto de peste.

“No puede ser”, pensé, “no puede haber muerto de tan terrible mal, la peor de las muertes para un hombre”. Pero era cierto. Al mediodía, todo el monasterio lo sabía.

Yo me encerré en la capilla, no dejando que entrasen los demás monjes a cumplir con las oraciones del día. Lo único que cruzaba por mi mente eran las últimas palabras que le había dirigido al monarca antes de mi destierro: “Maldito seáis. No merecéis vivir, sino que merecéis la peor de las muertes por tratar así a un obispo. Maldigo vuestra estirpe y vuestro linaje. Recordad mis palabras cuando os llegue la hora”.

Como me decían los monjes, la maldición se había cumplido.

Hace poco rato que me he encerrado en la capilla del monasterio. Al darse cuenta los monjes de mi ausencia, han venido a buscarme. Ahora están aquí, tras la puerta, golpeando y gritándome para que les abra.

Sé que tengo otra muerte más sobre mis espaldas: la del rey Alfonso. El día de hoy veo con claridad que las maldiciones se cumplen. Iré al Infierno, sin duda. Ninguna penitencia me salvará de este pecado.

— ¡Abrid la puerta! —me está pidiendo el abad—. ¡Obispo Juan, abridnos! —el hombre grita desesperadamente.

Haré oídos sordos a sus llamadas. No tengo la intención de compartir mi última hora con nadie, ya que creo que la muerte está próxima. No me he equivocado, debe de ser esa dama que ronda por la capilla buscando mi alma, ¿o es un ángel lo que estoy viendo? Este dolor en el brazo izquierdo que no me deja enderezarme para verlo, pero creo que es un ángel lo que se aproxima a mí. Ahora no sólo es el brazo donde me duele, también hay algo que aflige mi corazón, y no es sólo el arrepentimiento.

Ahí viene el ángel, ya se aproxima. ¿Por qué habrá tardado tanto en venir a por mí?, ¿en librarme de este dolor?

***

Tras la primera acometida de la peste, que por fortuna poco la habíamos notado en los Castros de Mercelle, Eliseo recibió un mensaje donde le informaban de la muerte de su mujer Isabel.

Isabel llevaba años residiendo en la ciudad de Mondoñedo con sus padres. Pero la ciudad, a pesar de estar amurallada y de cerrar

sus puertas ante el avance de la epidemia, acabó padeciendo la enfermedad.

Isabel había muerto con sus padres y la noticia de ello nos llegó con más de una semana de retraso. Su hija estaba en Guadalajara, donde moraba con Constanza, como dama de compañía en su nuevo matrimonio. Le mandamos recado, pero ni siquiera le pudimos decir que su madre había recibido cristiana sepultura.

A los muertos de peste se les quemaba y luego, cubriendo sus cuerpos de cal, se les enterraba en una fosa común. Tan sólo los pudientes recibían un trato más cristiano, pero Isabel vivía humildemente y sus padres tampoco tenían dinero.

Eliseo partió nada más oír la noticia. Iba a visitar la tumba de su mujer. No volvió con buena cara, tan espantado vino de lo que vio que estuvo una semana sin decir palabra.

La ciudad de Mondoñedo estaba tan apestada que los cadáveres se amontonaban por las esquinas y las ratas corrían a su antojo por la ciudad. Gracias a Dios que Eliseo no se había contagiado con el mal, ya que a la semana estaba vivo y ninguno de los que le rodeaban tenía síntomas de la peste.

Cuando recobró el sentido, me abrazó una mañana sin molestarse porque Sancho estuviese presente y me llevó al bosque.

—Señora María —me dijo, una vez que me hizo sentar sobre el musgo que recubría las rocas—, he esperado toda mi vida para poder deciros esto: ¿queréis casaros conmigo, ahora que soy un hombre soltero?

Sabía de sobra que se me iba a declarar, pero aun así me emocioné tanto que, en vez de responderle, le cubrí de besos.

—Supongo que esto es un sí —me dijo él, mientras me abrazaba.

Tanto sufrimiento a nuestro alrededor y nosotros debíamos de ser los únicos cristianos que sacábamos algún provecho de la peste.

Sancho fue el primero en saberlo, alegrándose por nosotros. Luego, doña Marta, que pareció tener un momento de lucidez al darnos la enhorabuena.

Buscamos un cura para que nos casase. El párroco había muerto y nos fue difícil encontrar en el campo algún otro clérigo. Pero al final, encontramos un cura que conocía mi hermano y que accedió a casarnos una vez que pagamos una cantidad considerable de dinero, porque no se fiaba de que Eliseo fuese viudo.

Por toda la cristiandad, los hombres se casaban con prisas y enviudaban al poco tiempo debido a la muerte negra. La verdad es que nadie quería morir solo. Y la sola idea de que podían estar

morando en una tumba al día siguiente les aterraba y se lanzaban a vivir sus últimos días con desenfreno.

Había familias que tan convencidas estaban de que la peste les alcanzaría que se comieron en un mes las reservas de comida de todo un invierno. Pero no eran los únicos excesos que se cometían; nunca se fornicó tanto en la Tierra. Asustados por la idea de la muerte, los hombres se abandonaban a sus instintos. Y, además, hubo muchos pillajes en las casas de los muertos y en las de los no muertos.

Nosotros, aislados de los caminos más transitados y encerrados en la fortaleza, resistimos a la segunda acometida de la peste. Eliseo había mandado cerrar las puertas de la fortaleza hasta que la muerte pasase de largo.

En los Castros de Mercelle, todos vivían una agonía en aquel encierro, sabiendo que un buen día la muerte se colaría por las puertas de la fortaleza y acabaría con nuestras vidas. Pero la vida de Eliseo y la mía discurrían como en el Paraíso, encerrados entre aquellos muros, viviendo un amor que durante tanto tiempo había estado oculto.

Fueron tan sólo unos meses, hasta que Eliseo creyó que el peligro había pasado y abrió las puertas de la fortaleza.

Entonces, nos enteramos de todos los muertos que había habido y dimos gracias al Señor de que las murallas de la fortaleza nos hubiesen protegido.

***

Hace menos de un mes, poco después de que nos enterásemos de la muerte del rey en el sitio de Gibraltar, llegó la carta del abad del monasterio portugués donde moraba mi hermano.

En ella, el abad nos contaba que cuando mi hermano había tenido noticia de la muerte del rey, había enloquecido y se había encerrado en la capilla del monasterio, a solas. Como no atendía a las llamadas de los monjes, forzaron la puerta y se lo encontraron muerto, arrodillado ante el altar. Tenía una expresión de paz en su cara y las manos cruzadas, en señal de oración. El médico del monasterio dictaminó que murió del corazón, y seguramente sin dolor, porque nunca había visto un muerto con aquella expresión de apacibilidad en la cara. El abad me indicaba que lo habían enterrado en el cementerio que miraba al mar, porque esa era la voluntad que había manifestado en vida mi hermano.

***

No me puedo mover a causa de mi embarazo, porque podría perder al niño. Hubiese querido ir a ese monasterio portugués a rendirle el último adiós a mi hermano Juan. Pero cuando las desgracias vienen, nunca vienen solas, y aquella no fue una excepción.

Después de la carta del abad, ocurrió algo terrible. La peste volvió a visitarnos, llevándose de este mundo al hombre que más quería. Eliseo murió en menos de cuatro días, dejándome más sola de lo que nunca estuve.

Yo ya sabía por entonces que estaba en estado de buena esperanza, y si vivo y no he perecido de tristeza por la pena que me causó su muerte, ha sido porque tengo a su heredero en mi seno.

“Ya tengo treinta y tres años”, pensé, “demasiado mayor para ser madre, cuando a mi edad las mujeres ya son abuelas”.

***

Esta mañana llegó la hija del cura, tal y como esperaba. Al ver a la comadrona, me alegré al saber que estaba viva y otro tanto le ocurrió a ella.

Tenía la esperanza de que me asistiese en el parto tal y como lo había hecho años atrás. Pero ella me tocó en vientre y calló durante varios minutos.

Vi en su rostro que algo estaba mal, porque no hablaba.

— ¿Qué es lo que ocurre? —le pregunté al ver que la comadrona no se atrevía a hablar.

—Señora, viene en mala posición —me dijo— y no creo que pueda enderezarse.

—Pero vos podéis salvarlo —le dije—. Sé que salvasteis a muchas mujeres con hijos que venían mal colocados.

La comadrona calló y yo le volví a preguntar:

—Decidme, ¿es que no hay solución?

Ella, bajando la vista, agarró mis manos y me dijo aquello:

—Si el niño vive, vos moriréis. Si el niño muere, vos os salvaréis.

Y entonces le dije que cuando llegase la hora, que salvase al niño.

—Es un varón —me dijo ella—. Habéis de darle el nombre del padre.

Y así se hará.